
JUNE HUR
EL
PALACIO
ROJO
Entrar en el palacio significa recorrer
un sendero teñido de sangre
wonderbooks

El palacio rojo

Primera edición: junio de 2025
Título original: *The Red Palace*

© June Hur, 2022
© de la traducción, Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego, 2025
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2025
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Este libro se ha publicado mediante un acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC. a través de International Editors y Yañez Co.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Ilustración de cubierta: Ala Cumali
Corrección: Sofía Tros de Ilarduya, Raquel Bahamonde

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.° 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
info@wonderbooks.es
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-26-2
THEMA: YFT
Preimpresión: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

JUNE HUR

EL PALACIO ROJO

Traducción de Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego



CONTENIDO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

EPÍLOGO

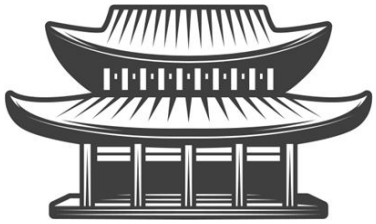
NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, Bosco.

«La amistad nace en el momento en que uno le dice a otro: "¡Anda! ¿Tú también? Pensaba que era el único…"». C. S. Lewis

1



FEBRERO DE 1758

—Síganme y no hagan preguntas —susurró el sanador Nan-shin.

La nieve caía mientras la luz de la luna iluminaba los tejados del pabellón y las estatuas con forma de animal de los aleros elevados. Los faroles del suelo arrojaban una luz dorada por los patios helados y sobre el entramado laberinto de puertas y ventanas. El silencio reinaba, a excepción del tañido distante de la gran campana que resonaba a través de la capital y reverberaba por el palacio Changdeok. Al vigesimoctavo tañido, el palacio cerraría sus puertas hasta la mañana siguiente.

En cuanto el médico real nos dio la espalda, Ji-eun y yo intercambiamos una mirada desconcertada.

«Nuestro turno ha acabado. ¿No deberíamos poder regresar a casa?», articuló ella.

Desvié la atención al sanador.

«Esto es muy extraño», respondí.

Pero ¿qué sabíamos nosotras de lo que era extraño o inusual? Ambas habíamos empezado a trabajar allí como *nae-uinyeo,* enfermeras seleccionadas para servir en palacio.

—No hay tiempo que perder. —El médico real parecía jadeante. Apretó el paso con las manos ocultas en sus mangas anchas. Su uniforme azul de seda ondeaba como las olas en un día tormentoso,

y su largo delantal blanco recordaba la espuma en lo alto del mar revuelto—. Debemos apresurarnos.

Ji-eun y yo caminamos más deprisa. Nuestras sombras se alargaron; la suya sostenía una bandeja, y la mía, un farol. Nos mantuvimos calladas, a pesar de que normalmente nos habríamos quejado de hambre o de agotamiento porque habíamos trabajado todo el día. Las cosas eran distintas en palacio. Nadie actuaba de manera infantil. Incluso los niños de la familia real se comportaban como adultos solemnes e inquietos.

Salimos de la botica real, ubicada en el lado este del palacio, dando pasos grandes y acelerados, y nos movimos en fila de patio en patio con el tañido de la gran campana a nuestra espalda. Repicó de forma lenta y repetitiva por vigesimosexta, vigesimoséptima y, por fin, por vigesimoctava vez. Casi oí las puertas cerrándose; a partir de ese momento sería imposible abandonar el palacio. Me invadió un desasosiego que me caló hasta los huesos y las advertencias que me habían dado con anterioridad reaparecieron en mi mente.

«Trabajar en palacio significa recorrer un sendero teñido de sangre —nos dijeron nuestros instructores médicos—. Se derramará sangre. Solo espero que no sea la vuestra».

Cuanto más al sur nos dirigíamos, más desértico se hallaba el lugar. Nos alejamos hasta estar a unos cuatro ri de distancia de donde sabía que moraban la gran mayoría de miembros de la familia real. Había media hora de camino a pie, por lo menos.

Las sombras que inundaban los pabellones vacíos se volvieron cada vez más oscuras. Ya no había pisadas azules sobre la nieve, estaba intacta. Entonces, por fin, cruzamos un portón que vigilaban unos guardias y entramos en un patio iluminado por faroles. En el centro había un estanque cuadrado con nenúfares, en cuya agua helada se reflejaba la luna redonda y luminosa, y el perfil negro del monte guardián.

Nunca había estado ahí.

Un pabellón grandioso se alzaba frente al patio. Era un edificio con una larga hilera de ventanas de papel *hanji,* un montón de pilares altísimos y un intrincado tejado negro. El cartel de madera

que colgaba bajo los aleros rezaba «Pabellón Joseung». Era la casa principal del complejo Donggungjun.

La residencia del mismísimo príncipe heredero.

Jamás había visto al príncipe Jang-heon, pero había oído rumores sobre él. Al parecer, cuando nació, el rey —conocido por su rígido estoicismo— casi tropezó con su propia túnica a causa de las prisas por sostener a su hijo en brazos. Un hijo muy apuesto y su único heredero vivo. El rey se enamoró tanto del niño que enseguida lo nombró príncipe heredero, un título que vino acompañado de ciertos sacrificios. Con tan solo cien días, arrancaron al príncipe infante de los brazos de su madre y lo llevaron al pabellón Joseung, un rincón aislado del palacio, para que lo criaran y educaran completos extraños. Vivía tan alejado de sus padres que, después de un tiempo, solo los veía una vez al año. Últimamente se oían rumores alarmantes sobre él.

«Pronto llegará el día en que alguien dé muerte al príncipe heredero, ya sea la facción de la Doctrina Antigua o su propio padre», oí decir a una enfermera de palacio. Pero al vernos a Ji-eun y a mí, que acabábamos de llegar a palacio, se calló enseguida.

—Vengan.

Parpadeé y devolví la atención al sanador Nan-shin. Él nos hizo un gesto para que apretáramos el paso todavía más. Lo hicimos y lo seguimos por delante de una fila de damas de palacio inmóviles como estatuas. Una de las más jóvenes, no obstante, nos miraba de reojo. Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo e inmediatamente ella agachó la suya. Aun así, aún sentía como si un millón de ojos nos observaran.

Mi corazón latió con fuerza mientras apartaba el farol. Subimos las escaleras hasta la terraza y entramos en el pabellón, donde unas sirvientas tan silenciosas como sombras abrieron las puertas escalonadas de madera una a una, urgiéndonos a avanzar hasta el aposento principal. Allí nos recibió un eunuco pálido y con expresión tensa.

—Sé que su turno ha terminado, *uiwon-nim,*[1] pero es urgente —susurró el eunuco al sanador—. El príncipe requiere de sus cuidados.

Logré ocultar la sorpresa en mis ojos gracias a tener la cabeza gacha. Desde que había empezado a trabajar en palacio únicamente había tratado a mujeres: princesas, concubinas y damas de la corte. Aún no había ayudado a atender a un hombre de la realeza.

—Síganme, por favor. —El eunuco se encorvó antes de conducirnos al interior del aposento a oscuras, donde las sombras acechaban en los bordes de los faroles y había velas en el suelo. Vi pilas de libros desordenados y descuidados por todos lados. Dos damas de palacio temblaban frente a una exquisita cortina de bambú, que colgaba del techo para ocultar quién se hallaba al otro lado. Cuando entramos, subieron la cortina y vimos una figura vestida de blanco, tumbada sobre una colchoneta.

—Vosotras dos, marchaos —ordenó una voz femenina.

Cuando las damas de palacio salieron, me atreví a mirar a la mujer sentada junto a la pared. Era la señora Hye-gyoung, la esposa del príncipe heredero. Ambos tenían veintitrés años y se habían prometido a los nueve. Estaba tan inmaculada como siempre, ataviada con un vestido de seda con medallones de dragón grabados en oro. Su cabello suave brillaba bajo la luz de las velas, recogido en un moño perfecto en la nuca y sujeto con una horquilla dorada. Me la había encontrado varias veces en la residencia Chippok. Parecía preferir pasar la mayor parte del tiempo con su suegra que aquí, con su marido.

—Su Alteza no se ha encontrado bien durante estos dos últimos días y está empeorando —explicó la señora Hye-gyoung. Proyectó su voz como si estuviese hablando con alguien de fuera, no con nosotros.

—¿Ha tomado algún remedio hoy? —preguntó el sanador Nan-shin.

—No. Parecía estar mucho mejor esta mañana, pero por la tarde se ha desmayado y desde entonces ha estado indispuesto.

El sanador inclinó la cabeza.

—Examinaré a Su Alteza. —Se arrodilló frente al joven, que se encontraba tumbado de espaldas a nosotros, y Ji-eun y yo nos colocamos detrás del médico. La colcha crujió y el príncipe heredero se incorporó con la ayuda de su eunuco.

—Dígame, ¿qué le ocurre a Su Alteza? —preguntó la señora Hyegyoung—. Se ha quejado de agotamiento y debilidad todo el día.

No pude resistirme; nunca había visto al príncipe, ni siquiera de lejos, puesto que pasaba la mayor parte del tiempo entrenando en el Jardín Prohibido para perfeccionar su habilidad con la espada y el arco. Paseé la mirada con cuidado por el batín de Su Alteza, por su muñeca extendida hacia el sanador, la frágil columna de su garganta… y luego me detuve al ver la expresión asustada y el rostro arrugado de Su Alteza.

Parpadeé.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir. Nada había cambiado. No estaba alucinando.

Una oleada de confusión me recorrió al ver a un hombre mayor, un eunuco, vestido con el batín del príncipe heredero y sentado en su cama. Ese *no* era el príncipe Jang-heon. Y, aun así, el sanador Nan-shin permaneció arrodillado, con sus dedos ágiles sobre la muñeca del impostor, como si el eunuco fuese el mismísimo futuro rey en persona.

—Su Alteza se encuentra débil porque su *ki* está débil. —El sanador miró por encima del hombro y reveló una expresión circunspecta. El sudor le resbalaba por la sien—. Enfermera Ji-eun, traiga el té de jengibre.

Ji-eun permaneció inmóvil, sin apartar los ojos del príncipe impostor.

—¿E-eunuco Im? —susurró.

El médico palideció y la miró fijamente.

—Silencio —gruñó. Luego me miró a mí—. Enfermera Hyeon, traiga el remedio, por favor.

Agarré enseguida la bandeja de Ji-eun, me puse de pie y, para mi horror, me percaté de que me temblaban las manos. La bandeja se bamboleó y sentí varias miradas.

—Estás roja, enfermera Hyeon —dijo la señora Hye-gyoung con un hilo de voz—. Y pareces nerviosa.

Agarré la bandeja con más fuerza, pero siguió repiqueteando.

—Lo lamento, mi señora.

—Me han dicho que te llamas Baek-hyeon.

—Sí, mi señora. —Estaba sin aliento—. Así me llamo.

—Un nombre reservado normalmente para los varones.

Sentí la necesidad imperiosa de secarme el sudor de la frente; jamás me había escudriñado de esa manera alguien de la familia real.

—Cuando nací, la decepción de mi madre fue tan grande que me puso el nombre de un hijo.

La princesa me observó atentamente; el aire a mi alrededor se volvió asfixiante y doloroso; incluso el más ligero movimiento me hacía daño en la piel.

—Eres idéntica a la hermana favorita del príncipe, la princesa Hwah-yup. Falleció hace seis años —susurró entonces.

Seguí inmóvil, sin saber si el parecido era ofensivo para Su Señoría o no. No me di cuenta de lo mucho que había tensado los músculos hasta que apartó la mirada, y al instante encorvé los hombros con alivio.

—Y tú eres Ji-eun —dijo la señora Hye-gyoung aún en susurros—. La prima segunda del nuevo inspector de policía.

—S-s-sí —tartamudeó Ji-eun—. A-así es.

Dejé la bandeja escandalosa en el suelo y regresé a mi sitio detrás del sanador, de rodillas y con las manos sudorosas ocultas en la falda. Quería mirar al lado, donde se encontraba Ji-eun también de rodillas, pero la inquietud me lo impidió.

—Os he ordenado venir a vosotras dos en concreto por una razón. —La señora Hye-gyoung lanzó una mirada a las puertas entramadas al oír pasos al otro lado. La silueta de una dama de palacio pasó de largo y desapareció—. Ambas tenéis una cosa en común.

Miré a Ji-eun por fin. Teníamos la misma edad, acabábamos de cumplir dieciocho años. Éramos hijas de concubinas humildes y, por ende, chicas de sangre impura pertenecientes a la clase *cheonmin:* la cuna más baja de todas. La única diferencia era que el padre de Ji-eun la había reconocido, mientras que el mío me consideraba tan irrelevante como a sus criados.

—Ambas habéis empezado a trabajar como enfermeras de palacio recientemente —explicó la señora Hye-gyoung—. Y antes erais

enfermeras del Hyeminseo, auspiciadas por la enfermera Jeong-su. Confío en esa mujer.

Me agarré la falda con fuerza. Ji-eun debía de estar tan confundida como yo.

—La enfermera Jeong-su es una amiga de la familia, y la familia del sanador Nan-shin está unida a la mía. Espero poder confiar en vosotras dos también, Ji-eun y Hyeon. Vuestra mentora me ha asegurado que sois de absoluta confianza. —Entonces un tinte más serio ensombreció su voz—. Espero que nadie os haya reclutado como espías ya.

—¡No, por supuesto que no, mi señora! —exclamó Ji-eun—. Jamás nos atreveríamos…

Su Señoría se llevó un dedo a los labios.

—En palacio solo se habla en voz alta en público. Cuando hables en privado, susurra. Hay oídos por todas partes. Siempre hay alguien espiando. —Desvió la mirada hacia el príncipe impostor—. ¿Puedo confiar en vosotras, pues?

—*Yeh*[2] —respondimos Ji-eun y yo a la vez.

—Entonces seguid atendiendo a Su Alteza Real, y si el rey lo manda llamar, debéis informar a Su Majestad de que su hijo sigue indispuesto.

¿Quería que le mintiéramos… al mismísimo rey?

Eso podría suponernos la muerte.

Me costaba respirar, pero incliné la cabeza y Ji-eun también. Nuestro deber era obedecer. Continué mirando al suelo, oyendo los latidos atronadores de mi corazón y el crujir de la seda mientras el sanador Nan-shin atendía al príncipe impostor, haciendo el paripé frente a nuestro silencioso público.

Las damas de palacio. Los eunucos. Los espías.

Casi podía imaginarme lo que estarían viendo: un montón de sombras y siluetas tras la puerta de papel *hanji* con la forma de un sanador y dos enfermeras que se movían alrededor del príncipe a la luz de las velas.

No estaba segura de cuánto tiempo debíamos continuar con la farsa, pero las tensas horas que sucedieron a aquella conversación

se alargaron tanto que la sensación punzante de miedo —el miedo de habernos visto envueltas sin querer en un juego peligroso y mortal— se transformó en un intenso dolor de cabeza. Mientras el tiempo transcurría, el opresivo silencio se llevó consigo la jaqueca y me dejó únicamente una pregunta:

«¿A dónde ha ido el príncipe Jang-heon?».

La pregunta danzó en mi cabeza. Inspeccioné sus aposentos despacio. Mi mirada se topó con un jarrón de porcelana reluciente, expuesto frente a los muebles laqueados con incrustaciones de nácar, y seguidamente con unos cuantos libros desperdigados cerca. Se rumoreaba que eran libros de ocultismo. Su Alteza estaba obsesionado con las escrituras taoístas, las fórmulas mágicas y las enseñanzas sobre cómo dominar a los espíritus y los fantasmas.

Tal vez el palacio se hubiese vuelto demasiado ordinario para un príncipe amante de lo poco convencional. Tal vez se hubiese escabullido de palacio, aunque estaba prohibido; ningún miembro de la familia real podía salir sin el permiso expreso del rey.

Recorrí los libros y el mobiliario de la estancia con la mirada en busca de algo en lo que centrarme y pensar, algo que me mantuviese alerta. Las horas pasaron lentas y silenciosas, como si el tiempo se hubiese visto atrapado en un bucle sin fin. El sanador Nan-shin estaba sentado tan inmóvil como una roca, y Ji-eun pasó el rato contando las agujas de acupuntura en su *norigae chimtong,* un estuche de metal decorado con elaborados nudos y borlas que colgaba de las cuerdas de su uniforme a la altura de la cintura, algo que todas las *uinyeo* llevan consigo. Y el eunuco Im, el príncipe impostor, contuvo un bostezo. Me pellizqué con fuerza, pero el entumecimiento continuó propagándose. El miedo nunca había sido tan agotador como hoy; estaba exhausta. Ya no era capaz de diferenciar si había pasado una hora o varias.

Me volví a pellizcar con fuerza. «No te duermas».

Entonces empecé a divagar y salió de los aposentos reales y del palacio en dirección al cercano consultorio médico público, el Hyeminseo. Era el lugar donde Ji-eun y yo habíamos estudiado enfermería desde los once años. Pasábamos los días allí cuidando de la gente de a pie y estudiando sin descanso para el examen de

medicina, decididas a conseguir las notas más altas; todos los años seleccionaban a dos de las estudiantes excelentes para trabajar en el palacio. Para cumplir ese sueño, había sobrevivido durmiendo muy pocas horas cada día. Estudiaba de noche para ponerme a la altura de las otras pupilas en la clase de principiantes, todas sirvientas de entre diez y quince años, como yo, y muy inteligentes. Nos vestíamos con las chaquetas *jeogori* rosas y unas faldas azules, y llevábamos el pelo perfectamente trenzado mientras pasábamos los días con la cabeza enterrada en libros o en alto, escuchando las lecciones de nuestros serios instructores. Una vez un profesor me llamó la atención por quedarme dormida en su clase, y desde entonces aprendí a permanecer despierta costara lo que costase, pellizcándome tan fuerte que hasta se me despellejaba la piel.

«Kohpi» era el mote que me habían puesto mis compañeras, porque siempre me sangraba la nariz del agotamiento y por pellizcarme para mantenerme despierta cuando no había dormido más de tres horas. La enfermera Jeong-su incluso me había dado trozos de tela pequeños para que los llevara en el bolsillo y me los introdujera en los orificios de la nariz cada vez que ocurriera.

Se suponía que era muy buena manteniendo el sueño a raya, y aun así, nunca me había resultado tan irresistible.

En cierto momento debí de dormirme, porque me desperté sobresaltada al oír el tañido profundo y estridente de la gran campana. Mi mente aletargada titubeó y me llevó un momento caer en la cuenta de que la campana anunciaba el final del toque de queda: ya eran las cinco de la mañana.

Me froté los ojos y miré alrededor.

La habitación seguía a oscuras. En las sombras, la señora Hyegyoung estaba despierta, todavía sentada con los hombros ligeramente encorvados. El sudor perlaba su frente ancha mientras aguardaba y aguzaba los oídos por si oía los pasos del rey acercándose. Pronto todo el palacio despertaría y se enteraría de que el príncipe heredero había desaparecido, algo que no auguraba nada bueno ni para ella ni para ninguno de nosotros.

Las puertas a mi espalda se abrieron con tanta brusquedad que miré por encima del hombro a toda prisa. Frente a nosotros se

hallaba un eunuco joven y jadeante que trataba de recolocarse un sombrero negro.

—Eunuco Choe —dijo la señora Hye-gyoung con tono mordaz—. ¿Dónde está Su Alteza? Te dije que no regresaras hasta que lo hubieses encontrado.

—Yo… —Seguía tratando de recuperar el aliento a la vez que se secaba la frente—. He vuelto a palacio en cuanto han reabierto las puertas, mi señora. El príncipe viene de camino en este mismo instante.

Su Señoría inclinó la cabeza hacia atrás durante un momento y cerró los ojos con alivio.

—Dile a Su Alteza que use la ventana trasera de sus aposentos para evitar que las damas de palacio lo vean. La he dejado abierta. —Aguardó, pero el eunuco permaneció inmóvil con las manos entrelazadas con fuerza—. ¿Y bien?

El eunuco Choe retorció las manos con nerviosismo.

—Una gran desgracia ha ocurrido en la capital, mi señora. Una m-m-masacre. Ha habido una masacre.

Contuve el aliento. Sus palabras me produjeron un escalofrío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la señora Hye-gyoung.

—Escoltaba a Su Alteza de vuelta a palacio cuando me dijo que había presenciado algo espantoso. Estaba muy afectado, así que se encuentra… —El eunuco Choe lanzó una mirada a la puerta y luego se acercó a Su Señoría a toda prisa—. Se encuentra emocionalmente inestable. Yo en su lugar me marcharía de inmediato del pabellón, mi señora, y regresaría a mi residencia.

Fruncí el ceño. ¿La princesa estaba en peligro?

Como si hubiese oído mi pregunta, la señora Hye-gyoung desvió la mirada hacia mí y pareció casi sorprenderse de vernos aún arrodillados allí.

—El palacio ha reabierto las puertas. Si valoráis vuestras vidas, marchaos y no habléis con nadie de lo que ha pasado aquí.

Le dedicamos una reverencia y nos retiramos sin hacer ruido. Me moría de ganas de hablar con Ji-eun; siempre cotilleábamos sobre lo que pasaba en palacio mientras regresábamos a nuestras

respectivas casas. La suya estaba en el distrito norte y la mía, cerca de la entrada de la fortaleza.

Justo cuando las puertas se cerraron a nuestra espalda nos llegó la voz del eunuco Choe desde el otro lado.

—Mi señora, han asesinado a cuatro mujeres en el Hyeminseo.

Mi corazón se tensó al oír esa palabra. «Hyeminseo». Para muchos solo era un consultorio médico, pero para mí había sido mi primer y único hogar. El lugar donde mis sueños de convertirme en enfermera y ascender en la escala social habían florecido. Donde era más que Hyeon, la hija ilegítima, la vulgar plebeya.

Esperaba haber oído mal, pero al mirar a Ji-eun y ver su expresión horrorizada estuve a punto de tropezar con los escalones de piedra y caer de bruces sobre las damas de palacio. Traté de respirar hondo, pero solo sentí un nudo en la garganta.

Enfermeras del Hyeminseo muertas… *¿Asesinadas?*

Antes de darme cuenta, mis pasos se habían vuelto zancadas aceleradas.

—Enfermera Hyeon —me llamó el sanador Nan-shin—, no se corre en palacio…

—*Uiwon-nim,* debo irme. —Y, con eso, salí corriendo a través del patio, saltando de escalón en escalón y derrapando sobre la nieve que cubría el suelo. Tardé un momento en percatarme de que Ji-eun venía detrás de mí y que nuestros corazones latían con la misma plegaria.

«Por favor, que el eunuco se haya equivocado. Por favor, por favor, por favor».



Una neblina azul cubría la carretera principal nevada y nos enfriaba las orejas y mejillas mientras recorríamos la calle Donhwamun a toda prisa y pasábamos junto a los puestos cerrados del mercado. El sol no había salido aún y las sombras acechaban en cada rincón. Me castañeteaban los dientes para cuando nos aproximamos al

Hyeminseo, un enorme complejo amurallado donde se hallaba el consultorio médico con sus espaciosos patios y jardines.

—Espera. —Ji-eun me tocó el codo y ambas nos detuvimos. Vimos a un grupo de personas apiñadas en la entrada, que vigilaba un oficial de policía con el rostro anaranjado por la luz de una antorcha —. ¿No es In-yeong, la enfermera de palacio?

—¿In-yeong? ¿Qué hace aquí?

Mi mirada se detuvo sobre el único rostro familiar entre la multitud. Era ella. Iba envuelta en una capa de paja, estaba pálida y tenía la vista fija al frente. Cuando sopló una racha de viento frío, se tiró de las mangas y se estremeció mientras trataba de abrigarse. Apenas la conocía. Solo sabía que era unos cuantos años mayor que yo.

—A lo mejor ella puede explicarnos lo que ha sucedido —susurré.

Nos apresuramos hacia allí, abriéndonos camino entre los espectadores, que no dejaban de cuchichear. Cuando nos acercamos lo suficiente, estiré el brazo para darle un toquecito en el hombro, pero ella se apartó y se mezcló con el gentío aún más. Un momento después, la vi desaparecer por un callejón, y me quedé sola con una única pregunta en mente:

«¿Quién ha muerto?».

Me giré y estiré el cuello para ver más allá del oficial que vigilaba la entrada sosteniendo una lanza junto a la antorcha. Habían colocado los cuerpos de cuatro personas en camillas, uno al lado del otro, inmóviles bajo las esterillas de paja. Me crucé de brazos para intentar controlar un ataque de pánico repentino.

Solo me separaban unos pasos de la entrada, así que me acerqué todavía más.

Ji-eun me tiró de la manga.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ver a quién han matado —susurré.

—¡Pero es la escena de un crimen, Hyeon-ah![3]

—Tal vez podamos ayudar. Antes éramos enfermeras aquí.

Di otro paso al frente y el policía bajó su lanza para bloquearme el paso al instante.

—¡Atrás! —rugió.

Ji-eun retrocedió de inmediato, pero yo permanecí quieta y aterrorizada sin apartar la vista del patio.

—*Atrás* —repitió.

Las palabras se formaron y salieron por mis labios.

—Pero soy enfermera. Deseo examinar los cadáveres.

El policía me escrutó y supe enseguida lo que vio: una muchacha joven con una chaqueta de seda azul cielo, una falda añil y un largo delantal blanco; con el cabello recogido en un moño sujeto con un lazo de color rojo intenso y una *garima,* una especie de corona negra hecha de seda.

—¿Una enfermera del Hyeminseo? —preguntó.

—No. —Le entregué mi placa identificativa, la que me permitía el acceso a los terrenos del palacio—. Soy una *nae-uinyeo.*

El oficial ladeó la cabeza y frunció el ceño. La Policía no me necesitaba; tenían a muchos sirvientes competentes para examinar los cadáveres, como, por ejemplo, las *damo,* enfermeras destinadas a trabajar en la Jefatura de Policía como castigo por sus malas notas. Aun así, apartó la lanza.

—Entonces, ¿la han llamado? —preguntó.

—Sí, señor —mentí sin vacilar.

—Si tiene estómago para lo que va a ver, pase. Qué clase de desalmado haría tal cosa. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

Respiré hondo para tranquilizarme, pero en cuanto entré en el patio, se me cayó el alma a los pies. Había visto cadáveres, pero nunca así. Pese a las esterillas de paja que cubrían los cuatro cuerpos, podía ver la parte superior de sus cabellos perfectamente peinados, las puntas de sus dedos inertes y los bordes de sus uniformes.

Me encogí ante un movimiento repentino. Un halo de luz se movió detrás de las ventanas de papel *hanji;* seguramente serían los policías examinando el despacho principal. La luz se paró e iluminó un reguero de sangre que manchaba el papel; luego alumbró el patio, tiñendo la paja de dorado.

Respiré con nerviosismo y me agaché frente a los cuatro cuerpos. Me temblaban las manos al agarrar el borde de la primera esterilla, y tiré. El sonido de la sangre pegajosa me puso los vellos de punta; fue como si estuviese despegando una película gruesa y viscosa que había recubierto a las fallecidas. Tiré otra vez y revelé una frente ancha, un rostro estrecho con los ojos como platos y una boca abierta como si estuviese gritando en silencio.

Era Bit-na, una aprendiz de enfermera de diecinueve años. El recuerdo de su voz me cosquilleó en los oídos: «¡Hyeon-ah! ¿Me prestas tus apuntes de *Injaejikjimaek?*».[4]

Me llevó un rato recuperar la compostura. Una vez lo conseguí, retiré la esterilla todavía más y me detuve al ver dos tajos ensangrentados: uno en la garganta y otro, más largo, en el pecho. Tenía las uñas manchadas de rojo; se había resistido contra su agresor.

Tuve que cerrar los ojos para controlar los latidos de mi corazón y ralentizar mi respiración ante aquella imagen tan horripilante. Luego examiné los dos cadáveres siguientes.

El primero era de Eun-chae, otra aprendiz de enfermera de veinte años con la que había trabajado en el Hyeminseo y que iba a casarse el mes próximo. Tenía una mata de pelo arrancado en el puño y la nariz amoratada, con la sangre acumulada bajo la piel. La habían apuñalado en el vientre y también tenía un tajo en la garganta, como Bit-na.

La siguiente era la enfermera jefa Hee-jin, una de las pocas enfermeras mayores que dedicaba tiempo a enseñar a las aprendices que más les costaba estar al día con sus estudios. Poco tiempo antes, me había hablado de su sobrina recién nacida y de lo feliz que se sentía al sostenerla en brazos. Una niña a la que nunca más volvería a abrazar. Presentaba un enorme tajo en la espalda; quizá se dio la vuelta para huir. E igual que las anteriores, un corte en la garganta.

Cuando estiré el brazo hacia la última esterilla, tuve que sentarme en el suelo porque ya no era capaz de mantenerme en pie. Parpadeé para que el sudor frío no se me metiese en los ojos. Inspiré grandes

bocanadas de aire intentando contener el llanto. Sabía quién era la cuarta víctima, aunque su rostro seguía oculto: tenía que ser la enfermera Jeong-su. Aunque era diez años mayor que yo, la consideraba una hermana. A menudo ayudaba a las estudiantes a primera hora de la mañana.

Respiré de forma temblorosa y aparté la esterilla de paja.

Por un instante me quedé confundida mirando el cadáver. No era mi mentora, sino una mujer vestida con el uniforme azul oscuro de una *musuri,* una humilde sirvienta de palacio.

Un dolor punzante me atravesó el ojo izquierdo cuando caí en la cuenta de quién era: la dama Ahn-bi. La había visto sirviendo a una de las concubinas del rey, la señora Mun. Tenía mi edad. Pero ¿qué hacía una dama de la corte aquí, vestida de sirvienta? ¿Cómo había terminado muerta fuera de palacio? A las damas de la corte se las consideraba las «mujeres del rey» y tenían prohibido casarse y abandonar los terrenos del palacio. Cualquier indiscreción por su parte se castigaba de forma severa, a menudo con la muerte.

Un mechón de pelo suelto y húmedo resbaló sobre mi rostro. Lo aparté y examiné el cuerpo de Ahn-bi con más detalle. Por lo que podía observar, la habían apuñalado en el pecho. Su herida era menos sangrienta que las de las demás, infligida por un arma más pequeña. La habían asesinado con un sencillo corte en la garganta. No había signos de forcejeo, al menos no a simple vista.

—¿Quiere decirme que no ha visto nada? —exclamó una voz profunda y potente que retumbó por el consultorio médico. Levanté la vista de golpe. El halo de un farol dibujaba la silueta de una figura robusta sobre la puerta—. ¿Está segura?

Me precipité hacia el edificio y lo rodeé hasta llegar al patio trasero, oculta a los ojos del guardia que vigilaba la puerta. Me acerqué al lateral de la ventana entramada, asegurándome de que mi sombra no se proyectara contra la pared de papel *hanji.*

—Debo de haberme quedado dormida, comandante Song.

Fruncí el ceño. «¿La enfermera Jeong-su?».

—¿Dormida? —repitió el comandante.

—Mientras la enfermera jefa Hee-jin enseñaba a las estudiantes, yo estaba tan cansada que me fui a descansar a otra habitación.

Estaba agotada porque ayer asistí a dos partos.

—Partos —dijo casi gruñendo—. No entiendo cómo las madres pueden confiar en *usted.* La vida de los demás no le importa…

—Comandante. —Ella intentó explicarse otra vez—. Yo jamás haría daño a las otras enfermeras. Nos llevamos bien y hasta las ayudo con sus estudios. A menudo imparto clases particulares por la noche o temprano por la mañana. Cálmese y piense, por favor. Yo también quiero que se haga justicia a mis estudiantes asesinadas.

—Estoy muy calmado —rezongó él—. Averiguaré lo que oculta. *Sé* que esconde algo. —Su silueta dio un paso amenazador hacia delante—. Ya lo hizo hace doce años, y estoy seguro de que ahora está repitiéndolo.

Quería atravesar la pared de papel *hanji* y decirle al comandante Song que estaba perdiendo el tiempo. A cualquiera que preguntara en Hanyang —la capital de Joseon— declararía que la enfermera Jeong-su era benevolente y amable. Incluso la señora Hye-gyoung había hablado bien de ella esa mañana. El verdadero asesino seguía suelto…

Mis pensamientos se detuvieron de pronto. La espalda me hormigueó con el presentimiento de que me estaban observando. Miré por encima del hombro despacio, deseando ver solo el cielo de un color azul grisáceo sobre el paisaje negro.

En cambio, me topé con un par de sandalias de paja, unos pantalones blancos, sucios, y una chaqueta remendada. Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras contemplaba aquel rostro esculpido entre las sombras y rastros de barro. La forma oblicua de sus cejas destacaba sobre su piel bronceada, llevaba el pelo oscuro recogido en un moño en la coronilla. Era alto y esbelto, pero a juzgar por su cara delgada, estaba desnutrido. Tal vez se tratase de un plebeyo que había ido al Hyeminseo en busca de tratamiento médico.

—¿Qué quiere? —susurré.

Me miró fijamente a los ojos.

—Este es el escenario de un crimen —espetó con una voz tan firme como su mirada.

«Debe de trabajar en la Jefatura de Policía —pensé—. Un sirviente, tal vez». En cualquier momento podría gritar que había encontrado a una sospechosa acechando en el patio trasero.

—Soy enfermera y el guardia me ha dejado pasar —dije, sin apartar la mirada—. Puede preguntarle si quiere.

—¿Eres enfermera en el Hyeminseo?

—En palacio —aclaré—. Pero antes estudiaba aquí.

Arrugó el ceño.

—¿Conoces a la sospechosa de ahí dentro?

Me encogí al oír la palabra «sospechosa».

—Es mi mentora.

—Tu mentora… —Desvió la mirada hacia el lugar donde una mera pared de papel me separaba del comandante Song—. Al comandante no le agradará saber que la estudiante de nuestra sospechosa principal nos está espiando.

—No espiaba —me defendí—. Iba a marcharme, pero me preguntaba de dónde provenían las voces. Además, el guardia me ha dejado pasar. Puede preguntárselo usted mismo…

—Apresadla —espetó el comandante Song desde el interior de la estancia, aumentando mis nervios—. Y retenedla en los calabozos. La interrogaremos por la mañana. —Se giró hacia la enfermera Jeong-su—. Si colabora, el interrogatorio será breve y regresará aquí en cuestión de días. Como he dicho, todo depende de su colaboración. —Oímos el crujido de la tela y no hubo señal de resistencia; la enfermera Jeong-su se dejaba arrestar. El suelo crujió bajo sus pasos, que se alejaron por la puerta, seguidos de la atronadora voz del comandante Song desde algún otro lugar del Hyeminseo—. Oficial Gwon, sigue interrogando a todos los testigos. Los demás, continuad buscando el arma del crimen.

Miré al sirviente.

—Creo que debería marcharme.

—Y yo creo que deberías venir conmigo al patio principal.

—Me parece que no. —Hice amago de irme, pero él me cerró el paso tan rápido que de repente me vi con su torso en las narices, casi rozando su sucio atuendo—. Déjeme pasar. Soy enfermera en palacio.

—Todos los implicados en esta escena del crimen de una manera u otra deben ser interrogados.

—Pero yo no estoy implicada —aseguré—. Acabo de llegar.

—Bueno, eso podrás explicárselo al comandante…

—Espere —dije. La mente me iba a toda velocidad. Metí la mano en el bolsillo de mi delantal, saqué una moneda y se la tendí—. Tome, cójala.

Bajó la vista hasta la moneda brillante.

—El soborno se castiga con la horca.

Respiré despacio, conteniendo un improperio.

—¿Qué quiere, entonces? Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—Pruebas —repuso sin más—. Eso es todo.

Se trataba de un sirviente honesto y probablemente leal al comandante.

—¿Me dejará marchar si le cuento algo significativo sobre el caso? Puede decirle al comandante que usted mismo lo ha averiguado.

—No creo que nada de lo que me digas resulte significativo… —La *garima* negra se infló y vi que su mirada no perdía detalle de cómo la seda ondeaba sobre mi cabeza. Juntó las manos a la espalda; al parecer había cambiado de opinión—. Muy bien. Cuéntame lo que sabes.

Me guardé la moneda en el bolsillo y, mientras me tomaba un momento para serenarme, repasé mentalmente las páginas de todos los casos médicos que había leído y memorizado. Luego miré a un lado para asegurarme de que ni el comandante ni otros oficiales venían.

—Las puñaladas siempre presentan un aspecto grotesco, sobre todo porque suele haber o más de una o cortes alrededor. Sin embargo, cuando examiné a la cuarta víctima, vestida con el uniforme azul oscuro, reparé en algo extraño al instante: no había señales de forcejeo, solo un corte perfecto en la garganta. El asesino sabía exactamente dónde atacar para infligir el mayor daño posible. Eso me resulta muy revelador. Además, esa misma herida se infligió con un arma más pequeña que la que mató a las demás víctimas.

Me detuve en mitad del hilo de mis pensamientos al darme cuenta de que el sirviente no había pronunciado ni una palabra. Ni siquiera había parpadeado; su intensa mirada estaba fija en mí. Traté de no apartar la vista.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó con suavidad.

—Soy enfermera —le recordé.

—Enfermera —repitió en voz baja—, no investigadora.

—Las *uinyeo* somos investigadoras del cuerpo humano…

Unos pasos hicieron que la nieve crujiera cerca de nosotros.

—*¿Qué?* —La voz del comandante Song reverberó por todo el frío lugar—. ¿Cómo has dejado pasar a una mujer al escenario del crimen? ¿Dónde está?

El pulso se me aceleró mientras miraba al sirviente de la policía. Podría elegir entregarme al comandante con solo una palabra…

—Deberías marcharte ya —susurró, en cambio.

Enseguida me giré hacia la pared de piedra que rodeaba el Hyeminseo, demasiado alta para que la escalara. Miré por encima del hombro y le dediqué una expresión avergonzada al sirviente.

—¿Podría ayudarme a subir a lo alto del muro, por favor?

Se tensó.

—¿Cómo?

—Podría ofrecerme su espalda.

—Te refieres a… ¿subirte a mi espalda?

—Rápido —susurré—. ¡Ya viene!

Permaneció inmóvil.

—Lo haré yo sola, pues —musité, resoplando.

Me sequé el sudor de las manos, corrí y salté… y me agarré a lo alto del muro helado y techado. Me impulsé hacia arriba con todas mis fuerzas y me raspé las rodillas en un intento por escalar, pero mis dedos resbalaron y caí al suelo.

—¿Una enfermera *de palacio?* —La voz del comandante Song sonó más cerca aún—. ¿Qué aspecto tenía?

Debía salir *ya.*

Me recompuse y salté una vez más. Me sujeté a lo alto del muro, me impulsé y me las arreglé para atisbar el otro lado. Tenía la frente perlada de sudor mientras trataba de reunir más fuerzas. Los brazos

me temblaban y los dedos me dolían. De pronto, un par de manos me agarraron por la cintura y me levantaron sin esfuerzo lo bastante alto como para poder pasar una pierna por encima del muro de piedra. Agarrada a las tejas, eché un vistazo al joven sirviente y reparé en su expresión seria.

—Mantente alejada, si puedes. —Su voz contenía una mezcla de advertencia y desafío—. Si no quieres arruinarte la vida, será mejor que no te vuelva a ver en el escenario de un crimen.

Fruncí el ceño. No estaba muy segura de a qué se refería.

—Por supuesto —respondí—. Dudo mucho que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Atisbé el sombrero de policía del comandante Song, así que salté y aterricé al otro lado antes de pegar la espalda al muro con el corazón martilleándome en el pecho. El comandante y su sirviente intercambiaron unos susurros y oí sus pisadas alejándose de allí. Se me escapó un suspiro de alivio; estaba a salvo. Aun así, en mitad del silencio posterior, el aplastante peso de la realidad cayó de nuevo sobre mí.

Habían asesinado a cuatro mujeres.

El pelo arrancado en una mano; la sangre bajo las uñas de otra víctima. Eran susurros de su desesperación por vivir, pero, aun así, las habían matado.

¿Quién podía ser tan cruel? ¿Tan *malo?*

Me pasé una mano por el rostro y miré a mi alrededor. Todo estaba igual que siempre: el mar de casuchas de barro con techos de paja cubiertos de nieve, las calles sucias que serpenteaban por la capital, el perfil afilado de las montañas que nos rodeaban. Y, aun así, parecía que hubiese escalado un muro y aterrizado en una pesadilla. Allí el aire estaba cargado con el olor del terror. Los rostros de las muertas se filtraron en mis ojos y bañaron el cielo de un color azul rojizo.

«¿Qué vas a hacer ahora?». La pregunta de la enfermera Jeong-su retumbó a mi espalda. «¿Qué vas a hacer?».

Empecé a caminar, tambaleándome cada vez que me fallaban las rodillas. Busqué a Ji-eun, pero como no la encontré, me dirigí hacia la puerta este, de vuelta a casa. Todo parecía extraño, duro y

desconocido. Cuando pasé junto a un carnicero que troceaba un animal, me encogí y casi se me saltaron las lágrimas.

¿Quién había matado a esas mujeres? ¿Qué había podido impulsar al asesino a arrebatarles la vida? A través de mi visión borrosa reparé en las caras de la gente con la que me cruzaba: sucias y llenas de arrugas. Los hombres, mujeres y niños me miraban al pasar.

Había entrado en un mundo que parecía estar ocultándome secretos terribles.

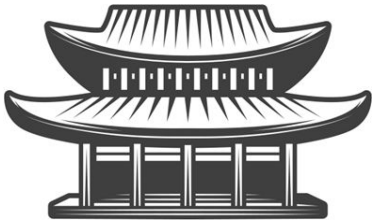
1 *Uiwon-nim:* manera formal de apelar a un doctor, compuesta de *uiwon,* miembro del personal sanitario, en general, un doctor; y el sufijo *-nim,* que funciona como honorífico, señor/a. *(N. de las T.)*

2 Afirmación dirigida a una persona mayor o de mayor rango. *(N. de las T.)*

3 *-ah! / yah!:* interjección para apelar a una persona de la misma edad o con la que se tiene gran confianza. *(N. de las T.)*

4 Libro para las doctoras principiantes a partir de la era Joseon del rey Song-jong. *(N. de las T.)*

2



La mecha había ardido del todo. Acababa de amanecer y no quería salir de mis aposentos y molestar a todos para ir a buscar otra vela. Mi hermano Dae-hyeon, de cinco años, seguramente estaría dormido, y en cuanto a mi madre… Bueno, siempre la evitaba; no me gustaba verla tan tensa y seria esperando a mi padre, quien nos visitaba en contadas ocasiones, pues prefería dividir su tiempo entre su esposa y su nueva concubina. Madre no le importaba.

—Nunca seré como madre —susurré tras acercar la mesita a la ventana sin hacer ruido.

Ese era mi mantra: no amaría a nadie a menos que me amasen a mí primero y a la que más.

Si no podía ser la primera, prefería no ser nada.

No languidecería esperando como mi madre mientras el mundo seguía avanzando. Estaba decidida a hacerme oír, a que mi opinión contase. Así pues, continué escribiendo la carta dirigida al comandante Song. La tinta negra resbalaba en el papel iluminado por el cielo. Mi letra era pequeña y clara. Me había arremangado para no dejar ninguna mancha.

Iba por la cuarta página, describiendo la amabilidad de la enfermera Jeong-su y asegurando que era incapaz de matar a nadie. Me descubrí remontándome más y más en el pasado. Volví a cuando tenía ocho años, temblando en la puerta de la Casa Gibang. Mi madre me había dejado allí en pleno invierno. Creía que el único

futuro que me esperaba era el de una *gisaeng,* una mujer dedicada al entretenimiento. Me había ordenado que esperase hasta que la madama —que me había rechazado— cambiase de parecer y me aceptase. Sin embargo, las puertas permanecieron cerradas y nadie fue a buscarme hasta que la enfermera Jeong-su se agachó frente a mí y me acunó el rostro.

—Soy una *uinyeo.* Ya no estás sola. —Eso fue lo primero que me dijo antes de llevarme al Hyeminseo.

La enfermera Jeong-su solo tenía dieciocho años por aquel entonces, la misma edad que yo en el presente.

Tras detenerme varias veces para masajearme los dedos acalambrados, miré por la ventana y vi que empezaba a clarear. Hoy era mi día libre; trabajaba en palacio cada dos días, igual que muchas otras enfermeras. Tendría tiempo de asistir al interrogatorio policial que se llevaría a cabo hoy, cuando los testimonios aún seguirían recientes.

Di un sorbo a mi té de cebada, que se había enfriado, y escribí la frase final de la larga carta dirigida al comandante Song.

Si la conociera como yo, señor, estaria convencido de su inocencia.

Esperé a que la tinta se secase antes de doblar la carta. Tras asearme rápidamente y quitarme el uniforme, salí de casa a paso ligero. Al cabo de media hora llegué a la entrada de la fortaleza.

Alcé la mirada y un guardia inspeccionó mi placa identificativa. En lo alto del parapeto de la fortaleza había un soldado vestido con una túnica roja. Me pregunté qué vería desde allí, si el reino parecería distinto tras una noche tan teñida de sangre.

El guardia me devolvió la placa.

—Puede pasar —dijo. Se formó una nubecilla de vaho a causa del aire frío.

Atravesé la puerta de inmediato con todos los sentidos alerta. En algún lugar de esta ciudad se escondía un asesino. Había filas

interminables de casas habitadas por gente de aspecto cansado y hambriento, vestida de blanco y fumando en pipa. Unos niños me empujaron al pasar corriendo a mi lado. Me crucé con mujeres que transportaban cestas en la cabeza y a sus bebés en la espalda, algunas con niños mayores tras ellas que llevaban fardos de paja en los brazos.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso a mi amo! —anunciaron unos sirvientes.

El protocolo dictaba que había que postrarse en el suelo ante los nobles que pasaban, así que me oculté en el callejón Pimatgol, una callejuela estrecha que la gente como yo usaba para evitar inclinarse y mancharse la falda de tierra. En cuanto estuve cerca de la Jefatura de Policía, volví al camino principal y me detuve.

Me llamó la atención la muchedumbre reunida ante el tablón de anuncios. Los susurros y dedos señalaban un volante en particular que destacaba entre todo lo demás. Los volantes anónimos solo se publicaban en los tablones de anuncios cuando los oprimidos buscaban tener voz, porque sabían que hablar abiertamente acarrearía su ejecución.

—¿Qué dice? —preguntó un campesino.

—Ni idea. No sé leer —dijo otro.

—¡Ninguno sabemos leer! ¿Qué dice?

Zigzagueé entre la gente y eché un vistazo. Estaba redactado con caracteres *hanja,*[1] una escritura dirigida exclusivamente a los nobles, a los poderosos. Aun así, yo sabía leer chino clásico, así que di varios pasos más y me quedé helada.

«El príncipe heredero ha asesinado…».

La multitud se separó de repente. Se oyeron gritos y jadeos, y hubo un destello de sombreros negros. Unas figuras con túnicas negras irrumpieron de repente balanceando sus garrotes. La policía había llegado. Uno me empujó con tanta fuerza que mis dientes chocaron al estamparme contra la pared. Sin embargo, lo que acababa de leer me había dejado entumecida y no sentí dolor, aunque vi el destello de miedo que iluminó los ojos del oficial mientras arrancaba el volante.

Me hundí contra la pared y las piernas se me aflojaron. Recordé los aposentos oscuros del príncipe, unos aposentos que habían murmurado su ausencia. Su Alteza había abandonado el palacio en secreto y había regresado tras ser testigo de una masacre.

«El príncipe heredero ha asesinado…». ¿A quién? ¿A quién había asesinado?



Entré en la Jefatura de Policía enseguida y vi una silla de interrogatorio colocada frente al pabellón. El comandante Song estaba sentado en mitad de la grada de madera. Era un hombre mayor, enorme y gruñón, con la barba cana y rala. Tenía un codo apoyado en el brazo del asiento y tamborileaba un dedo contra su mejilla. Estaba esperando. Los espectadores rodeaban la silla de interrogatorios, también a la espera.

—Pareces estar a punto de vomitar.

Sobresaltada, miré alrededor y reparé en una mirada intensa de párpados caídos. Era In-yeong, la enfermera de palacio que había visto en el escenario del crimen, una mujer joven, alta y esbelta de veintitantos años, con un rostro tan pálido como los pétalos de una flor a la luz de la luna. Quizá se debiese a que llevaba más polvo *jibun*[2] de lo normal, pero, por muy delicada que pareciese, tiró de mí hacia un lado con una fuerza descomunal.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

—Desde el principio del interrogatorio.

—¿Ha empezado?

—Ya han hablado todos los testigos, incluyendo los familiares de la sospechosa.

Pronunció la última palabra como si ella tampoco creyese que la enfermera Jeong-su fuese culpable.

—¿Crees que mi mentora es inocente? —pregunté con vacilación.

—¿Tu mentora? —Exhaló y sacudió la cabeza—. Yo soy testigo, la primera que informó del crimen.

Alcé las cejas.

—¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia —murmuró—. Antes de que levantaran el toque de queda, me di cuenta de que el borracho de mi padre había desaparecido, así que fui a buscarlo al antro de apuestas que frecuenta. No quería que se jugase lo poco que tiene, como siempre. Pero últimamente, con el tema de la hambruna… —Negó con la cabeza—. Fui a por él y estaba cabreado, así que se marchó solo. Entonces vi a Ahn-bi corriendo por la calle. Parecía aterrada y no dejaba de mirar por encima del hombro. No se detuvo a pedir ayuda a los oficiales.

—Y acabó muerta —dije, más para mí que para ella—. Supongo que la policía sabe que era una dama de palacio, ¿no?

—Sí, se lo dije… —Se quedó callada y su mirada se desenfocó, seguramente al recordar lo que había sucedido antes del amanecer —. Seguí a Ahn-bi, ya que sabía que no puede salir de palacio, pero la perdí y la estuve buscando un rato antes de encaminarme a casa. En ese momento oí el grito femenino.

In-yeong soltó el aire de forma entrecortada.

—Cuando llegué todo estaba en silencio, y la puerta, abierta, así que me asomé. Entonces vi… —Se tapó la boca con la mano. Parecía a punto de desmayarse—. Jamás había visto algo tan horrible.

En ese momento, la multitud empezó a susurrar. Seguí su mirada y mis ojos se detuvieron en la enfermera Jeong-su cuando apareció. Ya no llevaba su uniforme de *uinyeo,* sino un vestido blanco. Los copos de nieve caían de forma tan silenciosa como sus pasos. El tiempo se ralentizó mientras intentaba reconocer a la mujer que me había instruido durante casi la mitad de mi vida, la mujer a la que admiraba tanto. De pequeña, me recordaba mucho a un hada del cielo: tenía un rostro luminoso como la luna y unos ojos tan brillantes como las estrellas en una noche despejada. Pero ese día parecía tímida, débil.

La tensión se concentraba en el ambiente, sofocando a todos los que parecían esperar aguantando la respiración. Mientras la ataban a la silla de interrogatorios, dos flageladores la escoltaban empuñando gruesos garrotes de madera..

Quise cerrar los ojos. La tortura policial tenía mala fama, tanta que incluso el rey Yeong-jo siempre procuraba evitar las palizas que propinaban los oficiales. Su Majestad había limitado los azotes a treinta y ordenado que no se repitiese una tortura hasta tres días después de la anterior, pero era de dominio público que los oficiales de baja cuna no siempre acataban las órdenes de Su Majestad, y a menudo golpeaban a los sospechosos hasta la muerte.

«Por favor, protege a la enfermera Jeong-su», pedí al cielo.

La voz del comandante Song reverberó por la grada.

—Un poco antes del levantamiento del toque de queda, casi al amanecer, varios testigos afirman haber oído gritos provenientes del Hyeminseo. Las madres de dos de las víctimas asesinadas aseguran que sus hijas se habían marchado antes para acudir a las clases de la enfermera jefa Hee-jin, que también fue hallada sin vida. —Se volvió hacia la enfermera Jeong-su y prosiguió—: Dices que tú también habías ido al Hyeminseo para ayudarlas con sus estudios, ¿no?

—Así es —respondió Jeong-su con la voz cansada.

—¿A qué hora?

—A menudo abrimos las puertas del Hyeminseo a las estudiantes de enfermería una hora antes de que se levante el toque de queda.

—¿A las cuatro de la mañana, a la hora del tigre?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué tres vecinos afirman haberte visto salir de tu casa a medianoche y no volver? ¿Adónde fuiste?

Pálida, la enfermera Jeong-su trató de darle largas.

—No es ningún crimen que una mujer esté tarde en la calle.

Era cierto. A las mujeres se nos permitía salir durante el toque de queda. Los hombres lo tenían prohibido, se los consideraba peligrosos para la capital por las noches. Ella no había hecho nada malo.

—Repito la pregunta —insistió el comandante Song de forma sucinta—. ¿Dónde estuviste entre medianoche y las cuatro de la madrugada, la hora en que aseguras haber llegado al Hyeminseo?

Ella vaciló de nuevo, esta vez durante demasiado tiempo.

—Yo… fui a pasear.

—¿Durante cuatro horas?

—Tenía mucho en lo que pensar, señor.

El comandante mantuvo el codo en el reposabrazos de su asiento y siguió tamborileando el dedo contra la mejilla.

—Quizá pasaste esas cuatro horas planeando el asesinato o te reuniste con tu cómplice, el que te ayudó en la masacre.

—Eso es fruto de su imaginación, señor. —Le tembló la voz, pero no supe si por miedo o de rabia—. No tengo razones…

—Cuando te encontramos, estabas cubierta de sangre. Tenías las manos manchadas de rojo. Si eres inocente, dime: ¿tienes una coartada que confirme tu testimonio desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada?

Ruborizada, no apartó la mirada del suelo.

—No la tengo.

«Enfermera Jeong-su, defiéndase», le supliqué en silencio.

—No tenía por qué matar a las estudiantes —dijo con una voz áspera—. Me llevaba bien con la jefa de enfermeras. Y en cuanto a la joven dama de palacio, no la había visto nunca.

—Estás mintiendo, enfermera Jeong-su —gruñó el comandante Song—. Nos ocultas algo. Aseguras haberte quedado dormida, pero ¿cómo has podido quedarte dormida si hay testigos de todas partes de la capital que afirman haber oído los gritos?

Un murmullo a favor se propagó por la muchedumbre en torno a mí.

—Los oficiales han recopilado las pruebas presentes en el escenario del crimen y han encontrado un *yakjakdu.* —El comandante hizo un gesto y un trabajador se acercó con una cuchilla larga y recta, con la empuñadura de madera. Se trataba de un cortador de hierbas cubierto de sangre que habían separado de una tabla de cortar—. Es imposible que hubieras podido matar a esas cuatro mujeres sola. Alguien ha debido de ayudarte a atraer a esa pobre dama de dieciocho años fuera de palacio —prosiguió el comandante Song—. ¿Quién ha sido? ¿Quién te ha ayudado?

La enfermera Jeong-su apretó los dientes y un músculo palpitó en su mandíbula.

—Yo no… —Su voz se quebró igual que mi corazón—. Yo no le he hecho daño a nadie.

El comandante Song se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas, como si estuviese tratando con una niña.

—Dentro de unos días, si sigues sin cooperar, haré que los flageladores te golpeen hasta que seas incapaz de tenerte en pie y los huesos se te hayan hecho pedazos. —Y añadió en un tono más suave—: Hablarás entonces. Todos terminan rindiéndose al final. Es cosa tuya cómo lo hagas, por voluntad propia o por el dolor.

—¿Qué sentido tiene hablar? —estalló ella. Alzó la barbilla y lo miró con tanto desafío como la hoja de una espada. *Esa sí* era mi mentora—. Sospecho que no permitiréis que viva mucho más. —El miedo destelló en sus ojos y la voz le tembló, pero sus manos, atadas al respaldo de la silla, seguían cerradas en puños—. Si se me va a recordar por algo, que sea por esto. Por *esto* —repitió con voz estrangulada.

¿A qué se refería? Tenía tantas preguntas. Sin embargo, el comandante Song la despachó con un gesto.

—¡Quitadla de mi vista!



En cuanto el interrogatorio terminó, me colé en el jardín del servicio en busca de algún rostro familiar, alguien de confianza en quien pudiera delegar la tarea de entregar mi carta al comandante Song. Al principio busqué al oficial, describiéndolo como «un joven con gesto serio que suele ir vestido como un campesino», pero tras las miradas raras que recibí, centré mi atención en la *damo* que salía de la cocina. Se llamaba Sul-bi; era una alumna con la que había estudiado en el Hyeminseo y, como todas las *damo,* estaba allí porque había suspendido el examen tres veces.

—Sul-bi-yah —la llamé.

Ella se volvió y le cayó un mechón de pelo en el rostro pálido.

—Hyeon-ah —dijo, y me miró. Parecía aturdida—. No puedo creer que haya tenido que encerrar a la enfermera Jeong-su en una celda.

¡A la enfermera Jeong-su!

Sentí una punzada en el pecho.

—¿Crees que es inocente?

—Sí —susurró—. La conocemos. Jamás haría una cosa así.

—Eso mismo pienso yo…

—Pero me preocupa, Hyeon-ah. El comandante le guarda rencor por algo personal.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿A qué te refieres?

—Hace muchos años, la enfermera Jeong-su no pudo salvar a su mujer y a su hijo durante el parto. No la ha perdonado desde entonces. Sobre todo, por haber intentado traer al mundo a un bebé con tan poca experiencia.

—Todos empezamos con poca experiencia —rebatí.

Sul-bi se mordió el labio inferior antes de sacudir la cabeza.

—Le mintió al comandante diciendo que tenía más conocimientos de los que realmente tenía. Quería demostrar su valía ante sus compañeras.

—Pero esto ha sido un asesinato —insistí—. Seguro que el comandante no se deja influir por esos motivos personales. No querrá que el verdadero asesino quede libre.

—O tal vez sí.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Se secó la frente sudorosa y miró alrededor.

—No le digas a nadie que te lo he contado. ¿Me lo prometes? Confío en ti. Siempre he querido que fuésemos amigas, sabiendo lo… perfecta que eres en todo —susurró. Me moví, incómoda—. Nunca cometes fallos.

Mi objetivo era no equivocarme nunca. Toda mi vida era un error; había nacido mujer y fuera del matrimonio. No podía permitirme ninguno más.

—Han colgado un volante anónimo por toda la capital —me contó. Enarqué las cejas y recordé a la muchedumbre y la policía—. Pone que el príncipe heredero ha asesinado a las mujeres en el Hyeminseo.

Ahogué un grito y apenas logré mantener el rostro sereno.

—Es evidente que no puede ser verdad —dijo con voz objetiva—. La mayoría de la gente de fuera de palacio ni siquiera sabe qué aspecto tiene el príncipe. ¿Cómo podrían reconocerlo?

«Pero Ahn-bi, una dama de palacio, murió en el Hyeminseo», pensé. Seguro que su muerte habría dejado un rastro de sangre que llevaría hasta palacio.

—No me cabe duda de que alguien está intentando crear un complot —opinó Sul-bi, convencida—. Es lo que siempre pasa en la capital. Siempre hay alguien que intenta arruinar la reputación de otra persona. Quizá se trate de un enemigo perteneciente a la facción de la Doctrina Antigua. Además, al príncipe no se le permite abandonar el palacio solo. Está prohibido, ¿no?

—Sí —susurré. Agaché la cabeza para esconder lo que sabía, que el príncipe llevaba desaparecido desde la noche de la masacre.

Apreté los dedos contra los ojos y exhalé intentando mitigar el mal presentimiento que tenía. La masacre en el Hyeminseo ahora también acarreaba el rastro enfermizo de un terrible escándalo en la familia real que supondría la muerte de la enfermera Jeong-su. Volví en mí y le entregué la carta a Sul-bi.

—Hazme un favor y entrégale esta carta al comandante Song…

—Baek-hyeon. —Escuché una voz terriblemente familiar y fría a mi espalda—. ¿Entregar qué?

Sul-bi abrió los ojos de pánico, el mismo que sentí yo, y, cuando hizo una reverencia profunda y se fue, deseé poder desaparecer con ella. No necesitaba mirar para saber de quién era la sombra que se cernía sobre mí. Mi padre, la persona a la cual tenía prohibido llamar «padre». En nuestro reino, los hijos ilegítimos eran solo de la madre, no del padre que los había engendrado.

—Lord Shin —susurré, girándome despacio.

Vestía una túnica de seda de color carmesí y un sombrero de gasa. No debería haberme sorprendido verlo, pues servía en el Ministerio de Justicia; su deber era asegurar que la justicia se impartiera de forma adecuada.

Hice una profunda reverencia y me quedé inmóvil.

—He visto cómo te colabas y te he seguido. —Su tono de voz frío y ligeramente curioso llegó hasta mí—. ¿Qué haces aquí, tan lejos de la muchedumbre?

—Yo… —Intenté dar con una respuesta creíble—. Estaba buscando a un sirviente para que le entregase una carta al comandante Song. Quiero ayudar a la enfermera Jeong-su —expliqué, esperando dar la imagen de una pupila leal—. Es inocente, milord. Lo sé. Si el comandante la conociera bien, no…

Vi cómo mi padre extendía una mano por el rabillo del ojo.

—Dámela —dijo en voz baja.

Lo hice; su mano y la carta enseguida desaparecieron de mi vista. Me quedé callada mientras el corazón me latía desbocado en el pecho.

La brisa matutina me caló en los huesos mientras mi padre leía detenidamente mis palabras. No me atreví a moverme. Estaba demasiado asustada como para parpadear siquiera. Mi padre me daba más miedo que un tigre. El tigre tal vez me comiese, pero mi padre era capaz de destrozarme el alma.

Y hacía cinco años que no hablaba con él.

Había pasado esos años observándolo de lejos en la capital. Siempre iba a caballo o lo llevaban sus sirvientes en un palanquín mientras pedían que dejáramos paso a lord Shin. Los campesinos se inclinaban ante él en la calle, yo incluida, y el barro me salpicaba cada vez que pasaba. Los hombres como él decidían quién era importante y quién no.

Mi padre por fin me devolvió la carta. Esperé y contuve el aliento. ¿Aprobaba mis esfuerzos?

—Esto no son pruebas. —Sus duras palabras me hirieron—. Al comandante solo lo persuadirán las pruebas. Lo que has escrito son una sarta de sentimientos estúpidos y ordinarios. —Agarré la carta con fuerza. Quería destrozarla, hacerla desaparecer de la vista de mi padre—. Hay cosas mucho más importantes en las que deberías centrarte. Me he enterado de que ahora eres enfermera en palacio.

—Así es, señor —logré responder, reprimiendo el dolor en mi voz.

—Haré de padre durante un momento, entonces, y te daré un consejo. —Una brisa levantó su túnica, que ondeó alrededor de sus

botas—. Deja de preocuparte por lo que le pase a la enfermera Jeong-su. No es tu madre. No es tu hermana. No eres responsable de su vida.

Mantuve la vista clavada en el suelo con el corazón herido y un fuerte nudo en el estómago a causa de sus palabras.

—Eres una vulgar plebeya y, aun así, te has convertido en enfermera de palacio. Esta oportunidad es una entre un millar. No te distraigas. No te inmiscuyas en los asuntos de la Policía. Si lo haces, pondrás en peligro tu futuro.

—*Yeh* —susurré.

Mi padre dio media vuelta para marcharse, pero se arrepintió poco después. Colocó las manos a la espalda y sentí su intensa mirada sobre mí.

—Prométeme que pasarás desapercibida. Deja que el comandante haga su trabajo y recuerda que no hay nada que tú, una mera niña, puedas hacer para ayudarlo.

Permanecí inclinada hasta que se alejó. En cuanto estuvo fuera de mi vista, rompí la carta y tiré los trozos al suelo.

Siempre había querido mostrarme perfecta ante mi padre, un deseo que me había llevado a considerar a los jóvenes nobles la competencia. Por ese motivo había estudiado todos los libros obligatorios. De hecho, de haber nacido varón, habría aprobado el examen estatal sin grandes dificultades. *Gran Saber, Doctrina de la medianía, Analectas de Confucio y Mencio.* Seguía intentando memorizar los textos cuando tenía tiempo libre para conseguir la misma sabiduría y parecerme a ellos tanto como pudiera.

Para ser una mujer merecedora de la atención de mi padre.

Pero ese día le había demostrado lo incompetente que seguía siendo. «Esto no son pruebas», había dicho.

¿Entonces qué eran?

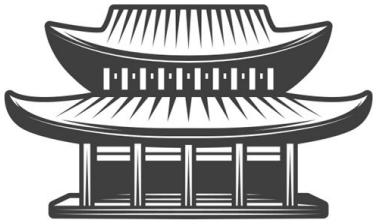
No tenía intención de encontrar al asesino. Solo quería obtener las pruebas suficientes como para alejar la ira del comandante Song de mi mentora. Y le demostraría a mi padre de lo que era capaz. No esperaba que me brindase amor ni reconocimiento sin más, tenía que conseguirlos yo misma con esfuerzo.

Posé las manos en un lateral de la puerta y miré alrededor. Me pregunté dónde estaría la prisión, ese lugar sombrío al que habían arrastrado a la enfermera Jeong-su. Ella sabía algo, eso seguro. Fuera cual fuese la verdad, estaba dispuesta a morir para ocultarla. Quizá incluso a mí.

1 Caracteres chinos que se utilizaban para escribir palabras en coreano antes de la creación del alfabeto hangul. *(N. de las T.)*

2 Polvos de maquillaje. *(N. de las T.)*

3



Al día siguiente, pasé por el Hyeminseo de camino a palacio.

Todo el mundo parecía muy nervioso. El olor a muerte seguía muy presente aquella mañana, igual que las manchas de sangre en la nieve. Habían llamado a un chamán para que exorcizara a los malos espíritus mediante un ritual.

En mitad de aquel caos, logré llevarme a la enfermera Ok-sun aparte. Ambas habíamos estudiado juntas desde los once años, y sabía que tenía la cabeza bien amueblada; independientemente de las circunstancias, siempre se mostraba calmada.

—Cuando tengas tiempo… —Saqué un pedazo de papel de mi zurrón y se lo entregué—. ¿Podrías preguntar por ahí para saber a dónde fue la enfermera Jeong-su ayer en torno a medianoche? He escrito aquí todos los detalles.

—Las calles suelen estar vacías durante el toque de queda —repuso Ok-sun, mirando la nota—. Dudo que alguien lo sepa.

Vacilé, pero sabía que Ok-sun admiraba a la enfermera Jeong-su tanto como yo.

—Inténtalo al menos, por favor. Es mejor que nada.

—Hyeon-ah… —Me miró—. ¿Estás investigando?

—No, claro que no —respondí—. Solo estoy recabando unas cuantas pruebas. Necesito encontrar suficientes para demostrar la inocencia de la enfermera Jeong-su. En cuanto las consiga, pararé.

Me contempló con recelo, como si no me creyese.

—Te conozco demasiado bien, Hyeon-ah. Sueles obsesionarte con las cosas. —Vaciló y luego murmuró—: Pero eres mi amiga, así que preguntaré a todas las personas que conozco. Con discreción, claro.

—Gracias —susurré.

Cuando me marché del Hyeminseo los puestos del mercado empezaban a abrir. Había rollos extendidos de preciosa seda china para tentar a los pudientes. Los objetos de latón relucían bajo la fría luz de la mañana. Montones de sombreros y cestas de paja se tambaleaban por culpa de la brisa montañosa. Un nuevo día había comenzado y sentía en los hombros el peso del peligro que traía consigo.

Cuando por fin llegué al palacio Changdeok, enseñé mi placa identificativa de madera y entré por la puerta Tonghwa. En parte esperaba que los guardias me sacaran de allí a rastras y me atasen a una silla de interrogatorio donde me obligarían a confesar el paradero del príncipe la noche de la masacre, pero no me prestaron más atención de la habitual.

La advertencia de mi padre me serenó. «Prométeme que pasarás desapercibida. Que el comandante haga su trabajo».

Pegándome el zurrón contra el pecho, entré en la botica real, un patio enorme con varios pabellones señoriales. Los tejados negros sobresalían como el perfil de la montaña y los aleros relucían con colores majestuosos. Las paredes y las vigas estaban pintadas de rojo y las ventanas entramadas eran de un precioso color verde jade. El edificio al que me dirigía, en cambio, tenía un aspecto más deslucido y se hallaba al fondo. Entré en una sala donde otras tres enfermeras se estaban colocando el uniforme a toda prisa. Eran mujeres jóvenes con los ojos negros, afilados, y los labios ligeramente coloreados. No les caía bien, pues se creían superiores a mí.

Mantuve la cabeza gacha, les hice una reverencia y las saludé antes de dirigirme a un rincón para ponerme el uniforme. Fingí estar en mi propio mundo, pero cuando se pusieron a cuchichear, no perdí detalle de la conversación.

—¿Te has enterado de lo de la masacre en el Hyeminseo?

Una enfermera hundió el dedo en un pequeño tarro de miel y se la untó en el pelo para evitar que se le soltasen los mechones más cortos y para añadir un poco de brillo a su cabello. La segunda se colocó el delantal.

—Al parecer, la enfermera In-yeong fue la primera en llegar a la escena.

—He oído que durante años fue una *damo.* —La tercera se alisó la falda azul y la seda crujió bajo su mano—. Se convirtió en enfermera de palacio el año pasado, creo, ¡y tiene veinticinco años! Muy mayor, si queréis saber mi opinión.

Se alejaron todavía cuchicheando. Tras aguardar un momento, salí y me dirigí al consultorio médico dándole vueltas a lo que acababa de escuchar.

No conocía a la enfermera In-yeong muy bien, pero sentía lástima por ella. No parecía caerle bien a nadie. Las enfermeras de palacio a menudo rehuían a las que habían sido *damo;* se consideraba una posición degradante dentro de la profesión. Las *damo* formaban parte de la Policía y principalmente se ocupaban de los cadáveres femeninos y de las delincuentes más violentas, ya que los oficiales varones, por ley, tenían prohibido tocar a una mujer que no estuviese emparentada con ellos. Si suspendías el examen tres veces, te convertías en una *damo.* Yo también podría haberlo sido si la enfermera Jeong-su no se hubiese dedicado a ayudarme.

No todas tenían a una enfermera Jeong-su en su vida.

Al fin llegué frente al consultorio, un pabellón señorial y majestuoso. Oí una voz masculina en el interior, probablemente el sanador Nan-shin repartiendo las tareas del día entre las enfermeras.

Subí los escalones a toda prisa y entré. Todo el personal médico de palacio estaba apiñado en el salón principal con las manos ocultas en las mangas y las cabezas gachas. Me coloqué en fila junto a las demás e inhalé el olor terroso a hierbas secas, almacenadas en los enormes cajones o suspendidas del techo en bolsitas blancas. Normalmente aquel aroma me tranquilizaba. Había pasado siete años respirándolo mientras estudiaba, atendía a pacientes y me reía y cuchicheaba con mis compañeras.

Hoy, no obstante, no pude evitar preguntarme qué horrores se ocultarían bajo aquel aroma tan familiar.

—Seguro que han oído hablar del incidente que tuvo lugar hace dos noches —dijo el sanador Nan-shin, interrumpiendo mis pensamientos de golpe—. Y también del peligroso rumor que circula por ahí, pero les aconsejo que guarden silencio. Quienquiera que corra la voz lo pagará con su vida.

Me mordí el labio inferior. Estaba refiriéndose al volante anónimo. La acusación contra el príncipe heredero. Sacudí la cabeza; no quería seguir pensando en eso.

—¡Bueno! —Elevó la voz y fue como el comienzo de una página en blanco—. Hoy será un día muy ajetreado.

Procedió a repartir las tareas. Las enfermeras se dividían en tres especialidades: lectura del pulso, medicinas y acupuntura. Las que leíamos el pulso, como yo, estábamos a cargo de determinar el nivel de equilibrio entre la mente y el cuerpo; lo hacíamos examinando los síntomas, preguntando y comprobando el pulso de acuerdo con el manual de la Oficina Real de Medicina. Las fabricantes de medicamentos eran las encargadas de comunicar los síntomas al médico, discutir posibles diagnósticos con él y, una vez se decidiera el tratamiento, pasar horas preparando el brebaje, con gran cuidado, antes de administrarlo. En cuanto a las acupunturistas, las más respetadas en el gremio, eran enfermeras altamente cualificadas que sabían cómo aliviar la enfermedad y los dolores sirviéndose de los puntos de presión del cuerpo. Comprendían la intrincada constelación del *ki* que fluía por el cuerpo y sabían exactamente dónde y a cuánta profundidad clavar las agujas.

—Hay una última tarea —prosiguió el sanador Nan-shin una vez terminó de repartir las anteriores. Carraspeó como si tratara de quitarse un mal sabor de la boca—. Necesito que dos enfermeras, una del pulso y una acupunturista, examinen a la señora Mun y a su bebé.

Miré al resto de enfermeras. Ninguna se ofreció voluntaria. A nadie le gustaba la señora Mun, una joven de dieciocho años que había pasado de ser una tímida sirvienta de cocina a una soberbia

concubina del rey. Pero yo la conocía mejor que nadie de aquí y siempre había sido arrogante, incluso de niña.

Hacía mucho tiempo, cuando ambas teníamos once años, fuimos amigas… o algo parecido. Era la hija de una de las amigas de mi madre. Cuando la conocí, se presentó como Mun Seo-hyun, pero me ordenó que la llamara Mun-ssi, señorita Mun. Esa fue su forma de alardear de apellido, puesto que era un honor inmenso y poco común que una plebeya lo tuviera, sin importar cómo lo había conseguido o salvaguardado. Por eso accedí a llamarla Mun-ssi, celosa en secreto por no tener yo también apellido, y mientras me mangoneaba sin parar en todas las excursiones y travesuras que hacíamos. Había sido una amiga tirana, pero amiga al fin y al cabo.

—Iré yo —dijo de pronto una mujer. La enfermera In-yeong.

—Bien. —El sanador Nan-shin volvió a carraspear—. Todavía hace falta alguien para tomarle el pulso.

Aquel día tenía intención de trabajar con Ji-eun en la elaboración de medicinas. A menudo me ofrecía a ayudarla cuando no había pacientes que atender, pero al ver a la enfermera In-yeong, la necesidad de hablar con ella aumentó.

—Yo también —me ofrecí. Mi voz sonó clara y decidida, aunque las otras enfermeras me miraron con asco. In-yeong también me observó con sorpresa—. Yo la ayudaré, *uiwon-nim* —añadí con firmeza.



Según la ley confuciana, los hombres y las mujeres no se pueden tocar si no están emparentados, y esta costumbre la seguían e imponían los nobles. Nosotras, las *uinyeo,* aparecimos después de una serie de muertes desafortunadas, y evitables, entre las mujeres de la realeza que se negaban a que los médicos varones las tocasen. A ojos de la mayoría, solo éramos las ayudantes de los médicos reales y teníamos prohibido tomar decisiones por nuestra cuenta.

Así pues, un joven sanador nos acompañaba para supervisarnos. Caminaba delante de nosotras, y la enfermera In-yeong y yo lo

seguíamos. Pasamos junto a guardias vestidos de rojo que patrullaban y eunucos que iban de un lado a otro entregando mensajes, pero en cuanto nos quedamos solos en el camino nevado entre los patios, el sanador se volvió hacia nosotras. Se lo veía joven pese al vello facial que rodeaba su boca.

—¿A qué se refería el sanador Nan-shin? —preguntó, y una nube blanca de vaho se formó frente a sus labios—. ¿Qué rumor?

Recordaba la advertencia del médico de que guardáramos silencio, así que no dije nada. Pero, para mi sorpresa, la enfermera Inyeong contestó.

—Han repartido unos volantes anónimos por la capital. Dicen que el príncipe heredero es el responsable de las muertes en el Hyeminseo. Yo no creo ninguno de esos rumores, por supuesto.

El médico palideció ligeramente.

—Por supuesto que no.

Entonces volvió a darse la vuelta y aceleró el paso, como queriendo escapar de la respuesta a su propia pregunta, lo cual me dejó momentáneamente a solas con la enfermera In-yeong. Miré su rostro empolvado y me pregunté si sabría lo que las otras enfermeras decían de ella.

—No dejas de mirarme —soltó, y yo enseguida aparté la vista—. ¿Hay algo que deseas decirme?

Vacilé un momento.

—Algunos dicen… que fuiste *damo* durante mucho tiempo.

Su rostro permaneció estoico, inmóvil.

—Te refieres a las otras enfermeras de palacio. —Una sonrisa amarga curvó sus labios—. Deberías pensártelo dos veces antes de hablar conmigo. Si quieres encajar con la otras *nae-uinyeo,* será mejor que no te vean relacionándote conmigo otra vez.

La hostilidad no era nueva para mí. Había crecido con ella; mi padre y sus hijos legítimos siempre me rehuían, y desde pequeña había descubierto formas de lidiar con esa aversión.

—*Uinyeo-nim* —dije con educación, ya que era mayor que yo—, he venido a palacio a demostrar mi valía, no a hacer amigas.

Me volvió a mirar, esta vez más pausadamente, como si antes se le hubiese escapado algo y entonces se percataba.

—Yo solo he sido testigo de un crimen, como ya sabes, y eso ha atraído la atención hacia mí. A esas enfermeras de palacio les encanta contar mi pasado siempre que pueden, es su forma de ponerme en mi lugar. —Un guardia pasó junto a nosotras y se calló, pero cuando volvimos a quedarnos a solas añadió—: Eso sucede con las jóvenes *uinyeo* que ascienden a enfermeras de palacio. Se creen mejores que las demás, sobre todo que aquellas como yo, una vulgar *damo* que se ha convertido en enfermera de palacio.

—¿Cuánto tiempo fuiste *damo, uinyeo-nim?* —pregunté después de una breve pausa.

—Nueve años.

Sorprendida, volví a contemplarla. Nueve años quería decir que había suspendido todos los intentos, cada mes, de reclamar el puesto de enfermera. Así pues, ¿cómo había conseguido convertirse en enfermera de palacio de repente tras nueve años de fracasos?

—Elegí suspender esos exámenes —dijo, como si me hubiese leído la mente.

Otro ramalazo de sorpresa.

—¿Que lo *elegiste?*

—Quería seguir sirviendo en la Jefatura de Policía de Gwangju. El comandante de allí, que es un mentor para mí, como la enfermera Jeong-su para ti, tenía entre manos un caso de asesinato y me involucré mucho. Investigamos durante años, y no podía sacarme de la cabeza la injusticia y la crueldad con la que habían actuado. Asesinaron a una familia *entera* una noche, solo sobrevivió una niña. Se escondió en un baúl y oyó cómo mataban a su madre.

Se me pusieron los vellos de punta.

—¿Capturaron al asesino?

—Sí —gruñó, apretando los dientes—. Pero solo cuando descubrimos, mucho más tarde, que uno de los testigos había testificado en falso. El comandante torturó al testigo hasta matarlo. Después de que la investigación acabara, quise empezar de nuevo, olvidar.

—Lo torturó hasta matarlo… —susurré. Este mentor del que hablaba no se parecía en nada a la enfermera Jeong-su.

—Decidí que ya era hora de pasar página cuando otra tragedia llegó a mi vida. Mi madre murió, y su sueño siempre había sido que fuera enfermera de palacio, así que aprobé todos los exámenes mensuales hasta conseguir la mejor nota media al final del año. Quería entrar en palacio por ella. —Sacudió la cabeza y luego musitó —: También necesitaba dinero, y a las enfermeras de palacio nos pagan bien.

Recordé lo que me había dicho un día antes.

—A tu padre le gusta el juego…

—Me saldrán más canas por su culpa. Pero ¿cómo voy a hacerlo responsable? Su vida no ha sido fácil. —La emoción inundó su voz y su rostro se ensombreció—. Parece que siempre hay alguien de la familia decidido a volvernos locos.

«Como mi padre —pensé con amargura—. Y mi madre».

Antes de poder responder, el joven sanador carraspeó. Ya no estaba tan lejos, y me di cuenta de que habíamos llegado a la residencia de la señora Mun. Ambas cerramos el pico al tiempo que entrábamos en el pabellón.



Una expresión engreída iluminó el rostro de la señora Mun al vernos entrar. Su mirada me siguió como preguntando: «¿Todavía me envidias, Hyeon-ah?».

Agaché la cabeza, pero no pude evitar seguir mirándola de reojo. «Sí, te envidio».

Su piel brillaba como si estuviese humedecida, tenía los labios pintados de un color rosa pálido y sus ojos relucían tanto como un atardecer. No era simplemente una de las muchas concubinas del rey, sino una de las cuatro consortes de mayor rango de Su Majestad: una concubina con los privilegios de esposa.

—Mi señora. —El joven sanador dio un paso vacilante al frente—. Hemos venido a examinarlas y a confirmar su bienestar.

Ella levantó un dedo.

—Podéis proceder.

Dejando mis emociones a un lado, puse una expresión educada en el rostro antes de arrodillarme frente a la señora Mun para examinarla, hacerle preguntas y comprobarle el pulso.

—Necesita recuperar sus niveles de energía —concluí después de compartir mis hallazgos con el joven sanador. Él estuvo de acuerdo.

La enfermera In-yeong procedió a insertarle las agujas de acupuntura. Buscando distraerme, desvié mi atención hacia el bebé, cuya nodriza lo dejó en mis brazos.

—¿Qué edad tiene la *agisshi* ya? —pregunté, usando el término honorífico para «joven princesa».

La nodriza se rascó el lateral de la nariz.

—Dos semanas.

—¿Cuántas veces ha tomado el pecho hoy?

—Una vez.

—¿Ha hecho de vientre?

—Una vez.

—Bien. —Tendría que anotar esta información luego; cada pocas horas, otras enfermeras deberían supervisar la evolución de la salud tanto de la madre como de la niña. Pero, por ahora, bajé la mirada hacia la criatura y sentí el peso de la decepción de la señora Mun en mis brazos. Se moría de ganas de tener un hijo varón. Por lo que había oído, había rezado y hecho ofrendas a Samshin Halmoni, a los espíritus de las Siete Estrellas, a los espíritus de la montaña, a Buda y a ciertas rocas y árboles considerados sagrados. Incluso había comido lo que le indicaban. Y, aun así, los cielos le habían regalado una hija.

Solté el aire de los pulmones despacio para aliviar el dolor de mi pecho. «Espero que tu madre te quiera algún día —quise susurrarle al bebé—. Más que la mía me ha querido nunca a mí».

Después de nacer, mi madre me dejaba en el suelo para que jugase con la tierra. Pero cuando nació mi hermano, siempre lo llevaba en brazos a todos lados. Cuando me hice algo mayor, me dejó con una sirvienta para que me criara ella, pero a mi hermano lo agasajaba con tutores y galletitas de miel.

La injusticia de todo aquello se había enconado en mi interior y podía sentirla resurgir incluso ahora: una ira que pronto explotaría y

estallaría en mil pedazos. La culpé por haberme dado a luz como bastarda. Escondí su preciado anillo de jade bajo un armario. Tiré los apuntes de estudio de mi hermano a la lluvia. Robé y lancé al río los objetos de valor de mi hermanastra, regalos con los que mi padre la consentía. Rompí y destruí mil cosas intentando mitigar el dolor.

Una ira así jamás desaparecía del todo, pero la enfermera Jeong-su evitó que terminase consumiéndome.

—La forma que te identifica es una imagen del cielo y la tierra —susurré al bebé; eran las palabras de Sun Simiao escritas en un libro que me había regalado la enfermera Jeong-su, una enciclopedia que leía detenidamente todos los años. Se titulaba *Dongui Bogam,* y la había escrito el médico legendario Heo Jun—. Tu cabeza redonda se asemeja al cielo, y tus pies planos, a la tierra. Igual que el universo tiene cuatro estaciones, tú tienes cuatro extremidades. Y como el universo tiene el sol y la luna, tú tienes dos ojos. —Le limpié la baba de los labios—. Recuerda siempre quién eres, *agisshi…*

—¿Os habéis enterado? —preguntó la señora Mun, y sentí su mirada tan afilada como una daga en la garganta—. Hay un volante anónimo circulando por la capital y un rumor peligroso. ¿Lo habéis oído? ¿Crees que es cierto, enfermera Hyeon?

Parpadeé en su dirección, aún con la niña en los brazos.

—¿Yeh?

—Por lo que me han dicho, otra enfermera y tú estuvisteis sirviendo al príncipe heredero esa noche. ¿Es verdad que estuvo en sus aposentos todo el tiempo?

Por el rabillo del ojo vi a la enfermera In-yeong y al joven sanador intercambiar una mirada nerviosa. Cotillear sobre un miembro de la familia real con la concubina del rey era más que inapropiado; podrían rodar cabezas como consecuencia.

—¿Y bien? —inquirió.

Un sudor frío cubrió mi frente.

—El príncipe heredero estuvo en sus aposentos, mi señora. Llevaba encontrándose mal todo el día, así que nos llamaron para que lo examináramos. Hubo preocupación por su bienestar durante la noche.

—Ah, ¿sí? Normalmente hay otras enfermeras para tales tareas. Tú no haces turnos de noche, ¿verdad?

Se me helaron los dedos de las manos.

—No, mi señora.

—¿Entonces por qué te llamaron *a ti?*

Me paré un momento a pensar en si debería inventarme una mentira. No obstante, al final respondí con la verdad.

—No lo sé.

—Marchaos todos salvo la enfermera Hyeon —espetó la señora Mun con un movimiento de la mano.

La intranquilidad se asentó en mi estómago mientras le entregaba el bebé a la nodriza y aguardaba. Una vez nos quedamos solas, ella apoyó un codo sobre la rodilla y me miró con determinación.

—¿Seguro que no lo sabes?

—Sí —repuse con más convicción—. No lo sé, mi señora.

—Te creo —respondió tras un momento de silencio—. Pero tengo espías en todos los rincones de este palacio. Si me mientes, me enteraré e informaré a Su Majestad. —Sentí el peso de su mirada—. Sabes que podría decirle al rey lo que quisiera sobre ti y él me creería.

Una gota de sudor me resbaló por la espalda. La señora Mun tenía la misma edad que yo; no debería darme miedo, pero, aun así, sentí una punzada de aprensión. Tal vez ella no me asustaba, pero lo que el rey pudiera hacer sí.

—Aunque me aseguraré de que no te pase nada si te conviertes en mis ojos y mis oídos —añadió como si nada—. Si te enteras de algo de lo ocurrido en el Hyeminseo, deberás informarme. —Bajó la voz—. Especialmente si tiene que ver con el príncipe heredero.

Se me heló el corazón.

—Lo intentaré, mi señora.

—No lo intentes —me corrigió—. Hazlo.

—*Yeh.* —Rechiné los dientes e incliné la cabeza—. Lo haré.

Por supuesto, mentía. Las mentiras eran la única defensa que teníamos los plebeyos contra los poderosos.

—Bueno… —Se sentó perfectamente recta, con la barbilla en alto y una sonrisa en los labios—. Entonces puedes irte.

Me levanté, ansiosa por huir de su presencia, pero me detuve. Si la señora Mun tenía espías por todo el palacio, podría conocer la respuesta a una de las muchas preguntas que me hacía.

—Una dama de palacio ha muerto fuera de las murallas de palacio —dije despacio—. ¿Tiene idea de quién podría haberle deseado mal?

La sonrisa de la señora Mun desapareció.

—No hables a menos que se dirijan a ti —gruñó.

—Mi señora —intenté otra vez—. Solo soy una mera sirvienta, pero una vez fuimos amigas. Si guarda algún buen recuerdo de nuestra infancia, ¿no podría responderme a esto, por favor?

Ante su prolongado silencio, la miré de reojo. El temor había ensombrecido su semblante; se la veía más pálida y casi preocupada. No obstante, aquella expresión se desvaneció y la reemplazó un brillo de emoción.

—Una de mis sirvientas vio a la dama de palacio Ahn-bi y al sanador Khun, el que trabaja en el jardín medicinal, discutir el día anterior a su muerte —dijo—. Al parecer, la agarró por los hombros. —Chasqueó la lengua—. Qué indecente. Tal vez él es el monstruo que buscas. —Entonces la señora Mun me despidió con un gesto de la mano.

Mientras salía de su residencia, mis pensamientos divagaron y tejieron un entramado de nombres.

La dama de palacio Ahn-bi, el sanador Khun, la señora Mun… y el príncipe heredero.

Cuantas más vueltas le daba, más nerviosa me ponía. No pude evitarlo, tenía miedo de que parte de la verdad oculta saliera pronto a la luz y sacudiera al reino entero. Una tormenta violenta que afectaría a todo y a todos, sin duda.

4



—Será fácil y después todo acabará —me susurré a mí misma mientras cruzaba la capital a toda prisa. Agradecí el frío de los copos de nieve sobre mis mejillas encendidas.

Había pasado una hora preguntando por el paradero del sanador Khun; una hora llena de miradas desaprobatorias y preguntas sobre por qué quería ir a casa de un hombre soltero.

De todas formas, era demasiado terca como para rendirme. Estaba convencida de que el sanador Khun conocía la verdad sobre los asesinatos, la que desentrañaría el misterio y salvaría a la enfermera Jeong-su de la ira del comandante. Al fin y al cabo, la mujer con la que el sanador Khun había discutido en el jardín apareció muerta. Quién sabe si estaba enamorado de Ahn-bi. Rondaban la misma edad; él tenía diecinueve años y ella dieciocho.

Me quedé inmóvil. La posibilidad de que el sanador Khun pudiera haberla matado me asoló de golpe. A menudo, los hombres prefieren cuchillos para matar a sus víctimas; me di cuenta de ese patrón cuando estuve en el Hyeminseo. Además, había bastantes casos de mujeres asesinadas por sus maridos o parejas.

Lo imaginaba perfectamente: el sanador Khun dándole una nota a escondidas a la dama Ahn-bi para que saliera de palacio, amenazando con no volver a verla si no aceptaba. Entonces, en las sombras, la apuñaló en el pecho, pero ella escapó en dirección al Hyeminseo. El sanador Khun la persiguió y le rajó la garganta,

acabando con ella, pero se dio cuenta de que había testigos, un par de estudiantes de enfermería y su mentora. Por eso también las mató.

Un instante después recuperé el sentido común y se me ralentizó el corazón: el sanador Khun no podía ser el asesino, era un sanador, un protector de vidas, seguro que incapaz de matar a nadie.

Un grupo de soldados pasó por mi lado deprisa y casi se me cayó la nota con la dirección de la casa del sanador Khun que me había dado otro médico.

—¡Encontradlo! —rugió el capitán—. ¡No debe escapar!

Me quedé mirándolos un rato antes de seguir mi camino por la calle principal, abarrotada de gente, hacia la entrada de una fortaleza enorme. El guardia me dejó pasar con un gesto tras mostrar mi placa identificativa, y salí de la capital para dirigirme hacia donde, a veces, encontraba al sanador Khun cuando ambos regresábamos a casa desde palacio.

Era silencioso y reservado; me recordaba las plantas que crecían en su jardín medicinal. Continuamente absorto en sus pensamientos, nunca se fijaba en las miradas curiosas que le lanzaban los demás. Siempre iba con los ojos oscuros clavados al frente cuando pasaba por mi lado como una exhalación, en dirección al puente del arroyo Cheonggye, y desaparecía a lo lejos a grandes zancadas. Yo solía seguir el camino a casa de mi madre, pero esta vez me dirigí hacia el puente.

Seguí las indicaciones de la nota, que solo necesité leer una vez. Me resultaba fácil memorizar, podía aprenderme una página entera apenas de un vistazo. Me abrí paso por la aldea y llegué a la linde de un bosque. Las indicaciones decían que siguiese un camino flanqueado por árboles caducos, sin hojas, y rocas cubiertas de nieve. Me costó andar; el camino estaba lleno de ramas largas que se me enganchaban en los tobillos al pasar.

Al final el bosque dio paso a un claro; en medio había una cabaña con el techo de paja, paredes de barro en mal estado, puertas correderas y una verja cubierta de maleza.

Me detuve.

La casa del sanador Khun estaba muy apartada. Yo la había imaginado dentro de la aldea, y pensé que hablaríamos en la puerta mientras saludábamos a los vecinos curiosos que pasaran por allí. No confiaba en él —ni en ningún hombre— lo suficiente como para estar a solas en un sitio tan recóndito. En cuanto me di la vuelta para marcharme, oí una rama que se rompía cerca.

Una sombra se movió al otro lado del matorral.

Se me erizó el vello de la nuca y me quedé inmóvil, respirando de forma superficial, a la espera.

Unos instantes después, apareció un hombre. Llevaba un sombrero negro de caballero y un abrigo largo y gastado. Un académico pobre. El hombre permaneció en las sombras, observando la casa del sanador Khun. Se quedó allí tanto tiempo que una nube se movió en el cielo y un rayo de luz se coló por entre las ramas y lo alumbró.

Abrí mucho los ojos al reconocer aquel rostro familiar y atractivo, sin las manchas de barro de la última vez. Tenía unos ojos oscuros muy llamativos, la nariz aguileña y el mentón muy marcado. Las mejillas hundidas revelaban que pasaba hambre, pero nada que varias buenas comidas no pudieran solucionar. Era el sirviente de la policía, aquel hombre callado y severo que me había ayudado a escapar del escenario del crimen.

Pero ¿qué hacía ahí y por qué vestía de académico?

Los copos de nieve caían sobre su rostro, pero él ni se inmutó. Estaba tan quieto que fui incapaz de imitar su inmovilidad, y, para colmo, se me estaba clavando una rama en la parte de atrás del muslo. Eché un vistazo alrededor, la aparté y volví a mirar.

Me quedé en blanco un momento, confundida. Entonces oí que las puertas correderas se cerraban y me puse en marcha enseguida. Rodeé la casa hasta encontrar la puerta trasera y la entreabrí ligeramente. Me asomé, pero solo vi una habitación vacía. Seguí caminando pegada a la pared y después abrí la ventana desvencijada para echar un vistazo a la otra sala. También vacía. ¿Adónde había ido el sirviente de la policía? Me giré para inspeccionar las demás habitaciones, pero me di de bruces con algo.

—Tú otra vez —espetó una voz profunda, divertida.

Me quedé mirando aquellos ojos marrones, brillantes. Los copos de nieve se le habían pegado a las pestañas. Abrí la boca, pero no supe qué decir. La intensidad de su mirada me había robado el habla. Parpadeé muy rápido y después bajé la vista. Vi que había sacado una daga. La enfundó porque claramente no me consideraba una amenaza. No supe si sentirme ofendida o no.

—¿Por qué me sigues? —preguntó.

—Yo he llegado primero. ¿Por qué está *usted* en casa del sanador Khun?

—Porque él no está.

Tardé un momento en descifrar sus palabras. Seguramente había ido a husmear entre las pertenencias del sanador, pero ¿qué buscaba?

—Supongo que la Policía lo ha mandado aquí.

—No.

—Entonces, ¿por qué…?

—Juraría que te dije que no quería volver a verte.

Respondí en un tono excesivamente educado.

—Si no recuerdo mal, sus palabras exactas fueron «será mejor que no te vuelva a ver en el escenario de un crimen». Pero ¿es esto el escenario de un crimen?

El hombre joven se quedó mirándome como si me comportase de forma extraña, como si no le hubiesen hablado así nunca.

Al ver que no respondía me encogí de hombros.

—Simplemente he venido a hablar con el sanador. Ya está.

Su expresión confundida no cambió.

—¿Por qué?

—Tengo una razón interesante, pero si quiere saberla… —Miré hacia la casa vacía, preguntándome a dónde habría ido el sanador Khun—. Primero tendrá que contestarme. ¿Por qué va vestido de académico?

—Para mezclarme con la gente.

—Si la Policía no tiene nada que ver, ¿qué hace aquí?

Se quedó callado un instante.

—¿Me estás interrogando? —preguntó.

—No. Estamos manteniendo una conversación…

—Por desgracia, no tengo tiempo para esto —dijo, dándome la espalda.

Antes de que pudiera detenerlo, se metió en la casa del sanador Khun, en el hogar de un hombre que podría volver en cualquier momento.

«Vete, Hyeon-ah», me avisó una voz en mi cabeza. No quería involucrarme, pero había algo en ese sirviente de la policía que me generaba curiosidad. El instinto me decía que tenía información, y quería averiguarla.

Entré en la casa y lo vi rebuscar por todas partes, abriendo cajones y baúles, y revisando debajo de las mantas dobladas y entre las páginas de los libros. Mi mirada se detuvo en un libro que había inspeccionado y dejado de nuevo en su sitio, uno militar.

—Esto está prohibido. No puede colarse en una casa y registrarla.

Él siguió como si no me hubiese oído. Dejaba cada cosa que inspeccionaba en el mismo lugar: el jarrón de porcelana, la caja de documentos, el candelero. Agarró un pequeño tarro tapado, lo abrió y comprobó el interior. Sentí una punzada de recelo al ver un polvo blanco. Cerró la tapa, dejó el tarro y siguió a lo suyo. Me di cuenta entonces de que no me había contestado.

—¡Oiga! —exclamé de forma grosera. Se me estaba acabando la paciencia—. Si no quiere que lo delate, contésteme. ¿Qué hace aquí si la Policía no lo ha enviado?

Él suspiró y hojeó otro libro.

—Tengo razones de peso para involucrarme en esta investigación, créeme.

—¿Por qué debería creerlo? Ni siquiera lo conozco.

—Confías lo suficiente en mí como para estar a solas conmigo en el bosque, y parece que has venido por la misma razón que yo: el sanador Khun es sospechoso.

Dejó el libro en su sitio y examinó el siguiente objeto: una cajita.

—Conque sí sabe algo —susurré para mí misma. Y a él le dije—: Me han llegado rumores sobre el sanador Khun. La última vez que lo vieron estaba discutiendo con la dama Ahn-bi. —En el fondo esperaba que, si le ofrecía algo de información, él hiciese lo mismo —. Por lo visto la estaba agarrando por los hombros, y ese detalle

me hizo preguntarme si serían amantes. De ser así, seguramente el sanador Khun sabrá algo de lo que ha pasado. Por eso he venido.

Al sirviente le palpitó un músculo en la mejilla.

—Tardé todo el día de ayer en averiguar lo que tú has descubierto en un momento y la mitad del día de hoy en localizar la casa de Khun. —Sus ojos brillaron ligeramente cuando me miró—. Supongo que al trabajar en palacio sabrás cosas que la Policía jamás averiguará.

—Es cierto —respondí.

—¿Y estarías dispuesta a contárselas a la Policía?

—Les contaría lo suficiente como para que dejasen de sospechar de mi mentora, pero no se lo contaría todo. —Me acerqué a la puerta para asegurarme de que el sanador Khun no venía a lo lejos —. Los que trabajamos en palacio tenemos un dicho: «Si se destapan los secretos de palacio, la sangre no correrá despacio».

Esperé su respuesta, pero no dijo nada. Reinaba tal tranquilidad que parecía que estaba sola. Al mirar por encima del hombro, vi que el sirviente estiraba el brazo hacia la parte de arriba de la estantería. Era lo bastante alto como para no tener que ponerse de puntillas. Entonces, agarró algo, se acercó a una ventana y lo expuso a la luz.

—Lo tengo —susurró.

Aguardé con la piel erizada y un hormigueo de anticipación. Tal vez había encontrado una pista que podría resolver la masacre del Hyeminseo. Me tensé cuando se aproximó a mí. Se detuvo muy cerca, demasiado, y estiró la mano para revelar un grueso anillo de plata.

—¿Un solo *garakji?* —pregunté. Normalmente esos anillos iban en pareja; eran anillos dobles que utilizaban las mujeres casadas para simbolizar la armonía entre el marido y la esposa. Los llevaban hasta la muerte—. ¿Por qué lo buscaba?

—La dama Ahn-bi escribió a su familia y mencionó al sanador Khun varias veces. Era el único hombre al que mencionaba en sus cartas —explicó—. Durante la autopsia, una *damo* encontró un solo *garakji* pendiendo de su cuello. Tenía un grabado de una flor de ciruelo. Alzó el anillo para que lo observáramos más cerca. Me sorprendió ver una flor de ciruelo grabada en la joya de plata.

—Una mujer casada lleva su anillo toda la vida —expliqué—. Pero cuando muere, uno se entierra con ella y el otro regresa a su cónyuge. ¿Significa esto que Ahn-bi y Khun se habían casado a escondidas?

Levanté la cabeza y vi que nuestros rostros se encontraban demasiado cerca. Retrocedí al instante.

Él me siguió observando.

—Exacto.

Carraspeé y me obligué a fijarme en el anillo de nuevo. Ahn-bi era una dama de palacio; estar casada se consideraba adulterio contra el rey.

—No lo entiendo. ¿Por qué no tenía ambos anillos? ¿Por qué encontraron solo un *garakji?*

—Eso es lo que quiero saber yo. —Se giró para mirar por la puerta. Había dejado de nevar—. Podría regresar en cualquier momento.

—¿Sabe adónde ha ido? —pregunté.

—Le he mandado una nota diciendo que era el hermano de Ahnbi y que nos reuniéramos en la pensión. Así podría buscar en su casa sin… —Me miró con una sonrisa un tanto irónica— … interrupciones. Seguramente ya se haya percatado de que la nota era una treta. Venga, deberíamos irnos.



Seguí al sirviente, salimos del bosque y entramos en un campo de juncos que nos superaban en altura mientras trataba de asimilar lo del *garakji.* El sanador Khun tenía el otro anillo. ¿Se lo había llevado antes o después de la muerte de Ahn-bi? ¿Estaban los dos anillos relacionados con la masacre?

—Antes me has preguntado qué hacía ahí —dijo el sirviente, sacándome de mis pensamientos. El césped quebradizo y la nieve intacta crujían de forma ruidosa bajo nuestros pies—. Estuve un año trabajando en la provincia de Pyongan, y allí tuvo lugar otro asesinato triple parecido a este… En él también estaba involucrada

una pareja. Cuando ocurrió la masacre en el Hyeminseo, me pregunté si ambos incidentes estarían relacionados.

—¿En qué se parecen? —pregunté. Y tuve que añadir—: ¿No cree que está dando demasiadas cosas por sentadas? Los asesinatos múltiples ocurren constantemente, ya sea a manos de magistrados corruptos, nobles o soldados.

Su expresión se tornó pétrea durante un momento.

—Tengo mis razones.

Me aparté un mechón de pelo de la cara y me quedé un paso atrás sin dejar de mirar al sirviente. Era de espalda ancha y tan alto como la cima de una montaña.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Mantenía la vista al frente, y no la desvió ni una vez.

—Seo Eo-jin.

Esperé a que me preguntara mi nombre, pero no lo hizo.

—Yo me llamo Baek-hyeon, pero prefiero que me llamen Hyeon. —Daba zancadas, así que tuve que correr para no quedarme atrás—. ¿Qué va a hacer con el anillo?

—Guardarlo.

Aquello me molestó. El comandante Song necesitaba pruebas suficientes para impartir justicia ya.

—Debería contárselo al comandante —dije.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Quiero dar a Khun la oportunidad de presentar su versión de los hechos sin que lo torturen.

—Solo es un sirviente —contesté, incapaz de ocultar mi sorpresa —. No puede decidir eso usted solo.

Se detuvo de forma tan abrupta que mis manos acabaron en su espalda por la inercia, para no chocar con él. No pude evitar notar lo ancha y fuerte que era. Aparté las manos y retrocedí cuando él se giró y me miró.

—¿Un sirviente? —repitió.

—Sí, trabaja para la Policía y no puede hacer lo que le plazca. Ha encontrado una prueba, así que debe entregarla al comandante…

Él negó con la cabeza y guardó el anillo en una bolsita que llevaba atada al fajín. Ver desaparecer aquella prueba hizo que me pusiera roja de la rabia. El comandante bien podría elegir torturar a la enfermera Jeong-su cualquier día de estos y hacerla confesar. Me imaginé la escena a través de una neblina roja: la carne abierta, los huesos rotos, la sangre manchando su ropa y derramándose por el suelo… Y entonces, yo tendría que vivir con la culpa de haber podido evitar tal brutalidad entregando el anillo al comandante.

Mis manos se movieron solas en dirección a la bolsita. Rocé la tela con los dedos, pero antes de alcanzar la cuerda, el sirviente me agarró de las muñecas y me detuvo. Parecía tan sorprendido como yo.

—¿Qué haces? —dijo.

—Si no entrega la prueba, lo haré yo —respondí con voz cansada.

Él aflojó la fuerza, pero siguió sujetando mis muñecas pálidas con sus dedos bronceados.

—Escúchame —susurró—. Conozco al comandante. Cuando cree que ha descubierto la verdad, no hay nada que lo haga cambiar de opinión. No te ayudará a salvar a tu mentora. Solo una persona puede hacerlo.

La neblina roja se disipó en mi mente poco a poco.

—¿Quién? —murmuré cuando recuperé el habla, aunque me costó.

—El verdadero asesino. Una confesión completa obligaría al comandante Song a reconsiderarlo. —Me soltó con suavidad—. O la cuarta enfermera. Si sigue viva, su testimonio sería clave.

Me quedé mirándolo, atónita.

—¿Qué cuarta enfermera?

—Una mujer fue a la Jefatura de Policía jurando que su hija, una estudiante de enfermería, se marchó temprano al Hyeminseo la noche de la masacre y no ha vuelto a casa.

—¿Cómo se llama?

—Min-ji. Solo tiene doce años. Quizá la conozcas.

El corazón me latió con fuerza. Traté de hacer memoria.

—No… Me parece que no. —No conocía a muchas enfermeras de cursos inferiores. Si tenía doce años, Min-ji seguramente sería una

chohakui, una principiante—. ¿Qué cree que le pasó…?

—Espera. —Eo-jin levantó una mano y me tensé. Los juncos plumosos se mecieron contra mi rostro. Abrió mucho los ojos al ver algo por encima de mi hombro—. He oído algo.

Presté atención. Al principio solo hubo silencio, pero después se escucharon pasos rápidos y a alguien resollando en busca de aire.

Eo-jin avanzó por el campo de juncos y lo seguí hasta que salimos a una carretera. Un campesino asustado venía corriendo hacia nosotros con la ropa manchada de sangre y la piel azulada. Tenía una herida en el costado que cubría con una mano y llevaba un pergamino en la otra. Cuando estaba a punto de pasar por nuestro lado, Eo-jin estiró el brazo y lo agarró del hombro. El hombre gritó y se desplomó en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —Al ver que no respondía, se agachó junto al hombre tembloroso e intentó preguntarle de nuevo con más suavidad—. ¿Quién le ha hecho esto?

—Yo… Yo… —El hombre apretó los labios intentando formar las palabras, pero fracasó en cada intento—. N-no sé q-qué he hecho mal —tartamudeó al fin.

—Cuéntemelo —ordenó Eo-jin—. Puedo ayudarlo.

Pasé junto a él para intentar inspeccionar mejor la herida del campesino.

—Soy *uinyeo* —le expliqué para tranquilizarlo—. Permita que vea si puedo detener la hemorragia.

El hombre se me quedó mirando con los ojos anegados en lágrimas, como si se alegrase de verme.

—Me han pagado para pegar esto en la capital hoy, lo más di-discretamente posible. Ni siquiera sé leer. —Empezó a tartamudear otra vez, pero yo me arrodillé junto a él y se recompuso lo suficiente como para seguir—. Necesito dar de comer a mis hijos, así que accedí. Cuando estaba pegándolo, un soldado me atacó y escapé de la fortaleza.

Eo-jin le quitó el volante al hombre y lo desenrolló. A medida que fue leyendo, su expresión se ensombreció.

—¿Qué es? —pregunté mientras trabajaba. El hombre tenía un corte limpio que llegaba hasta las costillas, provocado por un arma

afilada.

—Es el mismo volante anónimo de ayer —dijo Eo-jin con voz solemne—. El que acusa al príncipe heredero de los asesinatos.

Se me heló la sangre. Los ojos del campesino se abrieron mucho por la sorpresa.

—¿Quién le ha pedido que cuelgue esto? —le pregunté.

—¡No lo sé! —exclamó con voz chillona.

—¿Cómo era esa persona? —insistió Eo-jin—. ¿Hombre o mujer? Dígame su altura, algún rasgo característico, cualquier tipo de descripción.

El campesino miró por encima del hombro hacia la carretera vacía.

—Ahora entiendo por qué han querido matarme. No sabía… no sabía que había cometido tal crimen. Que los cielos me asistan. —Se levantó a duras penas—. Tengo que escapar…

El suelo tembló bajo nuestros pies. Eo-jin nos agarró al hombre y a mí y nos llevó hacia el centro del campo de juncos. Estiré el cuello y vislumbré a jinetes con sombreros puntiagudos como las orejas de un tigre, de color rojo oscuro, adornados con dos plumas.

—La Guardia Real —susurré.

Eo-jin me obligó a agacharme. Me cubrió la espalda con su torso y la cabeza con sus brazos. Le susurró al campesino que se agachara él también, pero el hombre palideció aún más y sus ojos se abrieron hasta parecer dos tumbas abiertas.

—Que el cielo me ampare —gimió el hombre. Retrocedió a pesar de los intentos de Eo-jin de agarrarlo—. Tengo que irme.

El campesino dio media vuelta y tropezó al salir corriendo, apartando los juncos como si nadase entre ellos y mirando por encima del hombro constantemente hasta desaparecer de nuestra vista, aunque aún podía oír cómo apartaba las plantas mientras corría. Durante un instante, su escapatoria pareció posible.

Pero entonces se oyeron los cascos.

Me pegué a Eo-jin mientras los juncos se movían a nuestro alrededor, y el aire silbó cuando los jinetes pasaron deprisa junto a nosotros. Nos sobrevino el olor a caballo. Tras un rato, las plumas de

los penachos en lo alto se detuvieron y los cascos de los caballos solo se oían a lo lejos.

Giré la cabeza levemente y me topé con el rostro de Eo-jin muy cerca del mío. Bajo sus cejas pobladas, tenía los ojos entrecerrados. Intercambiamos una mirada nerviosa y entonces lo vi alzar la cabeza.

El silbido de una flecha rasgó el aire.

Me sobresalté al oír que impactaba en un cuerpo, y después escuché un grito. El campesino. Le habían disparado como a un animal salvaje. Su grito demudó en ruegos de clemencia.

—¿Osas calumniar al príncipe heredero de este reino? Has difamado al *seja-jeoha,*[1] un crimen que se castiga con la muerte —gruñó alguien.

—¡P-p-por favor! No sabía…

Se escuchó un ruido metálico y después el sonido característico de la sangre al derramarse.

Abrí la boca para chillar, horrorizada, pero Eo-jin me la cubrió con una mano. Sentí su corazón desbocado contra la espalda. Estaba tan aterrado como yo.

—¡Llevaos el cuerpo y enterradlo en la colina! —ordenó el soldado —. Y tú, encuentra a la familia del traidor y arréstalos. El rey se ocupará de los rebeldes como le plazca. Los demás seguid quitando los volantes que quedan. Cuando caiga la noche no debe quedar ninguno.

Apenas podía respirar. Jamás había visto cómo le arrebataban la vida a alguien de una forma tan rápida y sin remordimientos. Entonces caí en la cuenta de que investigar la masacre del Hyeminseo podría costarme la vida.

«Huye —me aconsejó una voz en mi cabeza—. La enfermera Jeong-su no forma parte de tu familia. Huye. Sálvate».

Me quedé mirando el balanceo de los juncos y el pánico se acrecentó en mi interior. Era demasiado joven como para arruinarme la vida, tenía un futuro lleno de posibilidades. Podría hacer la vista gorda en cuanto al sufrimiento de la enfermera Jeong-su y nadie me culparía.

«Pero no debo», pensé. Fue más un ruego que una decisión. No podría volver a considerarme enfermera ni tener la conciencia tranquila si hacía caso omiso de una injusticia así. «Debo hacer algo».

1 Su Alteza Real el Príncipe Heredero. *(N. de las T.)*

5



Aguardamos en el campo de juncos hasta que el cielo se tiñó de rojo. Cuando estuvimos seguros de que nos habíamos quedado solos, Eo-jin se puso en pie despacio. Yo tenía las piernas y los brazos adormecidos, y me hormiguearon mientras me tambaleaba a través del matorral detrás de él. No le pregunté a dónde íbamos; no me importaba realmente, siempre que fuese lejos de allí.

—Si necesitas hablar… —dijo Eo-jin, mirándome.

No conseguí pronunciar palabra. Por mucho que intentara olvidarlo, mientras caminábamos en silencio no podía dejar de oír el silbido de la flecha, ni su horrible sonido al clavarse en el campesino. Reverberaban en mi cabeza hasta el punto de hacerme creer que podía estar perdiendo la cordura.

Eo-jin, en cambio, se recompuso enseguida. Tenía el volante anónimo desplegado frente a él y lo examinaba extremadamente concentrado.

—Me gustaría irme a casa —solté por fin. En ese momento, no quería vincularme en absoluto con el volante, con el sanador Khun ni con nada de todo aquello—. Me marcho.

—¿Estás segura de que quieres irte ahora? —Me miró—. No sé si regresar a tu casa sin más es lo mejor.

Seguí su mirada y vi que me había manchado de sangre los dedos, las mangas y el cuerpo cuando intenté detener la hemorragia del hombre. Un mareo repentino me sobrecogió.

—Deberías lavarte antes de volver a casa. Toma. —Eo-jin se quitó su abrigo largo, de color blanco, y me cubrió con él. La tela guardaba su calor y me ofreció una extraña sensación de confort—. Así no llamarás tanto la atención.

—¿Adónde vamos? —susurré.

—Adonde van los viajeros cuando necesitan una buena comida caliente.



Llegamos a una posada fuera de la fortaleza llena de risas y gente escandalosa. Los hombres bebían sobre plataformas elevadas o sobre el suelo frío, alrededor de mesas diminutas, en pequeños grupos. Las sirvientas se desplazaban entre los clientes con bandejas llenas de vino y platos de comida humeante. Al otro lado de la multitud, el humo de la cocina saturaba el patio de olor a mar y a hierbas recogidas en las montañas.

En ese momento me alegré mucho de haber ido a la posada, un lugar de olores y sonidos abrumadores que no dejaban margen para los recuerdos de flechas voladoras.

—Pediremos una habitación para que puedas cambiarte y ahí hablaremos —dijo Eo-jin mientras plegaba el volante y lo guardaba en su batín de académico. Se giró y gritó—: *¡Jumo!*

Una mujer con una fea cicatriz en la boca se acercó con una bandeja apoyada en la cintura. Sus ojos pasaron de Eo-jin a mí, y luego a él otra vez, antes de esbozar una sonrisa que mostró un diente roto.

—Vaya, qué bonita pareja hacéis. ¿Recién casados?

Eo-jin carraspeó y se ruborizó.

—Sí. Nos hemos casado hoy mismo —me apresuré a decir. Sería escandaloso estar juntos a esa hora sin habernos casado, y tampoco sería muy inteligente provocar comentarios.

A Eo-jin se le pusieron las puntas de las orejas todavía más rojas.

—Necesitamos una habitación y comida caliente —murmuró con nerviosismo, pese a que siempre se mostraba estoico.

—Ya lo creo que sí, tortolitos. —La mujer nos lanzó una mirada cómplice—. Seguidme.

Serpenteamos entre las mesas y pasamos por encima de gente borracha, llegando casi a tropezar unas cuantas veces, hasta detenernos por fin frente a una pequeña habitación.

—¿Sería tan amable de traerme un cuenco con agua? —Mantuve el abrigo cerrado, con las manos ocultas dentro de las mangas para que no viera que tenía los dedos manchados de sangre—. Para… refrescarme.

—¡Ahora mismo, cielo! —La sirvienta abrió la puerta corredera de papel *hanji* y encendió una vela, puesto que ya estaba oscureciendo. Luego me trajo el cuenco de agua—. Enseguida vuelvo con vuestra cena.

Eo-jin le pagó y en cuanto nos quedamos a solas, se sentó tras una mesa baja y sacó el volante anónimo.

Le di la espalda y bajé la mirada hacia el cuenco de madera. Cuanto antes me lavara, antes podría deshacerme del recuerdo del asesinato. Me remangué las mangas anchas y hundí las manos en el agua antes de frotarme los dedos a conciencia; la sangre se me había incrustado en la piel.

Una vez terminé de lavarme, me giré hacia la pared mientras me desabrochaba la faja y me quitaba el delantal manchado de sangre, que luego arrojé a un rincón. Entonces me miré de arriba abajo. Aún veía pequeñas manchas rojas en la ropa, pero tendría que bastar.

Me coloqué los mechones de pelo suelto detrás de las orejas, me alisé los pliegues de la falda y luego me senté frente a él en el suelo, con la desvencijada mesa de madera entre nosotros.

—Antes me has pedido que te enseñara el volante —dijo Eo-jin en voz baja—. ¿Sigues queriendo verlo?

«No huyas. No te escondas». Asentí.

—Sí.

Me tendió el papel arrugado, salpicado de sangre. Sentí un escalofrío cuando volví a oír la flecha silbar en el aire y luego el sonido de la muerte. Cerré los ojos durante un instante hasta que pude serenarme. Cuando los reabrí, vi frente a mí caracteres *hanja* con la tinta corrida hacia abajo.

El príncipe heredero me mató. El príncipe heredero mató a las cuatro mujeres. El príncipe heredero volverá a matar.

Junté las manos con fuerza. Tenía la terrible sensación de que podría acabar muerta por haber mentido por el príncipe. Mi única esperanza era que ese volante fuese mentira. Seguro que la gente mentía sobre la familia real continuamente.

—Están presionando al comandante para que cierre el caso lo más pronto posible —explicó Eo-jin—. Antes no tenía claro el motivo, pero ahora ya lo entiendo: es probable que la familia real esté intentando acallar los rumores sobre el príncipe heredero.

—¿Por qué…? —Se me quebró la voz. Volví a intentarlo—. ¿Por qué iba a molestarse la familia real en hacer eso?

Eo-jin permaneció inmóvil, perdido en sus pensamientos, y entonces habló en voz baja.

—El príncipe podría ser el asesino, o podría no serlo y alguien solo pretende inculparlo. Sea como fuere, el palacio seguro que lo considera un asunto familiar y no querrá que la Policía se involucre.

«Será fácil y después todo acabará», recordaba haberme prometido esa misma mañana. Pero la verdad no era fácil, ni mucho menos.

Eo-jin se inclinó sobre el volante extendido frente a mí.

—Parece que la persona que escribió esto lo hizo de un modo antinatural, tal vez con la intención de confundir a los investigadores.

Lo miré atónita.

—¿Cómo sabe todo eso? —*Él,* un sirviente de la policía.

Ambos nos sobresaltamos cuando la puerta se abrió y la sirvienta con la cicatriz en el labio entró con una bandeja llena de comida y bebida. Eo-jin apartó el volante manchado de sangre de la mesa mientras la mujer dejaba nuestra cena: dos cuencos humeantes de *janggukbab,*[1] platos de acompañamiento, una botella blanca y cuencos para beber.

—He traído a nuestros recién casados algo especial. —La sirvienta sonrió y dio golpecitos a la botella, que olía a *soju*—.[2] Un regalo de

la casa.

Las bebidas alcohólicas fuertes estaban prohibidas en el reino, pero todo el mundo bebía en secreto. A menudo pillaba a plebeyos vendiendo y consumiendo *soju* en los callejones del barrio Cheongjin. Nunca lo había probado, pero me vi contemplando la botella y preguntándome si un sorbo haría desaparecer el recuerdo de toda aquella sangre. Solo me lo preguntaba, porque no tenía intención de beber. No con un hombre extraño y sospechoso como única compañía.

—¡Ay! ¡Qué preciosa pareja hacéis! —La sirvienta nos guiñó un ojo y, mientras se marchaba, hizo un último comentario sobre los «anhelos del primer amor» que no pudimos oír bien. Nos quedamos mirando la mesa, expectantes.

—¿Cómo sabe que la caligrafía es antinatural? —pregunté en cuanto la mujer desapareció.

Eo-jin apartó la comida y la bebida y volvió a extender el volante.

—He examinado las letras mientras caminábamos. Este volante está escrito con tinta, pero si lo observas más detenidamente, se ven ligeras marcas de carbón, como si las hubieran usado de guía para la tinta. También hay trazos poco naturales. Parece que el escritor paraba continuamente para comprobar el resultado. Nada cuadra en esta escritura, ni la presión del pincel ni los trazos temblorosos… Todo indica que es una falsificación, que el autor intentaba imitar la caligrafía de otra persona.

Entonces rompió el volante en dos. El crujido del papel me sobresaltó, pero más me sorprendí cuando me tendió un trozo.

—Tú trabajas en palacio. Si quieres salvar a la enfermera Jeong-su, examina la caligrafía de todos los que te rodean. Fíjate en si hay alguna que se parezca a la de este volante. Tal vez no averigüemos la verdad sobre el príncipe heredero, pero enterarnos de a quién trataba de imitar su acusador podría darnos algunas respuestas.

—¿Me está pidiendo…? —empecé a preguntar sin aliento—. ¿Me está pidiendo que lo ayude con la investigación?

—Sí.

Me quedé contemplando el papel rasgado a la espera de que un millar de excusas aparecieran en mi cabeza de golpe. Acababa de ver cómo la Guardia Real mataba a un campesino. El mismísimo príncipe heredero podría estar involucrado en la masacre del Hyeminseo.

En cambio, me sentía viva por primera vez en años. La preocupación por los estudios, por mejorar mi estatus, por conseguir la aprobación de mi padre… desapareció. Tal vez se debiera al aire nocturno, helado y lleno del intenso aroma a nieve y pino. En ese momento, sentía una frescura y una emoción tan grandes que la oferta se me antojó irresistible.

—¿Por qué yo? —pregunté, en parte aún desesperada por encontrar una razón para negarme.

—Dime una cosa —contestó en voz baja, clavándome la vista. La luz de la vela titiló en sus ojos oscuros—. Cuando dijiste que era muy revelador que no hubiese muestras de forcejeo…, ¿a qué te referías?

—A que la víctima permitió que el asesino se acercara —dije tras vacilar un momento.

—¿Cómo lo sabes?

—Los humanos somos resilientes. No queremos morir —expliqué —. Tenemos un instinto muy fuerte de lucha y supervivencia, así que casi siempre hay pruebas de forcejeo en víctimas apuñaladas, a menos que la víctima no haya podido defenderse.

—Lo que quieres decir es que la dama Ahn-bi probablemente confiaba en quienquiera que la matase. Que permitió que el asesino se acercase lo suficiente a ella, creyéndose a salvo, y que no tuvo tiempo de defenderse cuando la apuñalaron dos veces.

—Exacto —susurré.

—Las *damo* examinaron el cadáver. Declararon que únicamente había una puñalada en los pulmones y un tajo limpio en la garganta. Ni moratones ni cortes.

Fruncí el ceño. «Sin señales de forcejeo».

—No mencionaron nada más. Ninguna información que hallaron las llevó a tu conclusión. Por eso te lo he pedido. Ves cosas que escapan a los demás, cosas que *yo* no capto. —Su seriedad salió a

relucir en su semblante, normalmente reservado. Fue como ver un camino que conecta la playa con una isla lejana en mitad del mar mientras baja la marea—. Yo solo no puedo averiguar la verdad, y me parece que tú tienes algo que ofrecer. Y creo que lo sabes —añadió con voz grave.

El miedo y la anticipación me aceleraron el pulso, igual que cuando la enfermera Jeong-su me preguntó si me gustaría convertirme en *uinyeo,* si estaba dispuesta a seguir la llamada y anteponer la vida de los demás a mis propias necesidades. En esta ocasión me sentí como si me hubieran invitado a embarcarme en una oscura aventura más grande que yo misma.

El silencio se instaló entre nosotros mientras trataba de superar mis dudas. La emoción me parecía embriagadora, igual que la oportunidad de poder salvar a la enfermera Jeong-su. Aun así, no era tan estúpida como para no darme cuenta de que intentar que mi mentora no muriera en la horca me ponía en peligro de perder la vida de la misma manera.

—Sé que dijo que no se podía confiar en el comandante. —Volví a tratar de encontrar una razón para negarme—. Sin embargo, seguro que conseguimos convencerlo de que vea la verdad. Él querrá encontrar al verdadero asesino tanto como usted. Es un oficial de *Policía.*

Eo-jin negó con la cabeza, tenso.

—Si la familia real está involucrada, se asegurará de enterrar el caso.

—¿Por qué está tan seguro?

—Historia —respondió sin más. Aguardé a que desarrollara su explicación mientras la tensión seguía trepando por mi espalda—. Debemos recordar el pasado como una advertencia. —Recogió la otra mitad del volante y la giró bajo la cálida luz de la vela—. Hace casi veinte décadas, el príncipe Im-hae mató a unas mujeres que se dedicaban al entretenimiento y escapó de la justicia sin ningún problema. Hay una regla no escrita que dicta que la Policía no debe ir contra el orden de las cosas, y menos aún por la muerte de unas cuantas mujeres de baja cuna. Investigar a la familia real no es difícil, es más bien imposible. Aunque el príncipe heredero no sea el

asesino, está implicado, así que la Policía hará lo necesario para cerrar el caso lo antes posible.

Miré a Eo-jin, a su sombrero alto y sucio, a su batín blanco con manchas de sangre en la manga: las huellas del campesino. Eo-jin, el joven con quien había visto morir a un hombre, me estaba pidiendo que lo ayudara a descubrir la verdad.

—Tal vez debería decírtelo ahora. —Soltó el pergamino rasgado y miró por encima de mi hombro a la nada—. Antes no he encontrado el momento de explicarte… quién soy.

—¿Quién es? —repetí, frunciendo el ceño.

—La Jefatura de Policía ha nombrado un nuevo *jongsagwan*[3]—dijo sin más, como si me estuviera diciendo la hora—. Soy el inspector de policía Seo.

Una ola de sorpresa fría y sobrecogedora me inundó.

—Mentiroso —solté en voz baja.

Permaneció quieto, como si no me hubiese oído.

—*Mentiroso* —repetí, esta vez con toda la intención—. ¿Por qué me ha mentido?

Se llevó una mano al batín y sacó un medallón de latón que dejó sobre la mesa. Lo agarré y me quedé observando el *mapae,* un símbolo que llevaban los altos mandos de la Policía y los investigadores reales, que les permitía usar caballos del Gobierno en misiones oficiales. Tenía cinco caballos grabados por delante y por detrás rezaba: «Sello Oficial del Personal Autorizado»*.*

—Creía que era como yo… —susurré.

Un sirviente. Un *cheonmin.* Alguien que podría compadecerse por no ser querido, un igual con quien embarcarme en esta aventura incomparable.

Pero era distinto a mí. Estaba por encima.

Entonces, un doloroso recuerdo regresó a mi mente. «Inspector Seo». Conocía ese nombre, y lo conocía bien. Era el primo de Ji-eun. También, el joven que oí a padre mencionar a madre no hacía mucho: el nuevo inspector que había aprobado el examen estatal tan joven que el rey había esperado dos años para otorgarle un puesto de poder. Padre incluso había dicho que deseaba que aquel

prodigio hubiese sido hijo *suyo.* La envidia me corroyó muchísimo por dentro al oír eso… Envidia de un joven al que nunca conocería y en quien desearía poder convertirme.

—Entonces, se ha disfrazado para poder sonsacarme información de palacio —murmuré, aunque lo que realmente quise decir fue: «¿Cómo ha podido hacerme sentir tan inferior?».

—No a propósito…, al principio —respondió.

Al saber que estaba en presencia de un noble, aguardé a que el miedo de siempre me calara los huesos, pero, en cambio, solo sentí resentimiento. Miré a Eo-jin y seguí viendo al sirviente de policía del otro día, con el rostro magullado y las mejillas escuálidas. Me parecía una mala broma del destino que *este* fuese el joven a quien mi padre prefería antes que a mí.

—Dice que es inspector, pero no puede tener más de veinte años.

—No es raro obtener el puesto de *jongsagwan* a los veinte. Muchos lo hacen. —Se detuvo un momento—. Pero yo aún no he cumplido diecinueve.

El alma se me cayó a los pies.

—Apenas somos adultos, usted y yo.

Le devolví mi mitad del volante y el medallón y, con ellos, toda la emoción y sentimiento de propósito. La cruda realidad cayó sobre mí como un jarro de agua fría: estaba hablando de una investigación oficial peligrosísima y yo solo tenía dieciocho años. Hasta ese momento, siempre me había sentido mayor de lo que realmente era.

—Estoy segura de que podrá resolverlo solo, *nauri*.[4] —Lo llamé por el honorífico correcto, tal y como dictaba el protocolo—. Tiene a toda la Policía para ayudarlo.

—¿Sabes lo que me ha dicho el comandante Song esta mañana? —insistió Eo-jin con un deje de desesperación en la voz—. Que «solo» han asesinado a cuatro mujeres, que eso no es motivo suficiente para enfrentarse a la familia real. Me ha dicho que piense en mi reputación, en mi familia y en todo lo que perderé si continúo investigando.

—Tal vez debería —respondí, aunque me arrepentí enseguida—. Tal vez debería pensar en su reputación y en su familia, que es la

primera y única preocupación de todos los aristócratas *yangban*[5] que he conocido.

Eo-jin se encogió ante mis palabras.

—Ya te he dicho que tengo motivos personales para querer encontrar al asesino —afirmó, y un ápice de vacilación asomó en su rostro. En ese momento podría haberme marchado, pero quería saber cuáles eran—. El año pasado, en la provincia de Pyongan… hallaron el cadáver de un aldeano llamado Hong-chul. Los testigos vieron a un jinete con una espada y la cabeza decapitada de una mujer. Más tarde encontraron esa misma cabeza en el bosque… junto con el cuerpo de mi padre, muerto a cuchilladas.

Se me heló la sangre y palidecí frente a él.

—No te cuento esto para que te sientas culpable y me ayudes con la investigación, sino para que sepas que no me da miedo perderlo todo. Si algo sale mal, yo cargaré con todas las culpas. —Volvió a entregarme la mitad del volante—. Tú puedes perder mucho más que yo, así que debes elegir por ti misma. Aunque no tardes mucho. A la enfermera Jeong-su no le queda demasiado tiempo.

1 Un plato de arroz en sopa o caldo. Es simple, fácil de preparar y económico, muy consumido en invierno. *(N. de las T.)*

2 Bebida destilada nativa de Corea, tradicionalmente hecha con arroz. *(N. de las T.)*

3 Durante la dinastía Joseon, un oficial de sexto rango que ayudaba al comandante de cada campamento militar. *(N. de las T.)*

4 Honorífico usado por la gente común para referirse a personas de mayor posición social pero no de la nobleza más alta. *(N. de las T.)*

5 Noble con tierras gracias a herencias familiares. *(N. de las T.)*

6



Eo-jin me acompañó a casa en silencio, y más tarde me acurruqué bajo la manta. Cada vez que me quedaba dormida, me despertaba con sudores fríos al recordar la decisión que me aguardaba. Era una investigación extraoficial y peligrosa de la que dependía la vida de la enfermera Jeong-su.

Por la mañana mi estrés se manifestó en forma de sarpullido, aunque más bien parecían un montón de picaduras de mosquito juntas. Permanecí en mi habitación durante el resto del día y escribí una lista de todo lo que estaba en juego:

Las reglas de palacio son estrictas.
El príncipe heredero es sospechoso.

El campesino muerto.
Mi trabajo de enfermera peligra.

Proseguí y al final terminé con un:

Desaprobación y decepción.

Fijé mi atención en eso. Lo que más temía no era difamar al príncipe heredero o morir. Mi miedo era mucho más personal. Me

aterrorizaba la desaprobación y la decepción de mi padre y de los que eran como él: los poderosos y respetados. Había llegado a creer que, si mi padre reconocía mi valía, sería como una prueba de mi honor y que el mundo, de alguna manera, lo percibiría.

Quizá, debido a ese deseo, mi padre siempre me atormentaba el pensamiento. Todo empezó hace cinco años, cuando visitó el Hyeminseo. «Los profesores hablan muy bien de ti —me aseguró—. Dicen que quizá llegues a ser una *eo-uinyeo* algún día, el puesto de enfermera de mayor categoría; una mujer que el rey respeta y en quien incluso confía. No he dado mucho crédito a sus palabras, pero tal vez me sorprendas».

Sus ojos sonrieron y yo jamás pude olvidar esa expresión. Lo que realmente me atormentaba era el anhelo por que volviera a mirarme así y el miedo a que nunca más reconociese mi esfuerzo, un miedo que, a veces, se transformaba en ira.

Agarré el papel y lo arrugué en la mano. La vida de la enfermera Jeong-su estaba en juego y a mí me preocupaba el reconocimiento de mi padre. Parecía tan trivial, tan egoísta en comparación. No quería ser así: una chica demasiado asustada como para hacer lo correcto por temor a la opinión de los demás.

Sabía qué decisión tomar. Lo tenía tan claro como que el sol siempre sale por las mañanas.



A la mañana siguiente me vestí con un uniforme limpio. Normalmente lo llevaba a palacio y me cambiaba allí para evitar manchar la falda por el camino, pero ese día no quería enseñar el sarpullido de mi piel. En cuanto oculté las marcas —me bajé las mangas y me eché polvos *jibun* en las mejillas llenas de ronchas—, salí de casa al cielo matutino en silencio, esperando no despertar a mi hermano pequeño. Una densa neblina cubría el paisaje y el olor de las plantas me inundó la nariz. El invierno estaba llegando a su fin.

Me levanté el dobladillo de la falda y corrí por el sendero para librarme de la inquietud. Corrí hasta que mis pulmones protestaron y la frente se me perló de sudor. Enseguida llegué a la entrada de la fortaleza. A mitad de camino de palacio vi a Ji-eun avanzando encorvada con una bolsa de viaje.

—¡Ji-eun-ah! —la llamé.

Ella se sobresaltó y se encogió de miedo. Soltó la bolsa y palideció.

—¡Eres tú! —Su expresión demudó en otra de alivio y se llevó una mano al pecho—. Me has asustado.

Agarré la bolsa de algodón en la que sabía que llevaba su uniforme y se la di.

—¿Qué pasa?

—Últimamente no duermo bien —explicó antes de mirarme—. Hace dos días no pude hablar contigo. Quería preguntarte cómo estabas por lo de los asesinatos. Mi primo me contó que fue horrible lo que les pasó a esas mujeres.

La calidez que había sentido al ver a Ji-eun enseguida se enfrió. La sustituyó el recuerdo del inspector y la decisión apremiante que me aguardaba. Me costaba creer que mi camino se hubiese cruzado con el suyo, con el del hombre del que Ji-eun llevaba hablando años. Eso sí, nunca había mencionado su nombre. Ella también era hija ilegítima, así que, desde que Eo-jin se había mudado a casa de Ji-eun, en la capital, siempre se refería a él como «mi primo», «el señor Seo» o «el inspector Seo».

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ji-eun.

Debí de quedarme mirándola.

—Tu primo es Seo Eo-jin, ¿verdad? —pregunté, en parte incrédula aún—. Al que describes como un joven prodigio.

Ji-eun asintió mientras caminábamos hacia palacio.

—¿Lo conoces? Quizá lo vieras aquel día en el Hyeminseo. Acababa de volver de un viaje largo. —Sacudió la cabeza—. Creo que estuvo investigando algo en el campo, llegó vestido de indigente.

—Es demasiado joven para ser *jongsawan.* —Aún no era capaz de superar ese detalle, ni tampoco la envidia.

—El anterior solo tenía veintiún años —aseguró Ji-eun al tiempo que se encogía de hombros—. Los inspectores suelen ser jóvenes. A nadie le importa su edad siempre y cuando sean de buena familia.

Me quedé callada con el ceño fruncido e intenté entender cómo alguien de dieciocho años podía dirigir una investigación policial. En cuanto llegamos a las puertas de palacio, enseñamos nuestras placas identificativas y nos dejaron pasar.

—Iré a la librería después del trabajo —me avisó Ji-eun con un leve rubor en las mejillas. Así parecía menos pálida—. Si quieres, podemos ir juntas.

Cuando Ji-eun y yo trabajábamos en el Hyeminseo, la librería del señor Jang había sido nuestro lugar favorito para pasar los ratos de descanso y adonde Ji-eun escapaba cuando tenía días malos.

—Espero conseguir por fin mi ejemplar de… —Ji-eun miró alrededor antes de suspirar— … *El cuento de Unyeong*.

Esbocé una pequeña sonrisa. La historia giraba en torno a una aventura ilícita entre una dama de la corte y un joven académico. Desde que habíamos empezado a trabajar en palacio, Ji-eun intentaba encontrar un ejemplar.

—Aunque… —Una sombra cruzó su rostro y su sonrisa dio paso a un tic nervioso—. Quizá *El cuento de Unyeong* no sea una lectura demasiado apropiada en este momento. Creo que me recordará a la dama de palacio que murió. ¿Cómo se llamaba? ¿Ahn-bi? —Cuando alzó la cabeza su voz se apagó.

Entonces sentí que alguien nos observaba.

El sanador Nan-shin se encontraba frente a nosotras con el ceño ligeramente fruncido. Tenía las manos metidas en las mangas y el viento frío mecía su batín. Por un momento temí que nos hubiera oído y nos regañase por hablar sobre un libro tan escandaloso o sobre el incidente en el Hyeminseo, pero parecía más afligido que molesto.

—Enfermera Hyeon. —A juzgar por la forma en que pronunció mi nombre, supe que no me auguraba nada bueno—. La señora Hye-gyoung desea hablar con usted en sus aposentos.

«¿Por qué?», quise saber. Pero había aprendido que en palacio era mejor morderse la lengua y obedecer. Jamás debíamos

preguntar.

Incliné la cabeza profundamente con los puños prietos.

—*Yeh, uiwon-nim*.

—Pero no vaya de inmediato. —Sentí el peso de sus ojos preocupados sobre mi cabeza inclinada—. El príncipe heredero se encuentra allí y no es prudente que se cruce con el *seja-jeoha*. —Y después añadió en voz baja—: Se parece demasiado a su difunta hermana, la princesa Hwah-yup. Puede que eso lo… descomponga.



No era la primera vez que alguien comentaba nuestro parecido. La propia señora Hye-gyoung había mencionado hacía dos días que era igualita a la difunta hermana del príncipe heredero.

Mientras esperaba a que Ji-eun se pusiera el uniforme, me quedé mirando un charco de nieve derretida. Mi reflejo ondeaba en la superficie, o quizá fuera el reflejo de la princesa Hwah-yup: los rasgos definidos de un rostro pálido contrastando con los ojos oscuros enmarcados por unas pestañas negras y el pelo del tono de una noche sin luna.

Pero ¿qué importaba si me parecía a la princesa Hwah-yup? ¿Por qué debía temer al príncipe heredero? Había dejado claro su favoritismo hacia su séptima hermana, entonces ¿no era eso algo bueno? Una vez oí que la princesa había sido su única amiga de verdad, ya que, de entre todos los hijos del rey, ellos eran los más odiados y, seguramente, se hicieron compañía en sus momentos de tristeza.

Tras un instante de vacilación, decidí hacer caso omiso al consejo del sanador y agarré una bandeja vacía de un almacén cercano para no parecer que merodeaba por allí sin rumbo. Tal vez fuera la única oportunidad que tendría de ver al príncipe con mis propios ojos.

«¿Quién era ese príncipe del que todo el mundo cuchicheaba? ¿Sería un asesino o un hombre inocente al que solo habían incriminado?».

Salí de la botica real y me encaminé hacia la residencia de la señora Hye-gyoung, hacia el hombre enorme que se alzaba imponente en la distancia, cual observador silencioso, guardián de lo que escondían esas paredes. En cuanto me interné en el recinto me detuve junto a una columna para esperar. El tiempo pasó despacio, y entonces lo vi: un destello de seda azul, una túnica brillante con dragones plateados.

El príncipe heredero.

Me quedé tan quieta como una estatua mientras lo contemplaba, incapaz de parpadear, respirar o apartar la mirada. Era un hombre joven y atractivo de tez pálida, perfil marcado y ojos inexpresivos, negros, que absorbían el palacio vacío a su alrededor. Se movía con la gracia de un ciervo a pesar de ser fornido como un general. Intenté imaginarlo con una espada matando a las mujeres del Hyeminseo, pero en lugar de eso, en mi mente solo se reprodujeron mitos sobre dioses inmortales, historias transmitidas desde el principio de los tiempos.

Casi podía entender por qué el comandante Song no se atrevía a investigar o a molestar al *seja-jeoha*. Ver a Su Alteza pasar junto a mí con sus cortesanos detrás fue como ver a la personificación del propio reino. Nadie podía compararse en altura, anchura o largura a su existencia. Era nuestro futuro.

De repente, un cachorrito salió deprisa de la residencia de la señora Hye-gyoung. El animal rodó por la nieve medio derretida, se resbaló por el suelo de tierra y acabó chocando contra la túnica de Su Alteza con un ruidito.

Los cortesanos permanecieron quietos. Me tensé al ver al príncipe heredero agachado con el brazo extendido. En parte esperaba que matase al perrito por mancharle la túnica, pero, en cambio, su mirada inexpresiva se tornó dulce mientras levantaba al cachorro, y no torció el gesto cuando el animal le lamió la boca.

—Hace frío fuera, Geon-ah. —La voz profunda y suave de Su Alteza fluyó como el agua de primavera—. Deberías volver dentro, pequeño. —Le hizo un gesto a una de las cortesanas antes de darle el cachorro—. Llevádselo a su madre.

A continuación, se puso de pie y desapareció por la puerta. Sentí una curiosidad tan fuerte que me llevó fuera del recinto. Seguro que la gentileza del príncipe heredero con los animales significaba que era igual con los humanos…

Manteniéndome varios pasos por detrás, seguí al príncipe y a sus cortesanos mientras se internaban aún más en el palacio Changdeok. Cuando llegaron a una puerta enorme del pabellón, me coloqué al final del séquito para que los guardias me dejasen pasar sin prestarme demasiada atención.

Una vez dentro levanté la cabeza y eché un vistazo alrededor. Era un edificio alargado con filas de columnas rojas, ventanas de color verde jade y el techo ondulado como un dragón negro con el vientre verde, enroscado alrededor de un patio cuadrado. Un silencio solemne reinaba en el espacio amurallado. Entonces vi el cartel que pendía bajo el alero y se me heló la sangre.

HUIJEONGDANG. El despacho del rey.

«No deberías estar aquí», susurró una voz en mi cabeza.

Miré por encima del hombro y posé la vista en los guardias, que me observaban. Debía marcharme antes de llamar demasiado la atención, pero mis pies se negaron a moverse. Me di cuenta de que esperaba que algo me instara a adentrarme en el patio. Deseaba saber qué se susurraba en presencia del rey. Tal vez esa era la sede de todos los secretos. Quizá averiguase de una vez por todas si investigar este lugar y a estas personas iba a servir de algo o no.

Inspiré hondo e intenté parecer tranquila.

Caminé despacio, sin rumbo, atenta a cualquier señal.

Había dos cuervos posados en el alero ancho, y sus graznidos viajaron por el lugar. Los pinos crujían a causa del viento. Entonces oí unas voces. Seguí el sonido hasta el patio trasero, donde vi al menos una docena de ventanas de papel *hanji* en la pared. Atisbé un pequeño agujero en una de ellas. ¿Lo habría hecho un espía? Me asomé por él.

Dentro había filas de académicos ataviados con túnicas de seda y con la cabeza gacha. El príncipe heredero se encontraba arrodillado entre ellos. Enfrente se hallaba el rey, con su barba blanca, un sombrero negro y una túnica roja con un dragón, sentado en una

tarima baja, con el sol, la luna y la cima de unas montañas, que lo simbolizaban, pintados en una pared. El rey *era* el sol, la luna y las montañas.

—Leí esto cuando era joven y aún soy capaz de recitarlo. —El rey levantó un libro cosido con cinco puntadas—. Y tú ni siquiera eres capaz de repetir una sola línea. Por eso no sabes explicarlo. Si quieres entenderlo, debes memorizarlo.

—Lamento no ser el hijo que usted desea. —La voz del príncipe heredero sonaba casi monótona y su rostro se mostraba inexpresivo —. Además, he estado demasiado enfermo estos días como para estudiar, *abamama*.[1]

El rey Yeong-jo suspiró con impaciencia y desvió la mirada hacia los académicos.

—Siempre me mientes. Simplemente no te gusta estudiar —dijo Su Majestad con una voz cortante; igual que mi propio padre, transmitía tanta decepción que sentí una opresión en el pecho y una oleada de calor en la espalda—. Nunca estás demasiado enfermo para participar en los juegos militares en el Jardín Prohibido —siguió —. Y te pasas el resto del tiempo *dibujando,* como los niños. —Escupió esa palabra e hizo un gesto con la mano—. ¡Traedlo!

Un eunuco aturullado se acercó con una hoja de papel en una bandeja.

—Me han informado de que cuando evades las clases por tu enfermedad, te pasas el tiempo pintando. Tú, el futuro gobernante de un reino adolecido, que necesita un dirigente sabio… —Su Majestad hizo una pausa para recuperar la voz. Tenía el ceño fruncido y el rostro turbado—. ¿Pasas horas pintando perros?

El rey cogió el papel bruscamente y lo rasgó por la mitad. El ruido seco hizo que se me erizase el vello. Poco a poco la pintura quedó destrozada. El príncipe heredero permaneció arrodillado con la espalda tensa y las orejas rojas.

—Quitadlo de mi vista —rugió el rey.

El eunuco recogió los trozos y los lanzó por la ventana. La brisa se llevó varios. Yo dejé la bandeja en el suelo y me hice con un puñado. Mientras los reunía, seguí oyendo la voz de Su Majestad.

—Eres mi hijo, pero no te pareces en nada a mí. Me esforcé por ser merecedor del trono, por convertirme en un buen rey para mis súbditos, pero tú vives muy cómodamente, consentido como un chucho. Siempre desestimas tus estudios, al contrario que tu propio hijo, que se levanta al amanecer, estudia hasta tarde a mi lado y es capaz de recitar todo lo que ha aprendido sin trabarse como un necio. ¿Cómo puedes ser menos hábil que un niño de seis años? *Él* sería mucho mejor rey que tú.

El príncipe heredero Jang-heon permaneció callado con los ojos enrojecidos. No pronunció ni una sola palabra para defenderse.

El rey chasqueó la lengua con desdén.

—El aprendizaje del confucianismo nos ayuda a crecer y a cultivar la bondad humana. —Una sombra de derrota cruzó su rostro—. Como no cultivas esa virtud, los cielos castigan a la gente con una hambruna continua…

—Es el aniversario de mi nacimiento, *abamama* —susurró el príncipe heredero.

Todos se tensaron. Noté cómo abrían mucho los ojos, palidecían y se les aceleraba el pulso. Después, empecé a sentir miedo.

—Cada año, me convoca aquí el día de mi nacimiento para reprenderme ante sus oficiales. Jamás paso el día con tranquilidad. Soy su hijo, pero… —dijo el príncipe con voz temblorosa. Hizo una pausa para calmarse—. Pero nada de lo que hago le agrada. ¿Cómo puede un padre despreciar tanto a su único hijo?

La barba blanca del rey tembló y su expresión se tornó iracunda. Me recordó tanto a mi padre que agarré la bandeja y me fui. Dejé los trozos de papel donde estaban. Antes habían formado la ilustración de un perro adulto dándole la espalda a sus dos cachorros, que buscaban su atención.

En cuanto salí del recinto, bien lejos de los guardias apostados en la puerta, suspiré de forma entrecortada y cerré los ojos.

Los padres eran aterradores.

Sabía cómo mantener la compostura ante la muerte y los pacientes agonizantes o doloridos, pero una sola palabra de mi padre bastaba para volverme una niñita frágil. Ante él nunca era capaz de contener las lágrimas —unas lágrimas que me hacían

temblar e hipar cuando trataba de hablar—, por mucho que él odiase verme así.

Anhelaba tanto que me aceptara…

Y odiaba sentirme así; deseaba no hacerlo.



Por fin llegué ante las puertas entramadas de los aposentos de la señora Hye-gyoung con el pelo ligeramente alborotado y el uniforme sudado. Dos damas de palacio me abrieron la puerta.

Me arrodillé ante la señora esperando que no hubiese notado mi ausencia prolongada. Como siempre, su atuendo era impecable. Estaba sentada en una estera con la pesada falda de seda arremolinada a su alrededor. Tenía el rostro cansado y demacrado, pero su expresión permanecía impasible.

—Me he enterado de que se te da muy bien tomar el pulso —dijo.

Traté de leer entre líneas para intentar averiguar por qué había solicitado mi presencia.

—M-me honra que piense eso de mí. —Apenas logré contestar.

—Deja que lo compruebe por mí misma. —Levantó el brazo y mostró la muñeca. Se veía un leve rastro del color azul de sus venas.

Inspiré varias veces para mitigar el desconcierto. Me acerqué, estiré el brazo y posé tres dedos en su muñeca para tomarle el pulso. *Chon, gwan* y *cheok.*[2] Tres puntos diferentes que revelaban información distinta de una misma historia; el pulso era como un idioma aparte.

Permanecí en silencio encorvada sobre su muñeca y permití que la sensibilidad de mis yemas escuchase la historia de su pulso. A veces era escurridizo, entrecortado, vacilante o falso. Tomarlo era como escuchar y descifrar un secreto. Y cuanto más lo escuchaba, más entendía a Su Señoría. Era distinta a como se mostraba; ella podía mentir a todo el mundo, pero su pulso no. Para ser una mujer de veintitrés años, tenía el pulso tenso, como el de una persona de cincuenta afligida, propensa a la preocupación y al desánimo diario provocados por los pensamientos y las cargas.

Aparté la mano despacio y, bajo la firme vigilancia de sus ojos, me atreví a explicar la verdad.

—Muestra una aprensión diaria, señora. —Y sabía la razón. Tras ver lo ocurrido entre el rey y el príncipe, apenas podía hacerme a la idea de lo asustada que debía de estar la señora Hye-gyoung cada vez que se reunía con su marido… Seguro que era la receptora de la ira del príncipe y sus desahogos—. Se siente acorralada y, a menudo, muy abrumada.

Como si hubiese dado en la diana, los ojos de la señora Hye-gyoung se humedecieron y una lágrima resbaló por su mejilla antes de limpiarla rápidamente.

—¿Has contado a alguien que el príncipe desapareció aquella noche? —preguntó para disimular.

Me sobresalté.

—Por supuesto que no, señora.

Me observó durante un buen rato.

—¿Crees que la enfermera Ji-eun lo ha hecho?

Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No, señora. Tememos demasiado por nuestra vida como para revelar algo así.

—Te creo. —Permaneció inmóvil con los labios pálidos—. Hace poco, una de mis damas de palacio descubrió a un esbirro de la señora Mun espiando al príncipe. Una enfermera llamada A-ram. ¿La conoces?

—No, señora —susurré—. Probablemente trabajará los días que yo no estoy en palacio.

—Entiendo.

Esperé mientras me retorcía las manos heladas.

—Bueno, he interrogado a la espía con latigazos en las pantorrillas y me ha confesado que la señora Mun está hurgando para recabar información sobre el paradero del príncipe heredero la noche de la masacre. No sé siquiera cómo *esa mujer* sospecha de su desaparición.

Me mordí el labio inferior.

—Disculpe, señora, pero ¿por qué cree que la señora Mun está tan decidida a averiguarlo? —pregunté, sintiéndome lo

suficientemente audaz.

La señora Hye-gyoung suspiró con cansancio.

—Está resuelta a difamar al príncipe, a poner al rey en contra de su hijo. Es una concubina codiciosa, decidida a quedarse con Su Majestad. En el palacio abundan sus espías; la dama Ahn-bi era una.

Ahogué un grito.

Ella se frotó las sienes y después me dedicó una mirada triste.

—Debes de estar destrozada por lo de tu mentora —dijo.

Seguía aturdida por lo que me acababa de contar. ¿La dama Ahn-bi era una espía?

—Sí, señora. Sé que es inocente —respondí tras recomponerme.

—Claro que lo es. Mi familia quiere mucho a la enfermera Jeong-su. Mi hermana pequeña creció huérfana de madre, enferma y desanimada. Jeong-su le recomendó que aprendiese a leer porque estaba convencida de que una mente sana desembocaría en un cuerpo sano. Acabó siendo cierto y he terminado respetándola mucho.

Incliné la cabeza sin saber qué decir.

—Así que cuando me enteré de que dos de las alumnas de Jeong-su iban a trabajar en palacio, la convoqué y le pregunté por ti y por Ji-eun. Os alabó a ambas, sobre todo a ti. Dijo que eras una grulla entre lobos. —Desvió la mirada a la celosía y compuso una expresión decidida—. Eres inteligente y tenaz, y seguro que Jeong-su te importa mucho. Sé que estás investigando los asesinatos.

Se me cayó el alma a los pies y la sensación me dejó aturdida.

—Señora, no osaría…

—La espía de la señora Mun me lo ha dicho. Y también que te ha reclutado para investigar en privado.

Negué con la cabeza.

—Solo he accedido porque ya estaba investigando. No tenía intención de revelarle nada importante… —respondí.

—Una grulla entre lobos —repitió en voz baja—. Sé que lo eres. No pretendes hacerme nada malo. Solo espero que seas igual de leal al príncipe heredero.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos con fuerza.

—Por supuesto que sí, señora. —Y lo decía en serio, aunque una pregunta pululaba por mi mente: «¿Y si él es el asesino?».

—Me han llegado los rumores —añadió, como si me hubiese leído el pensamiento—. El volante anónimo que circula diciendo que el príncipe es el culpable de los asesinatos y que deberían condenarlo… —Hizo una pausa y esperé, turbada—. Pero te diré algo, enfermera Hyeon. El autor anónimo no sabe lo que está pidiendo. Condenar al príncipe conllevaría condenar a toda la familia real, junto con nuestro único hijo, el único nieto del rey Yeong-jo. Ni un convicto ni el hijo de un convicto pueden heredar el trono, así que no habría heredero ni futuro. La condena supondría la destrucción de la dinastía. —Estiró el brazo y me tocó la mano. Una sensación abrumadora se expandió por mi pecho—. Pero no intentaré detenerte.

—¿Eh? —repuse, sin aliento.

Ella formaba parte de la familia real. Si me ordenaba que saltase de un acantilado, yo tendría que hacerlo.

—Somos mujeres —prosiguió—. Y solo la muerte evita que hagamos lo que deseamos. Eso es lo que consiguen las leyes y las restricciones que moldean nuestras vidas: determinación y astucia. Alguien como tú no va a obedecerme. Me dirás que intentarás permanecer tan inmóvil como una piedra, pero sé que viajarás de sombra en sombra. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Ahora mírame y escucha con atención. —Y eso hice. Alcé los ojos hasta los suyos, tan sinceros que cualquier cosa que me dijese sería cierta—. Cuando el príncipe Jang-heon volvió a palacio esa noche, su túnica no estaba manchada. No encontré sangre, ni siquiera un rasguño. Necesito que me creas. Es inocente, Hyeon.

Estuve a punto de suspirar. No estaba manchado de sangre, algo imposible si realmente era el asesino. Había visto las heridas, la piel bajo las uñas de una de las víctimas, el pelo en la mano de otra. El asesino habría mostrado signos de violencia. El príncipe era, entonces, inocente.

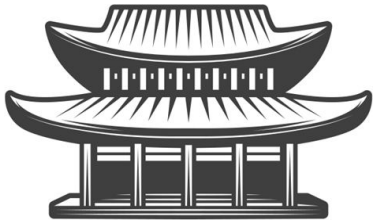
—Puedes venir a hablar conmigo siempre que lo necesites, Hyeon. Y, mientras tanto, haz todo lo posible para salvar a la enfermera Jeong-

su; es una mujer buena que necesita una buena amiga. Lo único que te pido es que lo hagas sin perturbar cuatro siglos de historia.

1 Honorífico utilizado por el príncipe heredero para referirse a su padre, el rey. Está compuesto por *aba,* padre, y *mama,* el honorífico. *(N. de las T.)*

2 *Chon*, *gwan* y *cheok*, las tres posiciones diagnósticas de pulso utilizadas en la medicina oriental tradicional. *(N. de las T.)*

7



Un extraño hormigueo invadió mi estómago cuando abandoné la residencia de la señora Hye-gyoung; era la misma sensación que, tal vez, habría tenido un pájaro al salir volando después de haber estado atrapado en una jaula. Me di cuenta de que las reglas de palacio me habían estado reteniendo, acallándome y retrasando mi decisión de ayudar al joven inspector. Pero la señora Hye-gyoung pertenecía a la realeza; *ella era el palacio* y me había permitido investigar la verdad. Los cuatrocientos años de historia no me preocupaban. ¿Cómo iba a provocar un caos de esas dimensiones? ¿Cómo una mera sirvienta podía imaginarse con el poder suficiente para alterar el orden del universo?

Se me escapó una risotada mientras volvía apresuradamente a la botica real. Podía ayudar a averiguar la verdad sin que mi vida se desmoronara a mi alrededor. Si investigaba con la discreción suficiente, mi padre tampoco tendría que enterarse nunca.

Sentí el corazón más ligero el resto del día, que fue bastante tranquilo en cuanto a trabajo. Había varios miembros de la familia real y concubinas enfermos, así que me asignaron la tarea de cortar y secar plantas medicinales. Y no había pocas, precisamente. Las cestas rebosaban de plantas del jardín real, frondosas, verdes, con raíces nutritivas. Al terminar la jornada me escocían las muñecas de tanto cortar plantas y colgarlas para que se secaran. No había notado el escozor mientras trabajaba, porque había pasado el día

pensando en la investigación y en que no había visto al sanador Khun, el hombre más sospechoso del caso. Pregunté a todas las enfermeras y médicos que entraban y salían de la botica por el sanador Khun, pero nadie lo había visto. No había acudido a trabajar.

En cuanto terminó nuestro turno, salí con Ji-eun de palacio y fuimos a la librería en silencio, yo aún pensando en el sanador Khun. Quería preguntarle a Eo-jin qué sabía, y tenía que darle una respuesta, pero en secreto, si pretendía que nadie se enterara de que lo ayudaba. Tal vez pudiera encontrarme con él fuera de la fortaleza. Aunque primero debía enviarle el mensaje…, y tenía a su prima justo delante.

Por alguna razón, se me ruborizaron las mejillas al intentar sacar el tema.

—Ji-eun-ah…

—¿Sí?

—Eh… —Carraspeé—. Necesito hablar con tu primo.

—¿Mi primo? —Me dedicó una especie de sonrisa confundida—. ¿Os conocéis?

Me masajeé la muñeca, cualquier cosa con tal de mantenerme ocupada.

—Hm.

No me respondió mientras estuvimos en la librería rebuscando en las estanterías, llenas de libros encuadernados con cinco puntadas de hilo. Aun así, pude percibir cómo le daba vueltas, intentando resolver las incógnitas. Me aclaré la garganta con incomodidad y hojeé varios libros, solo para devolverlos a la estantería poco después. Nada me llamaba la atención; tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Estáis enamorados? —preguntó Ji-eun de pronto.

—No, no, no —repliqué, horrorizada—. Nos cruzamos en el Hyeminseo y hay algunas cosas sobre… la masacre… de las que me gustaría hablar con él. Con discreción. No quiero que mi padre se entere. —Miré hacia la puerta de la librería y al cielo todavía iluminado—. ¿Te importaría preguntarle si está libre antes de que anochezca?

—Puedo hablar con él y decirle dónde encontrarse contigo. —Abrazó un libro contra el pecho y sonrió de forma traviesa—. Ahora que lo pienso, mi primo nunca se ha enamorado. Nunca ha conocido a su media naranja. Pero tú… Si te casases con él, ¿te convertirías en mi prima política?

Casi me ahogué de la sorpresa, aunque tendría que haberlo esperado. Ji-eun era una romántica. Cuando no estaba estudiando, andaba haciendo de casamentera por ahí.

—Eso no va a suceder, te lo aseguro. —Luego, enseguida añadí—: Tú podrías ayudarnos y así buscar la verdad juntos. —De pronto, la idea me pareció de lo más tentadora—. Sí, ¡deberías ayudarnos! Nos reuniremos los tres en la posada y después de hablar, tú y yo nos quedaremos a cenar. Te invito. Luego, si quieres, duermes en mi casa y estudiamos el próximo examen… —Dejé de hablar al darme cuenta del silencio incómodo de Ji-eun.

—No —susurró—. No me pidas que os ayude.

Parpadeé.

—Pero ¿por qué? Hablamos de tu primo, y la enfermera Jeong-su también es tu mentora. La adoras.

Ji-eun permaneció callada. Siguió de brazos cruzados, aunque entonces parecía que intentaba abrazarse, como si, de repente, hiciese demasiado frío.

—No quiero tener nada que ver con la investigación.

El miedo en sus ojos era inconfundible.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con suavidad.

—Te he mentido. —Se le quebró la voz a la vez que apartaba la mirada—. No te esperé fuera del Hyeminseo. Al parecer hubo un robo esa misma noche y los policías pasaron corriendo diciendo que por fin habían encontrado al ladrón. El guardia se distrajo, así que me colé dentro para buscarte. Vi los cadáveres cubiertos. Tendría que haberlos dejado así, pero… miré. —Palideció tanto como aquella mañana. Entonces entendí por qué había sentido tanto miedo—. Quienquiera que matara a esas mujeres… sigue ahí fuera, y si se entera de que vamos tras él…, seremos *nosotras* las que acabaremos debajo de las esterillas de paja.

—Ji-eun-ah. —Traté de sostenerle la mirada, pero ella me la rehuyó—. Por eso pretendo hacer esto de forma muy discreta. Nadie tiene por qué saberlo. Podemos…

Negó con la cabeza.

—No quiero tener nada que ver. Siento si eso te molesta.

Me quedé mirando a mi amiga, mi única amiga. Me había pasado años mirando a Ji-eun, su rostro redondo y su delicado mentón, sus ojos alegres y su sonrisa perenne. Lo habíamos hecho todo juntas. Pero recordé una vez más que esta investigación no era ningún juego. Por mucho cuidado que tuviéramos, nuestra seguridad no estaba garantizada.

—No me molesta en absoluto. —Estiré el brazo y le agarré la mano. Tenía los dedos tan helados que al instante me arrepentí de habérselo pedido siquiera—. No te volveré a presionar con esto. Te lo prometo.

—Gracias —susurró, y luego, mirándome a los ojos, añadió—: Aunque hablaré con mi primo y le daré tu mensaje. Me ha dicho que luego quería visitar el monte Bugak. Creo que para interrogar a unos cuantos familiares de Min-ji que viven por allí cerca.

«La cuarta enfermera desaparecida», pensé.

—Tal vez pueda decirle que se encuentre contigo en algún lugar cerca de allí.

Asentí, todavía con su mano agarrada.

—Haz como que este mensaje no tiene nada que ver con la investigación.

Asintió.

—Fingiré que estoy… —Se calló un momento y bajó la mirada al libro que tenía entre sus brazos. Había cogido *La historia de Chunhyang* de la estantería, una historia de amor entre la humilde hija de una *gisaeng* y un joven noble. Una sonrisita apareció en sus labios—. Que estoy haciendo de casamentera entre vosotros dos. Le diré que se vista adecuadamente para un encuentro amoroso a la luz de la luna.

Volví a ruborizarme; el calor se me extendió por el cuello y el pecho. Aun así, me alegraba verla sonreír.

—Pues quedaremos esta noche a la luz de la luna. Tal vez en el pabellón Segeomjeong.

—Pabellón Segeomjeong —repitió, y la luz regresó a sus ojos—. Se lo diré.

—¡No! Solo bromeaba…

Ji-eun dejó el libro y se marchó con paso decidido; había plantado una idea ridícula en la cabeza de una chica que se dejaba el sueldo en libros de literatura romántica.

—Solo bromeaba —insistí mientras me apresuraba a seguirla.



Crucé el pequeño puente sobre el Hongjewoncheon, un río con más piedras grandes y planas que agua, y enseguida atisbé el Segeomjeong, un pabellón de techo negro a los pies del monte Bugak donde los guerreros descansaban para limpiar sus espadas en el río y los amantes se encontraban a escondidas de todos menos de la montaña y las ranas. Un lugar sin sentido para reunirme con el joven inspector, y odiaba hacer cosas sin sentido. Pero Ji-eun le había dado mi mensaje, y él había accedido a quedar ahí conmigo un poco antes del crepúsculo.

Suspiré. A lo hecho pecho. No serviría de nada preocuparse por algo que ya no podía cambiar.

Subí al porche y eché la cabeza hacia atrás. Unos pilares marrones me rodeaban, y sobre ellos descansaban unos aleros intrincados, pintados de un color verde jade, decorado con los colores primarios. Soplaba una ligera brisa, así que respiré hondo y llené los pulmones con el aroma de diez mil árboles.

No me extrañaba que el Segeomjeong fuese tan popular en la literatura y los poemas. El pabellón se levantaba a los pies de una montaña boscosa, junto a un riachuelo que brillaba cuando se ponía el sol, haciendo creer a cualquiera que todo iba bien en el reino. No había hambruna, ni horror, ni dolor. Tampoco duelo. Solo agua, tierra y árboles.

Esa sensación de ligereza solo duró un momento.

Apoyada en la barandilla baja y entramada, la cruel realidad inundó mi mente: todo *no* iba bien y, por ahora, la verdad parecía inalcanzable. De camino, había pasado por el Hyeminseo para hablar con la enfermera Ok-sun y saber si tenía novedades. Negó con la cabeza y me explicó que había preguntado a todas las personas que se le habían ocurrido, pero ninguna sabía a dónde había ido la enfermera Jeong-su a medianoche, horas antes de la masacre en el Hyeminseo.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta del paso del tiempo hasta que oí los cascos de un caballo a lo lejos. Miré por encima del hombro. El sol estaba parcialmente oculto detrás del horizonte, bañando el cielo y la nieve derretida de un precioso tono dorado. Reconocí al jinete que se aproximaba a toda velocidad: era Eo-jin.

El miedo se me instaló en la boca del estómago, pero lo combatí, erguí la espalda y entrelacé las manos en el regazo. Había tomado una decisión y pensaba seguir adelante con ella.

Haría lo que fuese necesario para ayudar a la enfermera Jeong-su.

Eo-jin desmontó de un salto, ató las riendas al puente y lo cruzó. En apenas unas zancadas llegó frente a mí, y con él, el olor a neblina, pino y también un poco a sudor, como si hubiese venido a toda prisa. Al verlo vestido con el uniforme de policía me dio la impresión de estar clavando los ojos en una versión más joven del comandante Song, con aquel sombrero negro y las cuentas cayendo alrededor de su rostro, la túnica azul de seda con detalles plateados en las mangas y la espada colgando imperiosamente a su costado.

Un frío descontento me embargó mientras bajaba la mirada al suelo.

—Lamento haberlo hecho venir hasta aquí, *nauri*.

Esperé a que me respondiera con cualquier comentario banal, o tal vez incluso que se burlara del lugar que había elegido.

—¿Te has decidido? —preguntó sin más.

—¿Puedo atreverme a preguntar…?

—Eres atrevida, sigue así conmigo —dijo con tanta determinación que me sorprendió—. No es necesaria tanta formalidad.

Reflexioné sobre su petición.

—Supongo que los asesinatos no tienen nada de formal —musité.

—Exactamente —repuso. Pude oír la sonrisa en su voz.

Envalentonada, levanté la mirada un poco.

—Entonces, *nauri,* cuénteme todo lo que sepa sobre esta investigación, y yo revelaré lo que sé.

Se apoyó en la barandilla entramada, sacó un pequeño cuaderno y lo abrió.

—Hemos entrevistado a todos los testigos que estaban cerca del Hyeminseo esa noche.

Deslicé un dedo por el cuello de mi uniforme y me coloqué a su lado tímidamente para mirar la página que estaba señalando. Vi caracteres *hanja:* un listado de nombres. El primero, «Enfermera In-yeong».

—La enfermera de palacio In-yeong, una antigua *damo* de la Policía, fue la primera testigo —dijo Eo-jin—. Asegura haber seguido a la dama Ahn-bi para advertirla de que no podía salir de palacio, pero acabó perdiéndole el rastro. Luego oyó gritos que la llevaron hasta el escenario del crimen.

Sentí un escalofrío al recordar lo que vi aquel día.

—¿Dónde encontraron los cuerpos?

—A la dama Ahn-bi la hallaron cerca de la puerta.

Una imagen de su cadáver frío y ensangrentado apareció en mi mente. «Una puñalada en los pulmones y un tajo limpio en la garganta».

—A la jefa de enfermeras Hee-jin la encontraron en la base de las escaleras, justo al salir del consultorio.

«Un tajo en la espalda y en la garganta».

—Las dos estudiantes de enfermería estaban en el consultorio; la estudiante Eun-chae, desplomada junto a la puerta, y la estudiante Bit-na, acurrucada contra la pared.

«Bit-na, con las uñas manchadas de sangre y heridas en el pecho y la garganta. Eun-chae, con la nariz rota y mechones de pelo del agresor en el puño. La apuñalaron en el vientre y luego la remataron con un tajo en la garganta».

—Todas las víctimas tenían algo en común —susurré—: el tajo en la garganta.

Eo-jin asintió.

—Durante un segundo examen, la *damo* midió las heridas de cuchillo que tenía la dama Ahn-bi en los pulmones y en el cuello —explicó—. Se hicieron con un arma de un tamaño aproximado de cuatro *chon*[1] y dos *bun*.[2]

Fruncí el ceño.

—Pero el comandante cree que el arma homicida fue un cortador de hierbas medicinales. Me parece que la herida es demasiado estrecha como para que se trate de un *yakjakdu*. Esa clase de cortador es similar a una espada. Con esas medidas, yo diría más bien que se utilizó un arma… larga y mucho más fina.

—Yo pensaba lo mismo, pero excepto las heridas de Ahn-bi, las otras coinciden con el cortador.

Me crucé de brazos y empecé a pasear por el porche mientras trataba de recordar los cadáveres, para poder visualizar sus lesiones de nuevo con mucha más atención que en el escenario del crimen.

—¿Podría volver a examinar los cuerpos?

—Ya no están.

—¿Qué? —susurré—. Solo han pasado cuatro días.

—El comandante Song dijo que las víctimas se descomponían muy rápido. Traté de convencerlo para que conservaran los cadáveres más tiempo, pero al tercer día, mandó enterrar a las cuatro mujeres.

Me sorprendí mucho. El cuerpo de una persona asesinada a menudo habla a voces y ofrece historias perfectamente detalladas. ¿Y habían enterrado esas pruebas solo a los cuatro días?

Tendría que fiarme de lo que Eo-jin y la *damo* habían visto.

—Ha mencionado que a Ahn-bi la apuñalaron en los pulmones. Las costillas protejen los pulmones… —Di rienda suelta a los pensamientos intentando encontrar otra pista que el cadáver quisiera expresar. Fruncí el ceño y miré al inspector—. ¿Es fácil apuñalar a alguien en los pulmones?

—Si no se conoce la anatomía del cuerpo humano, en absoluto. Habría que introducir el arma entre las costillas, que es la única forma de perforar los pulmones con facilidad. —Frunció el ceño—. Desde el punto de vista médico, ¿qué ocurre cuando apuñalan a alguien en los pulmones?

El viento había arreciado, y por mucho que intentase mantener los mechones de pelo sujetos detrás de las orejas, siempre volvían a liberarse.

—La víctima sufre una enorme pérdida de sangre y le cuesta mucho respirar, pero la muerte no suele ser instantánea. —Aparté otro mechón de pelo, luego cedí y dejé que cayera sobre mi rostro —. Harían falta unas cuantas horas para morir con una herida así, horas en las que los pulmones se llenarían de sangre.

—Tal vez por eso el asesino persiguió a Ahn-bi, para atacarla una segunda vez, ya que sabía que no moriría enseguida. Quizá había perdido demasiada sangre para defenderse, y de ahí la herida en la garganta que viste.

—¿Qué descubrieron las *damo* de esa herida?

—Que no era lo bastante profunda para resultar letal, pero que el tajo dañó un vaso sanguíneo grande de la garganta.

Eso confirmó la inquietud que me produjo la herida cuando la vi. ¿Sabía su agresor dónde estaba aquel gran vaso sanguíneo?

—Una de dos: o el asesino atacó casualmente en ese punto y después supo que había acertado y que el corte provocaría la muerte de Ahn-bi al instante, por eso no volvió a agredirla; o tenía adiestramiento médico o militar. —El sanador Khun, la enfermera In-yeong y el príncipe heredero me vinieron a la mente. Los dos primeros habían pasado toda su vida estudiando el cuerpo humano, y el último era bien conocido por su destreza militar—. ¿Quiénes son los sospechosos?

Eo-jin suspiró.

—En este momento hay demasiados, así que tendremos que ir descartando.

—¿Por ejemplo?

—El más evidente es el sanador Khun.

—Hoy no ha ido a trabajar —dije, al recordar su ausencia de pronto—. Nadie lo ha visto. ¿Usted tampoco?

—Fui a hablar con él hace un rato. Está atrincherado en su casa, demasiado triste como para levantarse de la cama —me informó. Al ver que no decía nada, siguió hablando—. Lo interrogué sobre su relación con la dama Ahn-bi y él negó todo, incluso que el anillo le perteneciera. Aun así, parecía saber muchas cosas sobre ella. Me dijo que no debería interrogarlo a él, sino a la señora Mun.

Fruncí el ceño al oír ese nombre.

—¿La señora Mun?

—Me dijo que ella le había arruinado la vida a Ahn-bi, aunque no quiso revelarme los detalles. Planteó que la señora Mun podría haber contratado a los asesinos para acabar con la vida de Ahn-bi y ahorrarse ella el trabajo sucio. —Eo-jin miró su cuaderno—. Así que la señora Mun también es sospechosa, aunque no sé por qué iría contra una simple dama de palacio.

Permanecí inmóvil. Una gran sensación de inquietud me asolaba. Sabía la respuesta. Entonces, de pronto, se me ocurrió una idea.

—La dama Ahn-bi era espía de la señora Mun.

El inspector levantó la vista, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—La señora Hye-gyoung me lo ha dicho…

—¿La señora Hye-gyoung? ¿La esposa del príncipe heredero? Pero ¿por qué iba alguien de la familia real a confiar en ti, una sirvienta? —preguntó.

Me di cuenta de que había revelado demasiado. Bajo su intenso escrutinio, el recuerdo de aquella noche resurgió y temí que Eo-jin me estuviese analizando tanto que incluso llegase a ver el secreto de palacio que podría hacer que las cabezas rodasen. La mía, sin ir más lejos.

—¿Hay algo que deba saber? —inquirió en voz baja.

—Soy enfermera, y aquellos a los que atiendo a menudo confían en mí —repuse. Cambié de tema rápidamente—. Sé de primera mano que la señora Mun ha ordenado a algunos sirvientes que espíen al príncipe. He oído que está intentando enfrentar al rey con su hijo para aislar a Su Majestad y tenerlo todo para ella.

Eo-jin siguió observándome y tal vez notara el rubor nervioso que coloreaba mi rostro. Frunció el ceño como si acabase de caer en la cuenta de algo, y mi miedo aumentó. Desesperada por desviar su atención, bajé la mirada hacia su cuaderno.

—¿Y Min-ji? —Señalé su nombre en la página—. Es la que sobrevivió a la masacre, ¿verdad? ¿La ha encontrado ya?

—No he terminado de anotar a todos los sospechosos. —Su voz sonaba un tanto recelosa—. El príncipe heredero también lo es.

—Está oscureciendo. —Miré a mi alrededor, a cualquier parte menos a él—. Debería marcharme antes de que anochezca. Tardaré como mínimo dos horas en llegar a casa.

La luz del sol había adoptado un tono rojizo y morado sobre el horizonte y arrojaba sombras por el paisaje y la mitad del rostro del inspector.

—Aún tengo preguntas —murmuró—. Te acompañaré a casa.

Sin darme tiempo a protestar, Eo-jin se acercó a su caballo y yo lo seguí mientras pensaba en formas de evadir su interrogatorio. Cuando nos detuvimos delante de su semental negro, estaba segura de que me obligaría a caminar. Al fin y al cabo, era una sirvienta y había nacido para caminar por los lodazales. Al menos, hacía buen tiempo.

Eo-jin ajustó la silla y me echó un brevísimo vistazo.

—Puedes subir —dijo. Al ver que me había quedado mirándolo boquiabierta, demasiado confundida para responder, él se frotó la nuca con nerviosismo—. ¿Te dan miedo… los caballos?

—Por supuesto que no —aseguré, y salí de mi estupor.

Me acerqué al caballo y traté de enganchar los pies en los estribos. Probé varias veces sin éxito. Entonces, Eo-jin me agarró por la cintura y me levantó sin dificultad hasta sentarme en la silla, y la sorpresa me aceleró el corazón. Me soltó enseguida, pero el recuerdo de su calidez permaneció sobre mi piel. Era un noble; se suponía que no debía tocarme. Eso dictaba la norma como parte de la moralidad confuciana, y los de la clase de Eo-jin procuraban preservar su reputación haciendo gala de un comportamiento modélico y virtuoso.

Me quedé quieta, sentada al estilo amazona en el caballo, demasiado atónita para moverme, y Eo-jin guio al animal hacia el camino; solo hicieron falta unos cuantos segundos para que mi rostro se enfriara con el viento. Había olvidado por completo la conversación anterior hasta que Eo-jin sacó el tema de nuevo, devolviéndome a la realidad de golpe.

—Por lo que he oído, la señora Hye-gyoung es muy protectora con su marido —dijo de nuevo con recelo—. No te habría confiado esa información sin un buen motivo, una circunstancia que te obligue a guardar silencio.

Me vinieron a la mente las sombras en los aposentos del príncipe Jang-heon otra vez.

—De veras que no sé por qué confió en mí —mentí—. Pero le aseguro que el príncipe heredero es inocente. Su Señoría dijo que volvió sin ninguna mancha de sangre en la ropa.

Sus pasos se ralentizaron.

—¿Que *volvió?*

Se me paró el corazón. Había metido la pata.

—Quiero decir que… estuvo en palacio todo el día. ¡No puede ser el asesino!

Eo-jin se detuvo y el caballo lo hizo con él. Me miró con tanta intensidad por debajo del sombrero que me resultó imposible apartar la vista.

—Tengo que saberlo —soltó—. No dejaré que te hagan daño por decirme la verdad.

Mantuve los labios cerrados y el pulso se me aceleró.

—Necesito que confíes en mí. —Habló despacio—. Estamos solos en esta investigación, y yo tengo que saber si puedo confiar en ti. Una mentira y todo se vendría abajo.

Agarré la montura con más fuerza mientras la indecisión hacía mella en mi pecho. Entonces caí en que Eo-jin había compartido conmigo su información confidencial. Había abierto su cuaderno privado para que lo mirase. Era justo que yo también le contase la verdad…

Tras una larga pausa, me decidí.

—El príncipe heredero no estaba en sus aposentos la noche de la masacre —susurré. Un ápice de sorpresa y otro de horror ensombrecieron su rostro—. Debe jurarme que no lo contará a nadie. —Parecía incapaz de hallar las palabras, así que insistí—. Si comparte esta información, me sucederá algo horrible.

Me sostuvo la mirada a la vez que fruncía el ceño con preocupación.

—Lo prometo. Prometo por la tumba de mi padre que lo que me digas jamás será usado en tu contra.

Y, en ese momento, sentí algo extraño.

Confié en él.

1 Unidad de medida que equivale a 3,03 cm. *(N. de las T.)*

2 Unidad de medida que equivale a 0,30 cm. (*N. de las T.)*

8



La investigación de un asesinato es como una partida de *janggi*:[1] en cuanto alguien coge una pieza octogonal, el tiempo se detiene y el mundo desaparece, dejando solo estrategias, tácticas y preguntas. Me hechizó hablar con Eo-jin sobre lo que haríamos a continuación.

Pero en cuanto él detuvo al caballo y preguntó: «¿Es esta tu casa?», el embrujo se rompió.

Hubiera investigación o no, siempre volvería a esa casa. La suciedad y las paredes desconchadas me contemplaron. El tejado roto me recordó cómo la lluvia goteaba sobre mi rostro adormilado y el moho se extendía por el interior. El desinterés creciente de mi padre hacia mi madre, hacia nosotros, marcaba nuestra casa visiblemente.

—¿Qué ocurre? —susurró Eo-jin con una voz profunda.

Me di cuenta de que había agarrado las riendas con fuerza.

—Nada —respondí antes de rectificar—: No ocurre nada, *nauri.*

Desmonté del caballo sin darle tiempo a ofrecerme ayuda.

—Debería irse antes de que la fortaleza cierre las puertas —dije.

Tras un instante de vacilación, se subió al caballo y yo incliné la cabeza con educación para despedirlo, igual que haría con cualquier otro noble. En ese instante recordé lo insignificante que era.

—Tenemos la misma edad —murmuró, girando al caballo. Los músculos del animal ondearon bajo su pelaje negro—. Toda esta formalidad no es necesaria.

No hice caso; sentía el peso de mi casa sobre los hombros. En cuanto se marchó, me acerqué a mi hogar. La puerta estaba abierta de par en par y me fijé en que la sirvienta Mok-geum barría aquí y allá. Se detuvo cuando me vio; enseguida apartó la escoba y se acercó a mí. —¿Quién era ese joven tan apuesto, *agasshi?* —preguntó con la mirada brillante—. ¿Su novio?

—No es lo que crees, *ajumma*[2] —murmuré.

—Así empiezan todas las historias de amor. —Soltó una carcajada —. ¡Oh, mire! Parece encontrarse mejor. Las ronchas de esta mañana han desaparecido.

Me había olvidado de ellas. De camino al patio me toqué la cara sin darme cuenta y suspiré.

Mok-geum confundió la razón del suspiro y me dedicó una mirada preocupada.

—Su madre ha dormido a su hermano y lleva esperando al señor Shin desde entonces. —Se mordió el labio inferior—. ¿Cree que el señor vendrá hoy de visita, *agasshi?*

—Es probable que no. He oído que tiene una nueva concubina.

Después, le dediqué una pequeña sonrisa a la sirvienta y entré en casa. El silencio y las sombras cargadas con la aflicción de mi madre se arremolinaron a mi alrededor. Era una herida incapaz de sanar, que me hacía sentir tal impotencia que solo quería escapar. Pero era su hija, éramos familia.

Iba a su habitación y, justo cuando llegué, la puerta de mi hermano se abrió. Dae-hyeon debía de haber oído el ruido de mis pasos. Salió sorbiendo la nariz y frotándose los ojos llorosos.

—*Noona,*[3] he tenido una pesadilla —gimoteó.

—¿Otra vez? Ven aquí. —Lo alcé en brazos—. Ay, has crecido tanto que ya apenas puedo contigo.

—¡No! —Se metió el pulgar en la boca a modo de protesta.

Lo llevé de vuelta a su habitación y lo dejé en la estera. Le limpié las lágrimas y los mocos con una toalla pequeña y lo cubrí con una manta.

—Duérmete, Dae-hyeon-ah —murmuré. Le di toquecitos en el hombro y esperé, observando cómo se le cerraban los ojos.

Durante años me había mostrado distante con él, tanto que Ji-eun incluso me preguntó una vez si odiaba a mi hermano. Quizá sí, un poco, por los privilegios que tenía desde que nació, solo por ser varón. Ser varón le abría unas puertas a las que yo jamás tendría acceso y le ofrecía una protección con la que yo ni siquiera me atrevería a soñar por el mero hecho de ser mujer.

Pero ya no le tenía aversión.

Por mucho que intentara mantenerme apartada de él, Dae-hyeon se pegaba a mí como el arroz glutinoso. Con el tiempo se ganó mi corazón. Ahora pasaba casi todos los días libres con él, estudiando, mientras él se revolcaba y mordisqueaba galletas de miel. Aunque, a juzgar por la investigación en la que había decidido colaborar, la criada Mok-geum tendría que darle las galletas de miel a Dae-hyeon. Dudaba que me quedase tiempo para pasarlo con él, y mucho menos para estudiar.

En cuanto el pecho de mi hermano subió y bajó de forma regular, señal de que se había dormido, salí al pasillo y volví a enfrentarme a la oscuridad, al eco de la aflicción de mi madre que rebotaba contra las solitarias paredes. La mía se unió a la suya. Mi madre creía que yo no sabía por qué pasaba las noches en vela, por qué se quedaba tumbada en la cama medio día, después de que saliera el sol, o por qué le costaba comer y digerir. Pensaba que no lo sabía y siempre intentaba que siguiera así.

Esa noche hubiera preferido evitarla, pero, al menos, debía saludarla. Suspiré con pesadez, abrí la puerta de su dormitorio y, con la iluminación de las velas, vi por un momento a la madre que fue, una *gisaeng* de extraordinaria belleza y tan inteligente que los hombres poderosos acudían de todas partes del reino para conversar con ella, entre ellos, mi padre. «Fue una historia de amor intensa, apenas podían estar un día separados», me contó Mok-geum una vez.

Pero la luz se redujo y enseguida volvió la madre que me había visto crecer. Su expresión estaba tan vacía como el cielo después de una tormenta; sus ojos carecían de luz hasta el punto de recordarme un par de llamas a punto de apagarse, y llevaba el pelo recogido de forma muy intrincada.

—¿Ha comido, *eomonni?*[4] —pregunté.

No respondió, solo se quedó observando la mesa baja frente a ella.

—Dae-hyeon estaba despierto cuando he llegado. Ha sido un día ajetreado en palacio —continué hablando—. Había mucho que hacer. Después he ido al Hyeminseo, por eso he venido tarde.

Mi madre siguió muda. Me pregunté si se habría dado cuenta de mi presencia. A veces dudaba de que me quisiera; era algo que me había mantenido en vilo desde que intentó venderme a la Casa Gibang para que me dedicase al entretenimiento, igual que ella.

No se lo había perdonado, aunque aún la quería. Seguía siendo mi madre y confiaba en que un día eso bastaría. Esperaba ganar el dinero suficiente para que no tuviera que preocuparse por nuestro sustento, ascender tanto como Dae Jang-geum, la legendaria sanadora en la que el mismísimo rey confiaba, y que solo con eso mi madre y yo recibiéramos el respeto social que merecíamos.

—¿Quiere té, *eomonni?* —pregunté, acercándome—. Puedo prepararlo ahora…

—Siéntate.

Vacilé antes de arrodillarme frente a ella y me quedé mirándola. Algo en su voz me asustó. La vi encender la pipa plateada de tabaco y sentí que íbamos a tener una larga conversación.

—He oído un caballo acercarse y, cuando he mirado, te he visto con un joven —dijo.

Traté de distinguir desaprobación en su voz, pero no la noté.

—Habrá oído hablar de la masacre del Hyeminseo, *eomonni.* Han arrestado a mi mentora como sospechosa principal. El inspector Seo quería hacerme varias preguntas. Nos cruzamos en el Hyeminseo y hemos estado hablando hasta tarde. —Cada vez me costaba menos mentir—. Tengo una ligera torcedura en el tobillo, así que me ha ofrecido volver a caballo.

—¿No me digas? —respondió, examinándome sin darme tregua—. Dices que es por una investigación, pero ningún aristócrata *yangban* presta su caballo a una muchacha *cheonmin* como tú sin obtener nada a cambio.

—No ha pasado nada de eso…

—Quiere convertirte en su concubina. Es la última moda; nobles jóvenes en busca de concubinas *uinyeo*. Son sus amantes y a la vez los proveen de cuidados médicos.

«No me conoces lo más mínimo». Tenía esas palabras en la punta de la lengua.

—No tengo intención de convertirme en la concubina de nadie.

—Bien. Entonces no vuelvas a hablar con él.

Su contestación me sorprendió y me enfadó a partes iguales.

—Ni siquiera lo conoce…

—Es una petición de tu padre. Vino hace dos días pidiendo que te vigilara y que te recordase la promesa que le hiciste.

Me estremecí cuando el espectro de mi padre resurgió desde lo más hondo de mi mente. Me atormentaba con ese ceño fruncido y aquellos ojos calculadores.

—*Eomonni* —susurré—. No se lo diga, por favor. No estoy investigando, pero seguro que padre lo malinterpreta…

—Tu padre ha acertado al suponer que el inspector Seo te pediría ayuda. Me ha contado que ese joven es un tanto controvertido y que choca con el comandante como si tuviera cincuenta años de experiencia —explicó con una voz carente de emoción, mientras se llevaba la pipa a los labios e inspiraba. Le salió humo de la boca—. Tu padre cree que al principio todos esos jóvenes inspectores son así. Vienen animados, ambiciosos y decididos a cambiar el mundo y a morir como mártires de la justicia, pero la realidad no tarda en ponerlos en su sitio.

—El inspector Seo no está investigando por ambición. Tiene razones de peso. —Sentí un ardor en el cuerpo como si yo también estuviese inhalando aquel humo nocivo. Me daba rabia lo incomprendido que era Eo-jin. Estaba investigando por culpa del brutal asesinato de su padre. *Nadie* tenía derecho a detenerlo, ni a él ni a mí—. ¡La vida de la enfermera Jeong-su peligra y padre no entiende que el comandante Song lo hace todo mal!

—Entonces no hagas caso a tu padre —respondió de forma monótona y con la mirada inexpresiva.

Me sorprendió.

—¿A qué se refiere?

—Tu mentora, la enfermera Jeong-su…, es como de la familia para ti. —Hizo una pausa—. Mejor que tu propia familia.

Me quedé helada. Siempre lo había pensado, pero no sabía que mi madre también lo había notado.

—Has estado fuera hasta tarde y has regresado con un joven inspector famoso por su rectitud. La conclusión a la que he llegado es que debes de estar buscando una forma de liberar a tu mentora. No creo que simplemente respondieras a sus preguntas; de ser así, no te habría acompañado hasta aquí. Estás ayudándolo, ¿verdad?

—Sí —susurré. No podía creer que confesara todo aquello a mi madre.

Ella se quedó callada, con expresión pensativa. Una enorme nube de humo flotaba a su alrededor cuando respondió por fin.

—No digas a nadie que te he contado esto, pero hay una razón más importante por la que tu padre no quiere que te involucres en la investigación.

Aguardé con una sensación de temor e intriga en el estómago. ¿Quién era esa mujer a la que llamaba madre? Llevábamos años compartiendo techo, y en ese momento parecía que la veía bien por primera vez. ¿Qué había cambiado?

—Tu padre vino a visitarme hace dos días. ¿A que no imaginas qué me dijo? —siguió—. Me habló del rumor que circula por la capital sobre que el príncipe heredero es el asesino del Hyeminseo, y me aseguró que no había sido él.

Hizo una pausa y yo contuve la respiración. Vi un brillo en sus ojos, como si quisiera que reparase en algo. Entonces se me ocurrió algo.

—¿Cree… que padre está involucrado?

—Tu padre no participó en el asesinato —repuso mi madre con rotundidad—. He hablado con su nueva concubina y me ha dicho que estuvo con ella hasta poco antes de que levantaran el toque de queda, que fue aproximadamente cuando se cometieron los asesinatos. No es el asesino, pero resulta evidente que algo sabe.

Las preguntas se agolpaban en mi mente.

—Debería hablar con padre.

Enarcó una ceja.

—De hacerlo, provocarías su ira.

—Pero sabe algo. ¿Qué… qué debería hacer entonces? —pregunté con vacilación.

—Sé más discreta, niña. No hables con tu *padre…,* sino con su guarda.

—¿El guarda Kwon?

—Los sirvientes lo ven y lo oyen todo. —Fumó de la pipa de nuevo y observó la mesa con los dragones laqueados incrustados—. Si continúas investigando, recuerda: todos hemos de elegir nuestro camino. Cuando lo hagas, ten en cuenta el coste. No vivas con remordimientos —murmuró con suavidad.

La miré.

—¿Qué coste?

Me clavó la vista en los ojos.

—Si lo correcto, lo honorable y lo justo te costara la aceptación de tu padre, ¿lo elegirías? A veces, a menudo más bien, no podemos hacer el bien y, a la vez, agradar a los que nos rodean.

—¿Y si hago lo correcto, lo honorable y lo justo, y padre nunca se entera? —dije.

—Ten en cuenta el coste. No avances de forma inconsciente. Recuérdalo, Hyeon-ah. Por mucho que intentes protegerte, todas las decisiones importantes en esta vida traen consecuencias y arrepentimientos.

Vacilé, pero, por extraño que pareciera, quería saberlo:

—¿Qué… qué haría usted?

Ella rumió la pregunta durante un momento.

—¿Cómo quieres ser en el futuro?

«Como la enfermera Jeong-su», pensé.

—Salva a tu mentora si tanto significa para ti —susurró mi madre con la voz rebosante de remordimiento, como si me hubiera leído la mente—. Tus seres queridos son los que hacen que esta miserable vida valga la pena.

Sus palabras resonaron en mi interior mientras regresaba a mi dormitorio. A mi madre debía de haberle pasado algo para cambiar tanto, o quizá nunca había sido quien yo creía.

Fuera como fuese, ese misterio lo resolvería otro día.

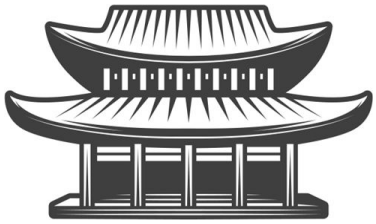
1 Juego de mesa parecido al ajedrez de la familia del *xiangqi* chino y el *shogi* japonés. *(N. de las T.)*

2 Señora. *(N. de las T.)*

3 Manera que tiene un hombre para referirse a una hermana mayor. *(N. de las T.)*

4 Madre. *(N. de las T.)*

9



Al día siguiente, una ligera lluvia cayó sobre la ciudad. Los pájaros piaban a coro en los árboles mientras me apresuraba a llegar a la capital tratando de cubrirme el pelo con las manos y respirando con dificultad y desesperación. Había pasado la mitad del día esperando a que escampara, y, por fin, cuando salí de casa, el cielo estaba despejado. Pero las nubes negras regresaron y se agruparon encima de mi cabeza.

Al final, me rendí con el pelo, me subí la falda y salí corriendo hacia la residencia de mi padre. Él no estaría, porque pasaba el día en el Ministerio de Justicia, pero encontraría al guarda Kwon en su puesto. ¿Qué información valiosa tendría? De todos modos, mi madre estaba en lo cierto: mejor no provocar la ira de mi padre y sacar la información de quienes lo rodeaban.

Salí de un callejón a la calle Donhwamun-ro. Tras dar varios pasos, vi la Jefatura de Policía a lo lejos, sobresaliendo, imponente, por encima de las demás casas con techos de paja, que parecían nubes oscuras de tormenta. También vi a un grupo de policías jóvenes hablando con alguien. Mi mirada recayó en el oficial más alto, por cuyo sombrero negro resbalaba la lluvia. Entonces, ese oficial levantó la mirada y unos ojos familiares me siguieron mientras caminaba por la calle. Eo-jin inclinó la cabeza muy ligeramente y yo le devolví el gesto.

Verlo reafirmó mis pasos, así que me apresuré a recorrer la calle hasta entrar en el distrito norte, donde vivían los poderosos e influyentes. Era un cúmulo de mansiones con tejados negros que refulgían bajo la lluvia. Por fin llegué a casa de mi padre, sin aliento y helada, pero completamente decidida.

Llamé a la puerta con el puño e insistí hasta que el guarda la abrió con las cejas enarcadas. Me reconoció al instante, probablemente por las veces que me había asomado de puntillas a esa misma puerta con la esperanza de poder ver a mi padre.

—¡Señorita! —dijo el guarda Kwon—. ¿Qué hace aquí fuera con este tiempo?

Me aparté un mechón de pelo de la cara.

—Deseo hablar con lord Shin. Si está en casa, infórmale de que solicito audiencia, por favor —respondí con la voz más penosa y vacilante que pude.

—Señorita. —El guarda volvió a mirarme con preocupación—. Lord Shin no está en casa. Fue a trabajar por la mañana.

—Pero… pero he venido hasta aquí… —Guardé silencio y levanté la mirada—. Deseaba preguntarle algo urgentemente a lord Shin, pero quizá tú conozcas la respuesta.

—*¿Yeh?* ¿Una pregunta? —La duda apareció en su rostro—. Por supuesto.

—¿Te has enterado de que se cometió una masacre en el Hyeminseo hace cuatro días? ¿Lord Shin lo ha mencionado?

El guarda miró alrededor al instante, nervioso.

—Nos ordenó que no habláramos de eso —murmuró con apenas un hilo de voz.

—¿Por qué?

—Por favor, señorita. Preferiría no… ¡Yo no sé nada!

Entonces puse en práctica la estrategia que había planeado la noche anterior, tumbada en la cama.

—Me han dicho que lord Shin está entre los sospechosos —susurré—. ¿Por ese motivo no quiere que nadie mencione el incidente? —Negué con la cabeza y fruncí el ceño—. Me preocupa, porque sabrás que, si está involucrado, toda su familia será castigada y a ti te exiliarían, o algo peor…

—¿Qu-quién lo dice? —Fijó una mirada desesperada en mí—. Eso es absurdo.

—También a mí me lo parece, por eso he venido. Estoy muy preocupada, *ajusshi.*[1] ¿Por qué levantaría sospechas lord Shin? ¿Tú lo sabes? Intento convencer al inspector de que castigue a la persona que ha extendido semejante rumor.

—Sé que lord Shin no está involucrado, ¡y el comandante Song también!

Tensé los hombros.

—¿El comandante Song? —La mera mención de aquel nombre hizo que me estremeciera de miedo—. ¿Ha estado aquí?

—El comandante Song vino a tomar el té con Su Señoría. Oí algo de lo que hablaban. Al parecer, mientras lord Shin volvía de casa de la concubina Park, poco antes de que se levantara el toque de queda, vio al asesino huir…

—Espera —dije—. ¿Cómo sabía lord Shin que era el asesino?

—¡El comandante preguntó lo mismo! El asesino chocó con Su Señoría mientras huía y con el golpe perdió algo, no sé exactamente qué. Lord Shin solo dijo que estaba cubierto de sangre, que no se le ocurrió recogerlo en ese momento y que al día siguiente ya no lo encontró. Después, el asesino salió corriendo muy rápido y no pudo ver nada, aún estaba oscuro. —Volvió a mirar alrededor con nerviosismo y luego agarró el lateral de la puerta, como preparándose para cerrármela en las narices—. Debería marcharse, señorita.

De pronto me sentí agotada y me temblaron las rodillas.

—Gracias —musité, aunque mi voz apenas se oyó por culpa del ruido de la lluvia—. Has sido de mucha ayuda…

—¡Por favor, no le diga a lord Shin que le he contado esto!

—Por supuesto que no —le aseguré, y añadí—: Sería mejor hacer como que esta conversación no ha tenido lugar. Pero me aseguraré de que nadie más dude de lord Shin.

En cuanto me di la vuelta, la puerta se cerró y yo dejé de fingir. Me quedé allí fuera un rato, dándole vueltas a lo que me había dicho el guarda. Mi padre creía haber visto al asesino más o menos a la

misma hora que el príncipe heredero, Jang-heon, deambulaba por la capital. ¿Sería el príncipe el sospechoso con el que había chocado? Aun así, mi padre parecía estar convencido de la inocencia del príncipe. ¿Por qué?

Mi mente se detuvo ante una hipotética respuesta: ¿podría ser mi padre la coartada del príncipe?

De pronto, la lluvia dejó de caer cuando una sombra se cernió sobre mí y me devolvió al presente: Eo-jin había llegado inesperadamente y me cubría la cabeza con una capa enorme de paja.

—¡Inspector Seo! —exclamé—. ¿Qué hace aquí?

Siguió mirando al frente, a la residencia de mi padre.

—¿Por qué has venido aquí con este tiempo? —preguntó mientras soltaba despacio la capa, que quedó en mi cabeza.

—Quería aclarar una cosa sobre mi padre. Mi madre me dijo que…

—Busquemos refugio primero. —Guardó silencio mientras la lluvia salpicaba su sombrero de policía y le empapaba la ropa. Luego me miró—. ¿Has comido?

Parpadeé.

—¿Disculpe? —Tiró ligeramente de la capa, que me cayó en la cara, amenazando con tragarme entera. La eché hacia atrás de golpe y vi una sonrisita juguetona abandonar sus labios—. ¿Por qué está aquí, *nauri?* —pregunté.

—Teníamos capas de sobra en la oficina y parecías necesitar una, pero he tardado un buen rato en encontrarte. —Lanzó una última mirada a la residencia, se volvió y empezó a alejarse. Me quedé mirándolo atónita—. Vamos, enfermera Hyeon. Te invito a comer.

—¿Por qué…?

—Tengo preguntas y también cosas que contarte. Y este caso no se resolverá solo si caes enferma.



Me senté bajo el toldo unido al tejado de paja de una taberna cercana. Decidida a que no volviesen a descubrirme con el joven inspector, me oculté bajo la capa, de modo que solo veía el uniforme de Eo-jin, un poco de su mandíbula y las gotas de lluvia que le caían del sombrero.

—¿Por qué has ido a casa de tu padre? —preguntó.

Mientras esperábamos la comida, le expuse lo que me había contado el guarda de mi padre en voz baja, para que solo me oyera él. Siempre que pasaba alguien cerca, me callaba y luego volvía a inclinarme sobre la mesa para continuar.

—¿No está de acuerdo conmigo, *nauri?* —pregunté con demasiada agresividad—. Mi padre es la coartada del príncipe, lo cual demuestra que Su Alteza es inocente. Así que mi pregunta es: ¿por qué el príncipe no revela la verdad? Tiene coartada; no puede ser el asesino.

—Imagino que si Su Alteza desvela su coartada, admitiría que salió de palacio de forma ilegal esa noche. Tal vez tema más la ira del rey que los rumores. —Siguió un silencio largo en el que casi pude oírlo pensar—. Y tu padre… tiene contactos en la facción de la Doctrina Antigua. Son rivales del príncipe, así que, seguramente, no desea que se lo relacione con Su Alteza de ningún modo.

Pausamos la conversación cuando llegó la comida, unos cuencos negros de cerámica con *gukbap*[2] y platillos de acompañamiento. Mi estómago gruñó y me di cuenta de que no había probado bocado en todo el día. Primero hinqué el diente a mis trozos de carne favoritos, luego me llevé a la boca una cucharada de sopa de arroz hervido, y otra más, pero me fijé en que Eo-jin no comía. Parecía pensativo, aunque no dijo nada hasta un buen rato después.

—¿Fue difícil crecer siendo la hija de lord Shin?

Detuve la cuchara y la inquietud me constriñó el pecho.

—No soy su hija realmente. Bueno, sí, pero ilegítima.

—Aun así, él sigue siendo tu padre. Y tú, su hija.

Se me escapó una risotada amarga.

—No soy más que una vulgar plebeya; eso es lo único que él ve. —Al darme cuenta de que Eo-jin permanecía callado, me arrepentí

de haber revelado tanto, pero me dije que no importaba. Daba igual lo que pensara de mí. Nos habíamos aliado para resolver un crimen, no para hacernos amigos.

—Mi madre siempre me enseñaba sobre el «gong», el concepto de que todos somos iguales —murmuró Eo-jin con una voz distante, como si hablara de alguien de un pasado muy lejano—. Decía que las personas son hijas del cielo y de la tierra, que ninguna es diferente. La historia también lo demuestra; los esclavos que luchan en las épocas de guerra pueden convertirse en ministros o generales. —Soltó una carcajada—. Mi abuela sugirió que los esclavos deberían matar a sus señores, quemar el registro de su estatus y vivir libres y a salvo del látigo.

Lo miré por debajo de la capa pajiza; su extraña familia me despertaba curiosidad. Eo-jin estaba sentado muy erguido, con los hombros rectos, en una postura perfecta, y aun así, tenía la mirada gacha.

—Hasta que murió, no supe que mi madre era una *cheonmin,* una vulgar plebeya. Mi padre se fugó con ella porque el matrimonio entre clases está prohibido. Cuando falleció, nuestros familiares ricos la calumniaron y celebraron su muerte. Mi padre destruyó todos los tarros y cuencos en un arranque de ira… —Eo-jin giró una mano y se miró las pequeñas cicatrices que salpicaban su palma, cicatrices que me hicieron preguntarme si no tendríamos más en común de lo que había imaginado en un principio—. Discúlpame si te ofendo, pero tu padre nunca me ha caído bien —susurró, sosteniendo un par de palillos—. He visto lo mal que gestiona las apelaciones; es corrupto, injusto y propenso a recibir sobornos. Yo no daría mucha importancia a lo que piense de ti.

Me quedé allí sentada, muy quieta, temerosa de mover un músculo, de sentir el peso de sus palabras.

Temerosa de estar de acuerdo con él.

Nunca había pensado en mi padre desde la perspectiva de Eo-jin: como un hombre malo y poco honorable.

El inspector usó los palillos para coger unos trozos de carne deliciosos de su sopa intacta y los dejó en mi cuenco. Como si se

preocupara por mí. Por supuesto que lo hacía, era su espía, su única fuente de información dentro de palacio.

Cambió de tema con indiferencia.

—Me gustaría interrogar a tu padre sobre el caso del Hyeminseo, pero solo si te parece bien.

—Puede hacerlo… —dije, tratando de orientarme—. Siempre y cuando él no me relacione con usted.

—Por supuesto. Diré que un testigo lo vio esa noche.

—¡Inspector! —Un grito desesperado atravesó el aire e interrumpió nuestra conversación—. ¡Inspector Seo!

Era un oficial de policía abriéndose paso a trompicones a través de la multitud empapada. Con una mano se sujetaba el sombrero y con la otra se limpiaba el agua que le resbalaba por el rostro. Antes de poder ver quién era, me cubrí aún más con la capa. Oculta en su sombra, oí sus pasos salpicar en los charcos y detenerse frente a nosotros.

—¡Inspector! ¡Por fin lo encuentro! —gritó, sin aliento—. ¡Toda la Jefatura lo busca!

—¿Qué ocurre? —preguntó Eo-jin con brusquedad.

—El comandante Song y otros oficiales se han adelantado. A mí me han ordenado que lo localizara enseguida. —Se detuvo para coger aire y continuó hablando con una voz temblorosa—. Dos hombres estaban pescando en el río Han y han encontrado un cadáver. ¡Es otra mujer de palacio!

Eo-jin estampó la mano sobre la mesa y dejó unas cuantas monedas encima.

—No vengas. Muchos notarían tu presencia —me dijo en voz baja antes de desaparecer bajo la lluvia.

Obedecí a Eo-jin durante unos cuantos minutos. Luego me puse de pie a toda prisa. Tenía que ver a la mujer fallecida con mis propios ojos, porque ¿quién sabía qué haría el comandante? Tal vez enterrase el cuerpo antes de que pudiese dar información.



Una niebla espesa cubría el río Han, oscureciendo las casas que ocupaban la ribera y los largos barcos de madera encallados en la orilla, cuyas velas de bambú perforaban el cielo como cientos de agujas.

Seguí discretamente a las tres siluetas: Eo-jin, el policía y una *damo* con una camilla. Me ardían los muslos del esfuerzo de caminar sobre el barro, que me cubría hasta los tobillos. Me resbalé unas cuantas veces; tenía el dobladillo de la falda completamente marrón y varias salpicaduras de lodo en la cara. La mugre se extendía por la palma de mi mano cada vez que intentaba apartarme el pelo empapado por la lluvia.

Más adelante, en la penumbra, aparecieron varias figuras. Oí la voz del comandante Song antes de verlo; ordenaba a los oficiales que se dividieran en grupos y buscaran pruebas a pie y en barco por todas direcciones. Cuando me acerqué lo suficiente, solo lo distinguí un instante por su altura y la barba blanca. Luego desapareció en la niebla.

—Por aquí, *nauri*. —El oficial guio a Eo-jin y a la *damo* hacia un barco que tripulaba un pescador bastante viejo—. El cadáver está en la otra orilla.

Me acerqué a toda prisa y pude atisbar el rostro de la *damo*. Un par de ojos sorprendidos se cruzaron con los míos. Conocía a esta chica.

—¡Sul-bi-yah! —la llamé.

—¡Uinyeo-nim! —gritó la *damo,* y su rostro contrito se iluminó. Eo-jin se dio la vuelta justo entonces—. ¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Me recogí la falda y obligué a mis piernas a avanzar hasta detenerme frente a Sul-bi.

—Sul-bi-yah, me he enterado de lo que ha pasado. ¿Necesitas ayuda…?

—¿Quién eres tú? —gruñó el oficial—. ¡Este es un asunto policial!

—Señor, no he podido evitar oírle decir que una mujer de palacio ha sido asesinada. —Clavé los ojos en el hombre e intenté con todas mis fuerzas no desviarlos hacia Eo-jin, que no dejaba de mirarme fijamente—. Puedo ayudar, soy *nae-uinyeo.*

El policía resopló.

—Rotundamente no…

—Que venga —ordenó Eo-jin.

—¿Se-señor? —El oficial se quedó como un pasmarote—. ¿Ella?

—Sí, ella.

Fuimos hacia el barco sin más dilación y el estómago me dio un vuelco en cuanto puse un pie dentro. El suelo de madera era tan inestable que tuve la impresión de intentar ponerme de pie sobre las olas, pero logré mantener el equilibrio y me senté al fondo, junto a Sul-bi. Los hombres se situaron en la proa del barco, que era estrecho y alargado.

—¿Quién es la víctima? —susurré.

—Lo desconozco —respondió la *damo—.* Y he deducido que los oficiales también. Solo saben que era una mujer de palacio por la ropa. No la han registrado aún para comprobar si llevaba placa identificativa.

—¿Por qué no?

—Ya conoces la ley. El protocolo confuciano. Los policías tienen prohibido tocar a las mujeres, sospechosas o víctimas. —Sul-bi se frotó las palmas de las manos en la falda frenéticamente—. Estoy harta de tocar a mujeres muertas, pero no paran de matarlas —dijo en voz baja, para que la oyera solo yo.

El silencio se extendió entre nosotras igual que la densa neblina. Lo único que se oía era el agua al chocar con los remos.

—¿Se sabe cómo ha muerto? —pregunté a mi compañera, lanzando una miradita a Eo-jin. Tenía los hombros tensos y el rostro ligeramente inclinado hacia nosotras, como si estuviese escuchando a hurtadillas—. ¿O si su muerte está relacionada con la masacre del Hyeminseo?

—Sé que la golpearon en la cabeza y que la hallaron en la orilla del río con la cara en el agua —respondió Sul-bi—. Además, encontraron varias copias del volante anónimo en los tablones públicos más cercanos.

—¡Allí! —señaló el pescador a voz en grito—. Los veo.

La niebla se abrió como una cortina y dejó al descubierto a un grupo de policías apiñados en la orilla del río, ocultando el cadáver

que tenían delante. Lo único que pude distinguir de la fallecida fue su pelo y sus pies, uno descalzo y el otro todavía con un zapato puesto.

Cuando atracamos y los hombres bajaron a la orilla, Sul-bi me ofreció una mano para ayudarme a mantener el equilibrio. En cuanto mis pies aterrizaron en el barro, levanté la mirada. El muro humano por fin se había apartado lo suficiente para que pudiera ver la falda de seda de color turquesa, un azul tan distintivo que se me formó un nudo en el pecho y se me cortó la respiración.

No era una mujer de palacio cualquiera, sino una enfermera.

Apreté el paso y, mientras los oficiales de policía abrían el camino a Eo-jin, me descubrí mirando fijamente el cuerpo de la joven, todavía tumbada bocabajo y con el rostro en el barro. Nadie le había dado la vuelta. «El protocolo confuciano», la explicación de Sul-bi hacía eco en mis oídos.

—Ayúdame a darle la vuelta —dije, y Sul-bi asintió.

Juntas, logramos colocarla bocarriba y dejamos al descubierto su piel azulada y cubierta de barro. Me agaché, le palpé la muñeca… y me recorrió un escalofrío.

Un pulso leve, pero muy real, latía bajo la presión de mis dedos.

Le eché la cabeza hacia atrás enseguida. Me incliné sobre ella, acerqué la mejilla a su boca y le observé el pecho.

—Está viva —jadeé.

Una figura se agachó junto a mí, tan cerca como para que el lateral de su atuendo rozara mi brazo. Eo-jin.

—¿Sigue viva? —Frunció el ceño y reexaminó a la víctima—. ¿Cómo es posible? Alguien le retuvo la cabeza bajo el agua hasta ahogarla. Tiene las marcas de los dedos del agresor en el cuello.

—Bueno, pues no ha muerto —espeté—. El asesino debió de darla por muerta, aunque solo había perdido el conocimiento.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sul-bi, abrumada por la situación.

—¿Podéis averiguar quién es? —dijo Eo-jin.

—*Yeh.* —Sul-bi se agachó al otro lado de la mujer y deslizó una mano temblorosa por el delantal hasta un bolsillo hasta sacar su placa identificativa de madera—. Es enfermera de palacio. Se llama Kyung-hee.

El nombre no me sonaba en absoluto. Probablemente trabajase allí los días que yo no iba, pero como no actuásemos pronto, la perderíamos. ¿Cómo se recupera a alguien que ha estado a punto de morir ahogado?

Una ráfaga de ansiedad casi me nubló la mente, pero traté por todos los medios de recomponerme y concentrarme. Repasé todo lo que había aprendido, todas las páginas de los libros que había memorizado durante mis estudios.

—Tenemos que conseguir que vuelva a respirar. Deprisa —solté por fin.

Sul-bi asintió con ímpetu.

—Puedo ayudarte con eso, *uinyeo-nim.* —Con movimientos habilidosos, pellizcó la nariz de la enfermera, pegó su boca a la de ella y le insufló aire en los pulmones.

Mantuve los dedos en la muñeca de la enfermera Kyung-hee, prestando especial atención a su pulso y, tras unos cuantos minutos eternos e intensos, su cuerpo se sacudió de golpe y resolló en busca de aire. Su expresión evidenciaba su dolor mientras se agarraba el pecho y luchaba por respirar, como si todavía estuviera ahogándose. Sul-bi y yo nos quedamos a su lado e intentamos calmar el pavor que se veía en sus ojos.

—¿Qu-qué pasa? —preguntó la enfermera Kyung-hee entre sollozos—. ¿Qu-qué ha pasado?

—Te han atacado —respondió Eo-jin con suavidad—. ¿Recuerdas algo de lo que te ha ocurrido?

Durante un buen rato, la enfermera se limitó a toser, pero cuando Eo-jin le preguntó por segunda vez, por fin encontró las palabras.

—Lo… lo único que recuerdo es estar esperando a A-ram. —Las palabras salieron a trompicones de su boca mientras trataba de respirar. Sus ojos enrojecidos miraron frenéticos su alrededor—. Siempre vamos al palacio juntas. No recuerdo nada más aparte de eso… Esperar a A-ram.

A-ram. El nombre me resultaba muy familiar…, pero ¿por qué?

—¿Y dónde está A-ram? —pregunté.

—No… no lo sé.

—Tal vez huyera para escapar del agresor —murmuró Eo-jin—, o no llegó a salir de su casa.

Una oleada de murmullos se extendió entre los oficiales, cinco en total, que nos rodeaban.

Eo-jin se levantó despacio y llevó una mano a la empuñadura de su espada, que le colgaba en el costado.

—*Damo* Sul-bi, haz lo posible para estabilizar a la enfermera Kyung-hee. —Miró a los otros oficiales—. Dos de vosotros, haced guardia junto a la víctima; no debe ocurrirle nada. Y los demás, seguid buscando al asesino. Yo iré a casa de la enfermera A-ram.

—Si lo desea, *nauri,* yo puedo llevarlo hasta casa de la enfermera A-ram —ofreció una voz vacilante. El pescador—. No vive muy lejos de aquí.

—¿Vive sola? —preguntó Eo-jin.

—*Yeh,* la mayor parte del tiempo. Su padre también es pescador y suele estar casi siempre en el mar.

Eo-jin desvió su mirada hacia mí, como intentando preguntar: «¿La conoces?».

Me puse de pie y, levantando la falda manchada de barro, me acerqué a Eo-jin.

—No trabajo los mismos días que la enfermera A-ram, pero su nombre me suena mucho. No sé de qué —dije en voz baja, con el rostro ligeramente ladeado para que los demás oficiales no pudieran leerme los labios.

—Ven conmigo, entonces —repuso Eo-jin, también susurrando—. Tal vez siga en casa.



—Conozco a ambas, a las enfermeras Kyung-hee y A-ram. —El pescador caminaba junto a nosotros por la orilla del río—. Verá, hicimos un trato. Cada dos días, subían a mi barco y las llevaba al otro lado.

—Viven bastante lejos de la capital —observó Eo-jin.

—No es raro —puntualicé—. Muchas enfermeras son demasiado pobres para alojarse en la capital.

—Por aquí, *nauri.* —El pescador señaló a lo lejos, hacia un sendero que se distanciaba del río. El camino desembocaba en una casita con tejado de paja y paredes amarillas de arcilla, rodeada de pinos y colinas altas.

—Entonces veías a las enfermeras cada dos días —continuó Eo-jin —. Seguro que oías parte de lo que hablaban mientras estaban en tu barco.

Los pasos del pescador se ralentizaron y una expresión de consternación nubló su rostro.

—Lo más extraño de todo, *nauri,* es que nunca hablaban en el barco —susurró—. Cada vez que las miraba, parecían muertas de miedo, como si las llevase al patíbulo. —Negó con la cabeza y aceleró el paso—. Aunque no siempre fue así.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Recuerdo que antes eran mujercitas felices y alegres. Solían charlar en mi barco de sus estudios, sus exámenes y de los nobles que se interesaban por ellas. Pero un día, de repente, dejaron de hablar. Fue como si hubiesen perdido toda su luz.

—¿Cuándo ocurrió eso? —La voz de Eo-jin se volvió más brusca, y su expresión, más afilada.

El pescador se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Cuándo fue…? Déjeme pensar… ¿El año pasado? A principios del año pasado, creo.

—¿Tal vez alrededor del año nuevo?

—Sí, seguramente.

Eo-jin sacudió la cabeza como si no se lo creyera, como si el pescador hubiese dicho algo muy profundo. Me moría por preguntarle qué pensaba cuando nuestro guía, de pronto, se precipitó hacia delante.

—¡Ya hemos llegado, *nauri!*

Eo-jin y yo nos detuvimos frente a la casita aislada. Nada parecía fuera de lugar, salvo dos rastros de huellas en el barro que se dirigían a la casa y luego se alejaban. Seguimos el rastro y llegamos

a la puerta de papel *hanji.* Eo-jin llamó dando golpecitos en el marco con el puño.

—Enfermera A-ram. ¿Estás aquí? —Su voz sonó firme y estridente —. Soy el inspector Seo, de la Jefatura de Policía de la capital.

Aguardamos, pero no hubo ningún sonido a modo de respuesta. Ni movimientos, ni ruidos de pasos, ni tampoco un murmullo.

—Parece que no hay nadie en casa —dije.

Eo-jin apoyó una mano en el pomo y dio un pequeño tirón. La puerta se movió.

—Y, aun sí, la puerta no está cerrada —añadió.

La abrió y la madera crujió antes de revelar una estancia envuelta en la penumbra. La grisácea luz del día bañó la habitación e iluminó la espalda de una joven desplomada bocabajo sobre una mesa baja, con los brazos flácidos a los lados.

—¿Está dormida? —El pescador se asomó, pero retrocedió tambaleante—. Estará… estará dormida, ¿verdad?

La frígida oscuridad que acechaba en la casa caló en mi interior gota a gota hasta que se me heló la sangre por completo y fui incapaz de moverme.

—Deberíamos entrar —susurré a Eo-jin.

En un movimiento fluido, desenfundó la espada y, arma en mano, entró en la casa. Contuve la respiración, a la espera de que el asesino saltara de pronto sobre él. No obstante, todo permaneció inmóvil: la mujer desplomada sobre la mesa, la vela apagada a su lado, las cestas que colgaban de la pared. Todo inmóvil y sin vida.

Eo-jin se agachó junto a la mujer y yo rápidamente me quité las sandalias de madera y entré.

—¿Está viva, *nauri…?*

Me quedé de piedra. La humedad traspasó mis calcetines y me empapó los dedos de los pies. Mi mirada sorprendida se adaptó a la falta de luz, y entonces lo vi: el rastro de líquido que manaba de la mujer y se acumulaba bajo mis pies. «Solo es sangre —me dije mientras me latía el corazón con fuerza—. Has visto sangre miles de veces antes».

—Está muerta —susurró Eo-jin. Su rostro era mitad silueta, mitad luz azul grisácea.

Me quité los calcetines y caminé descalza, con cautela. Abrí una ventana a la fuerza y más luz gris bañó la estancia, la suficiente para ver el azul turquesa del uniforme de la mujer muerta. Estaba vestida para ir a trabajar, pero algo le impidió salir de su casa.

Eo-jin me indicó que me acercara.

—¿Puedes ayudarme para que la vea mejor?

Había colocado la empuñadura de la espada bajo el cadáver para intentar levantarla; no podía tocarla. Aunque a mí me había tocado antes, recordé de pronto, cuando hui del Hyeminseo y cuando monté en su caballo. Me apresuré a ayudarlo; sostuve el hombro de la mujer y le levanté la cabeza por la frente. El frío contacto de su piel me hizo torcer el gesto. Estaba muerta; no hacía falta tomarle el pulso para saberlo. Tenía los ojos velados.

Y alguien le había rajado la garganta.

—¿Quién haría algo así? —susurré. Era la misma pregunta que me había atormentado en el Hyeminseo—. ¿Qué clase de monstruo haría una cosa así?

—No lo sé —repuso Eo-jin mientras ambos contemplábamos el cadáver—. Pero estoy seguro de que la enfermera A-ram conocía a su asesino. Abrió la puerta, permitió entrar al culpable y preparó té para ella y su invitado.

En la mesa había una tetera en la que no me había fijado antes, junto con dos tazas. Ambas seguían llenas. Una sustancia blancuzca yacía en el fondo de una de las tazas.

—¿Puedo soltar el cuerpo, *nauri?* —pregunté.

Eo-jin sacó la empuñadura de su espada y asintió.

Dejé el cadáver en su posición original. Una vez tuve las manos libres, cogí mi *norigae chimtong* y lo abrí. Saqué una aguja de plata y agarré la taza que contenía la extraña sustancia. Hundí la aguja y observé cómo una mancha oscura ascendía por la punta.

—La han envenenado —susurré.

Su mirada permaneció firme sobre el cadáver.

—¿Cómo lo sabes?

—Usamos este método a menudo en el Hyeminseo. Cuando sospechamos que han envenenado a un paciente, le insertamos una aguja de plata en la boca. —Le tendí la aguja, que agarró y examinó

de cerca—. La plata se oscurece cuando entra en contacto con el azufre. El *sayak* con base de azufre es el veneno más fácil de encontrar en la capital.

—Entonces, a la enfermera A-ram la han envenenado… Lo más probable es que echaran el veneno en el té cuando ella no miraba. Y una vez debilitada… —Eo-jin señaló el pelo perfectamente peinado de A-ram, solo un poco desarreglado por detrás—…, el asesino la agarró del pelo por aquí y le levantó la cabeza para rajarle la garganta.

—Han atacado a tres mujeres de palacio —dije, con ganas de vomitar—. Tres ataques con dos muertas y, al menos, tres testigos. Y me han dicho que han vuelto a repartir los volantes anónimos por la capital.

—Sí. Creo que todos estos actos de violencia están conectados de alguna manera.

—Pero ¿cómo…? —La respuesta parecía estar detrás de una cortina de sombras, tan cerca que desearía poder rasgarla y alcanzarla con la mano. *Quería* saberlo.

Metí la mano en el delantal de la enfermera y saqué su placa identificativa. Efectivamente, era A-ram.

—¿Por qué me suena tanto su nombre? —susurré.

La frustración me desesperó. Me puse de pie y me crucé de brazos con la mirada clavada al frente mientras trataba de recordar. Nunca había visto a las enfermeras A-ram y Kyung-hee; como trabajábamos en días alternos, era imposible que nos hubiésemos cruzado. Alguien debió de mencionarme su nombre, pues…, pero ¿quién? Un recuerdo apareció en lo más profundo de mi mente.

Antes de poder concentrarme en él, oímos un susurro desde la puerta.

—¿Está muerta?

Eo-jin y yo nos giramos y vimos a la enfermera Kyung-hee empapada de agua del río, con el pelo adherido al rostro como si fuesen algas. Su piel seguía azulada y tenía los ojos tan abiertos y vacíos como dos tumbas recién excavadas. Sul-bi apareció a su lado, sin aliento.

—¡Me disculpo, inspector! —dijo la *damo*—. Insistió en venir. Empezó a gritar y los oficiales me ordenaron que la trajera aquí.

Eo-jin se acercó a la enfermera Kyung-hee y observé que un temblor empezó a sacudir las manos de la chica y luego se extendió por su cuerpo. Tenía la vista clavada en el cadáver desplomado sobre la mesa. Su amiga.

—Sé por qué está muerta. —Su voz vaciló y luego se cubrió el rostro con las manos manchadas de barro—. Y por qué debo morir yo también.

1 Tío, señor. *(N. de las T.)*

2 Sopa de arroz. *(N. de las T.)*

10



El persistente olor a muerte asolaba mis pensamientos.

¿Qué rabia tan horrible podía empujar a alguien a apalear a una mujer y a sujetarle la cabeza bajo el agua después hasta ahogarla? ¿Por qué el culpable no había dudado ni mostrado piedad con Kyung-hee mientras la mujer se revolvía desesperada en el agua tratando de respirar?

Saber que la verdad por fin estaba a nuestro alcance me ponía nerviosa. La enfermera Kyung-hee tenía las respuestas y dentro de poco la investigación terminaría.

Cogí una capa seca de paja que colgaba en la pared del cuarto de almacenamiento y salí al patio. Vi a dos policías con los brazos cruzados obligando a retroceder a la enfermera Kyung-hee hacia la pared.

—Dinos, ¿quién te ha hecho esto?

—Debes de recordar *algo.* ¿Era hombre o mujer? ¿Alto o bajo?

Estuve a punto de soltar la capa y acercarme corriendo a la enfermera, empapada de la cabeza a los pies. Me interpuse entre los dos oficiales y ella.

—Por favor, esta mujer no se encuentra bien. Necesita que la lleven al Hyeminseo, quizá después puedan interrogarla —expliqué educadamente, inclinando la cabeza.

Ambos vacilaron y luego fueron rezongando a vigilar la puerta de broza.

—Toma. —Cubrí a la enfermera muerta de frío con la capa. Había dejado de llover, pero me preocupaba el ruido que hacía al respirar. No se había ahogado, pero sabía que algunos pacientes morían por complicaciones posteriores—. Deberías sentarte.

La conduje hacia la tarima, una estructura baja de madera donde, seguramente, su amiga comía los días soleados, algo que ya no volvería a hacer. Nos sentamos en silencio. Seguí su mirada, que iba más allá del jardín hasta el interior de la casa, donde la silueta de la muerte aún perduraba.

—No hace falta que hables hasta que estés preparada —susurré.

Kyung-hee siguió sin responder; tenía la mirada vidriosa y los labios pálidos ligeramente abiertos. Suponía que estaría una hora o más en silencio, así que me senté erguida y crucé los tobillos, dispuesta a esperar.

Eo-jin se había ido con la *damo* Sul-bi por alguna razón, pero al poco tiempo reapareció por el camino. Entró en el patio con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—*Nauri* —lo llamé cuando se acercó. Me miró con las cejas arqueadas—. La enfermera Kyung-hee necesita atención médica.

—Por supuesto. He mandado a la *damo* Sul-bi a informar al comandante y a preparar el transporte para volver al otro lado del río. La llevaremos al Hyeminseo en cuanto llegue —respondió.

Eché un vistazo a la enfermera Kyung-hee con la intención de confortarla y me sorprendió verla girar la cabeza y clavar la mirada en el inspector.

—Estoy lista —dijo en apenas un susurro áspero—. Ya estoy preparada para hablar.

Eo-jin y yo intercambiamos una mirada inquieta. Él se aproximó, aunque no demasiado, y llevó las manos a la espalda.

—Sé que es difícil —afirmó con su voz grave, tan suavemente como pudo—. Tómate tu tiempo.

Kyung-hee asintió, tensa.

—¿Podrías explicarnos con más detalle a qué te referías? —preguntó—. Has dicho que sabes por qué la enfermera A-ram ha muerto y por qué tú también vas a morir.

Ella juntó las manos y retorció los dedos, como si tuviera secretos de los que necesitaba deshacerse.

—Está en alguna parte de la montaña… —Me lanzó una mirada nerviosa—. Nuestro secreto.

—Puedes contárnoslo —susurré—. Si por eso has estado a punto de morir, quizá compartirlo con nosotros consiga protegerte.

Se miró los nudillos blancos y respondió.

—La dama Ahn-bi, la enfermera A-ram y yo… fuimos testigos.

Me tensé y sentí un cosquilleo en la espalda.

—¿Testigos de qué? —preguntó Eo-jin despacio.

Se encorvó como si quisiera desaparecer.

—De un… un asesinato. —Su voz se tiñó de aflicción y la mujer se desmoronó—. Su padre lo enfureció y… se desquitó con una enfermera inocente. El p-príncipe heredero… la decapitó… y se fue cabalgando con su cabeza en la mano.

Sentí náuseas. El príncipe jamás haría algo así. Lo había visto coger a un cachorrillo en brazos con mucha dulzura; no me pareció un asesino en absoluto. La señora Hye-gyoung me había asegurado que era inocente y yo *confiaba* en ella. Sin embargo, la expresión de Eo-jin se ensombreció y sus ojos destellaron alerta. La creía.

—Entonces, ¿qué pasó? —quiso saber.

—Huimos y nos escondimos. Sabíamos que el príncipe nos había visto las caras. —Kyung-hee se llevó las manos temblorosas a los ojos, quizá intentando deshacerse de aquel recuerdo—. La dama Ahn-bi fue a buscar consejo. No sabíamos qué hacer. —Soltó un suspiro trémulo y sacudió la cabeza—. Cielos, ¡ojalá no le hubiéramos hecho caso!

—¿Qué os pidió que hicierais?

—Cuando volvió, nos ordenó… que fingiéramos no haber visto nada. —Le temblaba la voz—. Dijo que de lo contrario solo se derramaría más sangre. ¡La nuestra! Que, si no queríamos morir, teníamos que hacer como si nada hubiera pasado.

Se me quedó la mente en blanco. Fui incapaz de procesar lo que estaba escuchando. Una cosa eran los rumores sangrientos de palacio, susurros que se llevaba el viento errante, y otra un

testimonio directo, si es que Kyung-hee decía la verdad. Pero ¿por qué mentiría?

—¿Cuándo sucedió?

—El año pasado, durante el primer mes lunar.

Una sombra cruzó el rostro de Eo-jin.

—¿Qué pasó con el cuerpo de la víctima?

Un sollozo junto con un ataque de tos escapó de la garganta de la mujer.

—No… no lo sé. Alguien lo escondió en algún lado… ¡No es culpa mía! ¿Qué debíamos hacer? Soy una mera sirvienta. Nadie en mi lugar se habría enfrentado al príncipe heredero. —Clavó su mirada desenfrenada y llena de culpa en mí—. Tú tampoco. ¡Tú no habrías intentado detenerlo!

—Por supuesto que no —susurré, y en parte lo decía de verdad.

Kyung-hee continuó hablando.

—Desde la muerte de esa enfermera, hemos intentado encontrar el cuerpo para darle una sepultura apropiada. A-ram y yo… peinamos las montañas varias veces, pero no lo encontramos.

El peso de su testimonio nos oprimía. Sentía el horror de su relato como carámbanos sobre mi piel sensible.

—¿Cómo se llamaba la enfermera? —pregunté—. A la que… —No pude terminar la frase.

«A la que el príncipe heredero asesinó».

—Hyo-ok.

Sacudí la cabeza. Nunca había oído ese nombre.

—Enfermera Kyung-hee —pronunció Eo-jin con suavidad, casi con tono protector—. ¿Hay algo más que te gustaría contarnos?

—Yo… —No apartó la vista de sus manos—. Recuerdo haberle prestado mi pañuelo a Hyo-ok. No quería verme involucrada en el crimen, así que antes de que el cuerpo desapareciera, volví y rebusqué en sus bolsillos, y encontré una nota.

—¿Una nota?

—Era… Era una nota al sanador Khun.

La sorpresa me sacudió.

—¿El sanador Khun? —repetí.

Kyung-hee volvió a mirarme.

—La enfermera Hyo-ok era su madre.

—¿Qué decía la nota? —pregunté.

—N-no lo sé. La quemé al instante.

—Sí lo sabes —insistió Eo-jin—. Debes de saberlo. Seguro que la leíste antes de quemarla.

Ella vaciló y miró alrededor.

—Era una nota normal.

—¿Qué decía? —preguntó Eo-jin.

Tardó un momento, pero contestó tan bajito que apenas pude oírla.

—Decía: «Khun Mu-yeong, llevamos un tiempo sin hablar, así que estoy preocupada por ti. Me evitas en palacio y te avergüenza que te vean con tu propia madre». —Kyung-hee tenía una mirada atormentada y vidriosa—. «Dices que ahora eres un hombre y que no quieres que te vean como un niño de mamá, pero, igualmente, te rodeas de compañía infantil que disfruta bebiendo y estando con mujeres. Te advertí que no debías hacerte amigo de esas personas…». Eso fue todo.

Ladeé la cabeza con la sensación de que había algo importante oculto en esas palabras, pero no logré descubrirlo.

—¿La enfermera A-ram y tú conocíais al sanador Khun? —inquirió Eo-jin.

—Sí, aunque no mucho —respondió—. Apenas lo hemos visto un par de veces, porque trabajamos cada dos días, pero la dama Ahn-bi siempre hablaba de él cuando estábamos juntas.

—¿Conoces a la enfermera In-yeong? La que informó de la masacre —expliqué, y añadí—: ¿Y a mi mentora, la enfermera Jeong-su? Trabaja en el Hyeminseo.

Kyung-hee frunció el ceño, pensativa.

—Creo que no. No me suena ninguno de esos nombres.

Nos quedamos en silencio oyendo el agua correr. Desvié la mirada y vi la silueta de los policías aproximándose en dos barcos.

—Ya están aquí —dijo Eo-jin.

Kyung-hee se levantó rápidamente.

—Por favor, no le cuente al comandante lo del príncipe. He oído que están asesinando a campesinos por difamar a un miembro de la

familia real…

—No lo haré —prometió Eo-jin con firmeza. Sin embargo, cuando Kyung-hee se fue tambaleando en dirección a la puerta de broza, añadió en voz baja—: Aún no.

Lo observé y él se fijó en mi mirada inquisitiva.

—Si lo que ha dicho es cierto, hay que detener al príncipe —susurró para que solo yo lo oyera.

—Pero ¿cómo? —Ni hablar en susurros parecía bastar—. ¿Y si el rey decide desestimarlo? Asesino o no, el príncipe heredero es su hijo. Su familia y él se verían arrastrados.

La determinación endureció su rostro.

—La Doctrina Antigua. Ese grupo es la facción predominante y está deseoso de quitarse al príncipe heredero de en medio. Considera sus ideas demasiado revolucionarias, y está decidido a repartir su poder entre las demás facciones. Si proporciono a la Doctrina Antigua pruebas infalibles de los crímenes violentos de Su Alteza, se lo comerán vivo. Para poner al rey en contra de su hijo, tenemos que provocar a los que rodean a Su Majestad.

No me gustaba. Me pasé una mano por la garganta deseando que esto solo fuese una pesadilla. Había empezado a ayudar a Eo-jin creyendo que podría averiguar la verdad sin salir perjudicada, pero entonces recordé la advertencia de la señora Hye-gyoung y su ruego de que no perturbase a la familia real.

Estaba a punto de soltar que no quería seguir ayudando, que la investigación se nos iba de las manos, cuando me vino a la mente otro recuerdo.

—Lo tengo —susurré—. Ya sé de qué me sonaba el nombre de la enfermera A-ram.

Eo-jin frunció el ceño.

—¿De qué?

La señora Hye-gyoung lo había mencionado.

—Ella también era espía de la señora Mun. —El corazón me latía desbocado. Tenía miedo, pero era incapaz de apartar la mirada del brillante hilo que conectaba a las mujeres—. La dama Ahn-bi y la enfermera A-ram espiaban para ella.

El semblante de Eo-jin me decía que pensaba lo mismo que yo: la muerte de una espía sería una casualidad, pero la de dos…

Me levanté la falda y fui corriendo a donde estaba la enfermera Kyung-hee, que miraba el río.

—Enfermera Kyung-hee —la llamé jadeante—. Tengo una última pregunta. ¿La señora Mun te pidió que espiaras para ella?

La chica apretó los labios y su mirada se tornó amarga.

—Nos chantajeó para que espiásemos. De alguna forma se enteró de lo que habíamos hecho o, más bien, de lo que *no* habíamos hecho.

Apenas logré reprimir un grito. La señora Mun tenía facilidad para chantajear y, por alguna razón, estaba segura de que cuando el príncipe mató y decapitó a la enfermera el año anterior, la dama Ahn-bi corrió a pedir consejo a su señora. La señora Mun, sin duda, se planteó enseguida cómo sacar partido a ese relato tan horrible.



—Espérame en la posada.

Levanté la vista hacia Eo-jin, que miraba más allá de la multitud de campesinos apiñados en el Hyeminseo hacia la séptima puerta corrediza de la derecha. Era la habitación en la que habíamos dejado a la enfermera Kyung-hee, custodiada por varios policías.

—Tengo que informar al comandante —aseveró en voz baja—. En cuanto termine, hay algo que debo contarte.

Me pasé una mano por la falda. La última vez que hablamos en la posada, me reveló que no era sirviente como yo, sino inspector de policía. Me pregunté qué más me habría ocultado.

—De acuerdo —contesté—. Supongo que la posada será nuestro cuartel general.

Las comisuras de sus labios se torcieron ligeramente hacia arriba, casi como en una sonrisa.

—Supongo.

Nos separamos. Aceleré el paso, desesperada por alejarme del caos del mercado. Cuando conseguí salir de la fortaleza en silencio,

inspiré hondo. Tras días en los que solo parecía haber encontrado un rastro de preguntas desconcertantes, ya avistábamos la verdad. Una verdad tan nítida y esclarecedora que tenía la sensación de haber pasado días con la vista nublada y, por fin, la niebla había desaparecido un instante y permitía verla realmente.

Estábamos un paso más cerca de la verdad.

Estiré los brazos hacia arriba para destensar la espalda.

Oí un leve crujido en los juncos, muy cerca, y me paralicé de golpe.

Miré detrás de mí, pero solo vi un sendero de hierba alta perdiéndose a lo lejos y la niebla ondeando como espíritus inquietos.

—Solo ha sido el viento —murmuré. Con el corazón acelerado por el recuerdo del campesino que había muerto allí, bajé los brazos.

Di otro paso y volví a escuchar el mismo ruido. La hierba crujió y luego oí una pisada en el barro. Alguien había salido del campo de juncos detrás de mí.

Las pisadas continuaron acercándose más y más. Todo apuntaba a que estaban siguiéndome. Me agarré la falda y caminé más deprisa, con pasos más largos. Al oír que la persona a mi espalda avanzaba más rápido también, eché a correr.

El suelo estaba húmedo y resbaladizo, así que cuando un zapato se me quedó enganchado, me atreví a echar la vista atrás. Ahogué un grito al ver a un caballero —porque iba vestido como tal— con un sombrero negro tapándole la frente.

Llevaba una túnica blanca manchada de sangre.

«¡Corre!», chilló mi mente. Logré girar la cabeza y apretar el paso.

Entumecida por el miedo, no sabría decir cuánto corrí ni por qué había empezado a gatear ni cuándo me había salido del camino. Aparté penachos mientras atravesaba el campo, y cuando eché la vista atrás para comprobar si estaba sola, una mano me agarró por el cuello y me tiró al suelo. Aterricé sobre el hombro y rodé bocarriba justo a tiempo para atisbar el filo brillante de una espada sobre mí, como un colmillo reluciente.

Se me escapó un gritito. Cerré los ojos con fuerza, esperando sentir el acero duro atravesándome, pero entonces oí un golpe seco

y un gruñido. Al abrir los ojos, solo vi los juncos meciéndose y el cielo despejado.

Temblando, me puse de pie y miré alrededor hasta distinguir una figura alta, familiar. El inspector. Eo-jin resollaba como si hubiese venido corriendo hasta aquí. No tuve tiempo para preguntarme cómo me había encontrado, porque el agresor se levantó con la túnica manchada de barro después de que lo lanzaran al suelo.

Eo-jin liberó su espada y el acero tintineó.

—No te acerques.

El hombre no dijo nada. Con elegancia, colocó su propia espada en posición horizontal, apuntando al corazón de Eo-jin.

—Escóndete —susurró el inspector. Supe que, aunque tuviera la vista clavada en la persona frente a él, hablaba conmigo.

De un solo gesto, Eo-jin desenvainó y tiró la funda. Con ambas manos en la empuñadura, se precipitó hacia delante con una rapidez sorprendente y enseguida acortó los seis metros de hierba que lo separaban del agresor. Su espada destelló en el ataque, que el desconocido bloqueó. El choque de acero contra acero resonó en mis huesos. Todo sucedía tan deprisa que apenas podía seguir el hilo. Olvidé que debía esconderme y me quedé mirando el aluvión de movimientos fugaces. En un instante estaban cara a cara; al siguiente, replegándose, y un segundo después, en el aire con las túnicas ondeando y sus espadas colisionando.

De repente un hilo de sangre salió volando, seguido de un momento de silencio e inactividad. ¿De quién era esa sangre?

El hombre se tambaleó y, en ese momento, Eo-jin se precipitó para atacar. La espada del desconocido desapareció a lo lejos, entre la hierba alta que se mecía al viento.

—¿Quién eres? —El inspector se acercó a su oponente con la espada en ristre—. Habla.

El agresor permaneció callado e inmóvil. Parecía observar a Eo-jin para recordar cada detalle de su cara. A continuación, dio media vuelta y se dirigió apresuradamente hacia su espada, la recogió y siguió corriendo con el hombro ensangrentado.

En cuanto desapareció, me precipité hacia el inspector haciendo caso omiso de los juncos que me azotaban la cara. Llegué sin aliento

hasta él. El inspector estaba encorvado, con las manos en las rodillas y el rostro perlado de sudor bajo su sombrero de policía.

—¿No deberíamos seguirlo? —pregunté.

—No quiero arriesgarme —respondió Eo-jin con una voz ronca—. Podría volver, esconderse y, en cuanto me fuera, te atacaría de nuevo.

—Pero yo también podría ir…

Me fijé en el tajo que tenía en la túnica. Creía que el único herido había sido el agresor, pero una mancha oscura empezó a aparecer en la seda azul de su pierna. El corazón me martilleó en el pecho. Eo-jin podría haber muerto. Con solo pensarlo me temblaron las rodillas.

—Está… está sangrando —dije con voz ahogada.

—No es nada, solo un pequeño corte. —Se limpió la frente y se enderezó—. Tendría que haberlo herido en una zona más visible para dejar una marca reconocible. —Pasó a mi lado con el ceño fruncido. Se quedó observando el bosque cercano por donde el hombre había desaparecido—. Lo cierto es que sabe pelear.

Me costaba concentrarme en algo que no fuese la túnica manchada de sangre de Eo-jin ondeando con la brisa.

—¿Mencionó alguna vez el sanador Khun haber aprendido a manejar la espada? —preguntó.

Tardé en asimilar su pregunta. Desvié la vista del inspector al bosque frente a nosotros.

—No, pero tenía un libro de técnicas militares en su casa. Podría ser autodidacta.

—Un autodidacta muy habilidoso. No parece probable, pero, de ser así, Khun tendría motivos suficientes —murmuró Eo-jin—. Mataron a su madre y las mujeres asesinadas recientemente fueron testigos.

—Solo eran testigos… Ayudaron a ocultar el asesinato, pero sin malicia.

—Todavía no conocemos toda la historia. Tengo la sensación de que la enfermera Kyung-hee no nos lo ha contado todo.

Miré su túnica rajada y vacilé.

—¿Quiere que le examine la herida? —pregunté finalmente.

—Está oscureciendo, no sería buena idea quedarnos aquí mucho más tiempo. —Tambaleante, rebuscó algo entre los juncos. Volvió con la espada envainada colgando del costado—. Deberíamos marcharnos.

Caminé cerca de él, dispuesta a prestarle ayuda. Mientras cruzábamos el vasto campo, una pregunta resurgió en mi mente.

—¿Cómo me ha encontrado?

—He visto tu zapato. —Siguió analizando los alrededores para cerciorarse de que estábamos solos—. Tu rastro desaparecía en el campo de juncos.

—Pero había ido a la Jefatura.

—Cambié de idea —murmuró—. Quería asegurarme de que llegabas a la posada sana y salva. No soy tan inconsciente como para dejarte sola justo después de otro asesinato.

Confundida, lo seguí hacia el camino donde había perdido el zapato. A pesar de la herida, se agachó y lo sacó del barro. Me apoyé en su hombro mientras sujetaba el *namak* de madera para que metiera el pie.

—Tienes que tener más cuidado —me aconsejó al tiempo que se incorporaba y miraba por encima del hombro en dirección al campo de juncos por el que el atacante había huido—. Quienquiera que sea, sabe blandir una espada y que estás involucrada. No será la última vez que vaya a por ti.

—O a por usted —dije—. Usted está en peligro tanto como yo.

Por fin nuestras miradas se encontraron.

—Supongo —susurró.

—Pero no se preocupe, la próxima vez lo haré yo.

—¿Qué?

—Yo lo cuidaré.

Lo dije sin pensar, pero no se rio de mis palabras, al contrario, pareció analizar mi propuesta con total seriedad.

—¿Lo prometes?

Parpadeé y vacilé un instante.

—Sí.

Me ofreció una mano. Me quedé mirándola un momento. Yo jamás había hecho un pacto con nadie. Los apretones eran cosa de

soldados en las batallas, una promesa entre camaradas. Aun así, la acepté.

Sus dedos cálidos se cerraron en torno a mi mano y su palma llena de cicatrices se unió a la mía al estrechársela.

Me sostuvo la mirada.

—Cuida de mí y yo siempre cuidaré de ti.



La lluvia golpeaba las ventanas de papel *hanji* de la habitación de la posada. Habíamos llegado justo a tiempo.

—¿Qué quería decirme antes en el Hyeminseo? —pregunté al tiempo que me sentaba.

Las cuentas que pendían del sombrero de Eo-jin se mecieron cuando se sentó frente a mí y movió la pierna, encogiéndose ligeramente. Era obvio que la herida lo molestaba más de lo que quería demostrar.

—Hace año y medio me convertí en ayudante de un *amhaengŏsa* —explicó.

—Un investigador real secreto —susurré con el ceño fruncido—. ¿Por eso iba vestido de campesino cuando nos conocimos? ¿Porque estaba infiltrado?

—No —contestó en voz baja—. Trabajar con un investigador secreto me enseñó lo fácil que es recabar información disfrazado. Los plebeyos no hablan libremente con los policías, de modo que me vestí así para conseguir información sobre un caso del que estoy a punto de hablarte.

Aguardé mientras él hacía una pausa y la emoción destelló en sus ojos.

—Mi padre era ese *amhaengŏsa…* Cuando recibió un caso en el 56, lo acompañé. Pedirme que lo siguiera fue un movimiento osado, pero estaba preocupado por mí. Desde que aprobé el examen tan joven, me volví demasiado orgulloso, y los poderosos y corruptos aceptaron mi compañía. Mi padre temía por mí. Quería que amase la

justicia y a las personas tanto como él, así que me pidió que lo acompañara.

»La misión de mi padre simplemente consistía en investigar al magistrado de la provincia de Pyongan. —Eo-jin bajó la cabeza con una mirada distante, como si se hubiera separado de un recuerdo demasiado doloroso para soportarlo—. Logré que me contrataran como sirviente en el despacho del magistrado. Allí intercepté una carta donde se aseguraba que el príncipe heredero había salido de palacio en secreto y se alojaba en el pueblo, pero el magistrado se asustó demasiado para informar al rey. Esa semana apareció un campesino muerto y, más tarde, en el bosque, encontré la cabeza decapitada de una mujer.

«La enfermera Hyo-ok —pensé al momento—. La víctima del príncipe…».

—Y a mi padre muerto, apuñalado.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos. Lo único que pude hacer fue observarlo; me fijé en lo inmóvil que estaba ahí sentado, como un témpano de hielo. Su rostro no expresaba nada y sus ojos tampoco se empaparon de lágrimas. Me pregunté cómo podía hablar de algo tan horroroso sin mostrar ni un ápice de emoción.

—Creía que era una enfermera local por la *garima* que llevaba en la cabeza, pero ninguna de las enfermeras del despacho médico reconoció el boceto del rostro de la mujer. Me dijeron que tenía que ser una enfermera de palacio porque su *garima* era de seda.

—¿Qué pasó entonces? —pregunté con suavidad—. Asesinaron a su padre. ¿El magistrado llevó a cabo algún tipo de investigación?

El brillo en los ojos de Eo-jin se intensificó.

—Hizo todo lo que pudo para ocultar el asunto. Sobornó al jefe de la policía y a los testigos, y usaron a un hombre con antecedentes penales como chivo expiatorio. Lo culparon de la muerte de mi padre. El rey creyó el informe y, como mi padre ya no estaba, me sentí impotente.

»Cuando por fin volví a la capital unos días después, me nombraron inspector e interrogué a tantas enfermeras de palacio como pude. Esperaba que, si desvelaba la verdad de la muerte de la

enfermera Hyo-ok, también hallaría pruebas suficientes para contrarrestar las mentiras del magistrado.

—Hasta ahora —susurré.

—Así es —respondió también entre susurros—. El testimonio de la enfermera Kyung-hee encaja con lo que descubrí por mi cuenta: una enfermera de palacio presuntamente decapitada por el príncipe heredero durante el primer mes lunar del año pasado…

Había deseado con tantas ganas que el príncipe fuese inocente. Por el bien de la señora Hye-gyoung y por el futuro de nuestra dinastía. Pero me daba cuenta de que había sido muy ingenuo por mi parte albergar esa esperanza.

—¿Cree de veras que el príncipe mató…?

Pero antes de poder acabar la frase, la puerta se abrió y la sirvienta con la cicatriz en el labio entró con el agua salada que había pedido, un trapo limpio y material para vendar. Igual que la otra vez, me guiñó el ojo, aunque también me preguntó cuántos hijos pensábamos tener juntos. Al ver que no decíamos nada, se marchó molesta y cerró la puerta tras de sí.

De repente la habitación me resultó diminuta y el ambiente, demasiado cargado.

Eo-jin se frotó la frente y desvió la mirada. Parecía nervioso.

Carraspeé y hablé de forma educada.

—Antes de seguir con nuestra conversación, debería mirarle la herida, *nauri.*

—Puedo hacerlo yo…

—No tiene de qué avergonzarse. Es mi trabajo.

—No me avergüenzo —murmuró antes de hacerme un gesto a regañadientes para que procediese.

Los hombres llevaban pantalones blancos bajo las túnicas. Eojin tenía un corte sangrante donde le había alcanzado la espada. La incomodidad del momento se disolvió poco a poco y me centré en examinar la herida.

—A simple vista parece peor de lo que es —aseguré mientras limpiaba la sangre con el agua salada—. Es superficial y, si no hay infección, sanará sola. Aun así, debería verlo un médico.

En cuanto limpié la herida, agarré un trozo de tela y le vendé la pierna con cuidado.

—Como le he preguntado antes —volví a sacar el tema para que ambos pudiéramos mantener la mente ocupada—, ¿cree de veras que el príncipe mató a la madre del sanador Khun, la enfermera Hyo-ok?

—Sí —respondió—. Y no me sorprende. Muchas personas en el Gobierno, mi padre incluido, saben que el príncipe tiende a sufrir ataques de ira. Todo empezó con el Daerichungjung.

Incliné la cabeza en gesto de admisión. Recordaba cuánto nos confundió a todos saber que el rey había nombrado regente al príncipe Jang-heon, pese a estar lo suficientemente sano como para gobernar todavía sin ayuda de su hijo.

—En teoría, el príncipe es un gobernante, pero nadie en la corte lo trata así —dijo Eo-jin—. Cuando toma una decisión, el rey la veta, y cuando el príncipe duda y pide consejo a su padre, el rey lo reprende por ser un necio incapaz de tomar una sola decisión. Desde entonces, he oído que el carácter del príncipe heredero se ha vuelto quebradizo y que no tardará en explotar. O quizá ya lo ha hecho.

—Entonces, ¿cree que el príncipe también es culpable de la masacre del Hyeminseo? —pregunté.

—No —respondió, contundente—. Tengo la sensación de que el volante anónimo que circula por la capital solo pretende culparlo por venganza. Ahora estoy incluso más convencido, porque sabemos que, quizá, la muerte de la enfermera Hyo-ok desencadenó la matanza.

—Entonces, el sanador Khun debe de estar involucrado. Todo apunta a él, ¿no?

—Necesitamos más pruebas para convencer a quien sea, al comandante Song, al rey o a la facción de la Doctrina Antigua.

Pasé el dedo por un callo del pulgar. Cuanto más miraba a Eo-jin, más vívida se volvía la imagen de su padre asesinado en mi mente. La de un hijo abrazando a su padre mientras se desangraba entre sus brazos.

—Pero al menos sabe que es probable que el príncipe matara a su padre —susurré—. ¿Qué va a hacer?

Aguardé en silencio. «Cobrarme mi venganza», debería decir. La devoción filial era el pilar del reino en el que vivíamos.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

Parpadeé.

—¿Cómo lo miro?

—Como a un chucho lastimero.

Vacilé.

—Porque sé lo que hará. Se vengará del príncipe heredero o morirá en el intento.

—La venganza… —musitó en voz baja—. *El libro de los ritos* de Li Chi dice que los niños tienen el deber de matar al asesino de su padre, aunque sea en mitad de una carretera pública, pero esa no es mi intención. —Me sostuvo la mirada; sus ojos estaban lúcidos y despejados, igual que su conciencia—. Después de la muerte de mi padre, me di cuenta de que pueden arrebatarnos todo lo que queremos salvo una cosa: las lecciones que hemos aprendido. Lo que mi padre me enseñó. —Hizo una pausa—. Antes de morir, me dijo que buscase justicia, no venganza. He estado reflexionando sobre eso más de un año, y trabajando en la Jefatura he comprendido que hay una diferencia, aunque leve, entre ambas. —Fruncí el ceño e intenté analizar las dos palabras—. La venganza genera más venganza. La ira es insaciable y nos convierte en los monstruos a los que intentamos castigar. Sin embargo, la justicia genera una conclusión, y eso es lo que quiero. Solo puede lograrse si permanecemos serios y sensatos. Al final, castigar al príncipe no es cosa mía, sino del rey; solo de él. Lo único que puedo hacer es encontrar pruebas suficientes para que la verdad resulte incuestionable. —Solté el aire que había estado conteniendo y el peso de la investigación cayó como una losa sobre mi pecho—. Pero no te preocupes —dijo al tiempo que su mirada se desviaba de la mía—. No te preocupes más por el príncipe heredero ni por los otros sospechosos.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—En cuanto a lo sucedido en el campo… —Siguió esquivándome la mirada—. Lo he pensado bien y me temo que la investigación se ha vuelto demasiado peligrosa. Será mejor que no te involucres más.

Fruncí el ceño.

—¿Quiere que abandone la investigación?

—Lamento haberte involucrado. A partir de ahora, mantén la cabeza gacha y evita ir sola. —Se levantó apoyándose en la pared y yo lo imité—. Es tarde. Te acompañaré a casa…

Di un paso a un lado y me interpuse en su camino, mirándolo y negándome a desviar los ojos de él.

—Necesita mi ayuda —insistí—. Todo apunta a palacio y, sin mí, es como si caminase hacia un acantilado con los ojos vendados.

—Tienes razón —respondió, aunque añadió en tono firme—: pero también sé que podrías perderlo todo, incluso la vida. No puedo permitirlo…

—Se trata de *mi* vida. —Sentí ira y confusión—. Dije que lo ayudaría y fue en serio. ¿Por qué arriesgar el éxito de una investigación apartándome de ella?

Me miró con el ceño fruncido, como si lo confundiera mi tozudez.

—He estado a punto de verte morir hoy. He visto cómo un hombre te colocaba una espada en la garganta. —Le palpitó un músculo en la mejilla, pálida—. Eres inteligente y capaz, y tienes un sueño. Ji-eun me lo ha contado. Así que, por favor, escúchame y no dejes que esta investigación te arruine la vida. Haré todo lo que pueda para ayudar a tu mentora. Por lo tanto… —susurró con crudeza—. Prométeme que te mantendrás alejada del caso a partir de ahora.

Jamás había visto a Eo-jin tan consternado. Por un momento me entraron ganas de desistir, solo para que borrara esa expresión de preocupación de su rostro. Pero me conocía. Sabía que no me detendría hasta obtener respuesta a todas mis preguntas.

—Hicimos un pacto —le recordé en voz baja—. Nos cuidaremos el uno al otro. Nadie saldrá herido. Nadie perderá nada.

—Sabes que no es verdad —me advirtió.

—Bueno… —seguí—. Lo cierto es que o deja que lo ayude, o me aparta y descubro yo la verdad por mi cuenta. ¿Qué decide, *nauri?*

Eo-jin me miró con el ceño fruncido y después sacudió la cabeza.

—Debiste de ser general en otra vida —murmuró—. Un general irritantemente terco.

Le dediqué una leve sonrisa.

—Le prometo que sé cuidar de mí misma.

Eo-jin soltó una bocanada de aire y volvió a sentarse en el suelo con expresión de derrota. Se apoyó contra la pared y medio estiró sus largas piernas antes de apoyar los brazos en las rodillas semiflexionadas. Guardamos silencio y noté su mirada fija en mí. Me observó tanto tiempo que un rubor se me extendió por el pecho y subió por la garganta.

—Hemos presenciado la ejecución de un hombre y nos conocemos desde hace cinco asesinatos. —Sus comisuras se curvaron en una sonrisa sombría, carente de diversión—. Estamos investigando un caso que probablemente nos mate a uno de los dos y, sin embargo, ninguno tiene intención de abandonar. ¿Nos convierte eso en amigos?

De repente me entraron ganas de reír; reír por lo ridícula que era la situación en la que nos encontrábamos y el asombro que sentía por haber conocido a un amigo en la peor de las situaciones.



Seguimos hablando de la investigación hasta la noche. Debatimos preguntas tratando de dar con las respuestas. Unas veces yo daba vueltas por la habitación con los brazos cruzados y otras me sentaba y él daba vueltas.

Eo-jin pidió prestados unos pergaminos de papel *hanji* y material de escritura a un académico de la estancia contigua. Conectamos las líneas en el papel extendido. Señalamos aquí y allá para añadir más notas. Nuestras cabezas casi se tocaban. Estábamos tan absortos, tan consumidos, que no sabía discernir dónde acababa yo y dónde empezaba él. En ese momento, parecíamos fusionados en una sola mente, con un único propósito: encontrar al asesino y desvelar la verdad.

El tiempo transcurría de forma distinta en esa sala, como si fuera una corriente de agua fluyendo. Era por la tarde y, de repente, el cielo había oscurecido y la luna redonda brillaba en el cielo. Me picaban los ojos por el cansancio, pero quería seguir hablando con Eo-jin.

—Es tarde —dijo—. ¿No deberías volver a casa? Puede que tu madre esté preocupada.

Me encogí de hombros.

—Mi familia no suele notar mi ausencia.

Él vaciló, confundido.

—Todavía queda trabajo por hacer. —La terquedad se instaló en mi cuerpo; esa terquedad que me mantenía en vela por la noche mientras estudiaba para los exámenes. Era incapaz de descansar hasta terminar mi parte de la tarea—. Aún no hemos hablado del sanador Khun.

—Mañana tienes que trabajar —me recordó.

—Ya he pasado la noche en vela otras veces.

Cedió por fin.

—Volví a su casa para interrogarlo, pero no estaba. Pregunté a todo el pueblo y no lo han visto desde ayer.

Fruncí el ceño.

—Quizá se haya ido a visitar a algún familiar.

—Es posible. Mis oficiales han empezado a buscarlo. En cuanto lo encuentren, lo arrestarán. No puedo permitir que vuelva a desaparecer así.

—Y entonces el comandante Song lo torturará… —Me mordí el labio inferior y susurré—: ¿Y la otra enfermera, Min-ji?

Eo-jin suspiró.

—Continúa desaparecida. Sus padres insisten en que no saben dónde está, y sus familiares igual.

La impotencia saturó el aire a mi alrededor, pesada y opresiva. Hundí el pincel en la tinta y escribí los detalles de nuestra conversación, ansiosa por avanzar en la investigación, que había vuelto a estancarse.

—Ojalá pudiese hablar con la enfermera Jeong-su. Seguro que sabe algo… —dije más para mí misma que para él. Entonces clavé la

mirada en el inspector—. ¿Habría alguna forma de hablar con ella?

Negó con la cabeza.

—El comandante apenas se aleja de los sospechosos durante la investigación de un asesinato. Cuando se marcha, lo hace de forma tan repentina que no tendría tiempo de avisarte y, de todas formas, suele ausentarse muy poco rato.

—¡Podría colarme! Ni siquiera tiene por qué enterarse.

—Todos se darían cuenta de que no formas parte del cuerpo. Sus hombres lo avisarían inmediatamente… —Se quedó callado—. Aunque podrías disfrazarte.

Esperanzada y confundida a partes iguales, enderecé la espalda.

—¿De policía?

—No, de *damo.* —Tenía la mirada vidriosa, ideando alguna estrategia—. Mañana por la noche, justo cuando la gran campana suene, reúnete conmigo en la entrada pequeña de la Jefatura. Entonces es cuando menos gente hay, cuando los oficiales salen a patrullar las calles durante el toque de queda. Y aunque te descubrieran, solo verían a una inofensiva *damo* de la Policía.

Con energías renovadas ante la expectativa de poder recabar más información importante al día siguiente, nos centramos de nuevo en el mapa de sospechosos que habíamos dibujado y en las notas que habíamos escrito con toda la información, que ya no solo estaba en nuestra mente, sino también en el papel.

Seguimos hablando hasta que mi mente no dio para más. Traté de concentrarme, pero cuando Eo-jin empezó a cabecear, me convencí a mí misma de que debíamos descansar un poco. Apoyé la cabeza en la mesa. Debí de quedarme dormida, porque desperté en la habitación, poco antes del amanecer, cuando una luz muy tenue empezaba a colarse por las ventanas de papel *hanji.*

Mientras me orientaba, me percaté de que no era la única que se había dormido sobre la mesa. Tenía la cabeza apoyada sobre mis brazos cruzados, con las cejas muy cerca de las de Eo-jin. Nuestras narices casi se rozaban.

Reparé en cómo le temblaban las pestañas mientras movía los ojos cerrados, quizá por alguna pesadilla. Pero no duró mucho. Como si sintiese mi mirada, abrió los ojos despacio. Me encontraba

demasiado cansada como para sentir nervios cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Me encantaría saber qué hora es, *nauri* —susurré.

—No hace falta que me sigas llamando así —dijo con el mismo tono de voz.

Volví a cerrar los ojos. Fuera, una mujer bostezó y sus pisadas crujieron en el patio. Más lejos, un perro ladró. Ya me dirigiría a él adecuadamente por la mañana.

Por ahora, hasta que el sol se alzase y todo volviera a su sitio, dejaría de preocuparme por eso.

—De acuerdo… Eo-jin —murmuré.



Desperté por fin al oír una puerta abrirse y notar una manta, que no recordaba haberme echado sobre los hombros, caer al suelo. Una luz cegadora que llegaba de la puerta me obligó a cubrirme los ojos con una mano. ¿Cuánto tiempo había dormido?

Para mi decepción, no fue Eo-jin quien entró, sino la sirvienta con la cicatriz en el labio.

Atravesó la habitación llevando una bandeja con sopa y guarniciones.

—Su marido ha partido a la capital en cuanto han abierto las puertas de la fortaleza y me ha pedido que la despertara con la primera luz.

«¿Mi marido?». Tardé un instante en reorganizar los pensamientos. Entonces miré hacia la puerta. Tenía el tiempo justo para volver a casa, recoger el uniforme e ir a trabajar.

—También me ha pedido que le dé esto.

La sirvienta dejó la bandeja de comida antes de salir rápidamente a buscar algo. Volvió con la bolsa de algodón donde llevaba mi uniforme. No tendría que volver a casa, entonces. ¿Cómo la había conseguido Eo-jin?

Abrí la bolsa y vi una nota. «He pedido el uniforme a tu sirvienta. La he informado de que estabas ayudando a la Policía con el

asesinato de la enfermera A-ram. Ha accedido a no contárselo aún a tu madre para que no se preocupe».

Sentía los ojos cansados y pesados. Como no hacía falta que volviese a casa, tenía tiempo suficiente para comer sin prisa. Eo-jin había elegido el plato más nutritivo: *sullungtang,* una rica sopa de carne de sabor delicado.

Me detuve con la cuchara a medio camino de la boca cuando de repente me vino a la mente un recuerdo.

Con la luz gris azulada previa al amanecer, Eo-jin había estirado el brazo para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja mientras dormía… y después se había ido.

¿Era un recuerdo… o un sueño?

11



«¿Fue un sueño?».

Cada vez que Eo-jin se colaba en mi mente, lo apartaba enseguida. Él no era el misterio que necesitaba resolver en ese momento.

Seguí recordándomelo de camino a palacio. Una vez allí, me concentré en los rostros tensos a mi alrededor en busca de pistas… Un atisbo de culpa, o tal vez de fría indiferencia. Estaba segura de que el asesino se encontraba entre nosotros, puesto que las víctimas habían sido testigos del crimen del príncipe heredero. No podía ser una mera coincidencia que la noche del asesinato de la primera testigo, la dama Ahn-bi, el príncipe, casualmente, también estuviera fuera de palacio.

Todo formaba parte del plan.

El culpable *sabía* que el príncipe saldría de palacio esa noche. ¿Y quién sino alguien de palacio con la oreja puesta en una gran red de espías podría conocer esa información?

—Apenas puedo respirar —susurró Ji-eun, interrumpiendo mis pensamientos. Miré a mi amiga, que parecía más cansada y atormentada que antes, mientras caminábamos en dirección a la botica real—. No me atrevo a mirar a los ojos a nadie mucho tiempo.

Agarré una de sus manos y le di un pequeño apretón.

—El asesino ha ido a por dos enfermeras que trabajan en días alternos a nosotras. Tal vez eso signifique que el culpable ni siquiera

está aquí hoy.

No estaba tan segura, pero parecía posible. Ji-eun siguió mirando al suelo.

—Tengo el mal presentimiento de que una de nosotras será la siguiente.

—Ji-eun-ah… No pienses así.

—Somos la coartada falsa del… —Ji-eun miró alrededor con cautela— del príncipe. Esa noche hubo asesinatos. Por algún motivo, no puedo dejar de pensar en eso, en que por alguna razón, en este momento, nosotras somos el objetivo.

—No creo que nos pase nada —dije, y lo pensaba de verdad—. Eo-jin te diría lo mismo.

Ji-eun y yo nos cambiamos despacio en la gran sala donde las enfermeras se ponían sus uniformes y prestamos especial atención a las mujeres de nuestro alrededor. Todas parecían recelar unas de otras; la especulación circulaba en un runrún de murmullos.

—Corre el rumor de que la enfermera A-ram murió porque era confidente de palacio —susurró una.

Otra enfermera sacudió la cabeza.

—Ninguna mujer lo sería por voluntad propia. Nos extorsionan para que espiemos.

Las demás estuvieron de acuerdo.

—No sé qué haría la enfermera A-ram, pero no pudo ser culpa suya. Los espías solo son marionetas de los poderosos…

—Entonces, si tu señor te dice que te tires por un barranco, ¿lo haces? —preguntó una voz familiar con brusquedad. La enfermera In-yeong—. No, no obedecerías a menos que eso garantizase tu supervivencia. Pero si te pide que hagas daño a otra persona a cambio de tu propia vida, estoy segura de que no lo pensarías dos veces. —Chasqueó la lengua—. Tal vez deberíais reconsiderar vuestro trabajo de *uinyeo.* ¿Cómo podéis llamaros protectoras de la vida cuando solo sois marionetas?

Pensé en In-yeong mientras se alejaba. No parecía encontrarse bien; tenía una mano en el estómago y se paraba de vez en cuando para apoyar el hombro en una pared. Aunque con un asesino de

mujeres suelto, todo el mundo en palacio se encontraba un tanto afectado.

Salí del edificio con ganas de analizar a más gente, a alguien en particular.

—Perdone. —Detuve a un empleado que pasaba por allí—. ¿Sabe si el sanador Khun ha venido a trabajar hoy?

—Creo haberlo visto dirigiéndose al jardín medicinal. ¡Por fin ha vuelto a trabajar!

Tras darle las gracias, salí rápidamente de allí; quería echarle el ojo a nuestro primer sospechoso. Crucé la pequeña puerta que conectaba los pabellones y me adentré en el gran jardín medicinal. Miré alrededor hasta que di con una figura, ajena a mi presencia, caminando por un estrecho sendero de tierra con la vista perdida en la distancia. Tenía un corte sangrante en mitad de la frente manchada de barro. La tela de las rodillas del uniforme también estaba manchada de lodo, igual que sus manos. El terreno seguía húmedo por la lluvia de la noche anterior; ¿tal vez se había caído? Aun así, ¿cómo se había hecho aquella extraña herida en la frente?

Acorté la distancia con el sanador Khun. Si de verdad era el agresor del otro día, ¿cómo reaccionaría al verme? ¿Se encogería de dolor si le golpeaba en el brazo donde Eo-jin lo había herido?

—*Uiwon-nim* —lo llamé.

El sanador miró por encima del hombro.

—¿Qué quieres? —Su voz sonaba ronca, como si la hubiera usado mucho; la voz de un hombre que hubiese estado gritando o llorando demasiado tiempo. También había indicios claros de tristeza en su rostro: tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y las mejillas ruborizadas.

Me señalé la frente mientras lo contemplaba con detenimiento.

—Está sangrando, *uiwon-nim.*

—¿Y a ti que te importa? Déjame en paz. —Se limpió la frente de malas maneras, pero no parecía nervioso por verme. En todo caso, su indiferencia solo se intensificó. Si realmente él me había agredido, era muy buen actor—. He dicho que *me dejes en paz.*

Permanecí inmóvil, con un millón de preguntas rondándome la mente.

—La enfermera Jeong-su es mi mentora. La han acusado de cometer los asesinatos en el Hyeminseo —solté, observando cómo cogía una herramienta de jardinería olvidada en el suelo; la hoja afilada relució bajo la luz del sol. Me pareció muy peligrosa en su mano—. Esperaba que pudiera ayudarme a demostrar su inocencia.

—¿Por qué piensas que yo puedo ayudarte?

—He oído rumores de que una de las víctimas, la dama Ahn-bi… —Vacilé—. He oído que era su esposa en secreto.

Frunció el ceño y un atisbo de miedo se reflejó en sus ojos. Esperaba que negara la acusación o que tratara de guardarse las espaldas, pero, en cambio, enarcó las cejas.

—Si pretendes extorsionarme con eso, no te funcionará —susurró.

—No intentaba…

—Todos pretenden extorsionar a los demás en palacio.

Había llegado a un callejón sin salida. Devanándome los sesos, consideré las opciones que tenía y recordé la estrategia que había funcionado con el guarda de mi padre. El miedo hacía que la gente hablara.

—¿No sería mejor contar la verdad libremente que confesarla por medio de la tortura? —pregunté.

—¿A qué te refieres? —espetó.

—¿No se ha enterado? —Le sostuve la mirada—. La policía lo está buscando. —«El inspector Seo en particular», pero eso no lo añadí.

El pánico anegó sus ojos y por un momento pareció ahogarse en él. Luego sacudió la cabeza y profirió una risotada fría y amarga.

—¿Qué más da? No importa lo que me pase. Ojalá me hubiese llevado con ella —dijo con la voz cargada de emoción. Tal vez fuese ira, pena… o remordimiento. Contempló su reflejo en la hoja y susurró—: Habría cambiado mi vida por la de ella con los ojos cerrados.

Me quedé observándolo y casi pude imaginar por qué la dama Ahn-bi se había enamorado de él. Si de verdad la amaba así, seguro que todo desaparecía cuando estaba a su lado: la soledad de la vida en palacio con sus miles de reglas, el futuro eterno e invariable. Ella era una mujer del rey y debía dedicar su vida única y exclusivamente a él, aunque no lo conociera.

—La amaba de verdad —susurré.

—Pues claro que sí —repuso con voz ronca, mirándome con la desesperación de un hombre que solo quería ser escuchado—. Por eso yo… —Se vino abajo—. Por eso le envié a Ahn-bi una nota pidiéndole que huyera conmigo. Fui temprano a la fortaleza para esperarla. Me dijo que saldría de palacio un poco antes de que levantaran el toque de queda y que se encontraría conmigo en la puerta.

—Pero el palacio no estaría abierto. ¿Cómo pensaba salir?

—Hay muchas maneras de salir de palacio que solo las damas de la corte y los miembros de la familia real más rebeldes conocen. —Soltó otro suspiro cargado de inquietud—. Pero ella nunca apareció. Yo creía que había cambiado de idea o que la habían descubierto. Entonces me enteré de que se había… ido.

«Ido». Aquella palabra hizo que me estremeciera. «Asesinada».

—He oído que discutió con ella el día antes de su muerte.

—Fue por culpa de la señora Mun —gruñó—. Se enteró de que el príncipe podría salir de palacio esa noche, así que intentó presionar a Ahn-bi para que siguiera a Su Alteza. Ella tenía intención de hacerlo, pero la convencí de que se echara atrás. Sabíamos que la señora Mun nos castigaría revelando nuestra relación, por eso le pedí que huyera conmigo, para escapar de esa malvada mujer.

Su actitud decaída me pareció demasiada casualidad. ¿Era coincidencia que justo el día siguiente de los dos últimos ataques pareciera a punto de derrumbarse?

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —pregunté con cautela.

—Porque… —Se llevó una mano a la herida, probablemente causada por un golpe, como si alguien le hubiese estampado la cara contra algo duro; tal vez se la había hecho él mismo—. Porque ahora pienso que… quizá… quizá podría haber evitado su muerte.

—¿Cómo? —musité.

—No habiéndola conocido, para empezar. —Hablaba en susurros desesperados, como si lo dijera para sí mismo—. Me carcome la culpa. He intentado dejar atrás todos sus recuerdos. Fui a ver a mi familia con la esperanza de que me ayudara a mantenerme cuerdo… —El aire a su alrededor cambió despacio, se congeló como si

estuviéramos en mitad de una fría noche de invierno, y el color abandonó sus mejillas—. Pero da igual lo que digan los demás: mi conciencia siempre habla más alto. Yo provoqué la muerte a Ahn-bi. Murió por mi culpa.

—¿A qué se refiere? —insistí. El pánico me embargó cuando oí el sonido de unos pasos acercándose. Lancé una mirada rápida por encima del hombro y distinguí la ropa de color verde de un eunuco que se acercaba, mirándome fijamente. Presentí que se me agotaba el tiempo y que, si no sonsacaba el secreto al sanador Khun en ese momento, jamás lo haría.

Me acerqué a él un poco más, lo suficiente como para que, por fin, levantara la vista hacia mí.

—¿Por qué cree que provocó su muerte, *uiwon-nim?* —repetí.

—Soy hijo de una enfermera de palacio a la que asesinaron…

—Lo sé —repuse—. La enfermera Kyung-hee me lo ha contado todo.

Desvió su mirada hacia el eunuco que se aproximaba. Una oscuridad tormentosa refulgió en sus ojos.

—Pues debes preguntarte si fue casualidad o no que me enamorara de una de las tres testigos del asesinato de mi madre.

Me empezó a dar vueltas la cabeza. Hasta entonces nunca lo había pensado, pero era una coincidencia enorme. ¿Significaba eso que había planeado cortejar a la dama Ahn-bi desde el principio? ¿Se había acercado a ella para ganarse su confianza y así descubrir el secreto que ocultaba? Por otra parte, si la mujer había sido testigo de la muerte de su madre, entonces, ¿habría ayudado ella a enterrar el cuerpo?

—Enfermera Hyeon —espetó la voz aflautada del eunuco. Me volví para mirar al hombre, a quien finalmente reconocí. Era el eunuco Im, el hombre mayor que había suplantado al príncipe la noche de la masacre en el Hyeminseo—. Su Alteza Real requiere su presencia.

Por un instante, quise inventarme alguna excusa para no seguirlo. Cualquier cosa con tal de permanecer en el jardín medicinal y atosigar al sanador Khun con más preguntas. Pero la cautela me lo impidió. No me atrevía a enfadar a Su Alteza.

Al final, hice una reverencia al eunuco y un nuevo pensamiento cruzó mi mente. Tal vez, solo tal vez, el príncipe heredero tenía las respuestas a todas mis preguntas.



El eunuco Im permaneció en silencio, siempre tres pasos por delante de mí, con la cabeza gacha y las manos ocultas en las mangas anchas de su túnica. Se detuvo y yo me quedé muy quieta detrás de él cuando vi la curiosa imagen que teníamos delante: tres oficiales del Gobierno, con atuendos tan rojos como la sangre, se apiñaban delante de unas puertas dobles de madera y se asomaban al interior de la residencia del príncipe heredero.

—Cuéntame qué hiciste anoche, paso por paso, y no te dejes ningún detalle —ordenó una voz imponente al otro lado de la puerta. Era el rey—. Dices que estuviste paseando por palacio. ¿Con qué guardias te cruzaste? ¿A qué hora regresaste a tus aposentos?

Un prolongado silencio se instaló en el ambiente y me estremecí. El rey estaba interrogando a su hijo. Sospechaba que él era culpable del asesinato del día anterior.

—¿Por qué no dices *nada?*

Imaginé al príncipe heredero, el futuro rey, paralizado, con cara de niño asustado. Entonces, en mitad de la tensa quietud, sonó la voz del príncipe, profunda, casi imposible de oír.

—Da igual lo que diga o lo que haga, siempre seré culpable. —La tensión en el ambiente podía cortarse con una espada—. No quiero ser rey. Nunca seré lo bastante bueno —siguió hablando el príncipe con un deje de desesperación en su voz profunda—. Yo solo quería ser su hijo…

—Patético —espetó el rey—. Siempre quejándote como un chucho malcriado. No se puede mantener una conversación en condiciones contigo.

Las bruscas palabras de Su Majestad retumbaron en las paredes solitarias del pabellón Joseung. Entonces, los oficiales curiosos se apartaron a toda prisa cuando las puertas dobles se abrieron de

golpe. El rey y sus cortesanos salieron, el eunuco y yo nos inclinamos.

—Tal vez debería venir en otro momento… —dije con cautela cuando nos quedamos solos.

—El príncipe quiere verla —respondió el eunuco Im con una tranquilidad inquietante—. Sígame.

Lo seguí a regañadientes a través de las puertas dobles con las manos entrelazadas. El patio estaba vacío; el príncipe debía de haberse marchado a toda prisa a sus aposentos en el pabellón Joseung. *Joseung* significa 'casa del futuro rey', pero también sonaba muy parecido a la palabra «ultratumba». Un presagio de muerte me embargó mientras observaba las sombras a mi alrededor, que parecían guardar cierta reminiscencia del más allá.

—No hable a menos que se lo ordenen —susurró el eunuco al tiempo que entrábamos en la residencia—. Mantenga siempre la cabeza inclinada. Nunca mire al príncipe a los ojos. —Me daba las indicaciones como si las hubiera repetido cientos de veces—. Y da igual lo que pase, si valora su vida, no diga *nada* que moleste a Su Alteza.

Los sirvientes abrieron las puertas de papel *hanji* y entré con tiento en la enorme cámara interior. El sol entraba por las altas ventanas entramadas y se reflejaba en el suelo dibujando cuadrados. El espacio entero estaba lleno de túnicas y libros, así que, con la vista fija en las pilas, aguardé. Se me aceleró el pulso en cuanto sentí su presencia, una oscuridad que inundaba todos los rincones de la habitación.

¿Así era el aura de un asesino? ¿Había decapitado realmente a la enfermera Hyo-ok? ¿Había empuñado su espada desde entonces?

—Hablaré con ella a solas, Im —espetó una voz estridente y profunda.

El eunuco se marchó, y cuando las puertas se cerraron a mi espalda, esperé a que el príncipe volviese a hablar. No lo hizo. Lo miré de reojo. El príncipe Jang-heon se encontraba de espaldas a mí. Era más alto y corpulento de cerca, y pude corroborar las historias que había oído sobre su destreza militar mientras lo observaba. Su túnica de dragón —de un azul tan oscuro que

prácticamente parecía negro— caía sobre su cuerpo atlético como el agua de un río sobre imponentes piedras. Sus hombros anchos evidenciaban su fuerza y también su capacidad de matar a muchos enemigos de un solo golpe.

—Dime. —Su voz sonó grave—. ¿Eres espía?

Mis músculos se tensaron y mi mente empezó a funcionar a toda prisa. No entendía por qué creía eso. Entonces, recordé que lo había seguido desde la residencia de la señora Hye-gyoung hasta el despacho del rey dos días antes.

—No, Alteza.

—Eso es lo que dicen todos los espías. —Se volvió despacio y se acercó a mí hasta que lo único que pude ver fue el dobladillo de su túnica y una enorme sombra cerniéndose sobre mí—. Te mataré si lo eres.

Un sudor frío me empapó la espalda.

—No soy ninguna espía, Alteza. Soy… —Me relamí los labios resecos debido a la turbación—. Soy su coartada.

—¿Mi coartada? —repitió.

—Para la noche de la masacre del Hyeminseo —me apresuré a decir—. La señora Hye-gyoung nos mandó llamar a mí y a otros empleados para que atendiéramos a Su Alteza. Desde entonces, hemos asegurado a todo el mundo que esa noche usted se encontraba indispuesto en sus aposentos.

—Ah. —La compresión tiñó su voz—. Esa noche.

Permanecí muy quieta, con los vellos de punta al saber que me estaba observando, examinándome como a un tapiz intrincado que oculta un secreto.

—¿Y quién sospechas que es el culpable de los asesinatos? ¿Crees, como todo el mundo, que soy yo?

—Alteza, ¿quién soy yo para hacerme esas preguntas? —Traté de volverme lo más pequeñita posible, tan pequeña como para poder liberarme de él como un ratón huyendo de las zarpas de un tigre—. Solo soy una sirvienta.

Los dragones plateados de su túnica relucieron.

—Me han dicho que te llamas Baek-hyeon. Antigua alumna de la enfermera Jeong-su e hija ilegítima de lord Shin —espetó con

frialdad.

Tragué saliva.

—Así es, Alteza —balbuceé.

—Pues más motivo para espiarme, seguro.

Se me formó un nudo en el estómago. Retorcí las manos con la sensación de que Su Alteza podía ver a través de mí. Conocía a mi padre y, tal vez, incluso lo consideraba su rival. Aun así, ambos se cruzaron cerca del escenario del crimen y acabaron siendo la coartada del otro. Según el testimonio del guarda Kwon, el presunto asesino se chocó con mi padre y, en ese momento, me preguntaba si el príncipe también habría visto al culpable.

Mi curiosidad aumentó, aguzando mis sentidos y haciendo desaparecer el miedo. Me tomé mi tiempo para formular bien la pregunta. Era imposible que Su Alteza me contara nada a mí, pero tal vez sí a su difunta hermana.

«Nunca mire al príncipe a los ojos».

Reuní el coraje suficiente para levantar la mirada hasta otro par de ojos tan oscuros como la noche y esperé que fuese cierto lo que todos decían de mi rostro: que era casi idéntico al de la difunta hermana del príncipe.

Su hermana preferida.

Casi al instante, el príncipe Jang-heon abrió mucho los ojos. Un ramalazo de sorpresa iluminó su mirada, seguido de otro de dolor. Asustada por el poder que mi rostro ostentaba sobre él, me apresuré a bajar la mirada otra vez.

—Solo te había visto de lejos —repuso sin aliento, como si estuviera tratando de recuperar la compostura—. Te pareces mucho a ella.

Respiré hondo varias veces, sin saber cómo responder. Creía que, al menos, había dejado su sospecha inicial a un lado.

—Mírame otra vez.

«¿Qué he hecho?».

Obedecí y levanté la vista. El negro de sus ojos era tan cautivador que olvidé las historias de muerte que lo rodeaban y solo pude atisbar el dolor en su mirada. Un dolor que no podía fingirse, que

había visto demasiadas veces en los ojos de los moribundos y de los abandonados.

—Los muertos nunca permanecen muertos mucho tiempo —musitó para sí—. Nunca se marchan. ¿Lo crees?

—Sí, Alteza —dije, por su bien y por el mío—. Creo que permanecen cerca de nosotros. Creo que los espíritus incluso cohabitan los cuerpos de los vivos.

—Entonces mi hermana debe de estar cerca —concluyó con voz ronca—. ¿La has oído?

Flaqueé al descubrir la desesperación en su voz. Sus ojos me observaban, tal vez con el mismo propósito con el que leía sus libros de ocultismo, tratando de hallar el consuelo que este palacio tan vasto y vacío era incapaz de ofrecerle.

—Sí —mentí—, la he oído, Alteza. Y su voz me hizo seguirlo el otro día. No era mi intención espiarlo, Alteza.

Parecía incapaz de continuar mirándome y se alejó de pronto. Cuando se sentó detrás de un pequeño escritorio, la seda de su túnica crujió y se plegó a su alrededor como una tumba oscura. Permaneció inmóvil, con un codo sobre la mesa y una mano apoyada en la cinta de seda que le rodeaba la cabeza. No se le escapaba ni un mechón de pelo del moño perfecto que coronaba su cabeza, por lo que su rostro quedaba perfectamente visible…, aunque ensombrecido por una expresión turbada.

—Puedes marcharte, pero, dime… ¿Necesitas algo? —Levantó la mirada solo hasta el cuello de mi uniforme—. ¿Adornos, vestidos?

Me mordí el labio. Sentía lástima por el príncipe; estaba claro que se había preocupado mucho por su hermana. Al parecer, los monstruos sangraban y los asesinos también tenían corazón, aunque solo fuera para unas cuantas personas concretas.

—Tienes algo en mente —adivinó—. Dime qué es.

Vacilé. Me llevó unos cuantos instantes recuperar la voz.

—A mi mentora, la enfermera Jeong-su…, la han encarcelado injustamente por la masacre.

Una pausa.

—¿Cuál es tu petición?

—Alteza —dije con tiento—, si tiene información relevante sobre la masacre, cualquier cosa que pudiese ayudar a la Policía a encontrar al verdadero asesino, estaría para siempre en deuda con usted.

Contuve la respiración y, en vilo, aguardé su respuesta.

—El día de la masacre… —dijo por fin, y el alivio me embargó, al menos hasta que continuó hablando—. Tu padre salió temprano a la calle oliendo a licor y a perfume, y me vio deambulando aproximadamente una hora antes del amanecer.

Tensé los hombros. Aquello coincidía con lo que me había contado el sirviente de mi padre.

—Una figura salió corriendo después de la masacre y chocó con nosotros. Estaba demasiado oscuro para reconocerla, pero perdió algo con las prisas. Un objeto lleno de sangre… —Desvió la mirada hacia el armario de madreperla a su izquierda—. ¿Lo quieres?

—Sí… Sí, Alteza —apenas conseguí decir.

—Entonces podemos intercambiar favores. No he pedido esto a nadie, pues no sé en quién confiar, pero estoy desesperado. —El príncipe Jang-heon se pasó una mano por el rostro y, de repente, parecía que llevaba un milenio sin dormir, atormentado por demasiados demonios—. Tal vez puedas procurarme un tratamiento. Algo para aliviar este opresivo mal humor que siento.

Permanecí callada, esperando a que se explicara.

—Cuando la ira me consume, no soy capaz de contenerla. Es lo que me mantiene despierto por las noches, una oscuridad que llevo demasiado tiempo reprimiendo. Cualquier nimiedad me enfurece tremendamente. —Apretó los dientes. La mera idea parecía turbarlo —. Es agotador. No desaparece nunca…, ni siquiera un momento.

—Le daré un tratamiento —susurré—. Se lo prometo.

—Después deberías reconsiderar tu puesto en palacio. Yo lo haría si fuera tú. —Permaneció inmóvil, como si tuviera un gran peso sobre los hombros—. Si valoras tu vida, enfermera Baek-hyeon, toma nota de mi consejo. Puedes retirarte.



Más tarde me enteré de que el rey había eliminado al príncipe Jangheon de la lista de asistentes a las exequias de la reina Jeong-seong. Todas las personas influyentes asistirían y viajarían, junto al séquito del rey, desde palacio hasta el lugar de reposo.

Todos salvo el propio hijo del rey. Un hijo que se negaba a comer y a beber, devastado por esa noticia tan humillante.

El príncipe necesitaría el tratamiento calmante más que nunca. Me moría por visitar la biblioteca para buscar el brebaje adecuado, pero tenía trabajo y el sanador Nan-shin estaba cerca; no podía escabullirme sin que se diese cuenta.

Con la mente en otra parte, hice amago de cortar un montón de plantas medicinales y, en cambio, sentí un dolor agudo en la mano.

—Maldita sea —susurré mirándome los dedos. La sangre manaba de mi pulgar herido y se deslizaba por la palma hasta caer en la tabla de cortar. Los recuerdos de los asesinatos resurgieron flamantes en mi mente.

Asolada por el pánico, empecé a buscar una toalla, pero giré en la dirección equivocada y tropecé con un tarro de medicina valiosísima. Hubo exclamaciones y miradas sorprendidas, pero se me enturbió la visión y desaparecieron los rostros de mi alrededor. Nunca había cometido tantos errores estúpidos a la vez.

Entonces, una mano me dio la vuelta.

—Errores así podrían hacer que te degraden —espetó la enfermera In-yeong. Miró al sanador Nan-shin, que se alejaba de la escena que había provocado, suspiró y me quitó lo que tenía en la mano. Un cuchillo. No me había dado cuenta de que seguía sujetándolo. Lo apartó, sacó un pañuelo, lo rasgó y me envolvió el pulgar con él—. ¿Qué te pasa?

—Tengo la mente en otra parte —susurré con el corazón latiéndome a toda prisa en el pecho. Ya no veía al sanador Nan-shin y las enfermeras a mi alrededor me habían dejado en paz. O tal vez simplemente estuviesen evitando a la enfermera In-yeong—. No suelo ser así de torpe.

—Ya lo sé. —La enfermera In-yeong sacudió la cabeza mientras ataba otra fina capa de tela alrededor de mi dedo para detener el sangrado—. Pero imagino por qué estás tan aturullada…

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Pareció dudar un momento, pero luego me llevó a un rincón apartado y sombrío detrás de la botica.

—Antes te he visto salir del jardín medicinal con el eunuco del príncipe heredero. —Me sostuvo la mirada—. ¿Por qué?

Me moví, inquieta.

—Solo quería preguntarme algo.

—¿Qué?

—Pues… —Me callé—. ¿Puedo saber por qué te interesa tanto, *uinyeo-nim?*

El silencio se instaló entre nosotras, tan frío como las sombras que nos rodeaban.

—Hay algo que debo contarte —dijo con voz tensa—. Tal vez debería haberlo hecho antes. Llevas en palacio menos de un mes, así que no conoces todos los secretos que oculta… —Se encogió de dolor mientras se movía con cuidado y se llevaba una mano al estómago. Cuando la miré con preocupación, ella explicó entre dientes—: Con todo lo que está pasando no puedo dormir bien, así que he bebido demasiado y eso me ha provocado unos dolores de estómago terribles… De nuevo, se calló y las náuseas le arrebataron el color de las mejillas y los labios. No tenía buen aspecto. El miedo me embargó cuando apretó los labios como si estuviese a punto de vomitar.

Antes de poder seguir examinando sus síntomas, la enfermera In-yeong respiró hondo y continuó hablando con la firmeza suficiente como para distraerme.

—Son tiempos peligrosos, enfermera Hyeon, y si quieres conservar la vida, será mejor que te alejes del príncipe Jang-heon.

El miedo desvió mi atención hacia el asunto que nos ocupaba.

—¿Qué sabes, *uinyeo-nim?*

La indecisión destelló en sus ojos. Su mente parecía debatirse entre hablar y callar.

—Eres buena, enfermera Hyeon, y si te confío este secreto… —murmuró tras un rato—…, debes guardarlo como si mi vida dependiera de ello.

—Lo prometo —repuse, y lo decía en serio.

—Hace varios meses… —empezó, vacilante— encontraron un colgante chamanista maldito en la habitación del príncipe heredero.

Se me desencajó la mandíbula. Ese era un delito de gran magnitud. El chamanismo estaba prohibido, y practicar la magia negra contra un miembro de la familia real se castigaba con la muerte.

—¿Quién ordenaría tal cosa?

—La señora Mun —aseguró, y se me pusieron los vellos de punta —. Cuando la madre del príncipe y su esposa rastrearon el colgante hasta su fuente, hicieron llamar a la señora Mun con toda la intención de denunciarla. Yo lo oí todo. Estaba segura de que expulsarían a la señora Mun de palacio, pero entonces ella las amenazó. Les dijo que revelaría al rey un secreto horrible. —In-yeong hizo una pausa, y vi que había fruncido el ceño—. Que el príncipe heredero planeaba asesinar al rey.

Sus palabras cayeron sobre mí como un enorme jarro de agua fría. En parte, estaba convencida de que la había entendido mal.

—La señora Mun dijo que el príncipe heredero está reuniendo equipamiento militar y que tiene pruebas. —Echó un vistazo alrededor y volvió a mirarme con solemnidad. Arrugó el ceño todavía más—. Así que mantente alejada del príncipe heredero, enfermera Hyeon. Aquellos que se relacionen con Su Alteza probablemente terminarán muriendo igual que él.



Durante mi descanso, me dirigí a la biblioteca y me distraje mirando los muros de piedra de palacio, preguntándome cuántos secretos guardarían. Si los muros cayesen, ¿asolarían la muerte y el horror la capital como un río de sangre?

—Te ayudaré a encontrar la medicina —dijo Ji-eun, subiendo conmigo los escalones de la biblioteca—. Pero ¿para quién es?

—Es para… —No me atreví a confesarle que era para el príncipe; cuanto menos supiera, más segura estaría. A mí, en cambio, me angustiaba la decisión de preparar el remedio, a pesar del consejo de la enfermera In-yeong.

Antes de poder hallar una respuesta, Ji-eun se adelantó.

—¿Para tu madre?

—Sí —repuse enseguida—. Siempre está enfadada con padre y quiero encontrar algo que le calme el mal humor.

Entramos en el silencioso edificio rodeado de ventanas de papel *hanji,* por las que se colaban los rayos del sol, que iluminaban las filas y filas de estanterías. Tras coger unos cuantos libros, Ji-eun y yo nos sentamos a una mesa en un rincón. Hojeé libro tras libro con el peso enorme de la responsabilidad sobre mis hombros. Tenía que procurarle el remedio adecuado a cambio del arma homicida.

Ji-eun me asestó un codazo y me sacó de mis pensamientos.

—Anoche mi primo no regresó a casa —susurró, mirándome—. ¿Sabes tú por qué?

Al principio no entendí sus palabras. Luego, el recuerdo resurgió en mi mente poco a poco: Eo-jin y yo en la pequeña habitación de la posada, mirándonos bajo la luz previa al amanecer. Un rubor me coloreó las mejillas, delatándome, y Ji-eun abrió mucho los ojos.

—No —dije, horrorizada, tratando de contener su imaginación—. No es lo que crees…

—¿Habéis pasado la *noche* juntos? —Apenas podía hablar. Se había puesto colorada y una mezcla de sorpresa y emoción danzaba en sus ojos—. ¿Qué significa eso? ¿Estáis enamorados? ¿Está *él* enamorado? Cielos, ¡cuéntamelo todo!

—Ji-eun-ah, lo digo en serio: no es lo que crees. —Sentía el corazón demasiado apesadumbrado para eso; todavía daba vueltas a los acontecimientos del día—. Tengo que concentrarme en el remedio…

—Mi especialidad es la elaboración de medicamentos, así que encontraré algo que te sirva. Pero tienes que prometerme que después me lo contarás todo.

—Yo…

Ji-eun se acercó una pila de libros y los hojeó con gran pericia.

—*Ondamtang* —soltó. Encontró la respuesta tan pronto que, pese a mi seriedad, no pude evitar sentir un ramalazo de admiración—. Ese es el remedio que deberías usar.

—Lo has encontrado muy rápido… —Leí el pasaje que me había señalado y me sorprendió descubrir lo perfecto que era el mejunje. Me fijé en los ingredientes, los memoricé con una sola mirada y decidí que elaboraría y entregaría el remedio al príncipe Jang-heon al día siguiente. Ya era demasiado tarde.

—Bueno —canturreó Ji-eun—. ¡Cuéntamelo todo!

Negué con la cabeza.

—Solo estuvimos hablando de la investigación. Nos quedamos dormidos sin querer, nos despertamos y luego cada uno se fue por su lado. Eso es todo.

—No me lo creo —insistió.

—Bueno, pues eso es lo que pasó, Ji-eun-ah. No todas las sirvientes somos Chun-hyang ni todos los nobles son Mong-ryong. La vida no es como una novela romántica.

Evitando su mirada, me puse de pie y empecé a recoger los libros de la mesa para devolver cada uno a su estantería. Mientras tanto, Jieun no me quitaba los ojos de encima, y cuando el rubor se potenció en mis mejillas, vi cómo ensanchaba la sonrisa.

—Hyeon-aaah —pronunció en tono burlón mientras se colocaba a mi lado—. ¿Vas a ver a tu amante otra vez esta noche?

—¡No es mi amante y no voy a verlo…! —Me callé, porque recordé que, efectivamente, vería a Eo-jin esa noche. Había estado con él todos los días desde la masacre y una parte de mí se había acostumbrado a ese ritmo de encuentros, a la cadencia de su presencia…

¿Qué pasaría cuando la investigación terminase? ¿Me volvería y me daría cuenta de que había desaparecido para siempre?

Una sensación de vacío se instaló en mi pecho y no fui capaz de comprender por qué.

—Soy tu amiga —dijo Ji-eun con una voz suave mientras me observaba atentamente. El brillo burlón de sus ojos había desaparecido—. Me has contado tus secretos más profundos. Sabes que puedes confiar en mí para cualquier cosa.

Negué con la cabeza, tratando de ignorar el dolor y repitiéndome una y otra vez que me daba igual. Aun así, me llevé una mano al pelo inconscientemente y mis dedos reprodujeron el recuerdo de la

caricia de Eo-jin. O tal vez solo había sido un sueño, después de todo.

—Me tocó el pelo —solté. El pulso se me aceleró, avergonzada por haber confesado, pero odiaba la incertidumbre, la sensación de estar pendiendo de lo desconocido—. ¿Significa algo o crees que lo he imaginado? —¿Tú qué quieres que sea? —preguntó Ji-eun con suavidad.

Se me formó un nudo en el estómago mientras retorcía las manos y me obligaba a bajar la mirada al suelo. Era incapaz de recuperar la compostura. Con un suspiro de derrota, bajé la guardia conscientemente y me admití a mí misma algo que hizo que me ardieran las orejas.

Quería amar y ser amada.

Quería que me conocieran.

Quería que me comprendieran y aceptaran.

Estando con Eo-jin creaba fantasías indeseadas en la cabeza, soñaba cómo me sentiría si me quisieran igual que en las historias de amor de la biblioteca personal de Ji-eun.

Aun así, no era tan estúpida para creer que yo, una sirvienta, podría llegar a ser para Eo-jin algo más de lo que mi madre era para lord Shin. Y no estaba tan desesperada ni era tan tonta para atreverme a desear algo más.

Ya tenía su amistad. Con eso bastaba.

Así sería.

12



Esperé delante del pabellón Bosingak, un edificio majestuoso de dos plantas, abierto por ambos lados y con una base de piedra. Su sombra, proyectada por las antorchas, me envolvía completamente. Estiré la cabeza hacia atrás y observé la silueta de un guardia delante de la campana enorme. La hizo sonar con unos gestos fluidos. Un gran tañido reverberó en mis huesos. Faltaban dos horas para medianoche; empezaba el toque de queda.

La hora de ver a Eo-jin otra vez.

Las calles de Hanyang estaban oscuras y silenciosas mientras caminaba a nuestro punto de encuentro. En mi mente repetía sin cesar las conversaciones con Ji-eun y la enfermera In-yeong, pero me quedé quieta cuando tuve la punzante sensación de que alguien me seguía.

Miré por encima del hombro y vi a dos policías; la luz de las antorchas les iluminaba el rostro, con unos ojos pequeños y brillantes clavados en mí.

«Solo están patrullando», me dije.

Aun así, giré una esquina y me apresuré a internarme en el laberinto de callejones. Los faroles iluminados pendían de los aleros y se mecían en la brisa nocturna, alumbrando el camino hasta que salí a la calle principal.

Me tranquilicé un poco al llegar a la Jefatura, iluminada con el fuego en los braseros de hierro, sabiendo que Eo-jin estaba cerca.

La oscuridad regresó cuando rodeé con disimulo el muro que cercaba la Jefatura. Las sombras eran tan profundas que me sentía sin forma. Pasé una mano por las mugrientas paredes de piedra y seguí las marcas con la esperanza de palpar el marco de madera de la puertecita del servicio. Mis dedos rozaron una tela cálida y me quedé inmóvil al darme cuenta de que era seda.

—¿Baek-hyeon? —me llamó una voz profunda, familiar.

Mis ojos se adaptaron a la penumbra y distinguieron una silueta alta. Me quedé petrificada, con la mano inmóvil en el pecho de la figura. Al reconocerlo, la aparté enseguida.

—Preferiría que no me llamara así.

Eo-jin enarcó una ceja.

—Pero es tu nombre.

—Y no me gusta. ¿Y el uniforme de *damo, nauri?*

Él se quedó quieto un instante más. No sabía si me miraba a mí o a lo lejos.

—Está dentro. Sígueme.

El suelo crujió bajo su peso al caminar junto al muro. Lo seguí a toda prisa. Entonces, de repente, se paró y a punto estuve de chocar con él. Habíamos llegado a una puertecilla que daba acceso a lo que parecía ser el patio de los sirvientes.

Miré a Eo-jin y el cúmulo de emociones se esfumó al verlo tan serio.

—¿Qué sucede? —pregunté con un nudo en el estómago.

—Es la enfermera Jeong-su, pero te lo contaré más tarde.

Antes de que pudiera preocuparme más me condujo a un almacén.

—Encontrarás el uniforme ahí dentro —dijo; cerró la puerta justo lo suficiente para darme intimidad, pero tampoco demasiado para no dejarme sin la luz de su antorcha.

Me quité la *garima* sujeta a la cabeza y me deshice la trenza. Tardé un instante en recordar cómo se peinaban las *damos.* Me costó un poco por la herida en el pulgar, pero conseguí trenzarme el cabello a la espalda y luego recogerlo en un moño. Me quité el uniforme de *uinyeo,* lo doblé y lo dejé a un lado mientras explicaba los descubrimientos del día, a través de la puerta, a Eo-jin.

—Hoy me he enterado de dos cosas importantes. La primera es que el príncipe ha confirmado que mi padre es su coartada para la noche de la masacre. También me ha dado a entender que tiene el arma homicida.

—¿El *seja-jeoha* te ha contado todo eso? —preguntó con voz sorprendida e intranquila.

—Por lo visto, me parezco a su querida hermana difunta y se ha abierto a mí.

Eo-jin permaneció callado y vi a través de la rendija que había tensado los hombros. Creía que le alegraría lo que había descubierto, pero, en cambio, presagié otra charla, tal vez una advertencia para que no me acercase demasiado al príncipe. Continué.

—La enfermera In-yeong también me ha contado algo interesante. —Hice amago de darme la vuelta para salir, pero me detuve. No me atrevía a dejar la placa identificativa ni la cajita de acupuntura allí, así que las metí en el bolsillo—. Me ha dicho que la señora Mun chantajeó a la madre y a la esposa del príncipe heredero. Por lo visto, tiene pruebas de que el príncipe planea… —Me acerqué a la puerta con el vello de punta— asesinar al rey.

Eo-jin guardó silencio un rato más.

—Ya había oído esos rumores. Quizá sea la misma señora Mun quien los ha difundido —murmuró con una voz seria.

Salí.

—Parece decidida a acabar con el príncipe…

Justo en ese momento oímos unos pasos ligeros y las voces de un hombre y de una mujer charlando de manera informal. Con toda probabilidad, eran un sirviente y una *damo.*

—Deberíamos marcharnos —susurró Eo-jin.

Juntos, corrimos a través del patio mientras nuestras sombras se deslizaban suavemente sobre la pared de los pabellones. Creí que me conduciría hacia la prisión, pero, en cambio, me llevó hasta una cocina.

—Hay hierbas dentro —explicó—. ¿Crees que podrías preparar un antiséptico? La enfermera Jeong-su necesita asistencia.

Me martilleaba el corazón en el pecho.

—¿Qué le ha pasado?

—Mientras he estado fuera, el comandante Song ha celebrado otro juicio público para intentar sonsacar una confesión a la enfermera Jeong-su torturándola, pero ella no ha dicho nada.

Reprimí el pánico. No quedaba tiempo. Lo seguí hasta la cocina y me dirigí directamente al horno de barro.

—Está demasiado oscuro. —Me senté sobre las piernas y eché un vistazo al hueco—. Hay que encenderlo.

—Espera, déjame a mí.

Eo-jin se agachó a mi lado y su túnica refinada se arrugó a su alrededor sobre el suelo de tierra. Cogió un abanico que había cerca y empezó a avivar las brasas para prenderlas, iluminando la cocina levemente.

Noté que tenía más cosas que contarme.

—¿Qué pasa? —insistí—. Le preocupa algo más.

Al principio no sabía si me lo diría, pero, tras un momento solemne, habló.

—La enfermera Kyung-hee ha muerto. Las enfermeras del Hyeminseo dicen que por un fuerte traumatismo en la cabeza. Se durmió y… ya no despertó.

El peso de la noticia me oprimió el corazón, pero mentiría si dijese que me sorprendía. Algunos pacientes parecían encontrarse bien por fuera, pero estaban destrozados por dentro.

Otra mujer de palacio había perdido la vida.

Temblando, me acerqué a una cajonera. En cada pequeño compartimento había una bolsita de algodón llena de hierbas medicinales secas. Tal vez las *damo* no hubiesen aprobado el examen de enfermera, pero a efectos prácticos lo eran, así que me pareció normal que tuviesen los ingredientes tan bien organizados. Saqué una bolsita con el nombre de «Baekgib» y me cercioré de que fuese esa planta oliéndola dos veces: raíz de orquídea seca. La añadí a un cuenco y busqué un mortero; necesitaba moler la raíz hasta hacerla polvo para echarla sobre las heridas y detener la hemorragia, reducir la inflamación y acelerar la curación.

—Quería preguntarte una cosa —dijo el inspector en voz baja, desconcentrándome. El suelo crujió bajo sus botas cuando se

acercó. Notaba su mirada en mi rostro y me sentí desnuda bajo su escrutinio—. ¿Por qué te importa tanto la enfermera Jeong-su?

Eché un vistazo al exterior de la cocina, pendiente del peligro que pudiera haber en el jardín. No se oía nada en la oscuridad.

—Sin ella, no sería *uinyeo* —susurré—. Fue mi mentora y mi tutora durante los años que estuve en el Hyeminseo.

—También ha sido tutora y mentora de más chicas, pero no veo a otras estudiantes arriesgando la vida para salvarla.

—Supongo que soy terca. —Machaqué la raíz con la mano de madera—. Me gusta completar las tareas.

—Debe de haber algo más.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué quiere saberlo?

Él se encogió de hombros ligeramente.

—Tengo curiosidad.

—Una vez mi madre me abandonó en la puerta de la Casa Gibang —empecé a decir. No lo había contado a casi nadie, pero sentí una necesidad repentina de revelarle mi vergonzoso pasado. Quizá para borrarle aquel brillo de los ojos, como el de un guijarro chispeante en mitad de unas arenas movedizas—. La madama no me aceptó. —Y entonces añadí, por si acaso—: Me dijo que estaba demasiado amargada y que era demasiado rebelde. No me habían criado para ser amable, considerada ni honorable.

Siguió mirándome fijamente.

Carraspeé, incómoda.

—Así que… mi madre me ordenó que esperase fuera y suplicase hasta que me permitieran entrar, pero la madama no consintió y mi madre no fue a recogerme, ni siquiera al caer la noche. Entonces, cuando estaba a punto de morir de hipotermia, la enfermera Jeong-su me encontró. Es la única que realmente se ha preocupado por mí.

Esperaba que sintiese pena por mí, pero en lugar de eso, colocó las manos a la espalda y ladeó la cabeza ligeramente a la vez que fruncía el ceño.

—¿Quién informó a la enfermera Jeong-su de que estabas congelándote en la puerta? —preguntó.

Parpadeé.

—¿Quién…? Pues supongo que alguien que pasara por allí.

—¿No se lo has preguntado nunca?

—No…

—¿Y la enfermera Jeong-su tampoco te lo ha dicho?

—No, ella… —Me quedé callada—. Una vez se lo pregunté y me dijo algo que no fui capaz de entender.

Algo en lo que ni siquiera me había molestado en pensar hasta ese momento. «Que no sepa querer no significa que no lo haga».

Ambos permanecimos en silencio un momento hasta que aparté la repentina confusión a un lado. No quería pensar en sus palabras ni en lo que significaban.

—Ya debería estar. —Dejé el cuenco en una bandeja para intentar aparentar ser una sirvienta de la Jefatura—. Estoy lista.

—Mantén la cabeza baja. No permitas que nadie te vea la cara.



Cada vez que un policía se inclinaba ante Eo-jin, yo también agachaba la cabeza para ocultar mi rostro. Aun así, nadie pareció percatarse de mi presencia —era una mera *damo,* el eslabón más bajo de las enfermeras—, ni siquiera cuando llegamos al edificio de la prisión. Nadie nos cuestionó cuando Eo-jin ordenó a un guardia que nos permitiera pasar.

En cuanto entré, me sobrevino el hedor a sangre y a carne putrefacta. Los prisioneros quejumbrosos llenaban las celdas de madera que enfilaban un pasillo largo, y sus rostros demacrados se iluminaban y desaparecían bajo la luz intermitente de la antorcha.

—La sospechosa Jeong-su ocupa esa celda —anunció el guardia. Las llaves tintineaban en su costado al caminar mientras lo seguíamos por el pasillo. Me dedicó una rápida mirada—. Está… mal.

Aferré la bandeja con más fuerza hasta clavarme los bordes en las palmas. ¿Qué impulsaba a la enfermera Jeong-su a permanecer en ese sitio infernal? Si era inocente, seguro que bastaría con que expusiera al comandante Song su coartada, lo que fuera salvo lo que

declaró en el primer interrogatorio: que había ido al Hyeminseo a medianoche y estaba dormida durante la masacre.

El guardia se detuvo.

—Ya hemos llegado.

Las llaves tintinearon con más fuerza y, a continuación, la puerta de madera de la celda se abrió. No me atreví a mirar, todavía no.

—Cúrala —dijo Eo-jin con frialdad e indiferencia. Quizá, de habernos conocido en otras circunstancias, habría usado ese mismo tono conmigo, como era de esperar por nuestra diferencia social. Después se dirigió al guardia—. Hablaré con ella a solas, oficial Choi.

—*Yeh.* —El guardia se inclinó.

Permanecí inmóvil con la mirada clavada en la bandeja mientras oía las pisadas del guardia alejándose por el pasillo, saliendo por la puerta principal, y el continuo tintineo de sus llaves. Solté un suspiro trémulo e intenté alzar la vista, pero me di cuenta de que la barbilla no me obedecía. Hasta ese momento, había sido fácil separar mis emociones de la investigación y guiarme por el sentido del bien y del mal. Al fin y al cabo, mi mentora estaba encerrada en la Jefatura de Policía y no la había visto ni sabido nada de ella en todo ese tiempo.

Pero entonces la tenía delante y me daba miedo mirarla.

—Esperaré cerca y vigilaré —dijo Eo-jin en voz baja—. Ocúpate de tu maestra.

Levanté la cabeza por fin. Unos barrotes de madera rodeaban la celda y en una esquina, debajo de una ventanita, distinguí una silueta temblorosa. Parecía más menuda de lo que recordaba y tan enjuta que se me cayó el alma a los pies. Apenas la reconocí. Era todo huesos y facciones angulosas. Los pómulos le sobresalían de las mejillas como dos dagas. Una mirada de terror sustituía su mirada amable e intrépida. El comandante Song la había destrozado.

—*Uinyeo-nim* —susurré—. Soy yo, Hyeon. Baek-hyeon.

Tardó unos instantes en enfocar los ojos en mí.

—¿Hyeon-ah?

Su voz desbloqueó un recuerdo. Volvía a tener ocho años; era una niña casi congelada de frío, esperando en la puerta de la Casa Gibang. La enfermera Jeong-su se agachó delante de mí: «¿Dónde está tu madre? —me preguntó. Sacudí la cabeza—. Entonces,

¿dónde está tu padre? —Agaché la cabeza, llorando. Me acunó la cara con las manos más cálidas que hubiese sentido nunca—. Te prometo que ya no estarás sola». Me quitó la nieve de la cabeza y los hombros, me envolvió en una manta gruesa de algodón, me subió a su espalda y, después, me llevó al Hyeminseo. No paró a recuperar el aliento ni una sola vez.

Entonces, tendría la misma edad que yo en este momento, dieciocho años.

Me cambió la vida, y yo quería salvar la suya.

Me arrodillé frente a ella y dejé la bandeja en el suelo.

—He venido… —Desvié la atención a su falda ensangrentada. Sus manos también estaban manchadas de sangre, como si las hubiese presionado contra una herida que no dejaba de sangrar—. ¿Cuántas veces la han golpeado? —susurré, tratando de permanecer serena.

—He perdido la cuenta —contestó.

—¿Puedo?

Cuando asintió con rigidez, le levanté el vestido. Su ropa interior estaba hecha jirones por los azotes. Tenía las piernas hinchadas, ensangrentadas, con la piel tan desgarrada que se le veía el hueso. No debería sorprenderme. Aunque habíamos tratado a varios pacientes con las piernas así de destrozadas después de un interrogatorio policial, tuve que cerrar los ojos para contener las náuseas.

—¿Por qué has venido? —quiso saber.

—Para cuidar de usted y preguntarle por la verdad —respondí antes de alzar la mirada.

Ella permaneció en silencio un rato. Temí que me echara de allí. En cambio, asintió despacio, muy ligeramente.

—Quiero que lo entiendas. Me da igual lo que piensen los demás.

—Deje que primero desinfecte…

La enfermera Jeong-su me tocó la muñeca.

—No queda tiempo.

—Por favor, *uinyeo-nim.* —No podía pensar en la investigación, no con esa sangre y el hueso a la vista. Le toqué la frente; como me temía, estaba ardiendo—. Tenemos tiempo. Si la dejo así, no creo que sobreviva…

—Hyeon-ah… —Fue una súplica—. Necesito que por lo menos tú conozcas la verdad.

La verdad. Algo que Eo-jin y yo llevábamos días buscando. Pero cuando la tenía delante, no sabía si estaba preparada para aceptar el coste.

—No estaba en el Hyeminseo a la hora de los asesinatos, y antes tampoco —comenzó—. Pero la única coartada que tengo… No puedo entregarlo a la policía. Sería demasiado cruel. Es un *baekjeong*[1] y tiene siete hijos que cuidar.

Sentí un ramalazo de incredulidad en el pecho y señalé sus piernas maltratadas.

—¿Prefiere sufrir esta crueldad sola? ¿Arriesgaría su vida por un hombre de clase baja? Sálvese a sí misma, *uinyeo-nim.* Por favor.

En algún lugar de la prisión oí pasos fuertes y una voz que retumbó.

—¿Dónde están?

Me tensé. Reconocí la estridente voz del comandante Song.

—Por mucha gente a la que salve, los muertos me atormentan, Hyeon-ah. —La enfermera Jeong-su me giró la mano hacia arriba. Sentí sus dedos temblorosos y ensangrentados dibujar unas líneas en mi palma—. Jamás me perdonaré haber dejado morir a la esposa del comandante Song y a su hijo. Pude haberlo evitado, pero fui demasiado orgullosa para pedir ayuda. —Me miró a los ojos y siguió agarrándome la muñeca durante un momento largo y desgarrador—. Recuerda lo que siempre te he dicho: debemos valorar la vida de los demás. Los más vulnerables son los más valiosos. Somos *uinyeo,* Hyeon-ah. Debemos proteger. —Me soltó la mano—. Y ahora vete. No te preocupes por mí.

—Pero… —Estiré el brazo hacia el cuenco que había preparado para curarla.

Ella enseguida acercó la bandeja a su pierna y la tapó con la falda.

—Yo me ocuparé de mí misma. Debes irte ya.

—Volveré a por usted. Me aseguraré de que no le pase nada…

—No necesito que me salves. —Me miró una vez más, y en esta ocasión parecía una despedida—. Tomé una decisión que tal vez me lleve a la muerte, pero no me arrepiento. Cuídate, Hyeon-ah.

—Por favor…

En ese momento, Eo-jin entró en la celda a toda prisa, me agarró del brazo y me levantó. Me sentía entumecida. Mi mente seguía arrodillada frente a mi mentora, pero mi cuerpo se precipitaba hacia las sombras con Eo-jin. Caminamos deprisa por el edificio estrecho e interminable de la prisión.

El aire fresco me azotó la cara cuando salimos por otra puerta. Nos apresuramos a cruzar el patio y pasamos por delante de la cocina antes de escondernos en el almacén, justo cuando oímos la voz del comandante a lo lejos.

—¡Idiotas! ¿Dónde está esa enfermera entrometida?

Un perro pareció responderle con un ladrido.

El comandante me buscaba. Mi corazón latía desbocado mientras me asomaba por la rendija de la puerta con Eo-jin detrás de mí. Posó la mano en mi hombro en ademán protector.

—¿Qué te ha escrito? —preguntó—. La enfermera Jeong-su te ha escrito algo en la palma.

Me miré la mano y vi dos sílabas rojas, brillantes, escritas en *hangul,* como si las hubiesen esculpido ahí: «Yong-dal».

—Yong-dal… —murmuró el inspector—. Reconozco ese nombre.

—¿Sí?

—Es el ladrón de la noche de la masacre. Es famoso en la Jefatura —explicó—. La primera vez que lo apresaron le marcaron la cara y la segunda, le cortaron la nariz. Se quedó quietecito un tiempo, pero hace unos días entró a robar en el almacén de arroz de un noble y se llevó dos sacos. He oído que esta vez lo condenarán a muerte.

—¿Dónde está ahora? —pregunté con voz ronca.

—Escapó, pero creo que estaba herido… Espera aquí —me pidió —. Iré a por el informe y volveré enseguida.

Se marchó. Me puse de nuevo el uniforme de enfermera y me aseguré de recuperar mi placa y mi cajita de acupuntura, que metí en el bolsillo del mandil. Volví a clavar la vista en el nombre

garabateado en mi palma. «Yong-dal». Era un mísero delincuente, uno entre los miles que recurrían a robar para no morir de hambre. Con razón se usaba tanto la frase «mok-gumeung-i-podochung», un dicho que utilizaban los pobres y significaba que había que ser delincuente para comer.

Me paseé por el almacén oscuro. Entraba y salía del haz de luz de la antorcha que se colaba por la rendija. Entonces comprendí por qué la enfermera Jeong-su se negaba a confesar el nombre de la persona que podría salvarle la vida. Era como decidir entre morir ella o él y sus siete hijos.

Oí pasos fuera y volví en mí. Eo-jin había regresado. Crucé el almacén y el suelo crujió bajo mi peso. Cuando llegué a la puerta me quedé petrificada. A través de la rendija, y gracias a la luz de las antorchas, vi que un perro se detenía justo frente al almacén.

«Vete, por favor». Contuve la respiración y mantuve la vista clavada en el sabueso, deseando hacer algo para que se fuera, pero el perro levantó el hocico y olisqueó en mi dirección. Ojalá no me hubiera acercado tanto. Debería haberme escondido en el rincón más alejado.

El perro ladró una vez.

Mi corazón latía desbocado. Los policías se reunieron alrededor. Retrocedí un paso, pero se me aflojaron las rodillas y caí al suelo justo cuando la puerta se abrió.

Mi mirada aterrizó sobre el comandante Song, dos policías y la *damo* Sul-bi.

—¿Esta es la rata que he estado buscando? —El comandante hizo una mueca de asco antes de dirigirse a Sul-bi—. Tráeme su placa identificativa.

Con la cabeza gacha y el rostro pálido de vergüenza, se acercó a mí con las manos extendidas.

—Por favor, *uinyeo-nim.*

No podía moverme. Tenía las manos congeladas.

Estuve a punto de desmayarme cuando introduje la mano en el bolsillo y saqué mi *hopae* de madera y la cajita de acupuntura. La cajita se me cayó al suelo al intentar entregar la placa. El comandante clavó su mirada glacial en la identificación y cuando

desvió los ojos hacia mí, sentí como si me apuntaran al corazón con una espada.

—Baek-hyeon, una plebeya cualquiera. —Tiró la placa a mis pies —. La hija ilegítima de lord Shin. Mira que siempre digo que los bastardos serán la perdición de este reino; son rebeldes y desobedientes. Vete y no provoques más problemas.

¿Me dejaba marchar? Me contuve para no escapar de su mirada gateando. En lugar de eso, me incliné, recogí mi placa tranquilamente y salí del almacén pasando junto a él. Agucé el oído cuando el comandante murmuró algo al policía que tenía al lado.

—Informa a Su Señoría de que su bastarda se ha metido en la Jefatura de Policía.

Se me cortó el aliento y reduje la velocidad. Me volví hacia el comandante con los ojos como platos.

—Por favor, no se lo diga a mi padre —susurré.

Él se cruzó de brazos.

—¿Por qué? ¿Ahora, de pronto, te arrepientes de tus acciones? — Hubo una gran pausa y, quizá al ver el miedo en mi rostro, sus ojos titilaron—. Hagamos un trato, entonces. Tengo la intención de pedir que trasladen a ese joven inspector. Si testificas y declaras lo que sabes de su investigación clandestina sobre el príncipe heredero, perdonaré tus transgresiones.

Apreté la placa con fuerza y me clavé las uñas en la palma. Había visto y sentido demasiadas cosas durante esa semana como para traicionar a Eo-jin.

—No sé de qué me habla, señor —respondí con firmeza.

—Eres tan terca como el propio *jongsagwan.* —El comandante le hizo un gesto a Sul-bi—. Llévala a la prisión y asegúrate de que el inspector no se entere. —Después se dirigió a mí—. Si tu padre no viene a por ti, mi intención es dejarte bajo custodia los diez días de la enfermera Jeong-su. Ya tengo suficientes problemas.

«¿Diez días?». Me quedé mirándolo con el pulso resonando en mis oídos.

Una sonrisa cruel se extendió por sus labios al ver mi mirada inquisitiva.

—Es la normativa nacional: a los diez días de una tortura siempre ha de pronunciarse un veredicto, y tengo la intención de acusar a la enfermera Jeong-su de cometer la masacre.

Tardé un momento en asimilar sus palabras. Cuando lo hice, sentí como si me hubiera tragado un bloque de hielo. Solo me quedaban diez días para evitar la ejecución de la enfermera Jeong-su.

Y ya casi había pasado uno.

1 Grupo destacado intocable en Corea. *(N. de las T.)*

13



Cerré los ojos, los abrí de nuevo y la puerta de la celda seguía ahí, cerrada con una llave que colgaba de la cintura de un oficial, que paseaba sin parar por la oscura prisión.

No estaba enfadada, sino tranquila, pero no sabía qué hacer.

A los lados había más celdas con desconocidos que susurraban continuamente:

—¿Esa es una enfermera? ¿Qué hace una enfermera en prisión?

Sus voces se oían altas por el silencio que reinaba. Traté de no prestarles atención, pero me resultaba imposible.

—¿Tal vez ha envenenado a alguien?

—A mí no me parece una asesina.

—Los asesinos pocas veces parecen asesinos.

Me senté y me abracé las rodillas. Una pregunta pesada se cernía sobre mí mientras oía el latido irregular de mi corazón: «¿Vendrá mi padre?».

No sabría decir el tiempo que llevaba allí sentada cuando Sul-bi caminó de puntillas por el pasillo de celdas. Agarrotada, me levanté y una enorme sensación de alivio me embargó al reconocer su rostro familiar.

—El inspector Seo te está buscando —susurró a través de los barrotes de mi celda—. Me han ordenado que le diga que has ido a la Casa Gaekji, y parece que me ha creído, porque ahí se alojan las enfermeras que no tienen donde dormir en la capital. —Vaciló—. No

quería mentirle, pero el sirviente del comandante me espiaba. Si deseas que informe al inspector de dónde te encuentras, lo haré, de verdad.

Si Sul-bi notificaba al inspector, el comandante se enteraría, y ya le había causado suficientes problemas.

—No —susurré—. Quiero estar sola…

Me crucé de brazos y empecé a pasearme por la celda con una arrolladora sensación de inquietud. Luego me detuve al darme cuenta de que Sul-bi seguía esperando, como si pensara que tenía algo más que decir.

Y me di cuenta de que era verdad.

—Recuerdo que tú estuviste en el Hyeminseo hace un año —susurré deprisa—. ¿Por casualidad conoces a una estudiante llamada Min-ji?

—¿Te refieres a la chica que sobrevivió a la masacre? Sí. De hecho, he estado ayudando al inspector Seo a buscarla.

El corazón me dio un vuelco.

—Ah, ¿sí?

—Me encomendó que interrogara a todos sus familiares en la capital. También tengo una amplia lista de familiares y conocidos que viven fuera, en lugares a donde, en opinión del inspector Seo, Min-ji podría haber huido. Al parecer, el padre desapareció una semana entera después de la masacre. El inspector Seo cree que probablemente acompañó a Min-ji a un lugar seguro y ahora su familia está demasiado aterrorizada para revelar dónde se esconde. Temen que encierren y torturen a Min-ji igual que a la enfermera Jeong-su, así que el inspector está intentando ganarse su confianza.

¿Quién sabía cuánto tardaría en conseguirlo? A la enfermera Jeong-su solo le quedaban nueve días.

—Necesito que hagas algo por mí.

Asintió.

—Lo que sea.

—Busca a la enfermera Ok-sun y dile que ya no necesito que me ayude a encontrar una coartada para la enfermera Jeong-su. —Tenía que honrar el deseo de mi mentora de dejar de buscar a Yong-dal y a sus siete hijos—. Dile que, en cambio, pregunte por el padre de

Min-ji para saber a dónde fue la semana de la masacre. A lo mejor ese hombre no confía plenamente en el inspector Seo, pero seguro que se lo habrá contado a alguien.

—Iré a buscarla ahora mismo —repuso Sul-bi con expresión decidida—. Sé dónde vive.

—Gracias.

Una vez se marchó, aguardé en silencio, pendiente del tañido de la gran campana que marcaría el final del toque de queda. Seguro que padre vendría pronto a por mí.

Mientras las horas pasaban, una fría humedad se extendió por el patio y se coló en mi celda. Tenía los dedos de los pies congelados; cada paso que daba me dolía horrores. Me detenía de vez en cuando para estirar el cuello, intentando ver a la enfermera Jeong-su al final de la hilera de celdas de madera, pero seguía acurrucada en el suelo, fuera del alcance de mi vista, consumida por la fiebre, me temía.

Cuando la campana por fin sonó, seguía esperando, pendiente de cualquier ruido.

Pero nadie vino a por mí.



El tintineo de las llaves me despertó. Me habría quedado dormida después del amanecer; la luz del exterior indicaba que ya casi era mediodía. Me froté los ojos, parpadeé y eché un vistazo a mi alrededor.

Entonces me tensé de pies a cabeza.

Mi padre estaba fuera mientras un guardia abría la puerta de la celda. Me miró con las manos entrelazadas a la espalda.

Me puse de pie con dificultad y apenas fui capaz de respirar mientras inclinaba la cabeza. Había ensayado miles de mentiras durante la noche, mentiras que pudieran protegerme de su ira y decepción. Pero, en ese momento, el miedo me dejó la mente en blanco.

—He recibido un mensaje urgente en mitad de la noche —rugió mi padre—. Cuando he llegado a la Jefatura de Policía, el comandante me ha informado de que has interferido en la investigación y que anoche entraste a hurtadillas en la Jefatura.

Su mirada observadora parecía decir: «Defiéndete ahora… si te atreves».

—Debe de haber un malentendido —dije con apenas un hilo de voz—. Entré en la jefatura con la esperanza de poder atender a la enfermera Jeong-su, nada más…

—Entonces, no solo eres una entrometida, también, una mentirosa.

Con el corazón martilleando en mis oídos, bajé la mirada al suelo.

—El comandante me ha explicado que te metiste en el escenario del crimen de la masacre del Hyeminseo. Tocaste los cadáveres sin pararte a reflexionar en tus actos y probablemente manipulaste las pruebas. Después interferiste una vez más examinando el cadáver que hallaron cerca del río Han. También cree que estás revelando secretos de palacio al inspector Seo.

—Lo lamento —repuse, intentando parecer sincera—. No volveré a inmiscuirme…

—¿Qué te ha prometido el inspector Seo a cambio de tu ayuda? —preguntó mi padre—. ¿O permites que te utilice porque te has enamorado?

Mi fachada tímida desapareció y lo miré bruscamente.

—No, ese no es el motivo. No me ha utilizado. Somos amigos.

—¿Amigos? —resopló—. Un hombre y una mujer no pueden ser amigos. La amistad solo existe entre iguales. Eres una vulgar plebeya. Cuando todo esto acabe, como mucho te ofrecerá ser su concubina. Un hombre de su clase jamás se dignaría a casarse con alguien como tú.

Rechiné los dientes.

—No tengo intención de convertirme en la concubina de nadie, lord Shin.

Negó con la cabeza; estaba claro que no me creía.

—Da igual, me has humillado delante del comandante. Y peor aún, me has desobedecido de forma deliberada. —Se quedó en

silencio un buen rato, y en ese silencio pude sentir el peso de su desprecio—. ¿Te ordené específicamente que no te involucraras en el caso?

Mi petulancia se disolvió; solo quería que me tragase la tierra.

—Así es —musité.

Soltó un suspiro y volvió a sacudir la cabeza.

—Cuando supe que te habías convertido en enfermera, me sentí orgulloso de ti, pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué contigo. Eres igual que todos los hijos bastardos de la capital: problemática y una malhechora. —Mientras su decepción calaba en mi interior, permanecí muy quieta, agarrándome los pliegues de la falda con tanta fuerza que me dolían los nudillos—. No puedo ignorar las palabras del comandante Song. Su rango es inferior al mío, y aun así, lo has enfurecido tanto como para que me diga: «¿Cómo puede asegurar un ministro de Justicia el orden en la capital cuando es incapaz de imponerlo en su propia casa?». —Mi padre estiró un brazo y dio golpecitos en el barrote de madera con el dedo; una cuenta atrás para el castigo que me aguardaba—. He mandado un mensaje a palacio sobre tu conducta inapropiada y he pedido que te destituyan.

Apenas fui capaz de articular palabra.

—¿Destituirme? —repetí.

—Que te retiren el título de *nae-uinyeo,* puesto que, ante todo, son mujeres de palacio. Los secretos hay que guardarlos, y no me cabe duda de que has filtrado información.

—Pero yo… —empecé a decir, atenazada por el miedo. Un miedo lento, frío y doloroso—. He trabajado la m-mitad de mi vida para ganarme ese puesto…

—*Samgang oryun* —pronunció con brusquedad—. Los cielos encomiendan a cada persona un rol específico acorde a su posición. Los señores deben actuar como señores, los sirvientes como sirvientes, los padres como padres, los hijos como hijos, y las hijas como hijas, y ese es tu caso. —Se me heló el corazón. Había entrado en el Hyeminseo, estudiado por las noches, sobrevivido con apenas tres horas de sueño y sufrido hemorragias nasales a diario para poder convertirme en la hija a la que se refería. Una hija de la que

se enorgulleciera—. Pero has roto esa armonía. —Endureció su expresión—. Y ahora debes enfrentarte a las consecuencias…

—Usted es mi padre y nunca se ha comportado como tal. —Se me quebró la voz y mis palabras sonaron temblorosas, pero había empezado a hablar y ya no podía parar. Sus palabras eran tan injustas que no conseguí quedarme callada—. ¿Por qué debería portarme yo como su hija, entonces?

El rostro de mi padre palideció de furia, una furia que no le había visto antes, parecida a la ausencia de luz y de calidez humana, un vacío oscuro lleno únicamente de un frío invernal.

—¿Quién te ha enseñado a ser tan rebelde? —Su voz sonó como un susurro glacial—. ¡Grosera! —Casi podía ver cómo contaba el número de huesos que quería romperme. Pero no estaba preparada para ver hasta dónde llegaba su crueldad—. Para la próxima luna llena, os marcharéis de mi residencia. Tú, tu hermano y tu madre. Que nuestros caminos jamás se vuelvan a encontrar.

Se me anegaron los ojos en lágrimas como si me hubiese pegado una bofetada.

—Pero es *nuestro* hogar…

—Nada de lo que tenéis os pertenece —espetó con sorprendente ferocidad—. Vuestra casa es *mía.* —La ira permaneció en su rostro durante un rato, luego respiró hondo, pasó una mano por su atuendo de seda y de nuevo volvió a ser el perfecto ministro de Justicia de semblante serio y sosegado—. Pero si me suplicas perdón, si juras por la vida de tu madre que no interferirás más, reconsideraré al menos lo de vuestra casa. No os la arrebataré.

Al oír sus palabras sentí como si me arrancara la carne de los huesos. Ningún padre debería decir tales cosas. Di un paso al frente y, pese a que me flaquearon las rodillas, conseguí mantenerme erguida. «Suplícaselo», me instó una voz en mi cabeza. La de mi madre. «Por favor, no lo obligues a darnos la espalda».

Las lágrimas cayeron por mis mejillas. La mirada de mi padre se ensombreció cuando estiré el brazo hacia la puerta de la celda y la abrí de par en par.

—Lo siento —conseguí pronunciar a duras penas—, pero la investigación aún no ha terminado.

Pareció quedarse demasiado estupefacto como para seguirme por el pasillo, afuera de la Jefatura.



Cuando dejé de deambular por los campos desiertos y recuperé el coraje para volver a casa, ya se había hecho de noche. El cielo estaba morado, la tierra no era más que una silueta y, entre medias, una grieta de luz anaranjada centelleaba mientras caía por el horizonte. Las sombras se alargaban, y sentía como si mi mundo acabara de desmoronarse, oscureciéndose y deshaciéndose en el vacío.

«Debería decírselo a madre», musitó la voz en mi cabeza mientras subía a trompicones los peldaños que daban a la terraza de madera. Abrí la puerta y entré. «Debería contárselo todo».

Me encaminé hacia los aposentos de mi madre, abrí la puerta entramada y la vi vacía. Recordé que normalmente acostaba a mi hermano a esa hora. Los encontré a ambos dormidos en la habitación contigua, la cabeza de mi hermano apoyada sobre el brazo de mi madre.

Ella se despertó y su manta se elevó cuando se apoyó sobre un codo para mirarme. Parecía agotada.

—¿Qué ocurre? —susurró.

«Debería decírselo».

—He tenido un día complicado. —Tragué saliva, preguntándome qué pensaría si supiese lo que había hecho. ¿Se enfadaría? ¿Me diría lo mismo que mi padre? «Que nuestros caminos jamás se vuelvan a encontrar».

—¿Puedo…? —Apreté la mandíbula para evitar que me castañearan los dientes—. ¿Puedo dormir aquí?

Contuvo un bostezo. Se la veía demasiado cansada como para mostrar confusión.

—Hay otra manta en el rincón.

Me encaminé hacia allí para recoger la manta y luego regresé con mi madre y mi hermano pequeño, mi única familia. Me tumbé sobre el colchón y me quedé quieta, mirando la espalda de mi madre. Uno

de mis sueños de infancia era dormir a su lado, acurrucada y segura entre sus brazos, pero siempre tuve demasiado miedo de pedírselo; estaba convencida de que no me quería mucho.

Sin duda, cuando supiera la verdad, me querría incluso menos.

Cerré los ojos e intenté controlar el dolor que se extendía por mi pecho. Jamás me perdonaría. Me abandonaría, como diez años antes.



Cuando llegó la mañana, regresé a mi habitación y quise esconderme bajo una manta, pero la sirvienta Mok-geum llegó con un uniforme de enfermera limpio. Pensaba que trabajaba ese día, y era cierto, aunque temía que las puertas de palacio ya no se abrieran para mí.

—Parece que ha visto un fantasma —dijo Mok-geum, negando con la cabeza—. ¿Está enferma?

Me entregó un espejo de bronce y examiné mi reflejo: los sucesos del día anterior pesaban sobre mí como un espectro. Lo había perdido todo en un instante. ¿Debería haberme postrado ante padre y suplicarle perdón a cualquier precio? ¿Debería haberme inclinado hasta que me sangrara la frente y se me desollasen las rodillas y las manos?

Me llevé una mano al moratón imaginario de la frente de forma inconsciente.

—¿Va a cambiarse aquí? —preguntó la sirvienta Mok-geum—. ¿O en palacio?

—Aquí —musité, y luego me detuve.

Una idea apareció en lo más hondo de mi mente. Volví a levantar el espejo y contemplé mi reflejo y mi frente para tratar de comprender la inquietud que acababa de sentir.

—Un momento, joven señora. He visto una rasgadura en su uniforme. —La sirvienta Mok-geum se marchó a toda prisa en busca de su costurero.

En la soledad de mi habitación seguí paralizada, observándome mientras un recuerdo aparecía en el espejo de bronce. La imagen de una frente manchada de barro y herida. Se me escapó un jadeo cuando caí en la cuenta.

Las extrañas manchas que tenía el sanador Khun el día anterior… eran de alguien que se había postrado en el barro: la frente marcada, las manos y las rodillas sucias. Un repentino ataque de desesperación o de ira incontrolable lo habían llevado —o lo habían obligado— a pegar la frente contra el suelo.

La sirvienta Mok-geum regresó a toda prisa y me arregló el uniforme mientras una pregunta empezó a rondar mi mente: ¿ante quién se había postrado el sanador Khun?

14



Entré en palacio. En parte esperaba que me echasen, pero todos estaban demasiado distraídos como para prestarme atención.

Un grupo de enfermeras hablaba del príncipe heredero. El rey había cambiado de opinión y permitía que lo acompañase, con su séquito, en el viaje para rendir homenaje a la tumba real de la reina Jeong-seong.

—¿Cuándo volverá Su Alteza, *uiwon-nim?* —pregunté a mi jefe, recordando el remedio que había prometido llevarle al príncipe.

Tenía que hacerlo discretamente; estaba prohibido medicar a un miembro de la familia real sin dejar constancia oficial. Podía haberle dado el remedio antes si no hubiera sido por el incidente de la prisión.

Reaccioné frente al silencio prolongado del sanador Nan-shin.

—¿Uiwon-nim?

—No debería estar aquí, enfermera Hyeon —dijo con el ceño fruncido—. Ya no.

—No entiendo, *uiwon-nim* —respondí al tiempo que se me formaba un terrible nudo en el pecho.

—Lord Shin… ha pedido que la destituyan, y tiene muchos contactos poderosos en palacio —susurró con preocupación antes de extender el brazo hacia mí—. Lo lamento, enfermera Hyeon, pero debo pedirle su placa identificativa. Ya no trabaja aquí.

La pena me embargó, seguida de una sensación de pánico. El arma homicida seguía en palacio.

—¿Puedo terminar de ayudar a la enfermera Ji-eun? Le prometí que hoy la ayudaría a hacer medicamentos —mentí.

Su expresión se tornó dubitativa y me lanzó una mirada compasiva.

—De acuerdo, pero debe devolverme la placa.

Parpadeé deprisa mientras me llevaba la mano al bolsillo del mandil y se la entregaba. Sentí como si le hubiera dado mi único sueño. Ya ni era ni tenía nada…, salvo un caso de asesinato por resolver.

—No sé qué ha pasado, pero lamento que se vaya.

Las palabras del sanador Nan-shin me dolieron. De haber ocurrido semanas atrás, seguramente me hubiese agazapado en algún sitio para llorar a solas, pero me centré en la tarea que tenía entre manos: elaborar el remedio del príncipe Jang-heon y esperar a que regresara.

Siguiendo las instrucciones que había memorizado, utilicé un pequeño brasero para hervir agua en un cazo. Después, añadí los ingredientes que había recogido antes: hongo poria cortado en gajos, que más bien parecía madera podrida; yuzu deshidratado, y un puñado de otros ingredientes deshidratados y raíces.

Evité a Ji-eun porque sabía que se daría cuenta de mi tristeza. A la sombra de la botica real, me agaché con la espalda encorvada sobre el pequeño cazo para estar pendiente del fuego. Necesitaba que las hierbas hirvieran una hora a cierta temperatura.

De vez en cuando pasaban enfermeras en grupo que se detenían para mirarme y cuchichear entre sí. La noticia de mi destitución debía de haber corrido por palacio. Agaché la cabeza aún más. Era una donnadie, no quería que me viesen.

Entonces, las nubes oscuras se reunieron en el cielo. Las sombras en el patio aumentaron de tamaño. Alcé la mirada y justo en ese momento me cayó una gota en los ojos. Me encogí y la sequé.

Me quedaba sin tiempo.

Levanté la tapa deprisa y eché una ojeada al cazo.

—Gracias al cielo —susurré. El líquido había hervido lo bastante como para llenar un cuenco pequeño. Con eso bastaría.

Junté la tela del mandil para agarrar el cazo negro con el pico hacia fuera y caminé junto a las paredes para resguardarme del cielo. Justo cuando llegué al pabellón más cercano, la lluvia empezó a caer con fuerza.

Al otro lado del patio había una fila de enfermeras inclinadas ante un caballero alto. Reduje la velocidad al reconocer el sombrero de policía y la curvatura de su rostro, y me estremecí.

Me precipité de nuevo hacia las sombras mientras la lluvia apretaba. Caminé rápidamente por la terraza y acto seguido me escondí detrás de una de las enormes columnas que soportaban el tejado sobre mi cabeza. Mi corazón martilleaba con tanta fuerza que lo oía retumbar en los oídos. Dejé el cazo en el suelo y me limpié el sudor y el agua de la frente temblando por dentro.

—¿Por qué te escondes de mí?

Me giré y me vi frente a Eo-jin, tenso debido a la confusión.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó.

Coloqué las manos a la espalda y las cerré.

—En la Casa Gaekji, donde las enfermeras pueden pasar la noche.

Miré alrededor, a cualquier sitio que no fuera el muchacho que tenía delante. Estábamos solos detrás de la botica, aislados por la cortina de lluvia que caía desde los alerones pintados de verde.

Tragué saliva con fuerza intentando no parecer afectada.

—¿Qué hace aquí, *nauri?*

Estaba tenso, con la mirada gacha. Parecía cansado, demacrado.

—Todo esto es culpa mía. He sido demasiado imprudente. —Agarró mi mano, la abrió y puso encima mi cajita de acupuntura—. Cuando encontré esto, le pregunté a la *damo* Sul-bi —explicó con una voz ronca—. Me ha contado lo que pasó, y los demás prisioneros me han dicho que te oyeron hablar con tu padre y que vas a perder tu puesto aquí por mi culpa.

Seguía sujetándome la mano. Me liberé inmediatamente.

—No es culpa suya. Le pedí que me metiese en la Jefatura…

—Lo arreglaré todo —prometió con voz decidida—. He preparado un informe para la facción de la Doctrina Antigua.

El temor me oprimió.

—¿Qué informe…?

—Todavía no hemos encontrado pruebas concluyentes, pero… tengo la intención de mostrarle todo lo que hemos descubierto. Y, a cambio, le pediré que destituya al comandante Song y te reinstaure en tu puesto.

Sacudí la cabeza despacio. Nadie que se involucraba en asuntos políticos en la corte duraba mucho con vida.

—Todavía no, *nauri.* Es demasiado pronto para informar a la Doctrina Antigua. —Cogí el cazo, que seguía caliente—. Debo averiguar una cosa más, una última cosa que puedo aportar a la investigación y a su informe. El príncipe heredero sabe algo, y yo puedo descubrirlo.

El inspector frunció el ceño.

—¿Cómo…?

—Se lo diré la próxima vez, *nauri,* pero debe prometerme que, hasta entonces, no actuará. —Me incliné con la intención de marcharme antes de que Eo-jin protestase—. Si me disculpa.

—Hyeon-ah, espera. —Estiró el brazo hacia mí, pero dejó caer la mano cuando me di la vuelta—. Cuando todo esto acabe… —Me miró fijamente. Aquella mirada inquisitiva y familiar, como si estuviera tratando de meterse bajo la superficie de quien era, como si hubiese visto algo que realmente valiese la pena—. Ven conmigo al Festival de los Faroles.

Parpadeé al tiempo que un ardor se extendía por mi pecho. Solo habíamos ido a escenarios del crimen y nos habíamos reunido para hablar de los cadáveres y las pistas. La idea de hacer otra cosa —pensar que nuestra relación fuese distinta— me resultó difícil de entender. Me costaba imaginarnos como un chico y una chica normales, sin los lazos de la muerte entre nosotros. Me costaba imaginar que quisiese seguir siendo mi amigo después.

—Pero… ¿por qué yo? —pregunté sin aliento.

—Me gusta estar contigo —susurró Eo-jin, acercándose.

Sujeté el cazo con más fuerza. Era lo único que se interponía entre nosotros. Vaciló antes de rozarme la mejilla con un dedo. Contuve el aliento y fui incapaz de apartar la mirada. En ese

momento me olvidé de dónde estaba. A él también debió de pasarle, ya que se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Fue muy breve, se apartó enseguida retrocediendo un paso. Casi me pregunté si había sucedido realmente.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa—. Lo he hecho sin pensar. No volverá a pasar.

Con el corazón desbocado, sentí que se me formaba un nudo en el estómago. Las palabras de mi padre resonaron en mi cabeza; se habían vuelto realidad y habían intensificado mi temor. Jamás sería el gran amor de nadie. Siempre quedaría relegada a un beso robado, un momento fugaz, un error.

—Dijo que era atrevida, así que lo voy a ser ahora, *nauri* —respondí con inusitada calma—. Puede que para usted sea una mera sirvienta, pero no pienso convertirme en el juguete de nadie.

—Hyeon-ah —repuso, pero yo ya me había girado para marcharme. Cruzó la terraza en un instante y me agarró de la muñeca—. Me has malinterpretado… ¿Un juguete? ¿Crees que me importas tan poco?

Agaché la cabeza y me quedé mirando su túnica de seda azul brillante. «No es tan distinto a mí. —Oí la voz de mi padre como si estuviera a mi lado—. Puede que le gustes a Eo-jin ahora, pero después siempre habrá alguien más. Alguien más digno que tú».

—No puedo distraerme. No ahora. No cuando… —Tragué saliva con fuerza—. No cuando he perdido demasiado por tratar de averiguar la verdad. Disculpe, *nauri,* pero no pienso dejar que me distraiga, y usted tampoco debería distraerse conmigo.

Alguien a lo lejos carraspeó.

Solté la muñeca y eché un vistazo por encima del hombro. En el patio estaban la señora Hye-gyoung y una dama de la corte empapada. Esta última sujetaba un *jiusan* —un paraguas de papel— por el mango largo para proteger a Su Señoría de la lluvia. ¿Desde cuándo estaba ahí? ¿Cuánto había visto?

Mi mente iba a toda velocidad, y a causa de todas esas preguntas, no presté atención a Eo-jin ni a su expresión.

—Tengo que irme —dije, y lo dejé allí plantado.

Me acerqué a la señora Hye-gyoung.

—El eunuco Im me ha informado de que se te ha asignado la tarea de conseguir un remedio para el príncipe. ¿Lo tienes? —susurró.

Se suponía que era un secreto, pero Su Señoría no parecía enfadada.

—Sí. —Levanté el cazo—. *Ondamtang.*

—Sígueme —me dijo, y lo hice—. Debemos prepararnos para el regreso del príncipe. Estará de mal humor.

—Pero Su Alteza se ha ido para rendir homenaje a…

—Su Alteza está de regreso. —Me miró con ojos atemorizados—. Ha empezado a llover con fuerza y el rey culpa a Su Alteza. Dice que los cielos están mostrando su desagrado ante la presencia del príncipe, así que ha ordenado que él y solo él regrese.

15



Bajo la protección de los elaborados aleros verdes, la señora Hyegyoung aguardaba la llegada del príncipe heredero junto con un séquito de temblorosas damas de palacio.

Entré en la residencia del príncipe, recorrí un pasillo vacío y llegué a sus dependencias con la bandeja que había preparado a toda prisa, hacía un momento, con un cuenco y un frasco de medicina. Ambos estaban secos, ya que había llegado hasta allí debajo del paraguas de Su Señoría. «Prepara un cuenco de *ondamtang* —me ordenó—. Sírveselo al príncipe a su regreso. Debemos hacer todo lo posible para calmar la ira del *seja-jeoha,* o la sangre correrá otra vez».

Otra vez.

Caí entonces en algo espeluznante: la señora Hye-gyoung sabía que el príncipe Jang-heon era violento y que había decapitado a la enfermera Hyo-ok. Lo sabía, igual que las tres mujeres de palacio asesinadas; todas eran testigos que habían decidido hacer la vista gorda con la esperanza de sobrevivir.

Choqué con una mesilla baja y volví a centrarme en el presente. Me arrodillé, descargué la bandeja y vertí la medicina en el cuenco hasta casi el borde. Cuando terminé, volví a ponerme de pie y miré alrededor, preguntándome dónde colocarme.

Me acerqué a una pared entramada por la que se filtraba una luz grisácea que bañaba la espaciosa estancia, abarrotada de libros y

túnicas tirados por el suelo, como si el príncipe heredero los hubiese lanzado en un arranque de ira. Entonces, mi mirada aterrizó en el mueble de madreperla que brillaba en la penumbra.

Miré alrededor. No había nadie. En aquel absoluto silencio que me rodeaba, se me ocurrió una idea atroz. Volví a ojear el mueble al que el príncipe Jang-heon había mirado cuando me habló del objeto lleno de sangre que había encontrado la noche de la masacre.

Tenía que ser el arma homicida.

«Este es tu último día en palacio —pensé—. El último día para descubrir la última prueba del crimen».

Agarré la bandeja con más fuerza y permanecí quieta con el corazón martilleando en el pecho.

«Has perdido tu sueño. Tu futuro. A ti misma. ¿Y para qué? —insistió mi voz interior, estremeciéndome—. Al menos, resuelve el caso por el que lo has sacrificado todo».

Di un paso vacilante y volví a echar un vistazo alrededor. Al ver que el silencio se prolongaba, mis pasos se volvieron más atrevidos. Dejé la bandeja en el suelo, abrí un cajón del armario y luego otro, moviendo las manos cada vez más rápido. Me topé con pequeñas gemas, horquillas de oro, cintas de seda enrolladas…

Me detuve al percatarme de que un cajón parecía más profundo que los demás, aunque debería ser del mismo tamaño. Pasé los dedos por el borde hasta dar con un pequeño agujero que abría un fondo falso.

Lo levanté con cuidado… y me encontré contemplando una daga manchada de algo marrón rojizo hasta la empuñadura.

¡No!, caí con un grito ahogado. No era una daga.

Era un *pichim,* un escalpelo fino que usaban los médicos para hacer incisiones.

Los había visto antes. A menudo se usaban para tratar las infecciones. Teniendo en cuenta lo larga que era la hoja, parecía una daga, pero se suponía que solo estaba afilada en la punta. Este *pichim* estaba más afilado de lo normal; debían de haberlo pasado por alguna especie de piedra afiladora.

Recogí el arma y la giré, examinándola. ¿Era la que había apuñalado a la dama Ahn-bi en el pecho y en la garganta?

Una puerta se abrió a mi espalda.

Con el corazón en la garganta, seguí de espaldas con la esperanza de pasar desapercibida mientras volvía a guardar el arma ensangrentada donde la había encontrado, bajaba el falso fondo y cerraba el cajón sin hacer ruido. Entonces me giré y me entraron ganas de vomitar al encontrar allí al príncipe Jang-heon.

El agua chorreaba por el borde de su sombrero negro y unos mechones de cabello le caían sobre el rostro ensombrecido. También tenía la túnica de seda empapada y el dragón bordado con hilo de plata estaba manchado de barro.

—Qué haces aquí. —No era una pregunta.

—He venido a… —Sentía la boca reseca, y las palabras se me atascaron en la lengua. Tragué saliva y volví a intentarlo—. He venido a traerle la medicina que le prometí, Alteza.

Ni se movió ni pronunció palabra. Solo su respiración superficial y el goteo del agua interrumpían el tenso silencio.

—Bébetelo —dijo con suavidad.

Me clavé las uñas en las palmas.

—Es para usted, Alteza —respondí con tanta educación como pude—. Lo ayudará a aliviar…

—Lo has envenenado, ¿verdad? —El agua salpicó bajo sus botas cuando empezó a acercarse a mí—. Te he visto cerrar ese cajón.

—Esta… estaba abierto y lo he cerrado, Alteza, nada más.

Con una mano helada me agarró de la barbilla, pellizcándola a la vez que me levantaba la cabeza.

—Mírame —dijo, y cuando lo hice, vi sus ojos inyectados en sangre, como si se estuviera quemando por dentro—. Te envía la Doctrina Antigua, ¿verdad? —Su voz se tornó un susurro incisivo—. Sabe que te pareces a mi hermana y ha conseguido que te acerques a mí para sonsacarme mis secretos y mis debilidades.

Abrí mucho los ojos.

—¡No, Alteza!

—Tu padre tiene lazos con mi facción rival. —Me agarró con más fuerza, como si estuviese tratando de romperme la mandíbula, y el pánico se extendió por mi pecho como esquirlas de hielo—. Ambos habéis testificado que, efectivamente, me encontraba fuera de

palacio la noche de la masacre, ¿verdad? Y ahora hablarás de esa arma a los oficiales de la Doctrina Antigua y les dirás que es mía. Que yo maté a esas chicas.

—Por favor. —Me resultaba difícil hablar con la cabeza tan inclinada hacia arriba—. Permítame explicar…

—Ahora lo entiendo. —Se le escapó una risotada amarga y retorcida—. Por eso mi padre, delante de cientos de oficiales, me ha ordenado que regresara. Los espías como tú sois los que habéis convertido a mi padre en mi mayor enemigo.

Con un gruñido de desprecio me soltó la barbilla y me tambaleé hacia atrás. Perdí la noción del protocolo y retrocedí con solo una idea en mente: escapar. Mi única opción se encontraba al otro lado de la cámara; las puertas dobles seguían medio abiertas, dejando a la vista el pasillo.

Eché un vistazo al príncipe, que entonces estaba en un rincón, donde las sombras lo cubrían como una capa. Se dio la vuelta, medio a oscuras medio iluminado por la tormenta de fuera, con un arco largo y estrecho en la mano.

Se me cayó el alma a los pies.

—N-no —tartamudeé—. Por favor, Alteza. ¡No soy espía!

En un rápido movimiento, colocó una flecha y me apuntó.

—Eso mismo dijeron los demás. El eunuco Han-chae, la enfermera Hyo-ok, mi propia concubina y todos los otros.

Mis rodillas flaquearon mientras seguía retrocediendo. «Ha habido más…».

—Mi padre va a matarme, y si yo muero… —Tiró de la flecha hacia atrás con extrema pericia y oí como la cuerda se tensaba muy despacio— me llevaré a todos mis enemigos conmigo.

Y soltó la cuerda.

El dolor me atravesó la mejilla a la vez que me tiraba al suelo y me cubría la cabeza con los brazos. Un gran estrépito sonó a mi espalda. De un vistazo, me percaté de que la flecha se había clavado en la pared y me encontraba solo a unos cuantos pasos de la entrada.

Mientras el príncipe preparaba otra flecha, me levanté y me apresuré a llegar a la puerta. Pero por muy rápido que corriese,

aquel sonido me perseguía.

Flecha, cuerda y silencio mientras el príncipe apuntaba.

Un silbido volvió a atravesar el aire, persiguiéndome mientras salía a trompicones de la estancia. Un poderoso golpetazo, justo en el músculo bajo el hombro izquierdo, me derribó, pero apenas noté dolor. Llevé la mano a la herida para arrancarme la flecha casi de forma inconsciente y mis piernas siguieron moviéndose.

La lluvia y el aire fresco me rodearon en cuanto salí del pabellón y me encontré de frente con la señora Hye-gyoung y su séquito de damas de palacio.

—Ayúdeme —jadeé. La desorientación me mareó; ya no era capaz de registrar lo que estaba sucediendo—. Ayúdeme, por favor.

La multitud de mujeres retrocedió como si tuviese una enfermedad contagiosa, sollozando y tan asustadas como yo misma me habría sentido. La fría realidad caló en mis huesos y el pasado me embargó de pronto. Me sentí igual que la enfermera Hyo-ok mirando a las tres testigos: la dama Ahn-bi y las enfermeras A-ram y Kyung-hee. «Por favor», suplicamos las dos mientras se aproximaba el príncipe heredero. «Ayudadnos».

—¡Vete! —gritó una de las damas de palacio—. ¡O todas moriremos!

—Debes marcharte. Corre, enfermera Hyeon. ¡Escóndete y no salgas! —gruñó la señora Hye-gyoung, pálida.

Al oír pasos por el pasillo, crucé el patio y me choqué con el muro de piedra que rodeaba el pabellón. Lo seguí y salí por una puertecita que se abría a un laberinto de patios más pequeños, pabellones y sombras. ¿Dónde esconderme para que no me encontrara? ¿A quién podría acudir en un palacio lleno de ojos indiscretos?

Una cálida mano me agarró de la muñeca y el pánico disminuyó al reconocer aquel rostro familiar.

Eo-jin.

Cualquier resentimiento que pudiese haber albergado hacia él desapareció. Mientras corríamos a través del patio y de un pequeño túnel entre edificios, miré su rostro empapado por la lluvia. Dejé de temblar cuando la calidez de su mano caló en mi piel y mis piernas se fortalecieron mientras corría a su lado.

—No debemos dejar ninguna pista —me dijo.

Escondió rápidamente sus botas mugrientas y me di cuenta de que yo iba descalza; me había quitado las sandalias antes de entrar al pabellón del príncipe. Me arranqué los calcetines empapados y, tras esconderlos en un arbusto, me escurrí la ropa. Recorrimos a toda prisa una terraza que rodeaba un pabellón alargado. En cuanto encontramos una puerta sin pestillo, la abrimos y luego cerramos tan suavemente como pudimos. Con la vista fija en las paredes entramadas, aguardamos a que la silueta de un arquero apareciera.

Eo-jin se llevó la mano al costado, pero se dio cuenta de que no tenía la espada. Debía de haberla dejado al entrar en los terrenos de palacio.

—Tenemos que ocultarnos en un lugar más seguro.

Miré alrededor y mis ojos dieron con un biombo abierto, pintado a mano, al fondo de la habitación. Aún agarrada a la mano de Eo-jin, tiré de él hasta que ambos nos ocultamos, de espaldas a la pared y con el biombo de frente.

—Nuestro último encuentro acabó mal —susurró Eo-jin—. Venía a explicarme y entonces he oído el alboroto. —Se volvió hacia mí y luego se fijó en mi hombro—. Te han disparado…

Me llevé un dedo a los labios.

—Debe permanecer tranquilo.

—¿Tranquilo? —Empezó a respirar de forma superficial a la vez que palidecía—. Estás *sangrando.*

—Cuanto más urgente sea la situación, más tranquilos debemos estar —dije en voz baja, repitiendo las palabras de la enfermera Jeong-su.

Fuera, unos pasos hicieron crujir el suelo de la terraza.

Le agarré las manos con más fuerza, muerta de miedo, aunque esta vez también temía perder a Eo-jin. Aunque tuviera su espada, usar un arma contra el príncipe heredero se castigaba con la muerte. Estábamos atrapados, sin nada que nos salvara.

La puerta se abrió despacio.

Una brisa fría y húmeda entró en la habitación.

Contuve el aliento, y él también, y nos empezaron a sudar las manos.

El viento siguió entrando durante lo que nos pareció una eternidad. Luego, por fin, la puerta se cerró con un golpetazo y los pasos se alejaron, pesados y decididos. Más puertas se abrieron y cerraron cerca. Unos instantes después, se oyeron unos gritos de mujeres seguidos de un montón de pasos, como si muchas damas de palacio estuvieran huyendo de un tigre al acecho.

Y luego… nada.

La lluvia salpicaba las paredes de papel *hanji.* Después… incluso dejó de llover. Las sombras de la habitación no se movieron, como si las hubiesen pintado en el suelo.

—Permite que te examine la herida —dijo Eo-jin por fin.

Entonces volví a acordarme de la herida, giré el hombro hacia él y caí en la cuenta del punzante dolor que me atravesaba. Era como si alguien me hubiese quemado con carbón. La punta de la flecha parecía haberse quedado clavada entre el hombro y el brazo. También me dolía un lado de la cara y, cuando me la toqué, sentí la humedad resbaladiza de la sangre. La flecha me había rozado. Me estremecí solo con recordarlo.

—No es una flecha de caza —susurró Eo-jin—. Estoy seguro.

El dolor empezaba a volverse insoportable.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté, apretando los dientes.

—Porque la flecha no está muy profunda. Puedo ver la punta. —Me agarró la mano con suavidad—. Tenemos que buscar un médico.

Salimos de la habitación con paso silencioso, deteniéndonos a cada instante para intentar oír si el príncipe se acercaba, pero todo estaba en silencio. Cuando llegamos a una puerta que conducía al exterior del recinto del príncipe, la vi: ¡sangre derramada en el patio! Aquella brillante mancha carmesí llenó mi visión y no pude apartar la mirada.

Cuando por fin conseguimos salir del palacio por la puerta Tonghwa, me volví hacia Eo-jin.

—Tendría que haber sido yo —susurré.

—No tendría que haber sido nadie —repuso, tenso, guiándome hacia donde había dejado su caballo atado—. Nadie tendría que haber muerto hoy.

—Pero alguien lo ha hecho. Y nadie lo sabrá mañana.

—Así funcionan las cosas en palacio. Mi padre me lo advirtió. —Hizo una pausa y miró la puertecilla por encima del hombro—. Aquí dentro, o mueres, o sobrevives y te vuelves un monstruo más entre sus murallas… Venga —musitó mientras me levantaba para sentarme en el caballo antes de acomodarse a mi espalda y ordenarle que se moviera—. Hay que salir de la capital.

16



La gran campana tañó y el eco resonó por las calles. Empezaron a cerrar las puertas de todos los rincones de la fortaleza y a duras penas logramos salir a caballo. Los cascos retumbaban en el suelo mientras la capital y su montaña guardiana se convertían en una sombra oscura a nuestra espalda. En cuestión de minutos, recorrimos la distancia que yo habría tardado más de media hora en andar y enseguida vimos las luces de mi casa destellar a lo lejos.

—Ya casi estamos —dijo Eo-jin por encima del viento—. Llamaré a un sanador.

Me mordí el labio con fuerza y agaché la cabeza contra la crin del caballo para ocultar las lágrimas. El dolor que sentía era como el de mil espadas clavadas en la espalda, retorciendo la carne y serrándome los huesos. Cada vez que respiraba era como si inhalase esquirlas de hielo, por lo que me resultaba imposible inspirar hondo. Por culpa de eso, la cabeza me daba vueltas. Me habría caído del caballo si Eo-jin no me hubiera abrazado con fuerza.

En cuanto llegamos, Eo-jin desmontó y me ayudó a bajar con cuidado de no apretarme la herida. Creía que había dejado el miedo atrás, pero mientras caminaba hacia la puerta iluminada de mi casa, apoyándome en Eo-jin, otra pesadilla comenzó. En mi mente surgieron los recuerdos del día anterior, de mi padre delante de mi celda, de mis sueños e ilusiones rotos por el peso de sus palabras.

Esta ya no era *mi* casa, sino una propiedad más de mi padre. En cuanto a mi madre… Tampoco era su hogar.

Me costó más respirar y sentí que me quedaba sin fuerza en las piernas.

—Tengo que contarle —dije con una voz ahogada, intentando ignorar el dolor de la pérdida y de la punta de flecha afilada que tenía clavada en el hombro—. He encontrado pruebas… en los aposentos del príncipe heredero…

Mareada, tropecé. Eo-jin me agarró con más fuerza para mantenerme de pie.

—Aguanta, Hyeon-ah —pidió, desesperado—. Solo unos pasos más.

Unos pasos más tarde mis huesos se tornaron líquido, dejé de oír y las sombras emborronaron mi vista. Me sumergí en una oscuridad que recibí de buena gana.



Al principio solo eran ecos lejanos.

—Es un polvo narcótico espumoso —dijo una voz masculina. Sonaba como si estuviese bajo el agua—. Lo disolveré en vino y eso mitigará su dolor.

A continuación, la oscuridad cambió. Alguien me levantó la cabeza y me dieron de beber algo. Volvía a estar a la deriva en un vacío liviano.



Cuando abrí los ojos, vi una amalgama de colores que poco a poco se convirtieron en formas que me resultaron familiares. Era mi habitación, iluminada por el amanecer. Mok-geum y, para mi sorpresa, Ji-eun estaban sentadas contra la pared, cabeceando dormidas.

Luego mi mirada aterrizó en Eo-jin, encorvado y con la túnica remangada mientras lavaba, retorcía y volvía a lavar una manta de

seda en un cuenco de agua. La pequeña mancha roja persistía en el tejido. Seguí su sombra iluminada y reparé en que a mi lado había una bandeja que contenía la punta de una flecha ensangrentada y su asta rota. La sangre debió de salpicar la manta cuando me la sacaron.

Volví a oír el agua. Con el ceño fruncido, Eo-jin había vuelto a meter la manta en el cuenco, decidido. Ver a un hombre vestido con aquella túnica de seda azul y aquel sombrero de policía encorvado y frotando como si fuese un mero sirviente me resultó raro.

Quieta y con miedo a moverme, carraspeé.

—La sangre está seca, no saldrá.

Eo-jin levantó la cabeza y me miró con expresión de alivio.

—Estás despierta —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—Dolorida. —Con cuidado, agarré la flecha y la giré entre los dedos, tratando de no parecer afectada por el incidente de palacio —. Pero puedo soportarlo.

El inspector se levantó y se acercó. Me ayudó a incorporarme, se inclinó y me inspeccionó el hombro.

—El vendaje está empezando a calar, pero el sanador ha dicho que no te lo quite, que hay que mantener la herida presionada. Le pediré a tu sirvienta que te ponga uno nuevo encima. —Se dio la vuelta para irse.

—Un momento. —Le agarré la túnica y retiré la mano a toda prisa —. ¿Qué ocurrió anoche, *nauri?* No recuerdo nada después de llegar aquí.

—Han pasado tres días.

Parpadeé, atónita.

—¿Tres?

—Tal vez fuese por la herida y la conmoción a la vez, pero has pasado tres días durmiendo. —Hizo una pausa—. También te han dado sedantes para el dolor, tal y como pediste.

—No recuerdo nada de eso —murmuré—. No recuerdo nada…

Eo-jin agarró la flecha con suavidad y la dejó en la bandeja antes de esconderla a su espalda. Como si no quisiera recordar lo sucedido.

—Te desmayaste. Logré encontrar a un sanador de la zona. —No apartó la vista de su mano, en carne viva por su incesante intento de quitar la mancha de sangre—. Pero no me dio mucha confianza, sobre todo cuando sugirió dejar la flecha clavada en la carne. He visto varios casos en los que esas decisiones provocan una infección letal, así que al día siguiente llamé a un sanador de la capital. Ya había tratado muchas heridas de flecha y sacó la punta en un instante. Dijo que tuviste suerte porque no se había clavado en el hueso. —Suspiró y desvió la vista hacia el biombo plegable que teníamos delante, como si estuviese apreciando sus colores—. La herida debería sanar ya de forma natural.

Me di cuenta de que estaba rehuyéndome la mirada. Había pasado algo durante esos tres días que no me quería contar.

—¿Qué ocurre?

Esbozó una mirada vacilante.

—Quería dejarte descansar y esperar para hablar contigo, pero parece que se nos acaba el tiempo.

—¿Hablar conmigo de qué?

—Antes de que te desmayaras mencionaste que habías encontrado pruebas en los aposentos del príncipe.

Recordé aquel día. El arco negro, brillante, y la flecha encordada apuntándome a la cabeza. Escondí las manos en el pliegue de la falda para ocultar los temblores.

—¿Recuerda lo que le dije hace unos días, que el príncipe heredero me confesó que mi padre era su coartada?

Él seguía sin mirarme.

—Cuéntame.

—Me explicó que el culpable había chocado con él mientras escapaba —continué—. Y que había dejado caer un arma. Me fijé dónde miraba cuando me lo contó, así que hace tres días, cuando me quedé sola en sus aposentos…, eché un vistazo dentro del mueble.

—Y el príncipe te descubrió. —Su expresión se endureció—. Y estuvo a punto de matarte por eso.

—Valió la pena —rezongué a la defensiva. No me gustaba su forma de hablarme, como si hubiera hecho algo malo. ¡Él me pidió

que lo ayudara con la investigación!

Se formó un silencio tenso entre nosotros, pero mantuve la mirada clavada en él, esperando que me preguntara. Al ver que no lo hacía, me rendí y hablé yo.

—Bueno, *nauri,* ¿quiere saber lo que encontré o no?

Eo-jin se pasó una mano por la cara.

—¿Qué encontraste?

—Un *pichim.* Un instrumento médico para hacer incisiones.

Se quedó muy quieto.

—¿Un *pichim?* ¿Por qué?

—Eso me pregunto yo.

Frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Lo único que se me ocurre es que sea un instrumento de uso habitual para el asesino, algo fácil de blandir para él o ella —murmuró.

Me vino a la cabeza el nombre más evidente.

—El sanador Khun es el único sospechoso que cuadraría con ese perfil.

El móvil del sanador Khun estaba claro: vengar la muerte de su madre asesinando a las testigos que no dijeron nada e incriminar al príncipe heredero.

—También está la enfermera In-yeong, la testigo —dije en voz baja. No se me ocurrían motivos de peso para ella, pero no dejaba de pensar que era demasiada casualidad que justamente estuviera en el escenario del crimen de la dama Ahn-bi—. ¿Qué hacemos ahora?

Miró por la ventana un momento antes de girarse lo suficiente como para dejar ver una medialuna en su rostro.

—Descansa hasta que te recuperes Hyeon-ah —susurró—. Nada de «¿qué hacemos ahora?». Finjamos que todo va bien durante unos días.

Lo miré fijamente, confundida. Él se levantó y cruzó la habitación.

—*Ajumma* —llamó, y Mok-geum soltó un sonoro ronquido antes de abrir los ojos, sobresaltada. Ji-eun también se despertó—. Tu joven señora necesita vendas nuevas.

—¿Se ha despertado? —La anciana me miró y sus ojos brillaron de alivio—. ¡Está despierta!

—¡Gracias al cielo! —exclamó Ji-eun con un suspiro.

Ambas se acercaron a toda prisa y cuidaron de mí como dos mamás gallinas. Eo-jin desapareció y cerró la puerta tras de sí con suavidad. ¿Por qué se comportaba de forma tan extraña? ¿Y por qué sus palabras de despedida me inquietaban tanto? «Finjamos que todo va bien».

—¡Su madre y yo estábamos tan preocupadas! —exclamó Mokgeum—. Temíamos lo peor…

—¿Ha pasado algo mientras estaba inconsciente? —quise saber, aún con la mirada clavada en la puerta—. Aparte de mi herida, ¿qué más ha ocurrido?

—*Geulsseyo…* —Ladeó la cabeza con el ceño fruncido—. No sé, *agasshi.*

—He oído decir a mi primo que ha descubierto una prueba decisiva, pero no sé qué —intervino Ji-eun—. Lo he oído de pasada mientras hablaba con tu madre, pero después tuvo que irse.

Ahora entendía por qué aquel comentario me preocupaba. Me había pedido que descansara, que fingiera durante unos días que todo iba bien, pero no nos quedaba tiempo. Cada día, cada hora que pasaba, era crucial para la enfermera Jeong-su. Aquello solo podía significar una cosa.

Me había apartado de la investigación.

Tenía la intención de acabarla solo.

—Ayúdame a trenzar y recogerme el pelo —dije mientras trataba de incorporarme.

Mok-geum se estremeció preocupada al oír mi orden, pero le lancé una mirada apremiante. Ella apretó los labios en señal de desaprobación y, aun así, me arregló el pelo.

—No puedes salir de casa, Hyeon-ah —protestó Ji-eun, mirándonos a mí y a Mok-geum—. *Necesitas* descansar.

Permanecí en silencio; estaba decidida. Iría a la Jefatura y exigiría respuestas a Eo-jin. Acudiría a él no como un pajarillo herido al que sentía la obligación de proteger, sino como una *uinyeo* que había arriesgado su vida para destapar la verdad. Había llegado hasta ahí

y no pensaba permitir que me apartase de la investigación. Había sacrificado demasiado.

Me abroché la *garima* negra de seda en la cabeza, quizá por última vez, y justo entonces oí la voz de Mok-geum fuera de mi cuarto. Habría salido para delatarme.

—¡Señora, señora! —dijo—. ¡La *agasshi* se ha vestido sola y está a punto de marcharse de casa!

Me puse el uniforme de seda —una falda azul oscura y una chaqueta de un azul más claro— con la ayuda de Ji-eun. Me encogía cada vez que sentía el más mínimo movimiento en la herida. Después añadí el toque final: polvos *jibun* para el corte de la cara. Entonces, las puertas a mi espalda se abrieron. Levanté la guardia, lista para enfrentarme a mi madre.

—Los hombres nunca acudían a mí en busca de entretenimiento —me dijo muy tranquila mientras Ji-eun salía de la habitación y cerraba la puerta para darnos intimidad—, más bien para hablar. Tu padre también venía cuando estaba indeciso.

Miré por encima del hombro, confundida y un tanto recelosa. Mi madre tenía el cabello negro perfectamente recogido en la nuca con una horquilla de plata. Su precioso rostro lucía igual que siempre, tan inexpresivo como una piedra. Llevaba una capa de paja en un brazo, y en el otro, un sombrero *satgat* también de paja.

—Haré que hable. Tengo viejos amigos con influencia en la facción sureña. Estarán deseosos de recabar pruebas que demuestren la inocencia del príncipe heredero. Son a quienes aniquilarán si el príncipe cae. —Confundida, bajé la mirada hasta el dobladillo de la falda de mi madre—. Te he oído —explicó—. Le has dicho al inspector que tu padre es la coartada de Su Alteza. No debería ocultarse esa información.

—¿Va a traicionar… a padre?

—Si nadie dice la verdad, ¿cómo piensas salvar a tu mentora? Hay que empezar con tu padre. Tiene que testificar y revelar con quién estuvo durante los asesinatos. Con suerte, a partir de ahí saldrán a la luz más verdades.

Asimilé sus palabras. Incluso con esa confesión, lo único que conseguiría era que a padre no lo castigasen. Eso no bastaría para

liberar a la enfermera Jeong-su. Pero como había dicho, era un paso por el buen camino, y quizá también uno de los más difíciles de dar.

—Tal vez no pueda hablar con él —susurré, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada—. Está enfadado conmigo. Ordenó que nos marcháramos todos de su casa.

Esperé a que se enfureciera, a que montara en cólera, a que me despachara o me desheredara. Pero al ver que nada de eso sucedía, alcé la vista y la miré fijamente.

—Lo sé —dijo, y la sorpresa me recorrió, seguida de alivio—. Los prisioneros hablan, igual que los sirvientes de la policía, y las noticias vuelan en la capital. No te preocupes por mí. Seguro que consigo reunir el valor suficiente para marcharme de esta casa. —Suavizó la voz y frunció el ceño—. Ambas debemos ser valientes, Baek-hyeon, pero tú más. Debes salvar a la enfermera Jeong-su.

No daba crédito. Mi madre se comportaba de una forma que no encajaba nada con la percepción que tenía de ella.

—¿Por qué le importa tanto lo que le ocurra a mi mentora? —pregunté. Eran palabras que jamás habría imaginado decir un mes antes, pero las cosas habían cambiado muchísimo en ese tiempo—. Me abandonó en pleno invierno en la puerta de la Casa Gibang.

Pero entonces, al recordar el incidente, ya no me veía sola delante de la Casa Gibang. En mi mente, en aquel escenario nevado apareció otra figura: una sombra helada, oculta en un palanquín, con los ojos abiertos como platos, observándome y rezando por que la madama me acogiera.

—Usted… estaba allí, viéndome esperar en la nieve —susurré—. Se quedó mirando mientras lloraba.

Su rostro no expresó sorpresa, solo se le enrojecieron ligeramente los ojos.

—No tengo excusas… —respondió con voz ronca—. Quería criarte para que fueses fuerte, que estuvieras preparada para las dificultades que esperan a una mujer de tu estatus. Y, sin embargo, a punto estuve de matarte. Te salvó la intervención de la enfermera Jeong-su. Le estaré agradecida siempre. Ha sido mejor madre de lo que yo seré nunca.

Se acercó y redujo el abismo que nos separaba. Cuando se encontró a apenas un palmo de mí, me pareció demasiado vulnerable, demasiado frágil, como una delicada hoja de sauce.

—Si vas al condado de Damyang, ocúltate. No sabes quién puede estar buscándote después del… incidente en palacio.

Me ofreció el sombrero de paja cónico y, tras un momento de angustia, me quité la *garima* a regañadientes. Era mi corona, la muestra del mayor logro que una mujer de mi posición podía obtener. No volvería a llevarla. Pasé los dedos por la seda y mi corazón se llenó de recuerdos del orgullo que había sentido al llevarla. Me daba miedo imaginar una vida sin ella, una vida sin mi título.

Tragué saliva con fuerza, dejé la *garima* a un lado y me puse el *satgat,* tapando con el ala mis ojos húmedos. Fue entonces cuando asimilé las palabras de mi madre.

—¿Damyang? —susurré—. ¿Ha dicho Damyang?

Detuvo la mano que iba a colocarme el sombrero.

—¿El inspector no te lo ha dicho?

—¿Qué?

—Por lo visto, pediste a una *damo* de la Policía que buscase información. No sé muchos detalles, pero han averiguado que la enfermera desaparecida está con un familiar en Damyang. El inspector ha ido allí.

Miré la punta de la flecha ensangrentada en la bandeja. Me ardía el hombro de dolor, pero igualmente tenía intención de seguir a Eo-jin; que se hubiera marchado sin mí ya no me parecía tan inaceptable. Damyang estaba a casi dos días a caballo.

—Si sales ya, tal vez lo alcances cerca de la orilla del río Han —dijo mi madre.

Iría porque quería, pero no entendía por qué mi madre me incitaba.

—¿Por qué me anima a ir? —quise saber, vacilante—. Otras madres habrían ordenado a sus hijas que se quedaran quietas.

Me colocó la capa de paja sobre los hombros con un movimiento rápido.

—Te he observado estos tres días y he escuchado las historias del inspector sobre tu papel en la investigación. Me han recordado el sueño *taemong* que tuve sobre ti antes de que nacieras. Soñé con un dragón negro en una pared, por eso estaba segura de que tendría un niño. Cuando naciste niña, me sentí muy confundida; aun así, te puse el nombre en función de lo que había soñado. Baek significa 'el mayor', y Hyeon, 'virtuoso, valioso y capaz'. Incluso llamé a tu hermano pequeño como tú, Dae-hyeon.

Sentí algo extraño bajo la piel, igual que cuando la *uinyeo* Kyung-hee nos habló del contenido de la última carta que escribió la enfermera decapitada por el príncipe a su hijo, el sanador Khun. Pero no fui capaz de identificar qué me inquietaba.

Mi madre siguió hablando.

—Ahora me doy cuenta de lo hábil que eres, y no creo que una herida en el hombro vaya a detenerte.

Sacó una cajita cilíndrica de una bolsa que llevaba atada a la falda y me la dio. La plata fría alivió mi frustración interna y me devolvió al presente. Me descubrí observando los símbolos grabados suavemente en el metal.

—Es un puñal *jangdo,* fabricado en la región Byeongyeong de Ulsan —explicó—. Lo guardaba para cuando te casaras.

El puñal simbolizaba los deberes de la mujer en su vida marital.

—Ya veo —susurré sin saber qué decir.

—Pero me parece más apropiado dártelo ahora. Un padre da una espada a su hijo cuando alcanza la madurez suficiente para ser leal al reino y cumplir con su deber. —Hizo una pausa y suspiró de forma entrecortada—. Ya eres adulta, y hay decisiones complicadas que deberás afrontar en el futuro. Confío en que sepas tomar las acertadas.

Abrí la cajita y saqué la vaina hasta ver la hoja brillante. Me tembló el pulso alrededor de la empuñadura de plata. Jamás había sujetado un arma.

—Vuelve con nosotros, Hyeon-ah —me pidió mi madre con suavidad.

Después, me dejó sola, con un enorme peso en el pecho. Recé por no tener que utilizar esa daga y a la vez pensé: «Jamás le haría

daño a nadie con esto».

Pero quizá eso mismo era lo que el asesino pensaba hasta que perdió lo más valioso en su vida.

Me pregunté qué sería lo más valioso para mí; por qué acabaría con la vida de otra persona.

17



No encontré a Eo-jin en la orilla del río Han, pero, mientras cruzaba al otro lado, distinguí un destello de seda azul más allá de los barcos y los pescadores. Lo vi de pie con las manos a la espalda, una postura de concentración intensa, escuchando a un mercader con cajas cargadas a la espalda. El mercader sostenía un abanico cerrado que movía en distintas direcciones a lo lejos y luego abría y agitaba como si caminara por las montañas.

Una vez estuve a una distancia prudente, oí al mercader preguntar con un marcado dialecto del suroeste: «¿Está seguro de que podrá memorizar todas las direcciones, *nauri?».*

—Cuando recibo información, rara vez la olvido —replicó Eo-jin en voz baja.

«Por supuesto», pensé, mientras lo veía soltar una moneda en la mano del mercader. Eo-jin había aprobado el examen de oposición muy joven, lo cual decía mucho de su capacidad para memorizar y comprender. La mayoría languidecía en su ambición por aprobar el examen *gwageo;* muchos estudiaban desde los cinco años y seguían suspendiendo con treinta, e incluso con más de ochenta.

Entendía lo que era sentir una ambición desesperada por aprobar, por salir del anonimato. Ese anonimato del que ya jamás podría huir.

Me dolió el vacío que me había dejado mi padre en el corazón. Me había arrebatado mi sueño, mi todo.

Aparté la tristeza a un lado, respiré una gran bocanada de aire fresco y clavé mi atención en Eo-jin. Se dirigía hacia el amplio y polvoriento camino que parecía desaparecer en el pálido azul a lo lejos. Lo seguí, manteniendo siempre una distancia de varios pasos, lo bastante amplia para que no me oyese caminar tras él. Me bajé el sombrero de paja más.

Después de un rato, segura de que no me descubriría, me relajé un poco. Me rugió el estómago de hambre. Abrí el pequeño saco de viaje que me había preparado Mok-geum antes de salir, que contenía una tira de monedas, vendas y calamar seco. Saqué un tentáculo y, mientras lo mordisqueaba, miré alrededor.

La naturaleza murmuraba su promesa ancestral, igual que en el pabellón Segeomjeong. Tal vez había perdido mi puesto —y todavía podía perder mucho más—, pero todo acabaría bien. «Mira —susurraban los árboles—. Mira cómo nos mecemos, cómo cantamos y bailamos».

Di otro bocado y los ojos se me anegaron en lágrimas.

Una parte de mí temía que esa promesa fuese para todos salvo para mí.

Resoplé y me limpié las lágrimas con la manga.

Justo entonces tropecé con algo sólido, una roca que sobresalía del suelo, y proferí un pequeño grito. Recuperé el equilibrio enseguida y me llevé las manos a la boca. ¿Me habría oído? Cuando levanté la mirada, mis ojos se encontraron con Eo-jin, que se había vuelto al oír el ruido. Estaba demasiado lejos como para poder descifrar su expresión. Se acercó más y más y, cuando por fin pude distinguir sus cejas oblicuas y su nariz aguileña, vi que una expresión tormentosa nublaba su rostro. A continuación, apartó la mano de su espada.

—¿Qué…? —Parecía haberse quedado mudo mientras me miraba fijamente. Luego se pasó una mano por la cara—. Tu madre te lo ha contado, ¿verdad?

—Sin querer.

Miró por encima de mi hombro, a lo lejos, y supe lo que no vería: ni la sombra de la capital ni el brillo del río Han. Ya estábamos demasiado lejos como para darnos la vuelta.

—Venga. —Pasó junto a mí igualmente—. Te llevaré de vuelta a casa.

No me moví.

—Hemos caminado al menos dos horas. Tardará otras dos en acompañarme, y luego dos más en volver a este mismo punto. El día estará a punto de acabar y no habrá llegado a ninguna parte. Nos quedan menos de cuatro días para que dicten sentencia contra la enfermera Jeong-su. Solo faltarán dos cuando llegue al condado Damyang. Apenas le dará tiempo a volver y convencer al comandante Song. No tiene tiempo que perder.

Eo-jin permaneció inmóvil, con los hombros tensos, de espaldas a mí, mirando en la dirección del río Han.

—Aún tenemos que pasar por una decena de pueblos y atravesar ríos y montañas —me advirtió—. El viaje solo empeorará tu herida.

—No importa; soy *uinyeo,* sé cuidar de mí misma. —El inspector no se achantó—. He elegido este camino —repuse, elevando la voz ligeramente—. Es el único que puedo recorrer ahora; déjeme hacerlo. La tensión en sus hombros se suavizó. Dio media vuelta y pasó por mi lado otra vez sin siquiera mirarme.

—Eres de lo más irritante —espetó cuando conseguí alcanzarlo.

—¿Irritante porque tengo razón, *nauri?* —pregunté.

—Sí. —Esbozó media sonrisa a regañadientes—. Tienes razón, enfermera Hyeon. Siempre tienes razón.

Caminamos en silencio, y mantuve el sombrero de paja bajo para ocultar la sonrisa que se extendió por mis labios. Las montañas que se alzaban altas y los campos de hierba nos encerraban en un pequeño mundo propio donde era muy fácil olvidar —aunque solo fuese por un instante— la urgencia de nuestra misión y la tristeza que aún residía bajo mis costillas.

—Entonces ha averiguado que Min-ji está en Damyang —dije al rato—. ¿Cómo se han enterado la *damo* Sul-bi y la enfermera Ok-sun?

—Supongo que tu madre te lo habrá contado también.

—No en detalle.

—La enfermera Ok-sun se enteró de que, recientemente, el padre de Min-ji había ido al médico. Al parecer, resultó herido en el viaje a

Damyang. Me pareció raro que se hubiese marchado de la capital tan pronto después de la masacre en el Hyeminseo, y descubrí que tiene un familiar lejano allí. Cuando le pregunté al padre de Min-ji ayer, palideció y me suplicó que mantuviera a su hija apartada de la investigación, argumentando que no querían que la arrestaran ni torturaran como a la enfermera Jeong-su. Eso me bastó para confirmar mis sospechas.

Un hormigueo me recorrió de pies a cabeza y entrelacé las manos.

—Por fin averiguaremos la verdad de lo que ocurrió esa noche —susurré—. Y teniendo en cuenta lo mucho que se resistieron las víctimas en el Hyeminseo, si el asesino llevaba un velo o una máscara, seguro que se lo habrían arrancado.

—Eso espero yo también —respondió Eo-jin—. Que Min-ji pudiera ver el rostro del culpable.

—¿Y si no?

—Entonces, le preguntaremos si lo oyó hablar. ¿Era hombre o mujer? Y si tampoco sabe eso, pues averiguaremos algo que llevo preguntándome desde el principio: ¿cómo consiguió escapar?

La pregunta seguía rondándome cuando empezó a caer una ligera llovizna. Las nubes oscuras se reunieron en el cielo y empezaron a ocultar la luz del sol. Una tormenta se cernía sobre nosotros. Mientras atravesábamos el bosque que cubría la base de la montaña y seguíamos un sendero sinuoso muy transitado, la preocupación me invadió. El camino parecía no acabarse nunca, era como si una eternidad nos separara de Damyang.

—Se acerca una tormenta, *nauri* —dije—. Cuando lleguemos a un pueblo, deberíamos pedir caballos, si no, el viaje se nos hará demasiado largo. —Abrí el saco de viaje y saqué la ristra de monedas. Los últimos rayos del sol refulgieron sobre ellas—. He traído dinero suficiente.

—No será necesario. Detrás de la montaña hay un pueblo con una Jefatura de Policía —dijo—. Tengo intención de requisar dos caballos allí. —Hizo una pausa—. ¿Sabes montar?

—Sí.

—Nos espera un largo viaje a caballo. Si te duele el hombro, ¿me lo dirás?

—Sí —mentí.

—Necesitarás algo con lo que protegerte. Hay muchos bandidos y animales salvajes por esta zona.

—Ya lo tengo. Mi madre me ha regalado una daga.

—Ah, ¿sí? Déjame verla. —Estiró el brazo y cogió la funda plateada. Cuando sacó el arma, una expresión de sorpresa iluminó su rostro mientras examinaba el acero—. Esta hoja es de la región militar de Byeongyeong, donde se forjan los mejores cuchillos *jangdo.* Para ser una madre que, como tú dices, no se preocupa por ti, te ha comprado algo muy valioso.

Suspiré.

—No es quien pensaba. —Me callé cuando el recuerdo de sus palabras resurgió en mi mente—. Me contó la historia de por qué me llamó así.

—¿De verdad? —repuso Eo-jin—. Me despierta curiosidad saber por qué alguien llamaría a su hija Baek-hyeon, 'hermano mayor virtuoso'.

Igual que antes, un escalofrío de inquietud me recorrió y se me tensaron los músculos. Tenía la sensación de que debería *saber* algo.

—Fue por un sueño… —murmuré, masajeándome las sienes.

Recordé cuándo me había sentido así antes: siempre que intentaba deducir de qué mal adolecía un paciente, pero no conseguía llegar a ninguna conclusión. Era la frustración de pasar horas sopesando el significado de distintos síntomas, pero, en ese momento, las señales estaban claras frente a mí.

La historia de mi madre sobre mi nombre.

La carta de la enfermera Hyo-ok que, casualmente, comenzaba con un nombre.

Los nombres siempre guardaban un significado en nuestro reino.

Creía que mi madre me había llamado con el nombre del hijo que desearía haber tenido por rencor, pero me equivocaba, me puso ese nombre por un sueño. Además, eligió el de mi hermano pequeño basándose en la última sílaba del mío. Hyeon. La sílaba compartida indicaba que somos hermanos.

—Hay algo que me llama la atención del nombre del sanador Khun. Khun Mu-yeong… Todos los nombres albergan un significado —dije.

—Vi los caracteres *hanja* de su nombre —respondió Eo-jin—. Lo conforman los términos «mu», ‘portador de armas', y «yeong», ‘héroe'.

—Yeong… —Ladeé la cabeza y fruncí el ceño al venirme a la cabeza la imagen de la frente herida de Khun y las marcas de barro como de haberse postrado en el suelo—. Cuando habló con él, ¿le dijo…? —Hice una pausa intentando reordenar los pensamientos—. ¿Hay alguien con quien no se lleve bien? ¿Alguien que parezca angustiarlo mucho?

—La señora Mun.

—¿Alguien más? ¿Tal vez un pariente?

—Sus padres fallecieron. Aunque tiene tres hermanastros y parecía bastante angustiado cuando le pregunté por ellos. Traté de localizarlos, pero no hay ningún registro oficial. Supongo que sus padres no informaron de sus nuevos matrimonios.

—El sanador Khun Mu-yeong…, la enfermera In-yeong… —pronuncié sus nombres. Eran las únicas dos personas que se me ocurría que podrían llevar un *pichim—.* El escalpelo debe de pertenecer a uno de ellos. Pero siempre hemos considerado a In-yeong una mera testigo…

Entonces todo encajó. Me quedé paralizada, atónita ante la posible revelación del momento. El silencio inundó mi cabeza, acallando hasta el piar de los pájaros en las ramas de los árboles, resguardados de la llovizna. Cuando volví a recuperar el control de mis pensamientos, sentí la mirada impaciente de Eo-jin sobre mí.

—¿Cuáles son los caracteres del nombre de In-yeong?

—«In», ‘benevolencia', y… —Se quedó paralizado— «Yeong», ‘héroe'.

—*Dollimja* —susurré, aún sin dar crédito—. La práctica común de circular las letras, de nombrar a los hermanos con la misma primera o última sílaba. Puede ser una coincidencia, pero nuestros dos sospechosos comparten la última sílaba. El sanador Khun Mu-yeong y la enfermera In-yeong. ¿Y si son medio hermanos?

—Ya entiendo a qué te refieres, pero… —Vaciló—. Como has dicho, podría ser una coincidencia.

—¿No cree que hay *demasiadas* coincidencias? —insistí—. Ella estaba en el Hyeminseo la noche de la masacre. Llevaba una capa de paja, tal vez para ocultar la sangre y los arañazos. Pudo esconderse en algún lugar para recolocarse el pelo. Además, poco después de que decapitaran a la enfermera Hyo-ok, In-yeong entró a trabajar en palacio, abandonando su puesto en la Jefatura de Policía.

«Decidí que ya era hora de pasar página cuando otra tragedia llegó a mi vida», había dicho In-yeong. El recuerdo resurgió mientras hablaba. «Mi madre murió, y su sueño siempre había sido que fuera enfermera de palacio».

Continué hablando.

—Antes de eso, era una *damo* de la Policía. Me explicó que había decidido no entrar en palacio porque estaba ocupada resolviendo un asesinato. Imagínese todo lo que debió de aprender… Un momento. ¿Cuánto tardaría en convertirse en una espadachina hábil?

—En dominar el arte de la espada, al menos siete años.

—Trabajó en la Policía nueve y el inspector era su mentor…

Un profundo silencio se instaló entre nosotros.

—No había pensado en la enfermera In-yeong. Únicamente la consideraba una testigo.

—Tal vez solo sea una coincidencia. —Retiré mi teoría, incapaz de imaginar a In-yeong como a aquel desconocido que me apuntó al cuello con una espada—. Al fin y al cabo, tiene coartada.

La expresión de Eo-Jin se ensombreció.

—Un padre borracho que ni siquiera recuerda en qué año estamos y un montón de apostadores ambiciosos. Podría haberles pagado para que me mintieran. Y su padre está divorciado. Quizá se casó con la enfermera Hyo-ok… —Eo-jin se llevó los dedos a los ojos para combatir la frustración—. Maldición. Tendría que haberlos interrogado más.

—No es culpa suya —me apresuré a decir—. Tenía que investigar solo, sin ayuda del comandante. Además, In-yeong fue la primera

testigo que acudió a la Policía. —Vacilé y sacudí la cabeza—. ¿Qué asesino informa de su propio crimen?

—Tal vez eso es precisamente lo que la enfermera In-yeong pensó —dijo, con un tono de voz mucho más glacial—. Aún podría ser una coincidencia, pero, como has dicho, hay demasiadas. La quinta víctima, la enfermera A-ram, había preparado té para quien la visitó por la mañana temprano: el asesino. Me parecería extraño que hubiese preparado una escena tan íntima para Khun, pero para la enfermera In-yeong, en cambio…

—Hasta hace unos días creía que el sanador Khun era el asesino —añadí, recordando más datos—, hasta el día siguiente al asesinato de la enfermera A-ram. Me dijo algo extraño, que deseaba haber muerto en lugar de Ahn-bi y que se culpaba de su muerte. Cuando le pregunté a qué se refería, su respuesta fue que si no me parecía demasiada coincidencia que se hubiese enamorado de una de las tres testigos de la muerte de su madre. —Eo-jin frunció el ceño mucho más. Podía ver su mente funcionando a toda velocidad—. Y tenía tres marcas clave en su cuerpo —añadí—. Sangre en la frente y barro en las manos y rodillas. Se había postrado ante alguien…

—Si decidimos hacer caso a tu teoría, tal vez la enfermera In-yeong entró en palacio para averiguar cómo desapareció su madre. Tal vez oyó rumores sobre quiénes la vieron por última vez —murmuró Eo-jin.

—Puede ser —asentí sin aliento y con los vellos de punta por la adrenalina—. Quizá mientras servía a la señora Mun descubrió que ella y la dama Ahn-bi sabían algo sobre su madre, así que animó a su hermano a acercarse a Ahn-bi.

—Se enamoró de ella —prosiguió Eo-jin—, pero también obedeció la orden de la enfermera In-yeong de sonsacarle información. El día que, por fin, la tuvo, ocurrió la masacre en el Hyeminseo. Y la enfermera In-yeong cazó a las otras dos personas que Ahn-bi había mencionado: las enfermeras Kyung-hee y A-ram.

—Y a la mañana siguiente, tal vez el sanador se postró ante *ella…,* ante su hermana mayor. Para suplicarle que parase —dije.

—He cambiado de idea —sentenció Eo-jin—. En cuanto consigamos los caballos, iremos a Gwangju.

Parpadeé.

—¿Qué hay en Gwangju?

—La Jefatura de Policía donde trabajó la enfermera In-yeong. Tendremos que dar un rodeo, pero creo que debemos ir allí. Estábamos tan enfocados en el príncipe y el sanador Khun que apenas hemos investigado su pasado.

—Quizá ninguno pensó en la posibilidad de que una mujer pudiera ser tan cruel —me aventuré a decir—. Quizá, cuando nació, su madre también había soñado con dragones.

18



Las nubes negras flotaban en el cielo. Entramos a caballo en la ciudad fortificada de Gwangju y llegamos a la Jefatura de Policía, que tenía columnas rojas desteñidas y puertas de pagoda a dos niveles, justo cuando la lluvia empezó a caer con fuerza. Una sensación incipiente de anticipación entumeció el dolor de mi hombro herido.

—¿Que si conozco a la *damo* In-yeong? —El policía que vigilaba la entrada repitió la pregunta de Eo-jin—. Sí, tuvimos a una *damo* con ese nombre. La ascendieron a enfermera de palacio hace un año aproximadamente.

Eo-jin sacó su *mapae.*

—Si tu comandante está dentro, infórmale de que un inspector de la Jefatura de Policía de la capital solicita audiencia.

El policía obedeció de inmediato. Regresó con un sirviente que nos escoltó bajo la protección de los aleros del pabellón principal, un edificio largo con columnas que se elevaban hasta conectar con un tejado de tejas negras.

En el interior nos saludó el comandante Chae, un hombre de mediana edad con una barba negra, larga y rala. Los hombres intercambiaron cumplidos mientras se sentaban en la esterilla. Yo lo hice bastante detrás de ellos, cerca de las puertas correderas, pero entonces, Eo-jin me miró por encima del hombro y me hizo un gesto para que me colocase a su lado. Él lo hizo con total naturalidad, pero

el comandante pareció sorprenderse. Arqueó las cejas y desvió la mirada hacia mí con curiosidad, aunque solo un instante.

—Así que usted es el inspector Seo —saludó con voz profunda y melodiosa—. Me han llegado rumores de usted. Un joven prodigio al que el rey ha favorecido con un puesto de relevancia a los dieciocho años. ¿Qué lo trae por aquí, inspector?

—Venimos a preguntar qué sabe de In-yeong. Fue *damo* aquí durante nueve años, antes de convertirse en enfermera de palacio.

El comandante soltó un suspiro largo y pensativo.

—Así que mis sospechas eran ciertas. —Antes de que pudiéramos preguntar a qué se refería, siguió explicando—. In-yeong entró en la Jefatura de Policía a los catorce años. Era una niña con una mente tan brillante que decidí entrenarla para que se convirtiera en mis ojos y oídos, una extensión de mí.

—¿Ese entrenamiento incluía el manejo de la espada? —quiso saber Eo-jin.

—Me pidió aprender a blandir una espada cuando se cometió una serie de asesinatos en la ciudad. La consideraba una joven íntegra y decente, así que ordené a uno de los inspectores que le enseñara.

—¿Por qué decidió marcharse de la Jefatura nueve años después?

—Su hermano menor, un sanador de palacio, le escribió…

—¿Cómo se llama su hermano?

—No lo sé. Su hermano se marchó de casa muy joven para estudiar medicina en la capital. Aparte de eso, apenas hablaba de él. Parecía no tener mucha relación con él ni con su padre… —Entonces se le iluminó la cara—. ¡Bueno, su padrastro! Fue un oficial militar hasta que lo degradaron a sirviente como castigo por algo. La gente aquí lo llamaba señor Khun. Su apellido pasó al hijo.

«El sanador Khun», pensé.

—Ha dicho que era su padrastro. ¿Significa eso que la madre de In-yeong se casó dos veces? —preguntó Eo-jin—. Está prohibido.

—La plebe hace lo que le viene en gana. Ya he dicho que los miembros de su familia eran reservados. Vivían juntos tranquilamente después de que la madre se divorciara, así que no estoy seguro de si se casó o no. —El comandante carraspeó—. Como iba diciendo, el hermano escribió a In-yeong y ella se enteró

de que su madre había desaparecido. La última vez que la vieron fue en palacio. Ni siquiera sabía que su madre trabajaba allí; siempre estuvo en la botica de la ciudad.

Agarré la tela de mi falda para evitar que me temblaran las manos.

—No hizo caso de mi consejo y se tomó la desaparición de su madre como un caso propio, como si fuese ella la inspectora. Le escribía a su hermano casi todos los días preguntándole, instándolo a ganarse la confianza de una dama de la corte…

—¿Una dama de la corte? —repitió Eo-jin.

—Sí, por lo visto, la dama con la que vieron a su madre por última vez. Al cabo de un tiempo, el hermano dejó de contestar a In-yeong. Entonces, siempre que tenía un momento libre, revisaba textos médicos y, a menudo, pasaba la noche en vela estudiando. Se presentó a examen tras examen en la botica de la ciudad y cada vez obtenía mejores resultados. Después la reclutaron en la botica, donde pasó varios meses antes de que… Bueno, esto me sorprendió cuando me enteré… Antes de que la eligieran para entrar a trabajar en palacio.

—Disculpe —susurré. El comandante me miró. No parecía saber qué pensar de mí, pero inclinó la cabeza de todas formas—. Ha mencionado que In-yeong era una mujer íntegra y decente. Tras la desaparición de su madre, ¿cambió? ¿Mostró un comportamiento extraño?

El comandante me observó antes de mirar a Eo-jin.

—¿Quién es, inspector?

—Una enfermera de palacio —respondió Eo-jin—. Ha sido clave en la investigación.

—Por supuesto… ¿Cómo si no iba a saber alguien lo que sucede en palacio? —susurró.

Sabía algo. Apretó los labios y frunció el ceño. Me tensé.

—In-yeong se obsesionó con los casos que trataban injusticias hasta el punto de resultar aterrador. Un día arrestó a una testigo por dar un testimonio falso, y encontré a la mujer… en un estado de lo más perturbador. Tenía la cara totalmente destrozada, apenas se la reconocía. La había golpeado tanto que jamás volvió a despertar. Lo

pasé por alto, aunque admito que ahora me pregunto si cometí un error al hacerlo.

—Le diré algo con el mayor de los respetos —contestó Eo-jin despacio. Yo lo miré, nerviosa—. A veces, demasiada compasión es igual de perjudicial que ninguna.

Esperé un ataque de ira del comandante. El comandante Song habría explotado, hecho una furia. En lugar de eso, soltó un suspiro cargado de arrepentimiento mientras asimilaba las palabras de Eo-jin. Tal vez, los oficiales ajenos a la capital no fuesen tan despiadados.

—Seguro que se ha enterado de la masacre del Hyeminseo, *yeonggam* —siguió Eo-jin.

—Sí, y supongo que por eso han venido. —Se frotó la barba y volvió a posar los ojos en mí. Bajó la voz—. Pensaba que nadie vendría a preguntarme esto… ¿Quién iba a creer que una mera sirvienta sería capaz de comportarse de forma tan atroz?

—¿Cree que la enfermera In-yeong está involucrada en los asesinatos? —preguntó Eo-jin.

—Sí. Al principio solo era una corazonada, pero ahora que he repasado los detalles, creo que sí. —El comandante Chae se levantó y sacó algo de una cajonera. En parte temía que desenvainara la espada y nos matara por haber descubierto su error, pero no cogió una espada, sino un trozo de madera con su sello grabado. Un *tongbu,* un salvoconducto que daba a los policías autoridad para arrestar a las personas—. He seguido el caso de la masacre del Hyeminseo de cerca y he comprobado el caos que ha causado. Ha conseguido que la gente dude del mismísimo príncipe heredero —dijo—. Cuando vuelva, preséntele mi sello al comandante Song e infórmele de que tienen el testimonio del jefe de la Jefatura de Gwangju. Deben arrestar e interrogar a la enfermera In-yeong.



Cuando amainó la lluvia, el cielo había empezado a oscurecer. Salimos de la ciudad fortificada esperando encontrar una posada

cerca, pero solo pasamos por un campo de arroz tras otro; un bosque de árboles torcidos y cañas de bambú imponentes. Al rato, por fin vimos la silueta de una cabaña con un par de ventanas iluminadas por la luz de las velas, que emergían de las sombras como unos ojos amarillos, brillantes.

—Gracias al cielo —exclamé con un suspiro.

—Esperemos que ahí viva una pareja de ancianos amables y no un *gumiho* devorapulmones —murmuró Eo-jin.

Parecía animado. Al fin y al cabo, estábamos en la recta final de la investigación. Sin embargo, yo no me sentía nada tranquila. La mujer a la que Eo-jin pretendía arrestar era una enfermera que conocía, había hablado y trabajado con ella.

Aun así, también traté de parecer animada.

—Por su bien, espero que así sea. Los zorros de nueve colas prefieren los pulmones de los hombres a los de las mujeres.

Nos aproximamos a la cabaña, que tenía un pequeño patio y una cocina colindantes, atamos los caballos y nos dirigimos a la entrada. Nerviosa, permanecí detrás de Eo-jin mientras él llamaba a la puerta. Jamás había ido a casa de un desconocido pidiendo alojamiento, pero parecía que él lo había hecho bastantes veces, seguramente durante el viaje con su padre, el investigador real, haciéndose pasar por campesinos.

La puerta se abrió y vimos a una mujer joven con expresión cauta. Vestía una chaqueta blanca y una falda de color amarillo pálido. Tenía un moño sujeto con una horquilla *binyeo,* señal de que era una mujer casada. Siguió recelosa incluso después de que Eo-jin le explicase que era un oficial viajando a casa con su hermana y le preguntara si podía dejarnos una habitación en la que pasar la noche.

—Tengo una libre, podéis dormir ahí —contestó a regañadientes antes de permitirnos pasar.

El *maru,* el suelo de madera —la zona de estar principal—, estaba lleno de cestas de paja. Había un cuchillo de cocina junto a una mata de dientes de ajo en una mesita baja. Anduvimos sobre el suelo de madera y, a continuación, la mujer abrió la puerta de un cuarto aún más pequeño.

—Hay mantas ahí. No me quedan velas de sobra. Os traeré algo de agua, pero no tengo comida para vosotros, apenas tengo para mí.

Estaba famélica, pero los tentempiés que llevaba en mi bolsa de viaje tendrían que bastar.

—Creo que es viuda —dijo Eo-jin en voz baja en cuanto nos quedamos solos. La mujer nos llevó dos cuencos de agua, que fue lo que usamos para lavarnos—. O su marido no está en casa.

En cuanto tuve las manos y las uñas limpias y me sequé el sudor de la frente, pasé una mano con discreción por debajo de mi chaqueta *jeogori* y por encima del hombro. Sentí el vendaje empapado. Tenía que añadir otra capa, pero no quería quitarme la chaqueta. En vista de mi dilema, miré a Eo-jin, avergonzada.

Él desvió la mirada enseguida.

—Llamaré a la *ajumma* para que te ayude. Esperaré fuera.

Se marchó, y cuando la mujer entró, ahogó un grito al ver la sangre, pero no preguntó.

—No sois hermanos —dijo mientras colocaba otro vendaje encima del antiguo—. Lo sé por cómo te mira cuando tú no te das cuenta.

No sabía a qué se refería. Cuando Eo-jin y yo volvimos a quedarnos solos, seguí dándole vueltas a aquello.

Desenrollé la esterilla para dormir. La había colocado lo más lejos posible de la de él, lo cual no era mucho dado el diminuto espacio. Me senté y me abracé las rodillas al tiempo que Eo-jin se estiraba sobre la suya con las manos bajo la cabeza y los ojos cerrados. Llevaba la espada y una cuerda atadas a la cintura; parecía que iba a dormir con ellas puestas.

—Deberías descansar —murmuró—. Nos queda un largo camino por delante cuando amanezca.

—¿Entonces vamos a ir a Damyang? —pregunté—. A por Min-ji.

—Ahora que sabemos dónde está, enviaré a otros oficiales a por ella. No quiero darle a la enfermera In-yeong más oportunidades de escapar.

Nos quedamos inmóviles y callados mientras oíamos el crujido de la espesura, el ulular de un búho y el aleteo sobre los árboles..

En silencio, reflexioné sobre lo que aún nos quedaba por delante. En cuestión de días el caso llegaría a su fin, y casi temía la idea de volver a mi vida común y corriente, una vida en la que me aguardaba un misterio distinto. ¿Quién era mi madre de verdad? ¿Me quería realmente? ¿Qué debía hacer con mi vida, a la deriva por culpa de la ira de mi padre?

¿Y dónde encajaba Eo-jin en todo eso?

Eran pensamientos deprimentes. Sin embargo, cuando apreté los dedos contra los párpados cerrados vi puntitos de luz flotantes, como farolillos en mitad de la noche.

—El Festival de los Faroles —dije. Bajé las manos y las posé en mis mejillas—. Usted quería que fuéramos juntos.

Él permaneció con los ojos cerrados.

—Pero dijiste que sería una distracción.

Me ruboricé y sentí un cálido hormigueo en los dedos.

—No lo dije en serio. Estaba mal por lo que había ocurrido con mi padre.

—Entonces sí te importo.

—Claro —susurré.

Eo-jin abrió los ojos y se quedó mirando el techo a oscuras tanto tiempo que me pregunté qué estaría pensando. ¿Se plantearía él también cómo encajaría yo en su vida después de la investigación? ¿O tal vez buscaba una forma de rechazarme…?

—Hasta que te conocí, siempre me había sentido solo —murmuró con vacilación antes de girar la cabeza ligeramente. La tenue luz hacía que su mirada titilase con un brillo de sinceridad que me arrebató el aliento—. No sé si tú sientes lo mismo que yo.

Tenía miedo, pero quería averiguarlo.

—¿Qué…?

Él volvió a mirar al techo, a los patrones de luz y sombras, quizá reconstruyendo sus pensamientos.

—Cuando estamos juntos… es como si fuéramos agua en el río; mis ideas fluyen con las tuyas, y las tuyas con las mías. Y cuando guardamos silencio… —Esbozó una leve sonrisa— a veces me olvido de que estás ahí.

—Qué halago, *nauri* —respondí con sequedad.

—Es el mayor de los cumplidos. No me gusta pasar mucho tiempo con gente alrededor, pero cuando estoy contigo…, nunca siento la necesidad de ser alguien distinto.

Lo miré y me di cuenta de que sentía lo mismo que él. Siempre que estábamos juntos, parecía que volvíamos al pabellón Segeomjeong. Era como si escapáramos a otro mundo en el que solo existíamos los dos. Sin reglas ni condiciones.

—Creo que yo también me siento así…

Un ruido súbito en el exterior similar a un chillido entrecortado me distrajo. Eo-jin se incorporó y echó mano a su espada.

—¿Ha sido un animal? —pregunté.

—Eso creo. Espera aquí, ahora vuelvo.

—Yo puedo ir…

—No.

Antes de que se marchara, me levanté y le agarré la mano. La tenía fría. Sabía, igual que yo, que algo iba mal.

—Volveré. —Me apretó los dedos—. Te lo prometo.

Parecía decirlo en serio. Asentí a pesar del miedo.

—Claro que sí.

Cuando salió, oí sus pasos alejarse y el crujido de las ramas al caminar. En cierto momento, incluso lo oí pasar junto a la ventana más próxima antes de distanciarse de la cabaña. El corazón me golpeaba contra las costillas. De pie, me acerqué a la ventana y la abrí para ver cómo Eo-jin desaparecía en el bosque de bambú, que en ese momento, en la penumbra, parecía de color gris verduzco. Se detuvo para apoyar una rama pequeña contra una vara de bambú y después desapareció. Se sumió en las sombras.

Esperé. Paseé por el cuarto. Me mordí las uñas. Miré por la ventana de nuevo antes de volver a caminar por la habitación. Intenté imaginar los pasos de Eo-jin mientras investigaba los alrededores. Pero el silencio reinaba cada vez que suponía que estaba a punto de regresar. Solo alcanzaba a oír los crujidos de la vegetación circundante.

Debió de pasar una hora, aunque quizá solo fueron unos minutos, cuando oí que la puerta de entrada se abría y se cerraba. Salí deprisa, aliviada porque Eo-jin había vuelto.

Pero el alivio duró poco. Solo vi a la viuda sentada en el suelo *maru* que conectaba su habitación con la nuestra, de espaldas a mí. Se había cambiado de ropa: llevaba una chaqueta blanca tensa en los hombros. La falda, de color azul oscuro, se arremolinaba en torno a ella y su cabello negro brillaba bajo la luz de la vela.

Igual que el cuchillo de cocina que había a su lado en el suelo.

Estaba temblando. Me llegó el olor de algo ácido e intenso, como a descomposición… ¿o era vómito? Entonces vi una línea roja en un lado de su chaqueta.

—*¿Ajumma?* —susurré, dando un paso hacia ella—. *¿Ajumma?*

—El príncipe es el asesino —dijo la mujer con una voz letal, aunque me sonaba demasiado familiar como para ser la de la viuda. Al reconocerla me quedé helada—. Y, sin embargo, aquí estáis, tras de mí. No tengo tiempo para enfrentarme a entrometidos.

—¿Cómo nos has encontrado aquí? —Mientras hablaba, moví la mano despacio hacia mi daga, la desenfundé y la oculté detrás de la falda.

—Testigos. Siempre los hay. Gente que os vio a ti y al inspector. —La enfermera In-yeong se levantó y se dio la vuelta; la parte delantera de su ropa estaba hecha jirones y cubierta de sangre. Tardé un momento en darme cuenta de que no era suya; no había un charco en torno a sus pies ni goteaba en el suelo—. Os he seguido con la esperanza de encontrar a la enfermera Min-ji para deshacerme de ella antes de que pudiera hablar con vosotros, pero habéis ido a ver al comandante Chae y lo habéis puesto en mi contra.

—Nos has seguido hasta aquí y… ¿has matado a la dueña de la casa? —Volví a sentir pánico. Eo-jin aún no había regresado. Se me aflojaron las rodillas mientras seguía hablando con voz chillona—. ¿Dónde está el inspector Seo? ¿Qué has hecho con él?

—Tu amigo está muerto.

Un pitido empezó a sonar en mis oídos y fue aumentando de volumen hasta no dejarme oír nada más.

Tropecé hacia delante, deseosa de escapar de la cabaña, pero ella me agarró del brazo con fuerza. El dolor me atravesó al mover el

hombro herido de forma tan brusca. Apreté los dientes, la miré y vi que estaba acercando el cuchillo a mi espalda.

Solo pude pensar en una cosa.

«Eo-jin me necesita».

Mis manos se movieron solas. Ataqué con la daga hacia la mano que me sujetaba y la hoja atravesó carne, tanto suya como mía. Entonces, me solté.

Sentí el aire frío en la cara al salir apresuradamente de la cabaña. Solté un quejido cuando estuve a punto de tropezar con algo…, el cadáver ensangrentado de la viuda. Me obligué a seguir avanzando. Unas sombras emborronaron mi visión, pero todo se volvió nítido cuando llegué al último lugar donde había visto a Eo-jin: donde había apoyado la pequeña rama contra una vara de bambú. Un palo indicador.

Miré hacia atrás y vi que In-yeong me seguía con una espada en la mano manchada de sangre.

Pasé junto al indicador antes de internarme en el bosque, que parecía desprender un brillo azul grisáceo bajo el crepúsculo. El pánico amenazó con dejarme helada en el sitio. Inspiré hondo e intenté poner en práctica la lección que había aprendido en el Hyeminseo.

«Cuanto más urgente sea la situación, más calmados debemos estar», nos enseñó la enfermera Jeong-su.

Tras inspirar hondo de nuevo, inspeccioné a mi alrededor. No tenía sentido ir por un camino al azar. Tenía que encontrar el siguiente indicador. Tardé varios segundos en hallar otro palo, esta vez más largo, apoyado contra una piedra. Seguí por allí, corriendo y deteniéndome, hasta que localicé otro indicador junto a una pendiente elevada. Después ya no vi más referencias.

—Eo-jin —lo llamé al llegar al final del camino. Me atreví a alzar la voz mientras el bosque se cernía sobre mí—. ¡Eo-jin!

La calma se esfumó. Subí por la pendiente con rapidez, aunque parecía que se elevaba más y más. Las ramas me arañaron la cara, se me clavaron en los brazos y se me enredaron en la falda. Entonces me detuve abruptamente al ver que la tierra desaparecía bajo mis pies. Me quedé mirando la ladera, apenas visible entre las

sombras. Era una caída pronunciada con un montón de árboles sobresalientes. Una ráfaga de viento sopló desde abajo y meció las cañas de bambú en su ascenso. Me temblaron las rodillas, tropecé con una roca y aterricé en el trasero. Luego hundí las manos en la tierra húmeda. Las levanté para limpiarlas y me quedé helada: una estaba manchada de sangre.

—No, por favor —susurré.

Inspeccioné el suelo delante de mí. Un rastro de hojas manchadas de sangre y ramas llevaban al borde del precipicio. Me puse de pie y valoré si descender o no. Decidí no bajar, porque el bosque estaba cada vez más oscuro. Las sombras se expandían por el suelo, elevándose sobre los troncos, absorbiendo todo lo que tocaban. Si resbalaba, caería al vacío.

Me levanté la falda y empecé a correr deshaciendo el camino hasta que me ardieron los pulmones. Cuando llegué abajo, rodeé la pendiente y regresé al barranco, pero esta vez estaba en el fondo.

Vi a mis pies el sombrero de policía y un barboquejo de cuentas de color ámbar manchadas de sangre.

Se me encogió el corazón mientras caminaba entre las enormes cañas de bambú. De las ramas brotaban hojas brillantes y largas, tan densas que apenas me dejaban ver por dónde iba. El miedo se acrecentó en mi pecho al pensar que quizá había pasado junto a Eo-jin, pero finalmente las hojas se abrieron y vi una figura arrodillada, agachada en un riachuelo, temblando sin parar.

—¡Eo-jin!

Me precipité hacia delante y me incliné sobre él. Vi su cara llena de cortes y magulladuras mientras me observaba con miedo. El brazo derecho, con el codo roto, le colgaba inerte al costado, mientras que apretaba el otro contra el cuerpo. Le salía tanta sangre de la muñeca que ya tenía media túnica manchada.

—Hyeon-ah —me llamó, jadeando en busca de aire—. No deja de sangrar.

Me limpié el sudor de la frente.

—Déjeme ver.

Traté de parecer calmada mientras lo tumbaba bocarriba, lejos del riachuelo helado, pero el pánico acechó bajo mis dedos cuando le

desaté la túnica. Vi un profundo corte de espada desde la parte baja izquierda del abdomen hasta las costillas. La enfermera In-yeong debía de haberlo pillarlo desprevenido, lo atacó y lo empujó por la pendiente.

—¿Cómo nos ha encontrado? —Rasgué un trozo de tela de la falda y lo envolví con ella para intentar aplicarle tanta presión como pudiera en la herida. No pensaba dejar que se desangrase. Tenía que seguir hablándole para mantenerlo consciente y para no pensar en lo peor: huesos rotos, órganos dañados, infecciones letales…—. Ha debido de vigilarnos bastante tiempo.

No me oía. Me observaba con la mirada apagada y la mandíbula apretada mientras se sujetaba la herida vendada con una mano y empezaba a temblar con más fuerza. Tenía la piel húmeda y demasiado fría. «¿Qué hago?», pensé. Deseé contar con la ayuda de un maestro de medicina, o con mi mentora; cualquiera que supiera más que yo. No dejé de murmurar el nombre de Eo-jin. Lo único que pude hacer fue apoyar su cabeza en mi rodilla y verlo aovillarse de dolor.

«No sé qué más hacer. Por favor, que alguien me guíe. No sé qué hacer».

Entonces el bosque despertó.

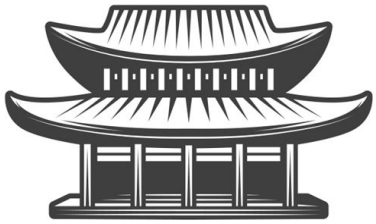
Las hojas se movieron y dejaron espacio a unos pasos que se acercaban.

—Gracias por guiarme hasta el inspector —dijo una voz femenina.

La enfermera In-yeong apareció de entre las sombras y se colocó bajo un haz de luz azulada, espada en mano. Parecía muy distinta de cuando la veía en palacio: frágil, como un hueso a punto de romperse.

—Esperaba que hubiera muerto desangrado —gruñó como un *gumiho.* Su mirada brillaba tanto como su espada—. Pero ahora debo acabar lo que he empezado. Quisisteis investigar juntos, y así moriréis: juntos.

19



Permanecí de rodillas, con un brazo alrededor de Eo-jin y la daga en la otra mano, como si eso fuese suficiente para protegerlo. Su cabeza seguía siendo un peso muerto sobre mi regazo. No se movía, y estaba demasiado asustada como para bajar la vista.

—¡Déjalo en paz! —grité, y mi voz desesperada resonó por el bosque vacío—. Por favor, ¡vete!

—Os habría dejado en paz a los dos si no hubieseis indagado hasta llegar a mi Jefatura de Policía. Ahora sabéis la verdad. Por eso buscabais al comandante Chae. —Se acercó—. No deberíais haber tratado de detenerme, ni siquiera mi hermano lo hizo cuando le di el anillo de su esposa, anunciándole su muerte. Él sabía, *sabía* que buscar venganza era mi derecho como hija. Es imposible vivir bajo el mismo cielo que el asesino de uno de tus padres.

Algo que Eo-jin me dijo una vez, de *El libro de los ritos* de Li Chi.

—¡Pero somos enfermeras! —grité con la voz cargada de emoción —. ¿No recuerdas las palabras de Sun Simiao que aparecían justo en la primera página de nuestra enciclopedia médica? «La humanidad es lo más preciado del universo». ¿Cómo… cómo has podido matar a todas esas mujeres? —Una cosa era sospechar de la enfermera Inyeong por la información que nos dio el comandante, y otra muy distinta tenerla cara a cara: nunca lo hubiera imaginado de ella, era la única que me parecía de fiar en un palacio lleno de espías—. No lo entiendo. ¿Cómo has podido hacerlo? Ahn-bi, A-ram y Kyung-hee…

solo eran testigos. No *podían* salvar a tu madre. Si hubiesen intentado evitarlo, ellas también habrían acabado muertas…

—¿Te crees mejor que yo? —susurró In-yeong con voz glacial—. ¿Crees que tú sabes lo que está bien y lo que está mal, y yo no? La mayoría de las personas piensan que no son capaces de asesinar… hasta que ocurre. Hasta que decapitan a tu madre. —Se le quebró la voz a causa del dolor—. A *tu madre,* la mujer que te dio a luz, la que te crio con amor y cariño. Hasta que te enteras de que tres mujeres crueles arrastraron su cuerpo, la desnudaron para no dejar pistas que señalasen a palacio y la abandonaron en algún lugar del monte Bugak. La dejaron allí olvidada para que se la comieran los animales.

Un frío glacial se extendió por mi pecho.

«La enfermera Kyung-hee no me contó eso». De pronto, aquella noche se abrió en mi mente como una tumba: vi las siluetas de tres mujeres arrastrando un cadáver decapitado hasta la montaña, dejándolo olvidado en un claro de difícil acceso.

—Entonces, y solo entonces, podrás saber si realmente eres mejor que yo. —La voz de In-yeong flaqueó mientras daba otro paso; ya solo estaba a escasa distancia del riachuelo que nos separaba—. Supongo que la enfermera Kyung-hee no te reveló esa parte. Ahn-bi tampoco a mi hermano. No dijo nada de eso hasta que la engañé para que saliera de palacio una noche. La amenacé con un escalpelo… solo para asustarla. Jamás tuve intención de hacerle daño. Pero entonces me contó toda la verdad, y yo… yo quise que *supiera* lo que era tener miedo. Quise que sintiera lo mismo que mi madre.

—Pero las aprendices y la profesora no merecían morir —susurré.

—Se interpusieron en mi camino —respondió—. Cuando Ahn-bi corrió hacia el Hyeminseo, la profesora salió y me vio la cara. Tuve que matarla. Las aprendices lo vieron y empezaron a gritar. Tuve que silenciarlas. Aunque me sentí culpable cuando las maté. Sentí en mis huesos el horror de lo que había hecho. Por eso odié más al príncipe, a un hombre sin remordimientos, pese a las atrocidades que ha cometido.

—Entonces, tú colgaste los volantes anónimos para que la gente sospechara de él y mataste a las otras dos testigos por ocultar el

cadáver de tu madre… —concluí despacio, tratando de ganar tiempo.

Se me cerró la garganta y el miedo creció en mi pecho al ver que la sangre de Eo-jin había traspasado la tela de mi falda. Si no lo sacaba de ahí inmediatamente, moriría. Miré alrededor, desesperada por encontrar una vía de escape, pero todas las rutas posibles terminaban en muerte. La daga que sostenía en la mano, por muy bien forjada que estuviera, era de escasa ayuda contra una mujer que había pasado nueve años perfeccionando su habilidad con la espada.

—Ni siquiera he podido *encontrar* su cuerpo —dijo In-yeong con una voz ronca. Estaba demasiado cerca. El agua del riachuelo empapaba el dobladillo de su falda—. Ni siquiera he podido celebrar un entierro en condiciones. De todas formas, no merece la pena vivir en este mundo, enfermera Hyeon.

Sostuve a Eo-jin entre mis brazos y, a pesar de saber que no podía huir con él a cuestas, traté de alejarme de la inminente figura de la enfermera In-yeong. Solo conseguí abrazar a Eo-jin con más fuerza. Con la cabeza gacha, deseé refugiarlo bajo mis costillas, junto a mi corazón, sin importarme lo que me pasara a mí.

«Prometí cuidarte. —Cerré los ojos con fuerza y traté de contener un aluvión de lágrimas—. Pero no sé cómo».

Entonces el viento sopló y volví a olerlo, aquel intenso aroma ácido que había olido en casa de la viuda. Levanté la cabeza un ápice y entonces lo reconocí. Sí, era olor a vómito.

—Será rápido para todos —susurró In-yeong. Un ruido espeluznante y metálico reverberó cuando desenvainó su espada, que refulgió bajo la luz de la luna—. Nuestro tiempo se acaba.

El olor seguía flotando a mi alrededor e In-yeong se encontraba muy cerca. Hubo un fogonazo en mi mente, en esa parte que se iluminaba cada vez que abría un texto médico o cuando me arrodillaba frente a un paciente. Siempre que jugaba al familiar juego de la deducción.

Escruté la figura alta de In-yeong de pies a cabeza. Parecía tener la piel un poco azulada, pero eso bien podría ser por la luz del anochecer. ¿Lo imaginaba o tenía las mejillas un poco hinchadas? Vi

cómo sujetaba la espada con más fuerza. Deslicé la mirada por su mano ensangrentada y después debajo de la manga, donde le vi algunos arañazos en el brazo. También tenía unas manchas blancas en la garganta y en los laterales de la cara, que normalmente llevaba maquillada con polvos *jibun.* Las había estado ocultando desde el día de la masacre del Hyeminseo.

—La perseverancia de los humanos a menudo me sorprende. —Inyeong colocó la hoja afilada en un lateral de mi cuello, donde el pulso era más evidente. Me estremecí ante la sensación del acero frío en la piel, pero obligué a mi mente a pasar más y más deprisa las páginas de todo lo que había aprendido—. Rara vez morimos en un instante. Pero si te quedas muy quieta, enfermera Hyeon, apenas notarás el dolor. Te lo prometo, un parpadeo y ya no estarás.

«Manchas. Como gotas de lluvia en un camino terrizo».

Mi mente se paralizó con un dedo imaginario sobre una página.

Eché la cabeza hacia atrás despacio y miré a In-yeong. Podría equivocarme. Probablemente me equivocaba. Aun así, las manchas estaban ahí. Y mientras repasaba los síntomas y las señales, la verdad me iluminó.

—Espera… —susurré—. Sabes lo que te pasa, ¿verdad? —Agarró la espada con más fuerza y su expresión flaqueó muy ligeramente—. Ambas somos *uinyeo,* nos han entrenado para detectar los síntomas de la muerte. —Me atreví a colocar una mano entre mi garganta y la hoja, pero In-yeong no se movió—. Te han envenenado, ¿verdad?

—Debería matarte —espetó con brusquedad. Separó la espada un poco, amenazando con cortarme los dedos y la garganta—. Lo haré como digas una palabra más.

—¿Quién? —insistí—. ¿Quién te ha envenenado?

Un silencio eterno se instaló entre nosotras, tan denso que incluso cubrió el suelo rocoso. Los últimos rayos del sol desaparecieron. La oscuridad envolvió el bosque y solo dejó a la vista algunas cosas: los troncos de árbol iluminados por la luz de la luna; el rostro contorsionado de In-yeong; su espada, todavía en alto y lista para golpearme.

—Te he mentido. —Su voz se quebró y se le escapó una risotada temblorosa—. Mi hermano intentó detenerme. Me lo suplicó después

del primer asesinato. Pero somos familia y no tuvo coraje suficiente para entregarme, así que me envenenó.

Sus palabras me atravesaron. El sanador Khun, su propio hermano, era su asesino. Había amado con todo su corazón a Ahn-bi, a una chica atenazada por el miedo de revelar lo que había visto.

—Con suerte, te quedan unos pocos días de vida —dije en voz baja—. Vas a dedicar tus últimos instantes a asesinar a las dos únicas personas que pueden ayudarte a hacer justicia para tu madre. Vas a dejar que utilicen a una enfermera inocente como chivo expiatorio del príncipe heredero. Tal vez seas más fuerte que yo, pero no tanto como para hacer daño al príncipe. No en tu estado. Tu furia no es suficiente. —Aguardé, clavando la mirada en sus ojos ardientes de ira. Luego añadí—: Pero podría bastar… para prender una llama. No eres la única que ha perdido a un ser querido. El príncipe Jang-heon mató al padre del inspector Seo.

Su espada flaqueó.

—¿A su padre?

Apreté los dientes en un intento por parecer firme y decidida.

—El padre del inspector era un investigador real secreto que enviaron a la provincia de Pyongan, donde el príncipe Jang-heon llevó la… la cabeza de tu madre. El príncipe asesinó a su padre y a otra persona del pueblo. El inspector me ha dicho que si el rey no lo escucha, informará a la facción de la Doctrina Antigua de las fechorías del príncipe. Y si quieres justicia para tu madre, tienes que vivir el tiempo suficiente para testificar.

Contuve el aliento y me tensé para evitar el temblor violento de mi cuerpo. Pasé una mano por el rostro de Eo-jin y coloqué los dedos en su cuello para buscarle el pulso. Lo noté, pero muy levemente, como un susurro de despedida. Un dolor abrasador me atravesó el pecho.

—¡Decídete! —gruñí sin miedo y rebosante de ira—. Si quieres ver a tu madre en el más allá sin remordimientos, tienes que dejar que el inspector Seo viva. Si no, todos estaremos sentenciados y el príncipe seguirá asesinando, y un día será rey. Intocable.

El metal resonó sobre las rocas. In-yeong había soltado la espada. Su mano cayó flácida a su costado.

—Pensé que, tal vez, cuando todos estuvieran muertos, el dolor cesaría un poco… Mi madre fue la única que me quiso. Siempre me decía lo mucho que me quería desde que nací, y sigo pensando que nadie me ha querido tanto como ella.

Apenas la oía. Desaté la cuerda que Eo-jin llevaba en la cintura rápidamente, la que sabía que llevaban los oficiales para arrestar a los culpables.

—Dame tu muñeca —dije con desesperación. Cada segundo que pasaba era un segundo en el que podría cambiar de parecer—. Si quieres justicia, tienes que entregarte.

—Lo haré —repuso, y luego hizo una pausa—. Lo haré, pero tengo una petición.

—¿Cuál? —pregunté. «Haré lo que sea».

La silueta de In-yeong se movió y luego oí el crujido de un papel.

—Tengo una carta antigua de mi madre. La he llevado siempre conmigo, desde que entré en palacio. ¿La enterrarás conmigo?

—Sí.

La luna sobre nosotros no brillaba tanto, era como una calavera rota colgando del cielo, pero iluminaba lo suficiente como para distinguir la forma de un papel plegado. En cuanto lo cogí, aparté a Eo-jin con cuidado y me puse de pie para envolver las muñecas de In-yeong lo mejor que pude. Recogí su espada y la guie con prudencia hacia un árbol, donde la até.

—Si no vivo lo suficiente, mi hermano testificará por mí —dijo con voz más calmada, observándome—. Dile que su hermana mayor le da permiso.

Oculté la espada y me apresuré a volver junto Eo-jin para abrazarlo de nuevo. Recordé la pregunta que había estado haciéndose desde el comienzo de la investigación y miré por encima del hombro.

—¿Por qué sigue viva la enfermera Min-ji? ¿Cómo escapó de la masacre? —pregunté.

—Gritó «eomma» —respondió In-yeong tras una pausa tensa—. Cuando estaba a punto de matarla, eso fue lo que dijo. «Mamá».

Me juré que le contaría a Eo-jin todo esto, pero primero me aseguraría de que sobreviviera.

Con cuidado, le di la vuelta para colocarlo bocabajo, deslicé los brazos por debajo de sus hombros y apreté los dientes mientras tiraba de él para ponerlo de rodillas. Luego lo tumbé sobre mi espalda, donde percibí los débiles latidos de su corazón. Me incliné hacia delante por el peso muerto. Me dolía horrores el hombro y los huesos de las piernas amenazaron con partirse cuando, a duras penas, logré ponerme de pie.

Con cada paso que daba, temía caerme al suelo, pero sentía los ojos atormentados de In-yeong en la espalda.

Los brazos de Eo-jin caían flácidos a mis costados, balanceándose con mi paso irregular. Se le aflojaron unos cuantos mechones oscuros del moño que me rozaron los laterales de la cara y el cuello. Me aterrorizaba lo inmóvil que estaba, tanto que apenas era capaz de sentir el agotamiento acumulado. Miré desesperada la oscura silueta de la ladera que había recorrido antes. La seguí desde abajo hasta llegar a donde el camino y la cuesta ascendente se encontraban, y ahí vi el indicador de Eo-jin.

Mientras seguía el camino que había indicado, examinaba los alrededores iluminados por la luz de la luna en busca de plantas útiles. El bosque siempre era una fuente de medicinas, sobre todo entonces, ya que la primavera había llegado pronto. Un arbusto a lo lejos llamó mi atención. Me detuve a inspeccionarlo con el pie, jadeando en busca de aire mientras el sudor se me metía en los ojos y me temblaban los brazos bajo el peso de Eo-jin. La luz de la luna caía sobre unas flores amarillas y unas bolitas rojas y puntiagudas de *baemddalgi.*

—Hyeon-ah.

Al principio creí que se trataba de un truco del viento, pero entonces oí su voz otra vez, ronca y grave.

—Hyeon-ah. —Mi corazón dio un vuelco, tanto de dolor como de alegría—. Déjame aquí —susurró.

—¿No me conoce, *nauri?* Soy Baek-hyeon. —Parpadeé para quitarme el sudor de los ojos. Reuniendo las últimas fuerzas que me quedaban, lo aupé en mi espalda y continué el camino. Regresaría a por la planta más tarde—. Cuando me propongo algo, no paro hasta

terminarlo. —Mi voz flaqueó ante la idea de perderlo—. Sobreviva, por favor. No me abandone.



Siete años de estudio deberían haberme preparado para este momento.

Aun así, nunca había salvado la vida de nadie. Había ayudado, pero jamás lo había hecho sola. Mientras usaba los últimos vestigios de mi fuerza para tumbar a Eo-jin en el suelo de la cabaña vacía, una fuerza que ignoraba tener, comprendí que no había tiempo para ir a buscar un médico.

Cerré los ojos a pesar del temblor que empezaba a recorrerme el cuerpo y recordé lo que siempre hacía en el Hyeminseo cuando se oían órdenes desesperadas por doquier y las enfermeras salían corriendo como pollos sin cabeza mientras el paciente se debatía entre la vida y la muerte.

«La mano firme y tranquila», me recordaba siempre la enfermera Jeong-su. «Y la mente también firme y tranquila».

Sus palabras me tranquilizaron.

Cubrí el cuerpo helado de Eo-jin con todas las mantas que pude encontrar y acto seguido salí a toda prisa a recoger los ingredientes medicinales. Cuando volví a la cabaña, separé las hojas del arbusto *baemddalgi* y sus flores amarillas en dos montones delante de mí para organizar mis pensamientos.

La cataplasma. Eso haría primero.

Cogí un cuenco de la cocina y lo usé para triturar las hojas. Luego apliqué la plasta suave y húmeda sobre la herida de Eo-jin sin quitarle el trozo de tela de mi falda que ayudaba a coagular la sangre. Saqué las vendas de mi saco de viaje y usé varias para cubrirle el pecho y el abdomen.

A continuación, le moví el brazo derecho, donde el hueso se había salido en un ángulo extraño. Lo coloqué en su sitio y me encogí a la vez que él torcía el gesto de dolor. Luego unté una buena cantidad de cataplasma sobre la venda restante y le envolví el brazo con ella.

Mientras tanto, un pensamiento persistente me rondaba la cabeza: tal vez su brazo derecho no se recuperase por completo.

Volví a la cocina y dejé que la plasta se filtrara en sus heridas. Coloqué una pequeña olla negra en un hornillo encendido de antemano, vertí agua y agregué las flores *baemddalgi.* Una vez el brebaje se enfrió, lo serví en un cuenco y conseguí que Eo-jin lo tragara. Con suerte, eso ayudaría a la circulación de la sangre y aceleraría el proceso sanador de su cuerpo.

Cuando acabé, tras haber usado todo mi conocimiento, me derrumbé frente a Eo-jin, temblando y sin energía. Solo estábamos nosotros dos en esa cabaña y, aun así, el recuerdo de la enfermera In-yeong seguía atormentándome, como si estuviera sentada justo detrás de mí entre las sombras. «Recuerda tu promesa», casi podía oírla decir desde el bosque.

Estaba demasiado cansada para llorar o pensar en mi porvenir. Más tarde tendría que cabalgar hasta la Jefatura de Policía para pedir ayuda. Esperaba que la enfermera In-yeong siguiera atada al árbol y no se hubiese escapado para entonces. Luego tendría que buscar un médico experto para que suturara la herida abierta del inspector. Y también tendría que pensar en lo que nos esperaba en la capital.

Pero, en ese momento, guardé la carta y me acurruqué junto a Eo-jin. Llevé tres dedos a los tres puntos clave de su muñeca para tomarle el pulso. *Chon, gwan* y *cheok.* Me asustaba demasiado mantener los ojos abiertos, así que los cerré y oí a través de la punta de mis dedos los tres hilos de sus latidos, susurros que contaban una historia única.

Era la historia de nuestra frágil existencia y nuestra determinación por sobrevivir.

Una historia de dolores secretos y del amor que anhelamos.

Así eran todas las vidas, y me provocó un gran dolor sentir lo valiosas que eran mientras una se apagaba bajo mis dedos. Se desvanecía igual que el pulso de las víctimas asesinadas, cuyas frías muñecas había tocado. Habían muerto demasiados inocentes; sus vidas segadas en un rápido destello, consumidas por la rabia de otra persona.

Y me juré: «Jamás las olvides, Hyeon-ah. Nunca las olvides».

Cerré los ojos con fuerza y recé para que el pulso de Eo-jin no se detuviera.

Recé para que no se convirtiera en otra persona más que recordar.

EPÍLOGO



La noticia de los crímenes del príncipe Jang-heon y la enfermera Inyeong inevitablemente llegó a palacio. Entonces, ya había pasado una semana desde que regresamos de Gwangju y dos días desde que la enfermera In-yeong confesó y la declararon culpable. Falleció el día anterior a su ejecución.

Después de su muerte, y aún con Eo-jin en estado crítico, los miembros de la facción de la Doctrina Antigua me convocaron a palacio para testificar contra el príncipe heredero. En ese momento, arrodillada en el patio frente al rey Yeong-jo, detallándole todo lo que había descubierto ayudando al inspector, me sentí como al borde de la muerte. La verdad podía confundirse muy fácilmente con la difamación, y difamar al príncipe suponía la muerte. Sin embargo, Su Majestad mostró una clemencia inconmensurable; me consideró una súbdita leal por contar lo que los demás en palacio habían ocultado.

Esa noche, mientras salía de la capital, me pregunté qué futuro le depararía al príncipe heredero y si la enfermera In-yeong y su madre encontrarían por fin el descanso eterno o si sus espíritus vagarían para siempre por el reino con *han:* tristeza, resentimiento, aflicción e ira profundos. De momento, solo sabía que había intentado cumplir mi promesa con todas mis fuerzas.

Me detuve en el camino en el que la enfermera In-yeong estaba enterrada. Por primera vez desde su petición, desdoblé la carta arrugada para leerla antes de enterrarla con ella. Levanté el papel al trasluz y fruncí el ceño al darme cuenta de lo familiar que me resultaba la letra. Tardé solo un instante en adivinar por qué: era la letra original que In-yeong había tratado de imitar en el volante anónimo que colgó por la ciudad.

In-yeong:

Me alegro de leer que todo te va bien. Si mi hija está bien, yo también.

Te mando mi amor y un paquete con algodón de la mejor calidad, envuelto y atado con cuerda. Te visitaré durante el festival de Chuseok. Dejo de escribirte ya, aunque tengo muchas cosas que decirte.

Eomma, vigesimoquinto día de la quinta luna.

Solté aire y sentí las palabras tan pesadas como una bola de hierro en el pecho. Era una carta común y corriente de una madre a su hija, pero caí en la cuenta del valor que eso tenía cuando lo perdías, cuando te arrebatan a tu madre y permiten que se descomponga en las montañas, como le ocurrió a la de In-yeong.

No debería haber muerto.

—Os deseo a ambas una mejor vida en el más allá —susurré mientras cavaba un pequeño agujero e introducía la carta. La cubrí de tierra y permanecí inmóvil con la misma sensación de pesadez en el pecho.

El único consuelo que tenía era imaginarme lo que les depararía la vida. Quizá, cuando In-yeong abriese los ojos, se vería a sí misma de niña otra vez, descansando en los brazos de su madre, una madre

que le sonreiría con calidez y la arrullaría. Vivirían y envejecerían juntas, y esta vez —por favor— elegirían un camino distinto.

Un camino lejos de palacio.



Ni Eo-jin ni yo asistimos al Festival de los Faroles de Loto. Él se había trasladado a la provincia montañosa de Gangwon por recomendación de su tío, preocupado, y de su doctor. Esperaban que la naturaleza fuese la medicina que lo ayudase a sanar. En cuanto a mí, no fui porque sabía que los farolillos destacarían más su ausencia.

Consiguió escribirme una carta con una letra prácticamente ilegible que solo decía: «Espérame».

No respondí porque no sabía qué decir. En cambio, aguardaba cada día recibir las noticias de Ji-eun en casa de la enfermera Jeongsu. Ahora me alojaba con ella y la ayudaba siempre que podía, porque aún le costaba caminar. Como perdimos la casa, me invitó a vivir con ella. Mi padre no cambió de opinión sobre desahuciarnos, ni siquiera después de que el caso se resolviera. Eso sí, mi madre parecía bastante contenta sin él y había empezado una nueva vida de sirvienta en una posada. La dueña, la señora Song, era una antigua amiga suya, otra *gisaeng* retirada como ella.

—¿No se sabe nada todavía? —preguntó mi madre cuando la visité—. ¿El inspector no te dijo cuándo volvería?

—No —respondí.

Estábamos sentadas en una tarima elevada en el patio de la posada, junto a la cocina. Había cestas de hortalizas que mi madre había cortado y apilado, y seguía troceando. Chop, chop, chop. Trabajaba despacio, con cuidado; aún era novata en el puesto. Tenía el ceño fruncido en un gesto de concentración, pero su rostro brillaba y rebosaba fuerza. Su cabello suelto ondeaba en la brisa.

Verla así, sin estar atrapada en una jaula como consecuencia de sus actos, me agradaba. Cada vez que la visitaba parecía más relajada, tanto conmigo como consigo misma, y también parecía preocuparse más. «¿Por qué no has comido todavía?», me

reprochaba antes de soltarme un largo sermón sobre la importancia de comer tres veces al día. Después, durante la siguiente visita, se preocupaba por otra cosa. Ese día tocaba el inspector.

—¿Qué pasará cuando el *jongsagwan* regrese? —inquirió, mirándome—. La investigación ha terminado. Las cosas ya no serán como antes.

Estiré el brazo para agarrar una cabeza de ajo y retiré las capas finas intentando no molestarme por sus palabras. A veces mi madre me frustraba con sus preguntas, pero, extrañamente, prefería eso al silencio tenso y formal con el que había crecido.

Suspiró.

—Es que… no quiero verte dolida ni decepcionada.

Le di vueltas a sus palabras durante un momento.

—Da igual lo que pase, la vida sigue, ¿no? —«La suya lo ha hecho, madre»—. Estaré bien, *eomonni.* Además, últimamente apenas pienso en él.

Mi madre arqueó una ceja.

—Pero esperas recibir noticias de Ji-eun todos los días.

—Solo por curiosidad, para ver cómo le va —respondí con vehemencia—. Ya lo ha dicho usted antes, la investigación ha terminado y han pasado meses. Seguro que ha seguido adelante. Yo lo he hecho y estoy *bien.*

—No lo pareces. ¿Por qué no le escribes? —sugirió—. ¿No es eso lo que Ji-eun te pide que hagas…?

—No lo haré —contesté, y la verdad me quemó por dentro; había reunido el valor para escribirle una vez, pero rompí la carta en pedazos por temor a que Eo-jin me hubiera olvidado. Aunque también temía seguir importándole—. No pienso ir detrás de ningún hombre.

Mi madre sacudió la cabeza y chasqueó la lengua al tiempo que reanudaba su trabajo.

—No echo nada de menos mi juventud —murmuró—. Días caóticos por conflictos innecesarios…

—*Ajumma.* —Una sirvienta joven se acercó a mi madre corriendo y señaló discretamente su espalda—. Hay un desconocido esperando junto a la cerca. Lleva observándola mucho tiempo.

Miré por encima de las brillantes cazuelas marrones y la cerca de maleza y distinguí a mi padre junto a un árbol. Mi madre se levantó al instante y, mientras se alejaba, la oí murmurar que no quería volver a verle la cara. Observé al hombre que me había atormentado rodear la valla con vacilación y entrar por la puerta del patio trasero.

El día que me convocaron a palacio, detallé lo que habíamos averiguado en nuestra investigación, incluyendo el dato de que mi padre era la coartada del príncipe Jang-heon. El rey despojó a mi padre de su título como castigo por ocultar pruebas relevantes. El hombre llevaba semanas yendo cada día a la puerta de palacio, donde esperaba que el rey ordenase su ejecución o su exilio, y aguardaba bajo la lluvia, el sol y el viento.

—Hyeon-ah.

En ese momento se encontraba frente a mí, con el sombrero de caballero torcido y la túnica mugrienta. No distaba de un plebeyo cualquiera. Se sentó en la tarima tan lejos de mí que otros tres hombres podrían haberse sentado entre nosotros.

—Hyeon-ah —repitió con cierto temblor en la voz—. El rey ha tenido la bondad de readmitirme. Ha dicho que se debe a ti. ¿Qué has hecho?

Pelé la cabeza del ajo.

—El rey me ofreció una recompensa por contar la verdad —respondí con sinceridad, mirándolo. Tenía el ceño fruncido y su rostro pálido se había vuelto más blanco aún—. Así que le pedí a Su Majestad que fuera benevolente con usted.

—Pero pudiste pedir cualquier cosa —dijo mi padre contemplándome, como queriendo descubrir algún plan oculto tras mis palabras—. Podrías haber reclamado la admisión en tu antiguo puesto. ¿Por qué pediste que me devolvieran el mío?

Lo contemplé en silencio. Era el hombre que siempre me había recordado lo que nunca tendría: un padre cariñoso. Hacía tiempo que se había roto la armonía entre nosotros, y me di cuenta de que seguir aferrándome a él solo conseguiría transformar ese sentimiento en odio. Me distorsionaría.

Al final, respondí.

—Porque ese día decidí que sería su hija por última vez.

Sus ojos mostraron derrota y arrepentimiento. Intentó enderezar el sombrero.

—Supongo que te debo una disculpa. Lo… lo siento —susurró.

Se me humedecieron los ojos; tenía la garganta tan irritada que no podía ni hablar. Su disculpa llegaba muy tarde. Muchísimo.

—Hyeon-ah… —Su voz adquirió un tono angustiado y urgente. Entonces, como si lo hubiese comprendido por fin, cerró los ojos un momento y susurró—: Enfermera Hyeon. —Tragó saliva y me miró con calma—. Cuando precise de consejo médico, ¿puedo ir a visitarte? Mi salud ya no es la misma…

Reprimí toda emoción y asentí ligeramente. Había roto mi vínculo con él como padre e hija…, pero tal vez podríamos tener otro como *uinyeo* y paciente.

Permanecimos sentados un buen rato sin hablar. Desvié la mirada hacia el cielo. El dolor en mi pecho remitió; aquella punzada había desaparecido.

Con eso bastaba. Bastaría.



Octubre llegó con el esplendor de los arces rojos y los *ginkgos* de un amarillo vívido. Habían pasado ocho meses desde la masacre del Hyeminseo, bastante tiempo como para sanar la herida abierta por la violencia, o para que, al menos, se hubiese cerrado y estuviese rosada y ligeramente sensible al tacto.

El sanador Khun apenas sobrevivió a una ronda de latigazos, su castigo por haberse casado con una dama de la corte, y ahora trabajaba en una botica, en la isla penal de Jeju. La señora Mun perdió el favor del rey, aunque permanecía en palacio. El comandante Song continuaba en su puesto en la Jefatura y seguía aterrorizando a los débiles, a pesar de los crecientes rumores de que Su Majestad planeaba reemplazarlo. La enfermera Jeong-su había vuelto a su puesto de mentora, y Min-ji regresó a sus estudios de enfermera. En cuanto a Ji-eun, dimitió en palacio para trabajar conmigo en el Hyeminseo.

La vida casi parecía seguir con normalidad otra vez.

Paseaba por el mercado y me detuve delante de un espejo de bronce, colocado para que los clientes se vieran cuando se probaban los adornos en el pelo. Me incliné hacia delante y enderecé la *garima* negra en mi cabeza. El algodón ya no me parecía tan pesado. Lo sentía como lo que tenía que ser: un trozo largo de tela negra, lo suficientemente liviana como para que el viento la hiciese ondear por detrás.

Había aprendido que algunos sueños estaban destinados a desvanecerse y que dejarlos ir no significaba rendirse, sino liberarse de la vida que se había deseado antes. Al principio, perder mi sueño me entristeció, pero mientras se desvanecía —lenta, muy lentamente — otro emergió. Un sueño más tranquilo, menos desesperado, apaciguado por las cenizas de aquellos que habían perecido en la masacre; pero también un sueño que llenaba mi mundo de tonos más profundos y brillantes, de aromas más ricos y momentos de alegría mucho más cálidos.

Me alejé del puesto y, mientras caminaba, abrí un libro cosido con cinco puntadas y repasé el texto que pensaba explicar a un grupo de alumnas que me habían suplicado que les enseñase. Había terminado de repasar con ellas *El gran saber* y ahora estábamos inmersas en los textos médicos con títulos tan difíciles como su contenido: *Injaejikjimaek, Tonginch´imhyŏlch´imgugyŏng, Kagamsipsambang, T´aepyŏnghyeminhwajegukbang* y el *Puinmunsansŏ.*[1] El último, que llevaba varios días repasando, era el que explicaría aquel día. Como me dijo la enfermera Jeong-su, una buena maestra debe enseñar de forma precisa y con el corazón para que una alumna se convierta en una verdadera *uinyeo.*

Pasé la página y me detuve. Levanté la vista del texto a la Jefatura de Policía. Con el paso de los meses, me había acostumbrado a mirarla siempre que pasaba por allí. Cuando iba a bajar los ojos al texto otra vez, algo me dejó paralizada. Me habría imaginado aquel destello de seda azul.

Volví a alzar la mirada.

Allí, al otro lado de la carretera ancha, había un joven en un círculo de oficiales. Parecía animado y sano; su piel contrastaba con el color oscuro de sus cejas. Al ver a Eo-jin, los recuerdos me asaltaron, vívidos e intermitentes. Nuestras promesas susurradas entre las paredes de papel de la posada. Nuestras largas noches de debates y preguntas incesantes. El beso en la mejilla. Los latidos cada vez más débiles de su corazón contra mi espalda mientras lo acarreaba a cuestas por el bosque.

Fui incapaz de moverme. Lo miré fijamente mientras la gente pasaba junto a mí: ganaderos con ponis tirando de carretas; nobles con sombreros negros y túnicas sueltas; y damas jóvenes, ocultas bajo los velos *jangot*.[2] Cuando Eo-jin soltó una carcajada, sentí un dolor en el pecho y se me humedecieron los ojos. En cierto modo, estaba convencida de que era una alucinación… hasta que miró hacia mí y la sonrisa desapareció.

Me di la vuelta al momento y me alejé deprisa con los dedos congelados. Ni siquiera sabía bien por qué sentía tanto miedo.

—Hyeon-ah.

Eo-jin me había seguido al otro lado de la carretera y caminaba al mismo paso que yo, sin dejar de mirarme. Se acercó a mí, trayendo consigo el olor a pino y a las montañas. Su mirada me envolvió igual que los bosques ocultan las sombrías laderas y precipicios.

—¿Adónde vas tan deprisa? —preguntó con indecisión.

—Al Hyeminseo. —Notaba la garganta seca—. Trabajo allí.

—Te acompaño —dijo tras un momento de vacilación.

Sentía su mirada titubeante mientras caminábamos por la calle Jongno, antes de girar a la derecha en el cruce. «¿En qué piensa? —quise preguntarle—. ¿Qué ha cambiado entre nosotros? ¿O no ha cambiado nada?». Pero me sobrevino una timidez repentina y, en lugar de eso, solo murmuré:

—¿Qué tal el brazo?

—No ha sanado del todo —contestó. Entonces me di cuenta de que no llevaba la espada en la cintura. Antes siempre lo hacía—. Tengo cierta rigidez en el codo y apenas siento la mano derecha. —Volvió a mirarme—. Te escribí varias cartas, pero la letra era

demasiado ilegible para enviarlas y no quería dictárselas a un sirviente. Siento haberte hecho esperar…

Vi en su mirada lo que realmente quería decir: «¿Por qué no me has escrito tú?».

Sacudí la cabeza.

—No hace falta que se disculpe. Seguro que tardó un tiempo en recobrar las fuerzas. Estaba herido de gravedad —solté.

Le palpitó un músculo de la mandíbula.

—Supongo —asintió con el mismo tono de voz que yo. Estiró el brazo derecho y se quedó observando su mano—. Espero que la rigidez desaparezca con el tiempo o seré el único inspector del reino incapaz de empuñar una espada.

—No siempre se necesita una espada para descubrir la verdad.

—Como tú —susurró.

Lo miré y parpadeé.

—¿Como yo?

—Aquel día en el bosque —dijo. Me tensé ante el recuerdo—. No empuñaste ningún arma contra la enfermera In-yeong. Tenía tanto miedo de que te matase delante de mí. Pero conseguiste que bajara la espada.

Ralentizamos el paso cuando llegamos a la puerta trasera del Hyeminseo, cerca de donde me había ayudado a trepar para huir hacía más de medio año. Eo-jin parecía acordarse de aquel día también. Miró hacia el muro como si me imaginase allí, o más bien a la Hyeon de aquel día, colgada y susurrándole: «Dudo mucho que nuestros caminos vuelvan a cruzarse».

—Creo que la primera vez que te vi aún no sabía lo sorprendente que llegarías a ser —confesó en voz baja, mirándome.

No añadió nada más. Su mirada me escrutaba, a la espera, y por un momento el miedo se abrió paso en mi pecho. No quería que se fuera, pero me asustaba lo que podría pasar si se quedaba. El reino estaba lleno de mujeres jóvenes con muchísimo más que ofrecer que yo. Más hermosas, más respetuosas, más encantadoras. Mi padre siempre había querido ese «más»; mi madre nunca le bastó. Ese era mi mayor temor, que Eo-jin decidiera quedarse y más adelante se diese cuenta de que yo no era suficiente.

—Debería irme —dije con el corazón en un puño.

—¿Te veré luego?

—Puede —respondí.

Su expresión decayó.

—¿Puede?

Me mordí el labio inferior con nerviosismo e imaginé los días venideros. Me despediría de él y prometería volverlo a ver. Después, lo evitaría durante semanas, que se transformarían en meses. La distancia se acrecentaría y cortaría los lazos antes de hacerme daño. Tomaríamos caminos separados y años más tarde lo vería caminando por la calle y me preguntaría: «¿Por qué tuviste tanto miedo, Hyeon?».

Pues sí, ¿por qué tenía tanto miedo?

—Han pasado muchas cosas desde que nos conocimos —murmuré—. Resolvimos juntos una serie de asesinatos y una conspiración palaciega. Nos enfrentamos a la incertidumbre y pusimos nuestras vidas en juego. Han pasado tantas cosas… —Me callé al darme cuenta de algo: había vivido demasiadas experiencias para tener miedo. Daba igual lo que me deparase el futuro, tenía que confiar en que Eojin me cuidaría como yo a él.

Al ver mi ceño fruncido, Eo-jin debió de malinterpretar mi silencio.

—Lo sé, han pasado demasiadas cosas, pero yo sigo siendo el mismo, y pensaba que tú me esperarías. Había tenido la esperanza de… —Su voz se tornó ronca. Se pasó una mano por la cara, por aquel rostro atractivo tan familiar para mí—. No, no importa. Entiendo… —Se tensó y me dio la espalda, como haciendo amago de marcharse.

—Eo-jin. —Estiré el brazo para detenerlo y lo agarré de la muñeca con suavidad. Él sintió mi mano y se quedó muy quieto—. Hemos superado muchas cosas juntos. No me abandonaste en el pasado. No lo hagas ahora.

Sentí su pulso en los dedos, tan rápido como los latidos de mi corazón. Se giró lentamente para mirarme con las mejillas sonrosadas y una timidez que jamás había visto en sus ojos.

—No lo haré —repuso con apenas un hilo de voz—. No importa lo que pase, jamás te abandonaré.

Estiró el brazo para agarrarme la mano y, mientras nuestros dedos se entrelazaban, pensé que el amor no era como temía. Suponía que era un incendio que lo arrasaba todo a su paso, pero me pareció tan normal y extraordinario como despertarme por las mañanas.

—El pabellón Segeomjeong —dijo en voz baja—. Espérame allí después del trabajo. Tengo muchas cosas que contarte.

Asentí plena y con el corazón a punto de estallar al ver que se acercaba a mí. Pestañeó y, con las orejas enrojecidas, inclinó la cabeza y me dio un suave beso en la mejilla.

—Eres la única. —Sus palabras fueron como una caricia que envolvió mi alma—. Siempre serás la única. Te lo prometo, Hyeon-ah.

Me puse de puntillas, le envolví con los brazos el cuello y el libro que llevaba quedó colgando en su espalda antes de acercar mis labios a los suyos. Al principio se asombró, pero después sonrió y casi pude oír sus pensamientos: «Siempre me sorprendes».

Yo también sonreí. «Lo sé».

Cuando por fin nos separamos, nos quedamos mirándonos a los ojos, medio aturdidos y desconcertados por haber roto el protocolo a plena luz del día.

—Ahora sí que debo irme —susurré.

Él siguió sin moverse. Solo me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí, parece que te necesitan.

Juntos, echamos un vistazo a la calle estrecha que rodeaba el Hyeminseo. Había una fila de plebeyos enfermos colapsando la entrada a la espera de que abrieran las puertas. Me sorprendía que nadie nos hubiera visto.

Le dediqué a Eo-jin una última mirada y sostuve su mano un instante más antes de entrar por la puerta trasera.

Sujeté el libro de medicina bajo el brazo y, con el rostro sonrojado, me dirigí al pabellón principal, donde los médicos y las enfermeras estaban reunidos a la espera de recibir sus tareas.

—Llegas tarde —dijo una voz conocida. Era la enfermera Jeong-su, que ahora estaba a cargo de las *uinyeo.* Me observó con

atención mientras subía los escalones de piedra y llegaba a la terraza con vistas al patio enorme y a la puerta principal—. Jamás habías llegado tarde.

—Me he distraído, *uinyeo-nim* —dije sin aliento mientras me colocaba junto a Ji-eun.

—Me alegro. —Tras hacer una pausa, la enfermera Jeong-su curvó los labios en una sonrisa. Apoyó su peso en un bastón de bambú, que el *baekjeong* al que había protegido le había hecho y uno de sus hijos le había traído—. Desde que eras estudiante me preocupaba que intentases sobresalir demasiado. Me alegro de verte llegar tarde y aturullada. Casi pareces distinta.

—Tal vez se deba a que he madurado un poco desde entonces —murmuré para que solo ella me oyera. La sonrisa de mi mentora se ensanchó y los sirvientes abrieron la puerta principal a una multitud de pacientes quejumbrosos.

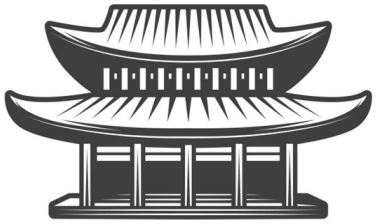
Junté las manos y enderecé la espalda, con el corazón tan desbordante de alegría como el sol matutino.

—Se han abierto las puertas, *uinyeo-nim.* Nuestro día comienza.

1 Los cinco libros que debían estudiar las mujeres que se dedicaban a la medicina, promulgado durante el reinado del rey Song-jong. *(N. de las T.)*

2 Tipo de po (vestimenta coreana) usado por las mujeres como tocado o velo para cubrirse la cara. *(N. de las T.)*

NOTA DE LA AUTORA



El palacio rojo está ligeramente basado en la vida y muerte del príncipe heredero Jang-heon, también conocido como el príncipe Sado, un personaje histórico que me ha fascinado durante mucho tiempo. Cuando por fin me armé de valor para escribir sobre él, intenté no desviarme mucho de la verdadera historia. Estudié su vida todo lo que pude y asistí a todas las conferencias de historiadores coreanos que encontré. Pero incluso entonces fui consciente de mis limitaciones, tanto por la diáspora coreana como por ser una autora de ficción, así que el propósito de este libro no es ofrecer un relato basado exclusivamente en los hechos reales. Por ejemplo, el asesinato de la enfermera Hyo-ok es ficticio, aunque está inspirado en el primer caso documentado de homicidio del príncipe heredero, en el que asesinó y decapitó al eunuco Kim Han-chae, en 1757. Mi propósito al escribir este libro fue narrar una historia ficticia siendo lo más fiel posible a la historia verdadera.

En realidad, vida del príncipe heredero Jang-heon fue muy triste.

Para ofrecer algo de contexto, la historia del príncipe Sado se recuerda como una de las mayores tragedias de la dinastía Joseon (1392-1910). Un día caluroso de verano, cuando el príncipe heredero Jang-heon tenía veintisiete años, lo obligaron a meterse en un cofre de arroz que luego su padre mandó cerrar. Lo dejaron allí hasta que murió de inanición ocho días más tarde.

Con este método de ejecución, el rey intentó eludir la ley que prohibía dañar a un miembro de la familia real, ya que la práctica

común de castigo comunitario en aquel momento habría puesto en peligro la vida del hijo del príncipe, el único heredero directo al trono.

La razón que llevó a este suceso trágico sigue siendo fuente de controversia. Hay dos teorías; la más antigua sugiere que el príncipe heredero sufría varias enfermedades mentales severas que se agravaron hasta que se convirtió en una persona violenta.

La literatura en general apunta que mostraba síntomas de problemas psiquiátricos. Sin embargo, es un tema delicado y complejo, así que decidí no centrarme en ese aspecto de la vida del príncipe heredero. Sabía que no sería capaz de hacer justicia a la representación de esa experiencia sin el peligro de insinuar que las personas que padecen enfermedades mentales son peligrosas. Y eso ni lo creo ni lo apruebo.

La teoría más reciente no lo retrata como un «asesino psicótico», sino más bien como un prodigio cuyas ideas revolucionarias chocaban con la facción de la Doctrina Antigua, el partido político más importante por aquel entonces. Por lo tanto, fue víctima de sus conspiraciones políticas en la corte.

Sin embargo, cabe mencionar que, aunque el príncipe heredero Jang-heon fuese realmente víctima de un conflicto político, eso no invalida sus actos homicidas. Ningún académico rebate el hecho de que el príncipe heredero fue un asesino, porque sus actos aparecen en demasiados documentos, como en los *Anales de la dinastía Joseon,* los *Diarios de la Secretaría Real* y *Crónica de un lamento (memorias de una reina),* este último escrito por su esposa. Los actos violentos que cometió fueron implacables y, presuntamente, asesinó a cien personas en total.

Al margen de cuál fuera la verdad que llevó a su ejecución, el príncipe heredero vivió una vida extremadamente dolorosa y difícil, y falleció en 1762 sin oportunidad de reinar. Muchos consideran esa tragedia como una elección del rey Yeong-jo, que antepuso su vida política a la de su hijo. Después de morir, el rey le confirió el título póstumo de Sado, que significa ‘recordado con gran tristeza'.

Durante el resto de su reinado, el rey prohibió mencionar al príncipe. Muchos años después, su hijo, Jeong-jo, por fin aludió a la

tragedia cuando ascendió al trono y declaró: «Soy hijo del príncipe Sado».

Para aquellos que quieran un relato más extenso de la vida del príncipe Sado, recomiendo encarecidamente el libro *Crónica de un lamento (memorias de una reina).*

AGRADECIMIENTOS



Escribir esta novela ha sido un placer y estoy muy agradecida a varias personas que han hecho posible esta experiencia.

A mi editora de ensueño, Emily Settle. Gracias por inspirarme siempre y por tener tantas ideas geniales. Llevaba muchísimo tiempo queriendo escribir sobre el príncipe Sado, pero nunca había sabido cómo abordar este suceso histórico hasta que se te ocurrió emparejar a una enfermera de palacio con un inspector real, así que, en parte, te debo a ti la existencia del libro.

A mi agente y campeona, Amy Elizabeth Bishop. Agradezco muchísimo poder contar contigo siempre. El camino de la publicación ya no es tan intimidante contigo a mi lado; hoy estoy aquí gracias a tu orientación y a tus ánimos.

Muchísimas gracias al equipo editorial de Feiwel & Friends, incluyendo a mi fantástica publicista, Brittany Pearlman; mi correctora, Ana Deboo; la diseñadora de cubierta Sunga Park; la directora editorial Dawn Ryan y la editora Kathy Wielgosz; mi diseñadora, Liz Dresner; y a la gerente de producción Celeste Cass.

A las lectoras beta de esta novela, Kristin Dwyer, Erin Kim, Axie Oh, Eunice Kim, Cristina Lee y mi hermana, Sharon: ¡gracias por leer y hacerme sentir más segura con esta novela! También quiero agradecer a Kess Costales, mi reina del romance, todas sus maravillosas sugerencias (la última frase del capítulo 18 es tuya), y le doy las gracias a Sarah Rana por evitar que borrase demasiadas escenas (la de la mesa te la dedico a ti).

Gracias infinitas a todos los libreros, bibliotecarios, reseñadores y lectores que han apoyado mis novelas. Vuestro entusiasmo me permite seguir haciendo lo que amo: explorar la historia coreana a través de la ficción. También me gustaría mencionar a mis amigos de toda la vida, Janice y Phil; siempre estaré agradecida porque apoyasteis mi sueño desde el primer día.

A mi padre y a mi madre, gracias por creer en mí y animarme siempre. Vuestro apoyo constante significa mucho para mí. También me gustaría dar las gracias a mis suegros, el señor y la señora Tung, por hacer de canguro para que yo pudiese sacar tiempo para escribir.

Sin vuestra ayuda me habría costado cumplir el plazo de entrega.

Un agradecimiento especial a mi marido, Bosco: eres el compañero de las tormentas de ideas, así que agradezco muchísimo lo amable y considerado que eres por muy malhumorada que esté, sobre todo cerca de los plazos de entrega. Eres el mejor.

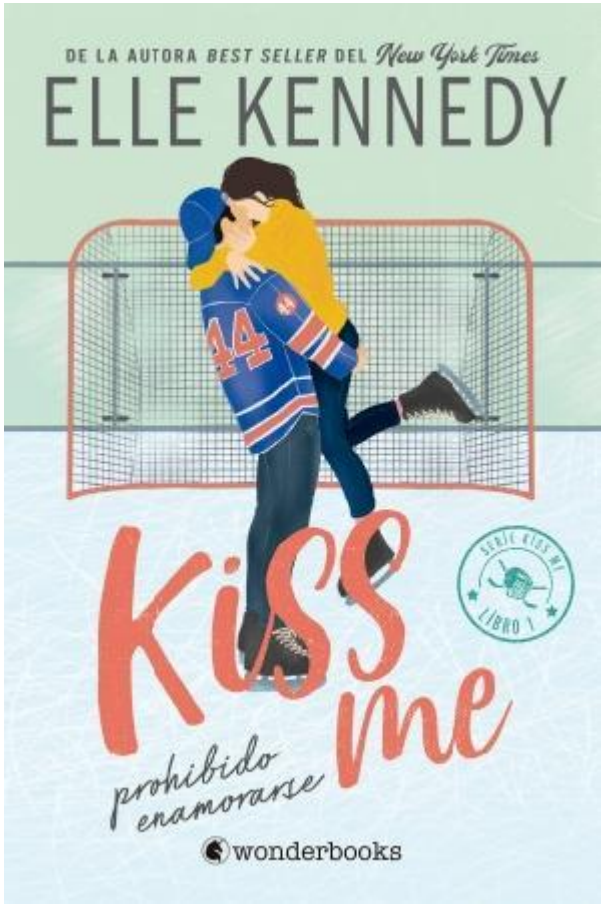
Agradezco las fuentes que han hecho posible que escriba este libro, sobre todo la traducción de Ja-hyun Kim Haboush de *Crónica de un lamento (memorias de una reina)* al inglés; *Law and the Body in Joseon Korea: Statecraft and the Negotiation of Ideology,* de Anders Karlsson; 에로 틱 조선: 우리가 몰랐던 조선인들의 성 이야기 y 조선 관청기행, de Bak Yeong-kyu; 한양의 탄생: 의 정부에서 도화서까지 관청으로 읽는 오백년 조선사, del Institute of Seoul Studies; 의녀(키워드 한국문화11), 팔방미인 조선 여의 사, de Han Hui-suk; y *Origin and Development of the Female Medical Practitioners' (ŭinyŏ) System During the Chosŏn Dynasty (1392–1910),* de Vincenza D'Urso.

Y, por último, gracias a Jesús, mi señor y salvador, por ser mi pilar..

Sigue a Wonderbooks en www.wonderbooks.es, en nuestras redes sociales y suscríbete a nuestra *newsletter*.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos QR y empieza a disfrutar de información anticipada sobre nuestras novedades y contenidos y ofertas exclusivas.




DE LA AUTORA BEST SELLER DEL New York Times
ELLE KENNEDY
Kiss me
prohibido enamorarse
SERIE KISS ME
LIBRO 1
wonderbooks

Prohibido enamorarse

Kennedy, Elle
9788418509698
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hacer un trato con un chico malo nunca sentó tan bien

Hannah Wells ha encontrado por fin un chico que le gusta, pero se siente insegura en la seducción y el sexo. Si quiere conseguir que el chico que le interesa le preste atención, va a tener que salir de su zona de confort… Incluso si eso significa ser la tutora de Garrett Graham, el insoportable y arrogante capitán del equipo de hockey, a cambio de que finja salir con ella para así dejar de ser la chica invisible de la universidad.

Garrett, por su parte, sueña con ser jugador de *hockey* profesional, pero sus malas notas ponen en peligro su futuro. Ese es el único motivo por el que accede a ayudar a Hannah a poner celoso a otro. Pero cuando un beso inesperado conduce al sexo más salvaje de su vida, a Garrett le queda claro que no le basta con fingir. El problema ahora es que tiene que conseguir que Hannah se enamore de él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DE LA AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES
ELLE KENNEDY
El
EFECTO
GRAHAM
wonderbooks

El efecto Graham

Kennedy, Elle
9788418509933
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es la chica de oro, pero acaba de hacer un trato con el chico malo

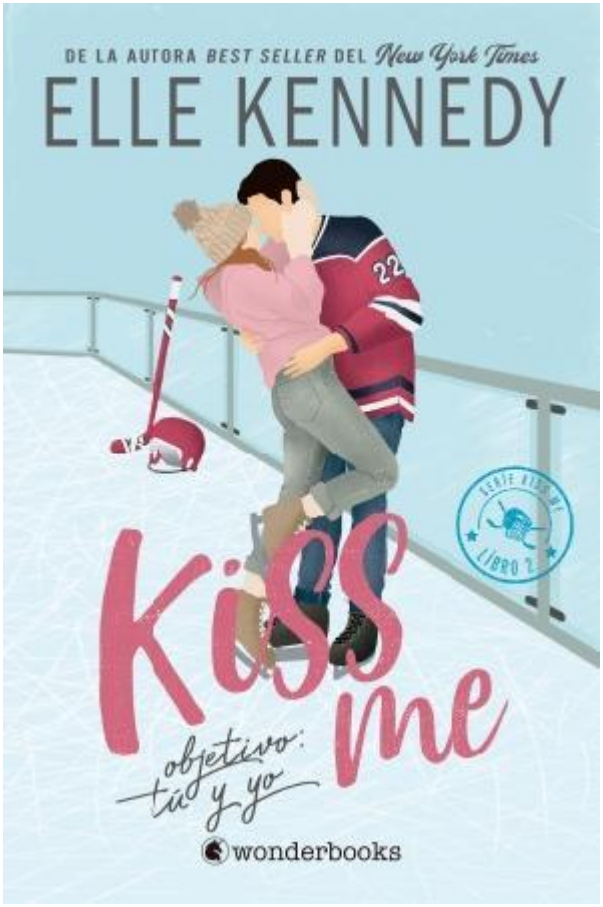
Gigi Graham tiene tres objetivos: entrar en el equipo nacional de *hockey* femenino, ganar el oro en las Olimpiadas y alejarse de la alargada sombra de su padre, Garrett Graham, uno de los mejores deportistas de todos los tiempos. Para ello, necesita ayuda, y el candidato perfecto es Luke Ryder, uno de los nuevos capitanes del equipo de *hockey* de la Universidad de Briar.

Luke es bastante antipático, testarudo e insoportablemente atractivo. Pero tal vez los dos puedan salir ganando: Gigi mejora su juego y, de paso, le habla bien de Luke a su padre, que está buscando un ayudante para un campamento de *hockey,* y claro, trabajar con Garrett Graham sería un sueño hecho realidad.

¿Qué podría arruinar este plan? La química que surge entre ellos. Es un juego peligroso, pero a veces vale la pena correr riesgos.

No te pierdas el primer libro de la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Objetivo: tú y yo

Kennedy, Elle
9788418509711
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

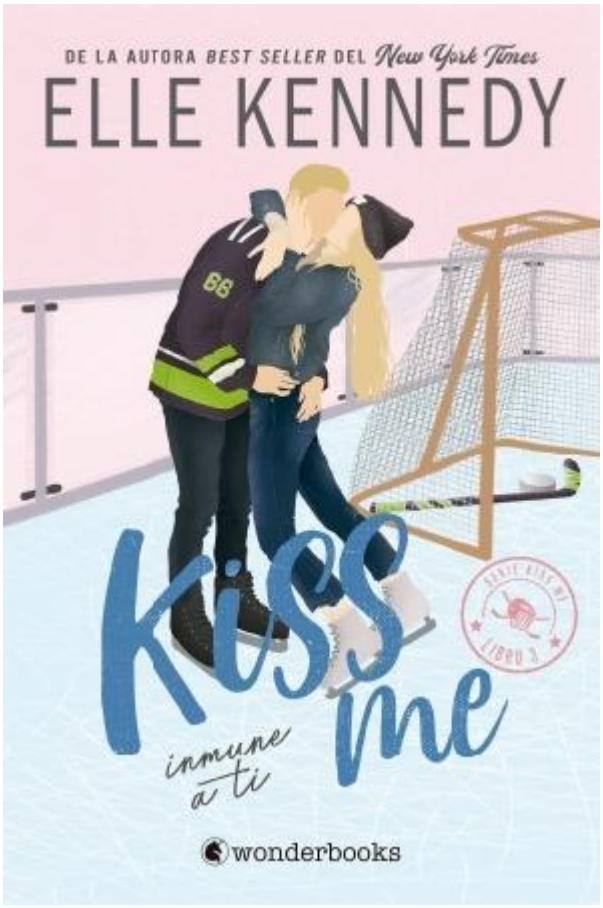
Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella… y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Inmune a ti

Kennedy, Elle
9788418509735
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

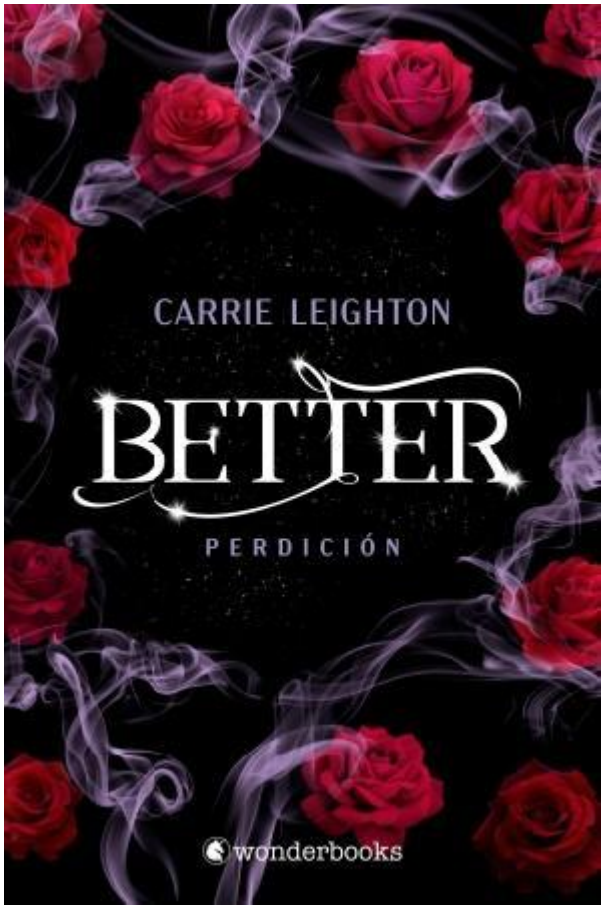
Si la quiere, tendrá que ganársela

Allie Hayes está en medio de una crisis. Se acerca la graduación y todavía no sabe qué hará con su vida cuando termine la universidad. Además, acaba de dejar a su novio tras cuatro años de relación. Sabe que el sexo salvaje con otro no es la solución a sus problemas, pero Dean Di Laurentis es demasiado irresistible. Eso sí, será solo una vez. Este chico no está hecho para las relaciones.

Dean siempre consigue lo que quiere: chicas, buenas notas, chicas, reconocimiento, chicas… Es un *playboy* nato y todavía no ha conocido a una mujer que se resista a sus encantos. Hasta que llegó ella. Aquella noche, Allie dio un vuelco a su mundo, ¿y luego quiere que solo sean amigos? Oh, no. Esto no se acaba hasta que él lo diga, y él quiere más. Pero cuando algo inesperado sacude los cimientos de su vida, surge la duda: ¿debería perseguir algo más serio con ella?

***Best seller* del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Better 2. Perdición

Leighton, Carrie
9788418509636
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Quien ama, tarde o temprano sufre».
Para Vanessa y Thomas, amarse nunca ha sido fácil. Su relación está condenada a un equilibrio inestable entre el éxtasis y la perdición. No basta con contemplar un cielo lleno de estrellas o una casita en un árbol donde refugiarse; el sentimiento que los une está hecho de noches ardientes y unos celos feroces, destellos de romanticismo y faltas de comprensión que parecen irresolubles. Tras haber estado a punto de perderse, por fin las cosas entre ellos parecen funcionar mejor. Por primera vez, Thomas se muestra vulnerable ante Vanessa y le habla de los fantasmas que lo acechan. En su pasado, se produjo una trágica pérdida que lo convirtió en el chico iracundo y melancólico que es hoy, un alma rota que rechaza cualquier vínculo humano. Pero ni siquiera esta nueva cercanía parece bastar, porque el sufrimiento que lo atenaza es demasiado profundo. Mientras Thomas se sume en una espiral de autodestrucción, Vanessa vuelve a pasar tiempo con Logan, el amable —¿tal vez *demasiado* amable? — compañero de la universidad que está enamorado de ella. Logan parece ser el único que entiende a Vanessa y que está dispuesto a darle el apoyo que necesita. ¿Servirá eso para que Thomas

reaccione? ¿Puede haber un final feliz para dos corazones en colisión?

LA TRILOGÍA QUE HA CONQUISTADO LAS LISTAS DE VENTAS EN ITALIA

NO EXISTE LUZ SIN SOMBRA.

NO EXISTE AMOR SIN DOLOR.

«Él es la cura a todos mis males, pero, al mismo tiempo, es el mal que aniquila todas las curas. Júbilo y perdición. Rosas y espinas. ¿Cómo se domina semejante conflicto? ¿Cómo se supera?».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)